UN BESTSELLER DEL **SUNDAY TIMES**

Heidi Swain

El Jardín de invierno

Un feelgood de Nightingale Square

JENTAS

El jardín de invierno

El jardín de invierno
Título original: The Winter Garden
© Heidi Swain, 2020. Reservados todos los derechos.
© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Maribel Abad Abad

ISBN: 978-87-428-1305-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

This edition is published by arrangement with Simon & Schuster UK Ltd. through International Editors and Yañez' Co.

A Amanda Preston,
agente extraordinaria y fabulosa amiga.
¡Feliz Navidad, querida!

Capítulo 1

Antes de mudarme a la finca de Broad-Meadows, en Suffolk, nunca había celebrado ni el solsticio de verano ni el de invierno, pero eso cambió, junto con muchas otras cosas, cuando conocí a la octogenaria propietaria de la finca, Eloise Thurlow-Forbes.

—Para cultivar un huerto sano —me había dicho el día que nos conocimos, que casualmente cayó en el solsticio de verano de hace tres años—, hay que estar en sintonía con la naturaleza, las estaciones, la Madre Tierra, la luna y todos sus ciclos.

Había estado a punto de mencionar cómo la raza humana, el calentamiento global y la subida del nivel del mar cambiarían todo eso muy pronto, pero lo pensé mejor. Aunque acababa de conocerla, Eloise Thurlow-Forbes, con su elegante moño blanco y sus rasgos refinados, me parecía una mujer que sabía lo que quería, y no tardé en darme cuenta de que mi corazonada era cierta. Sin embargo, fue una sorpresa descubrir que ella también sabía lo que quería yo.

—Vamos, Nell —dije, devolviendo mis pensamientos al presente y saliendo de mi furgoneta—. Tenemos que darnos prisa o nos lo perderemos.

Tras estirarse y bostezar, Nell, la cruce de Bedlington Whippet de pelaje leonado, se levantó a regañadientes del asiento del copiloto y trotó detrás de mí. No éramos las únicas que habíamos viajado hasta Ness Point, el punto más oriental del Reino Unido, para ver el amanecer, pero nos quedamos un poco apartadas de los demás y contemplé con asombro cómo el cielo se volvía dorado antes de que el sol apareciera majestuosamente sobre el horizonte, con las escasas nubes que lo tapaban convirtiendo sus rayos en algo parecido a una ráfaga de sol *art déco*.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté a Nell una vez terminado el espectáculo. Ella respondió apoyándose en mis piernas y apretó su húmeda nariz contra mi mano—. ¿Vamos a ver a Eloise?

Su cola se agitó y sus ojos se iluminaron un poco al oír el nombre de su ama.

—Muy bien —dije, regresando hacia donde la furgoneta estaba aparcada—. Vámonos.

Cuando llegamos, tenía sentimientos encontrados sobre la visita. No podía hablar con Eloise sin mencionar lo que me había tenido media noche en vela, tratando de encontrar una forma de contárselo, pero sabía que no podía aplazarlo mucho más, por desagradable que fuera.

—Espero equivocarme, Eloise. —Tragué saliva y me pasé la espesa trenza oscura por el hombro en un gesto que ella reconocería como una búsqueda de valor y consuelo—. Tengo la horrible sensación de que Jackson planea vender la finca. Puede que me equivoque —añadí con rapidez—, pero en las últimas semanas ha hecho un par de comentarios que me dan una sensación...

Mis palabras se apagaron y volví a apartarme el pelo. Eloise confiaba mucho en sus instintos y me había enseñado a confiar en los míos, así que no tenía sentido tratar de endulzar la situación. Nell suspiró, apoyó la cabeza en las patas y me observó con lo que interpreté como reproche.

—No me mires así —le dije—. No tiene nada que ver conmigo. Sería un milagro que yo lo hiciera cambiar de opinión, ¿verdad?

Me preguntaba qué le pasaría a Nell si Jackson vendía su casa y volvía a Estados Unidos. No creía ni de lejos que el bienestar del perro de rescate de su tía abuela fuera una de sus prioridades.

Si él se largaba, yo podía perder no solo mi trabajo, sino también mi casa, así que tenía cosas más urgentes de las que preocuparme; pero le tenía cariño a la perra y, a diferencia de mí, ella no podía decidir sobre su destino.

Cuando fui por primera vez a visitar a Eloise, no sabía que, aunque mi plan original era evaluar su preciosa casa y el jardín como posible lugar de celebración de mi boda, el destino me había llevado allí para, a falta de una frase menos tópica, encontrarme a mí misma.

A las pocas horas de mi llegada había roto mi compromiso y aceptado la oferta de Eloise de trabajar como jardinera y quedarme a vivir. Los tres años siguientes me sirvieron de aprendizaje, tanto personal como profesional, y aunque no me sentía preparada para graduarme, las circunstancias —esta vez, ajenas a mi voluntad— me decían que era hora de volver a avanzar.

—Siento no venir con mejores noticias —dije, inclinándome sobre la tumba para recolocar las flores que había llevado la semana anterior y que seguían aguantando a pesar de los calurosos días de septiembre—, pero quería que lo escucharas de mí, Eloise, y sé que es mucho pedir, pero si se te ocurre qué puedo hacer ahora, me vendría muy bien una señal, porque yo no tengo ni la más remota idea.

Me puse en cuclillas y escuché el silencio en mi cabeza. Todavía tenía los pensamientos demasiado nublados por el dolor como para ver el camino que se abría ante mí. Oía a Nell husmeando, el gorjeo de un herrerillo y, en algún lugar a lo lejos, un tractor trabajando, sin duda preparando el terreno para la cosecha del año siguiente, pero eso era todo. No hubo ningún golpe de inspiración, ninguna epifanía que reavivara mi chispa creativa.

—No te preocupes —sonreí, intentando parecer fuerte mientras me preparaba para irme—, seguro que se me ocurre algo. Además, puede que me equivoque. Nos vemos la semana que viene.

Hacía calor en la furgoneta, así que puse el motor en marcha, bajé las ventanillas y encendí la radio. Nell bebió hasta saciarse del bebedero para perros que siempre llevaba conmigo mientras yo intentaba decidir si regresaba a Broad-Meadows o aprovechaba al máximo mi día libre y exploraba los alrededores.

—Esto no está bien, ¿verdad? —dije tratando de sintonizar la radio, que, de alguna manera, había cambiado de la BBC de Suffolk a la de Norfolk—. Vamos, Nell. Es hora de irnos.

Apenas había recorrido unos metros antes de que la radio crepitara y volviera a las noticias de Norfolk, pero no pude cambiarlas porque la carretera estaba muy transitada.

—Los hermosos jardines de Prosperous Place ya están al servicio de la comunidad local, ¿verdad?

Mi cerebro sintonizó con la mención de un jardín y me arriesgué a subir un poco el

volumen, con lo que se me escapó un hueco en el tráfico.

—Así es. En el antiguo jardín amurallado tenemos el Grow-Well, que es un espacio comunitario utilizado por los residentes de Nightingale Square. Allí cultivamos frutas y verduras y tenemos algunas gallinas.

—Tengo entendido que el Grow-Well acaba de ganar un premio, ¿no es así?

—Sí, ganamos el premio al jardín comunitario y eso nos dio fondos suficientes para montar otro jardín y una zona de fauna y estanque justo detrás del centro juvenil local.

—Eso es maravilloso, ¿y qué es exactamente lo que planeas hacer aquí ahora?

—Bueno, los jardines que rodean la casa de Prosperous Place ya están abiertos algunos fines de semana durante el verano, pero pienso utilizarlos también en invierno. No hay muchos espacios verdes de ese tamaño cerca del centro de Norwich, y quiero abrir el lugar para que la gente pueda venir y disfrutar del aire libre incluso durante los meses más oscuros del año.

—Te diagnosticaron una depresión estacional el año pasado, ¿verdad?

—Eso es, y de ahí surgió la idea. Es tentador quedarse en casa en los días largos, oscuros y fríos, pero salir, aunque solo sean unos minutos, puede suponer una diferencia.

—Así que tu idea tiene que ver tanto con el bienestar mental como con la salud física.

—Exacto, y por eso hoy abro el jardín para invitar a la gente a que venga a echar un vistazo...

No llegué a escuchar el resto de la entrevista, ya que un coche pitaba con impaciencia detrás de mí y me di cuenta de que había entorpecido el tráfico. Me disculpé con la mano, regresé a la carretera y después me metí en un aparcamiento para reflexionar un poco.

No necesitaba mucho tiempo. Tenía todo un día a mi disposición, Norwich estaba a menos de una hora y yo era una firme partidaria de la naturaleza y la jardinería para la salud mental, sobre todo durante los «largos días oscuros», como los había descrito la persona entrevistada. Sería fascinante ver cómo era ese jardín en el centro de la ciudad y qué tenían pensado hacer con él.

Una rápida búsqueda en internet me llevó al sitio web de Grow-Well, donde descubrí, junto con los detalles de la jornada de puertas abiertas, que el propietario era un tal Luke Lonsdale. Antes de que pudiera arrepentirme, introduje el código postal en Google Maps y encontré la ruta más rápida.

—Muy bien, Nell —dije, metiendo el móvil en el soporte del salpicadero para poder seguir las indicaciones—, ¿qué te parece si nos vamos un poco de aventura?

Su largo bostezo sugirió que no le gustaba la idea, pero la ignoré y seguí adelante.

***

Era fácil encontrar Prosperous Place, pero al acercarme a la puerta me di cuenta de que quizá no me dejaran entrar con Nell. Me quedé fuera mientras algunas personas se acercaban. Algunos llevaban carritos de bebé y un señor mayor se acercó en un *scooter*, pero nadie llevaba perro.

—¿Vas a entrar? —preguntó una voz detrás de mí—. Los jardines están abiertos a todo

el mundo hoy.

Me di la vuelta y me encontré con un hombre de unos sesenta años, de aspecto amable, que llevaba un chaleco verde acolchado y una placa con su nombre —que me informaba de que se llamaba Graham—; sostenía una gran cesta de pícnic.

—Tenía esa intención —le dije—, pero no había pensado en la perra. No estoy segura de poder entrar con ella. Supongo que trabajas aquí. ¿Crees que pasaría algo?

—En realidad, no trabajo aquí. —Sonrió, me rodeó y cruzó el umbral—. Hoy solo estoy ayudando al dueño. Vamos a preguntarle por tu compañera, ¿vale?

—Gracias —dije, siguiéndolo dentro.

Mis ojos se fijaron enseguida en la hermosa mansión victoriana y en lo que parecía un gran jardín y los terrenos que la rodeaban. No sabía qué me esperaba, pero las fotos de internet no le hacían justicia a su tamaño. Me sorprendió encontrar un lugar así, de propiedad privada, en medio de una ciudad.

—¡Luke! —exclamó Graham, haciendo señas a un hombre de rizos oscuros e intensos ojos marrones.

Si ese era Luke Lonsdale, eso también era una sorpresa. Había supuesto que el dueño sería alguien mucho mayor. Intenté acallar la voz de mi cabeza, que se empeñaba en recordarme lo peligrosas que podían ser las suposiciones y que sonaba muy parecida a la de Eloise.

—Graham —dijo Luke, saltando de la sorpresa—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Esta joven quiere entrar —dijo Graham, señalándome innecesariamente—, pero no está segura de si puede traer a su perra.

—Bueno, vamos a ver —dijo Luke, suavizando su expresión mientras echaba un vistazo a Nell, que estaba, como siempre, un poco detrás de mí y fuera del centro de atención.

Se puso en cuclillas y extendió la mano. Para mi asombro, Nell se apartó de mi sombra y le permitió que jugara con ella.

—No creo que vaya a causar demasiados estragos, ¿verdad? —Luke me sonrió.

—Y tengo bolsas de caca biodegradables —dije, sacando un puñado de mi bolsillo—. Ya sabes, por si acaso.

No tenía ni idea de por qué había dicho eso y noté cómo se me encendían las mejillas.

—En ese caso —dijo Luke, enderezándose de nuevo y con aire divertido—, tienes vía libre.

—Gracias —dije, metiéndome de nuevo las bolsas en el bolsillo.

Por suerte, me salvó de una mortificación mayor la llegada de un equipo de televisión que quería entrevistar a Luke para su programa del mediodía. Desde luego, parecía ser una atracción para los medios de comunicación locales y no pude evitar pensar, mientras le daba las gracias a Graham y Nell y yo nos adentrábamos en el jardín, que me resultaba vagamente familiar.

Sin embargo, una vez dentro, mis pensamientos no se detuvieron en el apuesto propietario porque todo lo demás me cautivó. Por el tamaño de los árboles, deduje que el jardín era tan antiguo como la casa, con extensos arriates herbáceos, un jardín oculto de helechos, una rosaleda, un cementerio de mascotas, lo que parecía un serpenteante

tramo de río y grandes extensiones de césped. Todo estaba rodeado por un alto muro de ladrillo, bellamente blanqueado y suavizado por el tiempo. Era una auténtica joya, o lo había sido alguna vez.

Para el ojo inexperto, probablemente era perfecto, pero yo veía lo que se ocultaba bajo la superficie. El césped crecía con normalidad, pero los arbustos no se habían podado bien; las rosas que trepaban por los muros estaban casi descontroladas y en algunas partes la maleza se había desbordado. No era un jardín propiamente dicho, pero no sería demasiado difícil devolverle su antiguo esplendor, y como posible jardín de invierno tenía un enorme atractivo.

Vagué durante una hora más o menos, perdida en mis pensamientos, hasta que Nell se detuvo en seco.

—¿Qué pasa, perra tonta? —le pregunté, sin poder hacer nada porque se negaba a ceder.

No vi nada que pudiera haberla asustado, pero a veces se comportaba como un bicho raro. Eloise y yo habíamos especulado a menudo sobre la vida que había llevado antes de ser acogida en el redil de Thurlow-Forbes.

—¿Qué le parece a la perra? —gritó una voz de hombre.

Me giré y vi a Luke cruzando el césped hacia mí con una niña cómodamente sentada sobre sus hombros.

—¿Lo aprueba? —Sonrió deteniéndose y bajó a la chica.

—Le encanta —le dije, acariciando la cabeza de Nell mientras la niña se inclinaba para mirar cómo se escondía detrás de mis piernas—. Aunque acaba de pararse aquí por alguna razón y se niega a moverse.

Luke miró el magnífico cedro que había detrás de mí.

—Podría ser el árbol —comentó, entrecerrando los ojos hacia las ramas.

—Lo dudo —me reí—. Le gustan más los árboles que la gente.

—Pero este árbol tiene una historia —dijo con seriedad, volviendo a coger a la niña—. Esta es Abigail, por cierto —añadió—. Mi hija pequeña.

—Encantada de conocerte, Abigail —le dije, y ella se deshizo en risitas, enterrando la cabeza en el hombro de su padre.

—¿Qué te parece el jardín? —me preguntó.

Me tomé un momento antes de contestar.

—Es impresionante —dije, volviendo a mirar a mi alrededor.

—¿Pero?

—¿Pero? —repetí.

—Me ha parecido que venía un pero.

Qué desconcertantemente intuitivo por su parte. Arrugué la nariz e intenté formular mi respuesta de forma que no resultara ofensiva, o al menos eso esperaba.

—Bueno —dije, aclarándome la garganta—, el césped está genial.

—Como debe ser —dijo Luke, mirando la hierba cortada bajo sus pies—, dado lo mucho que pago a un contratista para que lo mantenga. ¿Y el resto?

—¿Quieres mi opinión personal o profesional? —le pregunté.

Eran lo mismo, pero la personal todavía podía suavizarla un poco.

—¿Eres horticultora profesional? —preguntó Luke, alzando las cejas.

—Más o menos —dije de forma evasiva.

No estaba segura de que mi experiencia justificara un título tan elevado, pero había sido una jardinera muy feliz durante los últimos tres años, y había mantenido Broad-Meadows maravillosamente. Tal vez Jackson aprovechara cualquier oportunidad para señalar que no tenía una cualificación formal que respaldara mis conocimientos, pero aún no me había desanimado lo suficiente como para impedirme compartir mi opinión.

—Profesional, entonces —dijo Luke, mordiéndose el labio—. Dímelo sin tapujos.

Después de animar a Nell a moverse —con una chuchería que saqué del bolsillo—, paseamos juntos por los jardines y le señalé algunas de las cosas que ya había observado. Los bordes herbáceos fueron los que más comentarios merecieron. Si se hubieran podado con regularidad, habrían seguido floreciendo mucho más tiempo, y habría sido mejor tutorar los *Delphiniums* en primavera para ocultar los soportes, en lugar de dejarlos hasta que hubieran crecido del todo y luego atarlos con cañas y cordeles al estilo Heath Robinson para intentar mantenerlos en pie.

—Hago lo que puedo —dijo Luke, sombrío—, pero la mayor parte del tiempo estamos solos una voluntaria y yo, y ella solo viene un par de días a la semana. Sé que podría pedírselo a mis amigos y vecinos, pero ya están muy ocupados con el Grow-Well.

—En ese caso —dije, deseosa de enmendar mi opinión sobre el lugar—, lo haces muy bien. No hay nada aquí que no se pueda salvar, si se le presta la atención adecuada, y su potencial como jardín de invierno es inmenso.

—¿De verdad lo crees?

—Definitivamente —dije con firmeza—. Un profesional a tiempo completo lo tendría todo encarrilado en un santiamén.

Luke asintió pensativo.

—¿Y qué quieres decir con «jardín de invierno»?

—Uno que exhiba arbustos, bulbos y árboles que estén en su mejor momento desde finales de otoño hasta la primavera —expliqué—. Estos cornejos de aquí, por ejemplo —dije, señalándolos—, con la poda adecuada podrían volver a ser una explosión de color; también hay muchas plantas invernales que podrían incorporarse con facilidad y que florecen con los tallos desnudos y tienen un aroma de lo más delicioso.

Luke parecía intrigado.

—Suena maravilloso —dijo, mirando hacia los parterres con ojos nuevos—, y mucho más espectacular de lo que tenía en mente. Solo pensaba abrir el lugar. Parece que sabes de lo que hablas. Supongo que no querrás trabajo, ¿verdad?

Estuve a punto de reírme, pero parecía que lo decía en serio. Su expresión me recordó bastante a la que había puesto Eloise cuando me ofreció un puesto prácticamente a los pocos minutos de conocerme. Sin embargo, por familiar que me resultara, no dejaba de ser una sorpresa enfrentarme a ella por segunda vez en mi vida.

—Gracias, pero ya tengo uno —dije, tratando de mantener la voz firme. No añadí que no tenía ni idea de cuánto tiempo me quedaba en él—. Superviso un jardín en Suffolk, cerca de Beccles, en la finca Broad-Meadows.

—Qué vergüenza —dijo—. Lo siento, no recuerdo tu nombre.

—Es Freya —le dije—. Freya Fuller.

—Bueno, Freya Fuller —dijo, bajando a Abigail al suelo de nuevo—. Si no puedo darte trabajo, ¿me dejas al menos tus datos de contacto en casa?

—¿Para qué? —pregunté.

—Para consultarte —sonrió—. En calidad de asesora.

—De acuerdo —acepté—, no veo por qué no.

Esa misma tarde, después de disfrutar de un pícnic para los visitantes elaborado con productos cultivados en el Grow-Well —que se encontraba en la parte opuesta del recinto—, pasé por la casa y le dejé mis datos a Kate, la mujer de Luke.

Fue tan amable como Luke y, mientras volvía al aparcamiento donde había dejado la furgoneta, no pude evitar pensar que Eloise y el solsticio de verano no me habían dado ninguna señal sobre mi futuro a largo plazo, pero mi viaje a Norwich había sido una distracción bienvenida. Si alguna vez Luke se ponía en contacto conmigo, iba a disfrutar participando en el jardín de invierno de Prosperous Place, aunque solo fuera en calidad de asesora.

Capítulo 2

Me había dejado el móvil en la guantera de la furgoneta y, cuando volví a encenderlo para negociar el regreso a Broad-Meadows, descubrí que había cuatro llamadas perdidas del móvil de Jackson que me remordían la conciencia. Y, cuando llegué a casa, había otras dos.

Tenía un manos libres, pero, a pesar de mi lealtad a Eloise y a la finca, no quería hablar con él en mi día libre, y menos mientras conducía. Estaba más cansada de lo esperado y necesitaba concentrarme.

No lo había notado mucho durante mis tranquilos días de trabajo y mis aún más tranquilas tardes y fines de semana, pero me había acostumbrado a pasar tiempo sola, a veces sin hablar con otra alma viviente en varios días. No creía que fuera un problema, pero tras el día hablando con Luke, Graham y Kate en Prosperous Place, estaba agotada, y eso ponía de manifiesto que tal vez corría el riesgo de sentirme demasiado cómoda en mi propia compañía.

Nell y yo disfrutamos de una cena ligera, y luego me di un largo baño con la intención de acostarme antes de mi hora habitual para estar espabilada y alegre, lista para empezar a trabajar temprano a la mañana siguiente. Sin embargo, Jackson tenía otra idea. Apenas había terminado de atarme el cinturón del albornoz cuando lo oí aporrear la puerta. No era probable que fuera nadie más, porque estábamos muy aislados y, además, Nell solo gruñía cuando él andaba cerca.

Abrí la puerta y me asomé, con el pelo aún húmedo serpenteándome casi hasta la cintura. Si no me lo secaba pronto, no podría domarlo.

—Ah, estás aquí, Freya. —Frunció el ceño, su tono sarcástico y su mirada arrolladora hicieron que mis pelos se erizaran tanto como los de Nell—. Llevo todo el día intentando localizarte en el móvil.

No pude evitar un respingo al oír el lento arrastrar de su acento sureño y cerré un poco la puerta. No era su aspecto lo que me desagradaba: con apenas un par de años más que yo, era alto, macizo, moreno y guapo. Posiblemente atractivo si no te importaban sus dientes demasiado blancos.

Y tampoco se trataba de su acento —yo era tan receptiva a un vaquero como cualquier chica sureña, gracias a la buena ración de películas de Sam Elliott que había visto—, sino más bien de la *forma en* que decía las cosas que de la voz con que las decía.

—Sabías que hoy me tomaba el día libre, Jackson —le recordé—. Lo hablamos la semana pasada. Quería honrar la memoria de tu tía celebrando el equinoccio.

—Eso es hoy, ¿no? —dijo, sonando divertido.

—Sí —suspiré—, y como hoy es mi día libre, soy libre de entrar y salir cuando quiera.

—Pero trabajarás el próximo sábado para compensar, ¿verdad? Lo he recordado bien, ¿no?

—No —dije paciente—. Trabajé el sábado pasado para compensarlo. Hice las horas antes de haberlas cogido. Lo hablamos largo y tendido.

—Ah, sí —asintió—. Es verdad, ahora que lo mencionas.

Desde luego que sí. Había intentado propasarse conmigo cuando estábamos en el invernadero hablando de ello, y me había visto obligada a recurrir a algunas tácticas ingeniosas con la manguera para ahuyentarlo. Accidentalmente, por supuesto. O no.

—En fin —dije, alzando las cejas—. Ya hemos quedado en que estoy aquí, así que, si no te importa...

Fui a cerrar la puerta, pero él se acercó un paso y me detuve. Darle en las narices no contribuiría en nada a mejorar nuestra relación laboral y, además, algún día podría necesitar referencias de este tipo.

—En realidad —dijo—, hay algo de lo que necesito hablarte. ¿Puedo pasar? Solo un momento.

—¿Puede esperar hasta mañana? —pregunté, tratando de sonar más amigable—. Estoy a punto de acostarme.

Estaba decidida a no dejarlo cruzar el umbral de la cabaña ni por un minuto. No me fiaba de él y, desde luego, no me habría sentido cómoda hablando con él vestida solo con mi endeble albornoz de algodón. Los gruñidos de Nell detrás de mí me decían que ella también era reacia.

—¿Qué tal si nos vemos en la oficina a las ocho y hablamos entonces? —sugerí—. Podemos tomar un café.

Entrecerró los ojos, pero por suerte me dio tregua.

—De acuerdo —dijo—. Te veré a las ocho. Que tengas dulces sueños.

Aunque el baño había calmado mi cuerpo y tranquilizado mi ajetreado cerebro tras un día inusualmente sociable, mi breve conversación con Jackson me impidió conciliar el sueño. No me cabía la menor duda de que iba a decirme que se vendía, y cuanto más pensaba en ello, más me espabilaba.

Por consiguiente, en lugar de sentirme descansada y renovada a la mañana siguiente, como había planeado, eché el edredón hacia atrás, malhumorada, con los ojos hinchados, el pelo revuelto y completamente infeliz por tener que concederle audiencia tan temprano. Al menos había sido lo bastante astuta como para sugerir que nos reuniéramos en el despacho, donde el pesado escritorio se interpondría entre ambos.

—Buenos días —dijo, justo a las ocho en punto—. ¿Cómo has dormido?

Con una mirada a mi rostro debería haberle resultado obvio que no lo había hecho.

—Bien —dije con firmeza, empujando mi silla más debajo de la mesa—. ¿De qué querías hablar, Jackson? Tengo mucho que hacer esta mañana.

—Hay que aprovechar, ¿eh?

—Algo así.

Septiembre estaba resultando caluroso y soleado, y el jardín aún lucía su hermosa floración de finales de verano. Los arriates que Eloise y yo habíamos renovado y replantado juntas se estaban llenando de flores. Cuando me propuso el proyecto, sabía que ella estaba pensando en el futuro, y me entristecía pensar que lo más probable era que ni yo los viera florecer.

—Me prometiste un café —me recordó Jackson.

—Lo siento —me disculpé—, se me ha acabado. Creía que quedaba una cucharadita o

dos, pero la lata está vacía.

No sé por qué parecía tan disgustado si me había dicho en más de una ocasión que odiaba el café instantáneo.

—Bueno —dijo, mirándome un momento antes de sentarse en el asiento de enfrente para que quedáramos a la altura de los ojos.

Tras mi agitada noche me sentía un poco cascarrabias, y mi mal humor amenazaba con sabotear la recomendación que tenía la sensación de que iba a necesitar, aunque en ese momento, ante su expresión de suficiencia, no me importaba mucho.

—En ese caso —empezó, ladeando la cabeza—, vamos al grano, ¿vale?

Tragué saliva y lo miré a los ojos. Había temido este momento desde que apareció después del funeral de Eloise y tomó el mando. Desde el primer momento en que lo vi, supe que no iba a hacerse cargo de la casa ni a seguir dirigiéndola como mi querida amiga esperaba.

Nunca había comprendido por qué ella tenía tanta fe en él, pero ahora, ante lo inevitable, no podía evitar pensar que lo mejor que le podía pasar era que la vendieran. Sin duda, la casa, el jardín y los terrenos estarían mejor con otra familia, una familia que los amara tanto como lo habían hecho Eloise y sus antepasados.

—Cuanto antes, mejor —lo animé.

—De acuerdo —asintió; soltó un largo suspiro y adoptó el papel de un médico a punto de dar malas noticias—. No sé muy bien cómo decirte esto, Freya...

—Entonces, ¿quieres que lo diga yo por ti? —pregunté, deseando darle a entender que ya lo había deducido.

No pareció apreciar la interrupción y se inclinó hacia delante en su asiento.

—Lo he estado pensando mucho —continuó—, y no ha sido una decisión fácil de tomar, pero he mirado las cuentas de la finca y he hablado con el banco, y... —hizo una pausa para dar dramatismo— he llegado a la conclusión de que tengo que vender la finca.

—Entiendo —dije, con voz firme y tranquila.

—Por supuesto, sé que esto es lo último que la tía Eloise hubiera querido —continuó —, pero no puedo dirigir esto desde Estados Unidos. Tendría que trabajar aquí a tiempo completo para controlar las cosas, pero no puedo comprometerme a eso. Mirando el papeleo, es obvio que mi tía perdió un poco el rumbo durante el último par de años, y ahora toca reparar los daños.

Me mordí la lengua. Llevaba con Eloise más tiempo que los dos últimos años y su mente para los negocios era tan aguda como un alfiler. Su capacidad para dirigir el local con eficacia nunca había decaído. Era su cuerpo el que le había fallado, no su mente.

—Con respecto a lo que hubiera querido tu tía —le dije—, creo que has tomado la decisión correcta.

—¿En serio?

—Sí —dije—, estoy segura de que ella querría que el lugar recibiera el amor que ella le daba, y como has dicho en más de una ocasión, no es un lugar que coincida con todo lo demás en tu impresionante cartera de propiedades.

Me sentí bien al hacerle tragar sus palabras.

—Y por supuesto —añadí por si acaso, manteniendo la barbilla alta—, no tienes que justificar tus decisiones ante mí, Jackson.

—No lo hago —dijo, aún más contrariado—. Eso no es lo que yo...

—Solo soy la jardinera —lo corté, encogiéndome de hombros—. Lo que decidas hacer con el lugar depende tan solo de ti.

—Ya lo sé —farfulló, poniéndose rojo—. Solo pensé que podrías...

—Por favor —le dije con una sonrisa de comprensión—, ya tienes más que suficiente en lo que pensar, no te preocupes por mí también.

Se sentó un poco más erguido y jugueteó con los puños de la camisa. Era un misterio por qué seguía vistiéndose como si estuviera trabajando en su oficina de la ciudad, pero el brillo acerado de sus ojos era señal inequívoca de que se sentía frustrado porque yo no había reaccionado como él quería. Si esperaba ofrecerme un hombro sobre el que llorar, no había tenido suerte.

—Ya he tasado la finca —dijo, de repente muy serio—, y saldrá a la venta en las próximas semanas. Mi corredor de propiedades me ha dicho que puede tardar un poco en venderse. En el clima financiero actual, tal vez resulte difícil encontrar a alguien que pueda permitirse esto.

—Agente inmobiliario —interrumpí.

—¿Qué?

—Aquí se dice «agente inmobiliario», no «corredor de propiedades».

—Vale —dijo, tamborileando con los dedos sobre el escritorio—. Agente inmobiliario.

—Lo siento —dije—, continúa. No quería interrumpirte.

—Bueno, solo quería mantenerte al tanto. Por si te preguntabas por qué estaba fotografiando la casa y enseñándosela a extraños.

—Gracias —dije—. Te lo agradezco.

No quería tener que hacer la siguiente pregunta, pero necesitaba saber a qué atenerme.

—¿Y qué hay de mí? —dije—. ¿Quieres que me quede?

—Por supuesto —sonrió, aprovechando mi única muestra de vulnerabilidad—. Ahora es más importante que nunca que los jardines tengan buen aspecto.

Asentí.

—Te quedarás, ¿verdad?

—Sí —dije—. Por supuesto.

No tenía ningún otro sitio al que mudarme y me parecía importante conservar la casa tal y como Eloise la había amado hasta el momento en que pasara a ser de otra persona. No tenía ni idea de lo que haría después de venderla, pero eso podía ser una preocupación para la Freya del futuro. Eloise me había enseñado que a menudo no valía la pena mirar demasiado lejos.

—Así que eso es todo —dijo Jackson, empujando hacia atrás la silla, y se puso de pie.

—Sí —dije—, ya está.

—Ah, no —añadió con despreocupación—, solo hay una cosa más.

—¿El qué?

—Quiero que dejes la casa de campo.

—¿Qué?

—He comprobado los papeles —continuó, mirándome—, y el lugar no forma parte oficialmente de tu contrato, ¿verdad?

—Bueno, no, pero...

Me alegré de seguir sentada porque no estaba segura de que mis piernas me hubieran aguantado. Se habían vuelto gelatinosas y a Jackson le habría encantado el espectáculo de verme tambaleándome.

—Tampoco es que tengas un contrato —insistió—, al menos no uno legalmente vinculante.

No podía discutirlo. Mi acuerdo con Eloise había sido legal en cuanto al pago de impuestos y demás, pero más allá de eso nuestra asociación era bastante informal.

—Y, dado lo que tardará la venta —continuó Jackson—, he decidido alquilar la casa. Dios sabe que necesito intentar generar algún tipo de ingresos con la finca. Ya tengo inquilinos dispuestos a pagar el alquiler de mercado.

—Pero ¿dónde voy a irme? —tartamudeé—. ¿Y por qué no me dijiste que pagara el alquiler del mercado?

—No creo que con la miseria que te pagan sea una opción factible, Freya.

—Eloise y yo acordamos esa cifra sobre la base de que se me proporcionara un techo —dije con firmeza—. Tengo ciertos derechos, ya lo sabes.

—Y yo también —contraatacó—. Y bajo qué techo en particular te alojas nunca se ha especificado, ¿verdad? Hay muchas habitaciones de servicio vacías en la casa. Puedes mudarte a una de ellas. Piensa en lo conveniente que será para nosotros vivir más cerca.

Abrí la boca, pero no me salió ninguna palabra, lo cual probablemente fue mejor así, dadas las blasfemias a las que podría haber recurrido. La primera vez que Eloise me propuso vivir y trabajar en Broad-Meadows, me dio a elegir entre vivir en la casita o en las habitaciones de la casa, y se alegró de que me decantara por la casita.

—Te dará algo de espacio e intimidad —había dicho, amable.

Y lo había hecho. Iba a ser un golpe dejarla.

—Y para demostrar que soy tan generoso como mi tía —añadió Jackson con una sonrisa nauseabunda—, ¿qué tal si te doy el día libre para que puedas trasladarte? Después de todo, no hay tiempo como el presente cuando se trata de hacer las cosas, ¿verdad?

Dado lo poco que tenía, no me había llevado nada de tiempo trasladar mis cosas de la casita a la casa. La mayoría de los muebles pertenecían a la finca y todo lo demás pude meterlo en la parte trasera de mi furgoneta. Elegí un par de habitaciones alejadas del ala en la que Jackson se enseñoreaba, y tanto Nell como yo hicimos todo lo posible por evitarlo, pero no fue fácil.

Cada vez que nos cruzábamos, esbozaba una sonrisa, decidida a no darle la satisfacción de saber cuánto echaba de menos mi acogedor refugio y la intimidad que me había proporcionado, pero de repente los días se alargaban y el otoño tardaba una eternidad en aterrizar. Dicho esto, había encontrado una forma de mantener el ánimo arriba y, gracias a Nell, el contacto entre Jackson y yo al mínimo.

Cuando me mudé a la casa, Jackson insistió en que fuera a la cocina al final de cada día para hablar de lo que había estado haciendo, pero una noche el extraño comportamiento de Nell hizo que ya no tuviera que soportar su interrogatorio diario.

—Preferiría que no trajeras aquí a esa maldita perra —refunfuñó Jackson, cuando se dio cuenta de que daba vueltas y lloriqueaba delante de lo que había sido su antiguo sitio junto al fogón—. No es higiénico, y, de todas formas, ¿qué le pasa?

Sabía que Nell quería el baño, pero no iba a decírselo.

—Es Eloise —dije, mirando a mi alrededor y a lo lejos por encima del hombro de Jackson.

—¿Qué? —espetó.

—Nell la percibe en todas partes —dije, intentando no reírme mientras el color se le iba de la cara—. Pero sobre todo aquí.

—No seas ridícula. —Tragó saliva con los ojos desorbitados.

Llamé a Nell y me encogí de hombros.

—Es verdad —dije, dirigiéndome a la puerta trasera antes de que Nell se avergonzara —. He oído sus pasos por la noche, ¿tú no?

Nos evitaba a Nell y a mí desde aquello, pero aun así seguía resultándome difícil. Si me hubiera ido a otro sitio, no me habría visto ni por asomo. Sin embargo, mi única opción real habría sido telefonear a mis padres y preguntarles si podía quedarme con ellos, y no podía enfrentarme a eso. Además, el desplazamiento habría sido imposible.

Por consiguiente, no me quedaba más remedio que agachar la cabeza y seguir trabajando, pero al mismo tiempo me sentía resentida por el hecho de que mis días felices y mis recuerdos más preciados de la vida con Eloise al timón de Broad-Meadow se estuvieran empañando cada vez más.

En el jardín no había la cobertura suficiente para que sonara mi teléfono, pero el primer martes de octubre, justo cuando había terminado de inspeccionar los adorados arriates de Eloise y me disponía a empezar a rastrillar las hojas, debí dar con un punto donde sí la había.

—Diga —respondí, quedándome inmóvil por miedo a perder la conexión.

—Hola, ¿Freya? —preguntó una voz de hombre—. ¿Freya Fuller?

—Sí —dije—. ¿Quién es?

—Luke.

—¿Luke?

—Luke Lonsdale —explicó la voz—, de Prosperous Place, en Norwich.

Había pasado tiempo desde mi visita y, como no había tenido noticias suyas, supuse que ya no llamaría.

—Viniste a echar un vistazo a mi jardín hace un par de semanas —continuó, sin duda asumiendo que había olvidado quién era—. Hablamos de hacer un jardín de invierno.

—Por supuesto —dije—. Hola.

—Hola —volvió a decir.

—¿Cómo va todo?

—Bien —dijo—, muy bien. Bueno, en teoría. En mi cabeza todo es perfecto, pero fuera

de ella aún no ha pasado gran cosa.

—Todavía hay tiempo de sobra para empezar. El tiempo está siendo muy benévolo este año.

—Es cierto —aceptó—, pero tengo muchas ganas de ponerme a ello. Siento no haberte llamado antes.

—No pasa nada.

—Extravié tu número, ya ves.

—Está bien. —No era como si hubiéramos llegado a un acuerdo sólido de colaboración tras mi visita—. ¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunté.

—Bueno —dijo—, sé que es un poco descarado, pero me preguntaba si considerarías volver para echar otro vistazo y ayudarme a tomar algunas notas sobre la plantación y esas cosas. Te pagaría el viaje y el tiempo, por supuesto.

—Oh —dije—. Ya veo.

Estaba encantada, pero su petición me había cogido por sorpresa. Después de saber quién era, creía que todo se quedaría en una conversación telefónica.

—Sé que es mucho pedir, pero te lo agradecería mucho. Parecías tener una buena idea de lo que quiero hacer cuando hablamos.

Vi a Jackson caminando hacia mí y pensé que me vendría bien pasar un tiempo lejos de Broad-Meadows, aunque solo fueran unas horas.

—Estaré más que encantada de ayudar —le dije con entusiasmo a Luke—. ¿Este sábado, por ejemplo?

—¿En serio? —Sonaba exultante.

—Sí —confirmé—, puedo estar allí sobre las once si te viene bien.

—Por supuesto —dijo, y me di cuenta de que estaba sonriendo—. Eso sería perfecto. Y conduce directamente hasta la casa. Abriré las puertas para que puedas aparcar aquí.

—Fantástico.

—Estupendo. Nos vemos entonces.

—Nos vemos el sábado.

Colgué justo cuando Jackson llegaba; tenía el ceño fruncido.

—¿Estabas al teléfono? —refunfuñó—. No te pago para que hagas llamadas personales en horas de trabajo, Freya.

Iba a responderle, pero me distraje con la contraportada de la revista que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —Fruncí el ceño.

Hizo una mueca y miró lo que me había llamado la atención.

—¿Qué es qué?

—Eso —señalé.

—La revista *Esquire* —dijo—. ¿Por qué?

Entrecerré los ojos ante el anuncio de loción para después del afeitado que adornaba la contraportada y el modelo semidesnudo estéticamente colocado sobre un barco de aspecto muy elegante. El modelo se parecía mucho a Luke Lonsdale.

—¿Nunca habías visto a un hombre medio desnudo? —preguntó Jackson, examinando el detalle más de cerca—. Este anuncio es de hace unas temporadas, pero sigue

circulando. No puedo creer que nunca lo hayas visto.

—Pues no —dije, extrañada—, pero acabo de quedar el sábado con el tipo que sale en ella.

—Claro que sí —rio Jackson, alejándose de nuevo—. Claro que sí, Freya. Empiezas a sonar tan chiflada como la tía Eloise.

Me di la vuelta rápidamente para ocultar mi risa cuando tropezó con el rastrillo y, por si acaso era poco, Nell le mordisqueó los tobillos.

Capítulo 3

Todas las noches de esa semana me quedé en mis habitaciones, hojeando mis libros y tomando notas sobre posibles plantas e ideas que mejorarían el proyecto de Luke para el jardín de invierno. Puede que aquello no llegara a nada para mí, pero era una distracción bienvenida y hacía que dejara de añorar mi casita y de echar de menos a Eloise.

Hacia el final de la semana, el tiempo se volvió húmedo y, para cuando llegué a las puertas de Prosperous Place el sábado por la mañana, llovía a cántaros. Recogí mi carpeta, mis recortes y mi bolso, y le dije a Nell que íbamos a correr hacia la casa. No le gustaba el tiempo lluvioso y se habría quedado acurrucada en mi cama de buena gana, pero no podía dejarla en Broad-Meadows todo el día. Jackson no habría pensado en sus necesidades.

—Buenos días —dijo Luke cuando salí de la furgoneta y apareció con un paraguas lo bastante grande como para cubrir al menos a cuatro personas.

—Buenos días —le sonreí.

Puede que pareciera un poco mayor que el tipo de la contraportada de la revista de Jackson, pero sin duda era él. No sabía si mencionar que sabía quién era o no.

—Creo que será mejor que empecemos con un café en la casa —sugirió, haciendo un gesto con la cabeza hacia la lluvia—. Según la previsión, hará sol dentro de una hora, así que no tiene sentido mojarse ahora.

Dada la espesa capa de nubes sobre nuestras cabezas, no estaba segura de estar de acuerdo con su predicción, pero me agaché agradecida bajo el paraguas, con Nell pisándome los talones, y lo seguí al interior. Se quitó el abrigo y cogió el mío antes de guiarme a través de la impresionante casa.

—Entra en la cocina —dijo—. Está más calentita.

Hacía un poco de frío, pero la cavernosa cocina, casi tan grande como la de Eloise, era sorprendentemente acogedora.

—Freya —sonrió Kate, poniéndose en pie para saludarme como si fuera una amiga perdida hacía mucho tiempo, en lugar de alguien a quien había conocido brevemente durante un día muy ajetreado—. Ven y siéntate.

—Espero que no te importe que haya traído a Nell —dije en tono de disculpa—, no era práctico dejarla hoy.

Empezaba a tener la sensación de que nunca iba a ser práctico dejarla. Hacía poco había oído a Jackson murmurar algo que sonaba mucho a «llevarte de vuelta al lugar de donde viniste», y si era a ella a quien se refería, sin duda se avecinaban problemas.

—Es más que bienvenida —dijo Kate.

—Me habría decepcionado que no la hubieras traído —dijo Luke, poniéndose en cuclillas para jugar con ella.

Nell rodó sobre su espalda, como si fuera masilla en sus manos.

—Otra mujer que se enamora de tu atractivo —dijo Kate, poniendo los ojos en blanco.

—Sí. —Le guiñó un ojo—. Todavía lo tengo.

Creía que nunca tendría un momento más oportuno para hacer la pregunta que empezaba a quemarme.

—¿Por casualidad fuiste modelo alguna vez, Luke? —pregunté—. Es que el otro día vi un anuncio de *aftershave* en la contraportada de una revista y el tipo que aparecía en él se parecía bastante a ti.

—Sí —dijo, enrojeciendo de una forma adorable—, pero de eso hace ya tiempo, y era solo por dinero.

Mientras nos preparaba el café, me explicó que había sido una forma fácil de saldar sus deudas estudiantiles y llegar a ser lo bastante solvente como para hacer realidad la compra y restauración de la casa de sus ancestros, Prosperous Place.

Me fascinó descubrir que había sido construida por un pariente lejano, un filántropo de la época victoriana llamado Charles Wentworth, propietario de una de las fábricas de calzado de Norwich, y que también había alzado las casas situadas al otro lado de la calle, en Nightingale Square, para uso de sus trabajadores. Recuperar la casa había sido el sueño del padre de Luke, pero tras su muerte, Luke se sintió igualmente fascinado por la historia y decidido a recuperar y restaurar lo que pudiera y también a hacer tantas obras de bien en la localidad como había hecho su antepasado.

—De ahí el Grow-Well —sonrió Kate.

—Y ahora el Jardín de Invierno —añadió Luke.

—Guau —murmuré, asombrada tanto por el pasado como por el presente—. Me he pasado los últimos días investigando sobre los jardines de invierno —les dije a los dos—, pero igual debería haber buscado en Google sobre Prosperous Place y tu familia, Luke. Me encantaría saber más sobre ellos.

—No hay problema —dijo, dejando una taza delante de mí—. Kate y yo podemos contarte lo que quieras saber sobre la marcha.

Sentí una punzada de decepción por no poder participar de verdad en el proyecto, porque parecía absolutamente fascinante.

—Bueno, ¿qué has descubierto en tu investigación? —preguntó Kate, mirando con interés la pila de papeles y mi abultado archivador.

Les mostré mis notas, en las que había ampliado la lista de plantas y árboles que le había mencionado a Luke, y volví a insistir en la importancia del olor y de todos los demás sentidos, y en cómo el uso de la forma y la estructura mejoraría lo que ya había.

—Hablando de estructura —dijo Luke cuando me detuve para tomar aliento—, también he pensado en añadir algunas esculturas.

—Oh —dije, preguntándome qué tendría en mente.

¿Hablaba de encargar algo a medida o de ir al vivero a por unos cuantos gnomos? Esperaba que fuera lo primero. No es que tuviera nada en contra de los gnomos, pero no estaba segura de cómo encajarían en el elegante proyecto del Jardín de Invierno de Prosperous Place que tenía en mente. No es que fuera mi visión la que se iba a crear, pero aun así.

—¿Qué tipo de esculturas? —pregunté.

No tuvo ocasión de contestar porque la puerta de la cocina se abrió de golpe y

entraron corriendo dos niñas pequeñas, seguidas de cerca por una mujer con las mejillas sonrojadas. Nell se arrellanó aún más bajo mi silla y yo apoyé la pierna en ella para asegurarle que todo iba bien. Estaba claro que yo no era la única que se había acostumbrado demasiado a su propia compañía.

—¡Nos morimos de hambre! —gimió la mayor—. ¿Ya es hora de comer?

—Lo siento —se disculpó la mujer, alzando a la pequeña, que reconocí como Abigail —. No querían esperar.

Miré el reloj y me sorprendí al ver que ya había pasado la hora de comer. Habíamos estado hablando mucho más tiempo de lo que pensaba.

—Es culpa mía —dije—. Creo que me he dejado llevar un poco.

—En absoluto —dijo Kate—. Tu entusiasmo es contagioso, Freya.

—Y tú sí que sabes de lo que hablas —dijo Luke, cogiendo a Abigail de manos de la otra mujer antes de acomodarla en una trona y entregarle un palito de pan, que ella aniquiló de inmediato golpeándolo contra la bandeja.

—Esta es Carole —dijo Kate, presentándome a la mujer—. Vive en Nightingale Square y forma parte de la cuadrilla del Grow-Well.

—Conociste a su marido, Graham —dijo Luke—, en la jornada de puertas abiertas.

—Ah, claro —dije, poniéndome en pie para estrechar la mano de la mujer, lo cual era un poco formal, pero tenía la sensación de que era alguien que apreciaba una buena primera impresión. Iba vestida de forma casi idéntica a la de su marido. Solo le faltaba la placa con su nombre—. Encantada de conocerla.

—Igualmente, querida.

—También es el pegamento que mantiene al comité del Grow-Well en pie, a las chicas a raya y a casi todo lo que hay por aquí funcionando como una máquina bien engrasada —sonrió Luke.

Carole parecía complacida.

—No sé de qué hablas —se sonrojó—, pero me gusta aportar mi granito de arena.

—Más que eso —dijo Kate—, y todos te queremos por ello.

—Y yo soy Jasmine —dijo la niña mayor, tendiéndome la mano para que se la estrechara e imitando lo que acababa de hacer con Carole.

—Y yo también estoy encantada de conocerte —dije, estrechándola pero no con tanta firmeza.

—¿Cómo está usted? —preguntó con voz tonta y pija.

—Muy bien —la imité, haciéndolos reír a todos—. ¿Y usted?

Jasmine se deshizo en risitas y Abigail me ofreció el extremo empapado de su palito de pan, lo cual me hizo sentir como en casa.

—Volveré a por las niñas dentro de un rato —dijo Carole—, así podréis echar un vistazo por el jardín en paz. Por cierto, ha dejado de llover, pero está todo mojado. Necesitaréis botas de agua.

Afortunadamente, había guardado las mías en la furgoneta. Rara vez viajaba sin ellas y ninguna de mis prendas se oponía a un poco de barro. Mi viejo Barbour arrugado y mis gastados jerséis y vaqueros eran, en general, lo más sofisticado que llevaba.

—Gracias, Carole —dijo Kate.

—¿Has visto a los gatos? —le preguntó Luke, tendiéndole a Abigail otro panecillo porque había empezado a reclamar el de su hermana en cuanto me había entregado el suyo.

—Los dos dormidos en la cabaña —dijo Carole—. Nos vemos en un rato.

Después de almorzar sopa casera y un pan delicioso que, según me contó Kate, procedía de una panadería estupenda, donde lo había horneado otro residente de Nightingale Square, Carole volvió a por las niñas y los tres salimos al jardín. Estaba lleno de charcos que se acumulaban en los caminos, y todo parecía empapado, desamparado y necesitado de una buena poda, y de cuidado y cariño en general.

—Este clima ha ayudado a la maleza —comentó Luke, agachándose para arrancar un ejemplar especialmente grande.

—Creo que ya hemos llegado al final del verano —coincidí—. Antes de que nos demos cuenta, será hora de plantarlo todo y, con suerte, hacer que crezca el Jardín de Invierno.

Ambos parecían entusiasmados ante la perspectiva, aunque no estaban muy seguros de cómo hacerlo.

—¿Estás completamente segura de que no puedo tentarte con esa oferta de trabajo? —preguntó Luke cuando ya terminábamos la visita, después de haber echado un vistazo a una zona que me había perdido antes y que, según Kate, era una alfombra de campanillas de invierno florecida—. Todavía sigue en pie, ¿sabes?

—Nos encantaría tenerte en el equipo —dijo Kate, enlazando su brazo con el mío.

Empezó a llover de nuevo, así que echamos a correr hacia la casa mientras el corazón me daba un vuelco. Me entristecía no haber visto el Grow-Well, pero al menos sería la excusa perfecta para volver.

—Dijiste que administras un jardín en Suffolk, ¿verdad? —preguntó Luke, ofreciéndome una silla en la mesa de la cocina una vez que nos hubimos quitado las botas de agua embarradas junto a la puerta trasera y retomamos la conversación—. En la finca Broad-Meadows.

Tenía muy buena memoria.

—Así es —confirmé.

—¿Y te gusta estar allí? —preguntó Kate, como si esperara que la respuesta fuera negativa.

—Sí —suspiré—, pero es complicado.

Mientras tomábamos té con un trozo de bizcocho Victoria —otra delicia de la panadería—, les conté que tal vez me quedase sin empleo pronto y que actualmente vivía en mi lugar de trabajo. No entré en detalles sobre cómo había conocido a Eloise porque no venía al caso.

—Total —les dije—, que pronto perderé tanto mi trabajo como mi casa, y no puedo considerar otro puesto a menos que me ofrezcan un lugar donde vivir.

Nadie dijo nada durante unos segundos, pero la pareja cruzó una mirada, Luke enarcó las cejas y Kate asintió. No tenía ni idea de lo que significaba aquel intercambio silencioso, pero estaba claro que ellos sí.

—¿Me disculpáis un momento? —dijo Luke. Se puso en pie y salió.

Había vuelto antes de que me bebiera la segunda taza de té que Kate me había

preparado y parecía bastante satisfecho de sí mismo.

—¿Y bien? —preguntó Kate.

—Podemos ir cuando estemos listos —respondió—. Suponiendo que Freya quiera —señaló.

—¿Suponiendo que Freya quiera qué? —pregunté, dejando mi taza.

Luke se volvió para mirarme.

—Vale —dijo, y tomó aire—. Permíteme asegurarme de que tengo tu situación actual de trabajo y alojamiento perfectamente clara en mi cabeza, Freya.

—Vale —dije, mirando de él a Kate.

—Por lo que nos has contado, creo que podrías estar interesada en venir a trabajar aquí y ayudarnos a montar el Jardín de Invierno, ¿no?

—Sí —dije enseguida, porque estaba sumamente interesada—. Si no fuera porque no tengo dónde vivir —me apresuré a añadir, por si acaso—, me vendría aquí como una flecha.

—¿Y crees que te gustaría quedarte para gestionar el jardín y los terrenos una vez hayamos creado el Jardín de Invierno?

—Por supuesto —dije, confusa—. Es un espacio precioso. Cualquier jardinero estaría orgulloso de mantenerlo, pero eso no cambia el hecho...

Luke negó con la cabeza.

—Acompáñanos —dijo, tendiéndole la mano a Kate, que se levantó para seguirlo—.

Y no pongas esa cara de preocupación —me dijo—, porque creo que hemos encontrado la solución perfecta.

Dejaba de llover cuando hicimos el corto trayecto a través de la carretera hasta Nightingale Square, donde había media docena de bonitas casas construidas alrededor de un parque. Todas parecían en buen estado y la plaza estaba bien cuidada.

—Aquí es —dijo Luke, abriendo la puerta de la segunda casa a la derecha—. ¿Te gustaría vivir aquí, Freya? El alojamiento sería parte de tu sueldo.

—No lo entiendo —dije cuando se abrió la puerta y un señor mayor nos hizo pasar.

—Entra antes de que empiece otra vez —insistió—. Y límpiate los pies. Qué perro más adorable —añadió, acariciando la cabeza de Nell.

Parecía tan insegura de todo como yo.

—Pasad a la sala —dijo, haciéndonos entrar antes de que pudiera recuperar la cordura —, y podremos hablar como es debido. Por la expresión de tu cara, querida, me atrevería a decir que no tienes ni idea de lo que está pasando, ¿verdad?

—No. —Tragué saliva.

—Ni la más mínima idea —se rio—. Soy Harold, por cierto.

Tras rechazar educadamente su oferta de tomar otro té y una salchicha fría que le había sobrado de la comida para Nell, nos sentamos los cuatro en el salón, que tenía un gran ventanal con vistas a la plaza, y Kate insistió en explicarlo todo porque sabía que el entusiasmo de Luke se apoderaría de él y acabaría omitiendo algunas cosas.

—¿Ves la casa de al lado? —me dijo, haciéndome señas para que mirara la preciosa casa contigua a la de Harold.

—Sí.

—Bueno, es mía —me dijo—. La compré cuando me mudé aquí desde Londres, antes de conocer a Luke. Luego, cuando me mudé con él a Prosperous Place, decidí quedármela y alquilarla. Ahora vive allí una joven encantadora llamada Poppy con su hermano, Ryan.

—Vale —dije, aún sin ver cómo eso podía estar relacionado conmigo, o cómo explicaba por qué estaba sentada en casa de Harold cuando debería estar pensando en volver a Suffolk.

—Como formaba parte del imperio Wentworth original, a falta de una palabra mejor —no pudo resistirse Luke a intervenir—, a Kate le pareció que estaría bien conservarla y considerarla una extensión de Prosperous Place.

—Bien —dije.

—Y ahora voy a mudarme a una residencia asistida —añadió Harold—, así que voy a venderle mi casa, en la que ha vivido mi familia desde que Charles Wentworth la construyó, a Luke.

—Entonces, ¿es otra pieza del legado del señor Wentworth que vuelve al redil? —adiviné—. ¿Será otra extensión de Prosperous Place, como tu casa, Kate?

—Exacto —dijo ella—. Y el plan era alquilarla, pero...

—Pero, como necesitas un lugar donde vivir —añadió Luke—, y Kate y yo queremos que aceptes el trabajo de jardinera jefe y directora del proyecto del Jardín de Invierno, pensamos que sería perfecta para ti.

En teoría, sonaba maravilloso y mi corazón saltaba ante la perspectiva, pero si aceptaba, ¿iba a saltar de la sartén al fuego? Al fin y al cabo, por muy encantadores que fueran Luke y Kate, el arreglo podría acabar llevándome al mismo lío al que me enfrentaba ahora si las cosas no funcionaban.

—Todo sería legal —dijo Kate, captando el motivo de mi reticencia—, tendríamos un contrato debidamente redactado, junto con un contrato de arrendamiento.

—No es que no confíe en ti —empecé.

—Lo sabemos —sonrió—, pero también comprendemos que las circunstancias a las que te enfrentas ahora te hagan recelar de la posibilidad de enfrentarte a una situación similar en el futuro, por lo que podemos tomar medidas para garantizar que eso no ocurra.

Asentí y solté un suspiro, tratando de asimilarlo todo.

—Pero no sabéis nada de mí —dije, aún decidida a no dejarme arrastrar—. No me habéis pedido referencias o recomendaciones, ni mi experiencia ni nada en realidad.

—Sabemos lo suficiente —dijo Kate—. Creemos mucho en nuestro instinto.

Sonaba igual que Eloise, y de nuevo pensé en cómo esta oferta de trabajo y hogar se hacía eco de la anterior.

—Y tengo que admitir que he averiguado algo sobre ti, gracias a una rápida búsqueda en internet —admitió Luke—. Encontré información sobre la jornada de puertas abiertas de Broad-Meadows el verano pasado, junto con tu entrevista en la prensa local. Era una lectura impresionante y las fotografías eran maravillosas.

Eloise había abierto el jardín con fines benéficos e insistió en que el artículo del periódico se centrara en el jardín y en mi trabajo en él, más que en la historia de su vida.

—Ya veo —dije.

—Mira —dijo Luke—, no digas nada todavía. Deja que Harold te muestre el lugar y luego vuelve a la casa. Sé que es una gran decisión para ti.

—Enorme —coincidió Kate.

—Y no hay prisa —añadió Luke con un brillo en los ojos.

—Pero te gustaría empezar el proyecto del Jardín de Invierno a tiempo para tener algo que enseñar pronto —sonreí, haciendo una suposición calculada—, ¿verdad?

—Exacto —sonrió él mientras Kate negaba con la cabeza.

—Nos vemos dentro de un rato —dijo, conduciéndolo a la salida—. Y a pesar de lo que dice Luke, de verdad que no hay presión.

Harold me enseñó orgulloso la casa, señalándome la habitación donde había nacido y explicándome que la mayoría de los muebles y parte del contenido se quedarían, ya que no iba a tener sitio para ellos.

—No sé qué te parece —dijo, mirando la cocina. Estaba claro que hacía tiempo que no se había reformado; en ella abundaban los muebles de pino anaranjado y los recipientes de cerámica de Hornsea—. Supongo que nada de esto está de moda ya.

—Al contrario —le dije—. Esta cocina está de moda, Harold. El *look* retro es muy popular ahora mismo.

—Entonces, ¿no iría todo directo a la basura? —preguntó con la voz un poco temblorosa.

—En absoluto —lo tranquilicé—. No tiraría nada de eso. Al menos, no si me mudo. Entre tú y yo, no tengo muchos muebles ni posesiones materiales. Siempre he viajado ligera de equipaje, así que cualquier cosa que me dejaras sería bienvenida.

Harold se alegró mucho ante mi respuesta. Atravesamos el comedor y volvimos al salón, donde había tenido la amabilidad de encender el fuego eléctrico para Nell porque le parecía que tenía un poco de frío.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Vas a aceptar el trabajo?

—Desde luego, voy a pensármelo seriamente —le dije.

—Si yo fuera tú, se lo arrebataría de las manos —dijo con firmeza—. No encontrarás un lugar mejor para vivir ni una familia mejor para la que trabajar.

Le di las gracias y Nell y yo regresamos a Prosperous Place. Si aceptaba la oferta de Luke y Kate, mi trayecto diario al trabajo sería apenas más largo que el actual. La pareja me había dado mucho en que pensar.

Después de la llamada de Luke pidiéndome que volviera, me había preguntado si la oferta de trabajo seguiría en pie, pero ni por un segundo había especulado con que podría haber un alojamiento que la acompañara, ¡y menos, una casa entera enfrente del bonito jardín de Nightingale Square!

—Entonces —dijo Luke, balanceándose sobre sus talones desde donde me esperaba en el camino—, ¿qué te parece?

—La casa es preciosa —le dije—, y es una oferta muy tentadora.

—Y puedo enviarte un correo electrónico con los detalles del salario, las vacaciones y demás, esta tarde si quieres.

Kate salió de casa con Abigail en brazos. La niña tenía las mejillas sonrojadas, como si

acabara de despertarse, y probablemente así era.

—Eso sería genial —asentí—. Gracias.

—Entonces, hay alguna esperanza —dijo Luke, y se mordió el labio.

—Siempre hay esperanza —respondí—. Y os prometo que no os dejaré esperando —añadí, dirigiéndome a los dos.

—De verdad espero que digas que sí, Freya —reiteró Luke.

—Y, por supuesto, estaremos encantados de que traigas a Nell —añadió Kate.

Ojalá fuera mía.

—Tenéis pinta de ir en un *pack*, y ella sería una incorporación maravillosa a nuestra comunidad, como tú.

Les di las gracias, besé a Kate en la mejilla antes de acordarme de recoger mis botas de agua y los papeles, y volví a subir a la furgoneta, acomodando a Nell a mi lado.

—Hasta pronto —dijo Luke, esperanzado, mientras me despedían.

Les devolví el saludo y salí a la carretera antes de encender la radio. De algún modo había vuelto a Radio Suffolk, aunque estábamos en Norfolk y a pesar de que no había vuelto a sintonizarla desde que se había reiniciado misteriosamente después de pedirle una señal a Eloise.

—Gracias, Eloise —reí al aire que me rodeaba—. Mensaje recibido y entendido.

Capítulo 4

Nunca me había gustado acostarme tarde, ni siquiera cuando estaba de vacaciones. Tampoco veía necesario perder la costumbre de poner el despertador. Si estaba despierta, me levantaba y me ponía en marcha, fuera el día de la semana que fuera. Sin embargo, después de un comienzo de fin de semana tan abrumador, me permití empezar despacio el domingo. Y no es que eso no fuera productivo.

Luke y Kate no perdieron el tiempo y me enviaron por correo electrónico los detalles prometidos sobre el salario, las vacaciones y otras muchas ventajas de las que disfrutaría si decidía aceptar su oferta de empezar una nueva vida en Prosperous Place. Los detalles resultaron muy agradables de leer.

Lo único que temía era no estar a la altura y defraudar a Luke. Cuando Eloise estaba viva, siempre me sentí más que capaz, pero los mordaces comentarios de Jackson sobre mi falta de formación y de títulos oficiales me fastidiaban en los momentos bajos, cuando más echaba de menos a mi amiga.

En el fondo, sabía que él había sembrado el miedo para mantenerme en mi puesto y tenerme a raya mientras vendía la finca, pero había hecho bien su trabajo y mi confianza había caído justo cuando más la necesitaba. Tendría que esforzarme si no quería dejar pasar la generosa oferta de Luke y Kate.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Nell, esperando que me animara, mientras estiraba las piernas hacia donde ella estaba acurrucada en el extremo de la cama y le daba un suave empujón—. ¿Crees que deberíamos irnos?

Batió la cola, y no estaba segura de si era una ilusión mía o no, pero parecía haber algo del antiguo brillo perdido en sus ojos. No había estado tan comunicativa desde que perdió a su ama y entró en su periodo de luto.

Volví a mirar los detalles que llenaban la pantalla de mi teléfono y solté un gemido cuando apareció un recordatorio para llamar a casa. Por mucho que me resistiera a hacerlo, sabía que no podía seguir posponiéndolo. Hacía ya seis semanas que las llamadas quincenales a mis padres habían desaparecido y, si lo dejaba para más tarde, lo más probable era que empezaran a llamarme o, peor aún, que aparecieran en persona. Sin pensarlo, me apresuré a pulsar el número de casa.

—Freya —respondió mi madre con un tono lleno de alivio—. Por fin. Te habíamos dado por perdida. Pensábamos ir esta tarde a ver qué pasaba.

Oí de fondo la voz grave de mi padre, que le daba la razón, y di gracias a Dios por haberme recompuesto y haber llamado justo a tiempo.

—Quería llamar —mentí, evitando la mirada cómplice de Nell—, pero he estado muy ocupada por culpa del calor.

—Me lo imagino —me sorprendió mamá.

Normalmente, cuando hacía algún comentario sobre mi carga de trabajo, su réplica habitual era que era culpa mía por encargarme de semejante superficie yo sola. Mis padres dirigían una empresa de diseño paisajístico de lujo y sabían muy bien cuántas

horas de mantenimiento semanal y qué tamaño de equipo se necesitaba para gestionar eficazmente un lugar del tamaño del que yo trabajaba.

Ni ella ni mi padre habían ocultado que se sintieron muy decepcionados cuando dejé de trabajar para ellos, abandoné el *software* de diseño hortícola y cogí la pala. A ellos no les gustaba ensuciarse las manos y optaban por la gestión de proyectos a distancia, mientras que yo había descubierto que seguía necesitando una conexión más estrecha con la naturaleza, una dosis diaria de cosas verdes creciendo, para mantener la mente equilibrada.

Nunca le habían perdonado a Eloise que me ofreciera la oportunidad de volver, literalmente, a mis raíces, después de haber roto mi compromiso. No importaba cuántas veces les dijera que ella no tenía nada que ver con mi decisión de no casarme, no me creían. Para ellos, todo era demasiada coincidencia y yo hacía tiempo que había renunciado a intentar convencerlos de lo contrario.

—Diría que ahora tienes que hacer todo lo posible por mantenerlo todo impecable, ¿no? —continuó mamá, sorprendiéndome aún más con su tono casi comprensivo—. Bueno, todo lo impecable que puede una sola persona en un terreno de ese tamaño.

Eso ya era más propio de ella.

—Jackson no querrá nada fuera de su lugar cuando empiece a enseñar la casa a los posibles compradores, ¿verdad?

Estaba claro que ya se había enterado de la venta. No debería haberme sorprendido; ella y papá tenían contactos en todas partes cuando se trataba de ventas de propiedades que incluían más de unas pocas hectáreas. Siempre estaban a la búsqueda del siguiente proyecto potencial y de clientes con bolsillos lo bastante llenos como para hacer realidad sus visiones, así que estaban obligados a enterarse más pronto que tarde. En este caso, enseguida.

—No puedo negar —continuó mamá con nostalgia— que me preguntaba si, unidos por el dolor, Jackson y tú habríais formado algún tipo de alianza.

No malgasté saliva diciéndole que Jackson no había estado de duelo, pero me apetecía cortarle el rollo porque la idea de formar cualquier tipo de alianza con él me hacía generar bastante bilis.

—¿Cuándo te enteraste de que vendía? —pregunté.

—Oí un rumor hace un par de semanas —dijo—. Y tu padre y yo hemos estado esperando tu llamada desde entonces.

—¿Por qué? —contesté—. No habría llamado para decírtelo aunque lo hubiera sabido, ya sabes que cotillear no es mi estilo.

—No estaba sugiriendo eso —me espetó con brusquedad.

—¿Por qué, entonces?

—Para que preguntes si puedes volver a casa, por supuesto. También he oído que Jackson ya te ha sacado de esa casita de mala muerte para sacarle un poco de dinero, por lo tanto, supongo que tus servicios van a ser excedentes pronto también. Está obligado a contratar tu trabajo. ¿Dónde te ha puesto? ¿En el establo?

Nunca dejaba de sorprenderme lo que era capaz de averiguar. Apuesto a que se había enterado a través de la agencia de limpieza que Jackson había contratado.

—Es imposible que me contrate —dije—. No querría correr con los gastos y, por lo que sabes —añadí, más por dignidad que por otra cosa—, quienquiera que compre el lugar podría querer mantenerme. Y no estoy en la cuadra, tengo habitaciones en la casa.

—Aunque quisieran mantenerte —señaló mamá con molesta precisión—, no puedo imaginar que quisieras trabajar allí para otra persona, ¿verdad? ¿Y si quisieran cambiar las cosas? Dios sabe que al lugar le vendría bien una reforma, pero no creo que quieras involucrarte en ello, ¿verdad, Freya?

Ver a Jackson sentado en el escritorio de Eloise por las mañanas ya era bastante difícil; la idea de que otra persona me diera instrucciones para hacer cambios en el jardín era insoportable. Aunque amaran el lugar como había hecho Eloise, seguro que querrían dejar su propia impronta en él, ¿no?

—Claro que no —suspiré, rindiéndome—. Lo odiaría.

Por un momento, me había olvidado de mi posible nuevo reto y de mi posible nuevo hogar. Menos mal que tenía una perspectiva interesante y, si era lo bastante valiente para aceptarla, no tendría que esperar a saber qué iba a pasar con la finca una vez que Jackson hubiera depositado su fortuna y regresado a Estados Unidos. De hecho, según mi contrato informal con Eloise —ese que tanto se empeñaba en blandir delante de mí—, oficialmente no tendría que esperar apenas nada antes de marcharme.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo mamá con suficiencia—. Tendrás que venir a casa, ¿no?

Parecía demasiado contenta de que mi estancia en Broad-Meadows llegara a su fin, pero no sentí ninguna tentación de contarle lo que iba a hacer después. No se lo diría a nadie hasta que lo pensara mejor y compartiera mi respuesta, fuera cual fuese, con Luke y Kate.

—Y cuando lo hagas —prosiguió—, pronto descubrirás que tu padre y yo tenemos justo lo que necesitas para volver al buen camino.

No sabía que me había salido de él.

—Tenemos un proyecto en curso en Wellington en el que puedes trabajar —dijo—. Será un contrato de dieciocho meses.

—Al menos —oí decir a papá de fondo.

—Al menos —reiteró mamá, por si no lo había oído.

—Wellington —repetí.

—Sí —dijo ella—. Ya sabes, la capital de Nueva Zelanda.

Por supuesto, sabía dónde estaba Wellington. Hacía apenas una semana que había llamado por videoconferencia a mi ex, que se había trasladado allí.

La empresa familiar de Peter pertenecía al mismo sector que la mía y nos habíamos conocido a través de un proyecto de trabajo. Sabía muy bien que nuestros intereses empresariales comunes eran una de las razones por las que mis padres habían deseado tanto que nos casáramos. Creo que, más bien, les apetecía una futura fusión que mezclara algo más que la sangre.

Me daba la impresión de que, ahora que mamá sabía que Jackson no era un buen candidato, esperaba que me planteara reformar mi «*alianza*» con Peter. Si ese era el camino por el que esperaba empujarme de nuevo, se iba a llevar un buen chasco. Puede que siguiéramos siendo amigos, pero no había ningún sentimiento romántico entre

nosotros.

—Bueno —dije, jugueteando con mi pelo y decidiendo que no era el momento de ponerla en su sitio—, desde luego que me lo pensaré.

—Sí —dijo, complacida—. Un nuevo comienzo lejos de Suffolk es justo lo que necesitas.

Tenía razón, por supuesto, pero yo estaba considerando la posibilidad de cruzar la frontera del condado, en lugar de viajar al otro lado del mundo.

—Vamos —le dije a Nell una vez que conseguí que mamá colgara, y envié un mensaje de texto a Peter advirtiéndole de que estuviera atento a cualquier indicio de romance reavivado que mis padres pudieran estar a punto de empezar a enviarle—. Vamos a hablar con Eloise.

Mi sitio habitual, junto a la cabeza de Eloise, estaba demasiado mojado para sentarme, así que Nell y yo utilizamos el banco más cercano.

—Gracias por la señal, Eloise —dije en voz alta, agradecida de que no hubiera nadie más que pudiera oírme por allí.

La misa de la mañana había terminado y, sin duda, todo el mundo se había apresurado a preparar el asado del domingo.

—Como seguro que ya sabes, nos ha llevado a Nell y a mí a un lugar bastante especial. —Imaginé a mi vieja amiga sonriendo y asintiendo—. Y por muy maravilloso que sea, y por muy emocionada que esté de tener la oportunidad de pensar en aceptarlo, sigo sintiendo mucho lo de Jackson y su decisión de vender. Sé lo mucho que querías mantener la propiedad en la familia. Mi única esperanza ahora es que el próximo propietario ame el lugar tanto como tú, Eloise.

Dejé mis pensamientos vagar, reflexionando sobre lo que mamá había dicho, y escuché el suave susurro de los árboles, disfrutando la sensación de la suave brisa que agitaba mi pelo mientras volvía la cara hacia el sol.

—Y justo por eso —continué, un poco más cerca de tomar una decisión—, no me ofreceré a quedarme cuando Jackson haga la venta. Los nuevos propietarios seguramente querrán hacer cambios —tragué saliva—, y, aunque acaben siendo maravillosos, no quiero ser en modo alguno responsable de ellos.

El hecho de que me hubiera enviado la señal que le había pedido era prueba suficiente de que Eloise sí lo entendía, y no pude evitar pensar que el tono de mi pequeño monólogo hacía que pareciera que había reunido todo mi valor, dejado de lado los intentos de Jackson por derribarme y decidido lo que iba a hacer.

Sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima, respiré hondo y volví a la furgoneta.

—Hola, Luke. —Tragué saliva—. Soy Freya.

Había planeado hacer la llamada cuando volviera a casa, pero cuando me decidí, no pude esperar ni un segundo más y llamé desde donde había aparcado en la iglesia.

—Freya —dijo—, hola. No esperábamos que llamaras tan pronto. Kate está aquí. Voy a ponerte en el altavoz. Espera.

—Hola, Freya —dijo Kate—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —dije, asintiendo aunque ella no podía verme—. De hecho, genial. No estoy interrumpiendo tu almuerzo ni nada así, ¿verdad?

Oí a las niñas de fondo.

—No —dijo Kate—, comeremos más tarde.

—Vale —dije—, genial. Probablemente yo también haga lo mismo hoy.

Hubo un momento de silencio y entonces habló Luke.

—Mirad, vosotras dos —dijo, nervioso—, por muy bonita que sea esta pequeña charla, ¿podemos ir al grano?

Ni Kate ni yo pudimos evitar reírnos.

—Lo siento —dije.

—La verdad es que estamos en ascuas —dijo Kate, y me di cuenta de que sonreía—. Luke incluso tiene los dedos cruzados.

—¿En serio? —Volví a reírme.

—De verdad.

—Entonces —dijo—, ¿llamas con buenas o malas noticias?

—Buenas —dije, decidiendo sacarlo de su miseria—. Bueno —añadí—, buenas para mí, y espero que también para ti.

Rápidamente ahuyenté el miedo a no ser lo bastante buena, que seguía empeñado en asomar su fea cabeza.

—¿Vas a venir? —preguntó Luke.

—Sí —dije con firmeza—. Me gustaría aceptar tu oferta de trabajo y casa en Nightingale Square.

Luke soltó un grito de alegría tan fuerte que hizo que Abigail —al menos, creo que era Abigail— empezara a llorar.

—Eso es genial, Freya —dijo Kate—. Fantástica noticia.

Lo era, así que no tenía ni idea de por qué me encontraba al borde de las lágrimas.

—¿Y te parecía bien todo lo del correo electrónico? —preguntó mientras Luke hacía ruidos tranquilizadores de fondo—. El salario, los términos y demás.

—Sí —dije—, más que bien, que es más de lo que estará mi actual jefe cuando le diga que me voy.

Le había contado a Kate un poco más sobre mi tiempo trabajando con Eloise y cómo contrastaba con trabajar para Jackson.

—No te preocupes —dijo Luke—. No esperamos referencias. Tu experiencia habla por sí sola.

—Junto con tu instinto —le recordé, apartando una lágrima de felicidad y sentándome más erguida, pues sabía que tenía razón: estaba a la altura de la tarea.

—Exacto —se rio—. Entonces, ¿cuándo puedes venir?

—Bueno —dije, repasando mentalmente las fechas—, siempre y cuando podamos arreglar todo el papeleo y Harold esté felizmente instalado en su nuevo hogar, puedo ir a finales de mes. Solo tengo que avisar con una semana de antelación por cada año que he trabajado en Broad-Meadows, así que son tres semanas en total.

—Es el fin de semana de Halloween —dijo Kate, revolviendo los papeles—. Podemos tenerlo todo redactado y firmado para entonces, y Harold se muda el próximo fin de

semana, así que eso me dará tiempo para arreglar un poco la casa.

—Por favor, no te preocupes por eso, Kate —insistí—. Todo me pareció bien.

—Quizá tenga que pasar un poco la aspiradora —dijo.

—No sabes cuánto nos alegramos, Freya —dijo Luke.

No me lo podía creer. Estas maravillosas personas habían aterrizado en mi vida y habían resuelto de un plumazo mis problemas de empleo y vivienda.

—No os defraudaré —les dije, con las lágrimas acumulándose en mis ojos—. El Jardín de Invierno va a ser maravilloso.

Oí cómo Abigail subía el volumen de nuevo y sentí que estaba a punto de igualarla.

—La verdad es que no lo dudo —dijo Kate, alzando la voz por encima del barullo—, y estoy deseando verlo. Te enviaré un correo electrónico con más detalles en un rato, ¿vale?

—De acuerdo —dije—, y gracias.

—Adiós por ahora —dijeron juntos.

—Adiós —les dije—, nos vemos a final de mes.

—Nos vemos el treinta y uno.

Terminé la llamada y sollocé un poco antes de conducir de vuelta a Broad-Meadows. Nell apoyó la cabeza en mi regazo y me pregunté qué iba a hacer con ella ahora que había decidido mudarme.

De vuelta en casa, intenté subir sigilosamente a mi habitación, pero mi plan se frustró porque Jackson estaba en la cocina e insistió en que me uniera a él para comer. Me pareció una agradable invitación a socializar, pues también incluía a Nell en la fiesta, pero me mantuve alerta, y menos mal, porque apenas había terminado de trinchar el filete de ternera —muy mal—, cuando me di cuenta de que se trataba de una comida de trabajo y de que los emocionantes pensamientos que quería tener sobre mi nuevo trabajo y mi nuevo hogar iban a tener que esperar.

—Creo que ya es suficiente —sonrió Jackson cuando terminó de enumerar una lista de tareas para la semana siguiente, muy pocas de las cuales tenían que ver con la función para la que me habían contratado.

—Yo diría que sí —dije, inflando las mejillas—. Solo espero que puedas encontrar a alguien en tan poco tiempo para que se encargue de ellas. Tengo más que suficiente para mantenerme ocupada en el jardín y, claro, dejaste marchar al ama de llaves, ¿no?

Jane Taylor había trabajado para Eloise durante décadas, pero Jackson la había despedido a los pocos días de su llegada. Mucho antes de conocer el lugar y el trabajo que suponía cuidarlo, había considerado que no necesitaba personal doméstico interno. La agencia que había contratado desde entonces para limpiar, y de la que sospechaba que chismorreaba, era como mínimo chapucera.

—Espero que me ayudes, Freya —me dijo con una mirada desafiante—. Después de todo, ahora también vives aquí.

Me mordí el labio, decidida a no decírselo todavía.

—En lugar de cobrarte alquiler, necesito que ayudes en la casa.

Lo que quería decir era «hacer la mayor parte del trabajo de Jane».

—Y tú tendrás que irte —dijo, mirando a Nell y dirigiéndose a ella en un tono

completamente distinto al tono con el que la había saludado minutos antes—. No puedo tenerte desordenándolo todo. ¿Recuerdas de qué casa de acogida vino, Freya? Con un poco de suerte, podrían volver a acogerla.

Eso fue todo. Tiré la servilleta y empujé la silla hacia atrás. Mi determinación de no compartir la noticia acababa de saltar por la ventana.

—No te preocupes por Nell —le dije—. Me la llevaré conmigo.

—¿Llevártela? —Frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir? ¿A dónde vas?

—Voy a presentar mi dimisión, Jackson —le dije—. Iba a decírtelo mañana, cuando hubiera podido escribir mi carta de dimisión, pero tu aborrecible actitud me ha obligado.

Abrió y cerró la boca un par de veces, enrojeciendo por momentos.

—Pero no puedes irte —farfulló—. Te necesito aquí para cuidar el jardín. Dentro de unas semanas vendrán posibles compradores y el césped aún estará creciendo.

—No es mi problema. —Me encogí de hombros.

—No puedes tener otro trabajo ya —me dijo, mirándome con una expresión de fastidio y curiosidad—, no has tenido tiempo y no me han pedido referencias.

—A dónde voy y qué voy a hacer no es asunto tuyo —le dije—, y no tienes por qué asustarte, no me voy con efecto inmediato.

—Claro que no —dijo, aún más molesto—, no puedes porque tienes que dar aviso.

—Así es —asentí.

—Así es —repitió.

—Tres semanas —sonreí.

—Tres semanas —se atragantó—. ¡No puede ser!

—Una semana por cada año que he trabajado aquí —le dije—. Eso es lo que acordamos tu tía y yo y eso es lo que voy a cumplir. Está todo en mi contrato. Aunque, como te empeñas en recordarme, no sea legalmente vinculante.

Estaba segura de que recibiría algo mucho más formal de Luke y Kate y, teniendo en cuenta lo que había ocurrido aquí, me alegraba. Había sido un poco ingenua cuando me mudé a la finca, pero ni Eloise ni yo habíamos previsto que se produjera una situación así cuando me contrató.

—Voy a comprobarlo —dijo Jackson con amargura—. Voy a comprobarlo ahora mismo. —Se levantó de un salto de la silla y salió furioso de la cocina—. ¡Y saca a ese maldito perro de aquí! —gritó por encima del hombro.

—¡Con mucho gusto! —grité, corriendo a darle un abrazo a Nell.

Capítulo 5

Aunque en el fondo sabía que contaba con la bendición de Eloise para dejar Broad-Meadows y aceptar el nuevo reto de vivir en Nightingale Square y trabajar en los jardines de Prosperous Place, me preguntaba cómo me sentiría cuando llegara el momento de entregar las llaves.

Había aprendido mucho sobre mí misma durante los tres últimos años y quería al jardín como a un viejo amigo. Me había ofrecido consuelo en los días más oscuros y un apoyo tranquilo y amable que no estaba segura de encontrar en ningún otro sitio, y menos en la bulliciosa ciudad. Sin embargo, no tenía por qué preocuparme por cómo me las iba a arreglar con tanta compañía, porque casi cada segundo que había pasado desde que le dije a Jackson que me iba, él me había estado pisando los talones, vigilando cada uno de mis movimientos y registrando cuánto tardaba en concluir cada tarea.

No tenía ni idea de si lo que le preocupaba era cobrarse mi sueldo o que yo saliera por piernas con la plata de la familia —que no es que hubiera mucha—, y desde luego no iba a darle la satisfacción de preguntárselo, pero su sombra me parecía innecesariamente invasiva, y cuando por fin llegó el día de marcharme, envuelto en una bruma otoñal que me robó el último vistazo al lugar, me sentía más que preparada para irme.

—Vamos, Nell —dije, abriendo la puerta de la furgoneta, y la metí en el espacio para los pies del pasajero mientras otro vehículo hacía una aparición siniestra entre la niebla —, es hora de irnos.

No había sitio para ella en la parte de atrás, además, no le gustaba ir detrás de mí. Siempre había preferido ir de copiloto, pero la plétora de cajas que contenían nuestros bienes mundanos y algunos muebles no le dejaron más remedio que acurrucarse bajo el salpicadero en este viaje a Norwich.

Entre mis escasas pertenencias también había añadido una colección de esquejes de las plantas favoritas de Eloise. Los habíamos cogido juntas antes de replantar a sus padres en los arriates nuevos, como si quisiéramos reservarlos, y ahora se venían conmigo a Nightingale Square para recibir cuidados y para me ayudaran a llenar el hueco en forma de Broad-Meadows que se había formado en mi corazón.

—Veremos si podemos parar y estirarnos un poco cuando estemos a mitad de camino —le dije a Nell mientras enroscaba sus ágiles extremidades a su alrededor y yo cerraba la puerta con suavidad—. No está lejos, pero no queremos que te den calambres, ¿verdad?

El otro vehículo, una furgoneta que por desgracia reconocí, se detuvo a mi lado y Jackson bajó corriendo los escalones de la casa, con una expresión de victoria iluminando sus rasgos de suficiencia. Estaba preparado para atacar, escondido en el pasillo y esperando el momento oportuno para causar el máximo impacto.

—Un momento, Freya —me ladró.

—Hola, Peggy —le dije a la mujer corpulenta que había bajado de la furgoneta con botas de trabajo y un abrigo Barbour lleno de barro, mientras yo ignoraba a mi casi antiguo jefe—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Ella está aquí para hacer algo por mí en realidad —dijo Jackson—. Vale, ¿dónde se ha metido ese maldito perro?

—Es un asunto triste, Freya —dijo Peggy, la directora del centro de rescate de donde Eloise había sacado a Nell—. No sé cómo se las arreglará la pobre para volver a la perrera. La última vez lo odiaba y ahora también está de luto.

—¿Va en serio? —le dije a Jackson.

—Bueno, yo no la quiero —dijo con maldad—. No tengo tiempo para cuidar de un perro. Peggy y yo lo hemos hablado, y esta es la única solución. ¿No es así, Peggy?

—Me temo que sí —suspiró, con un aspecto tan desdichado como el que tendría Nell si se asomara y viera a su antigua carcelera.

Peggy era una mujer maravillosa con un corazón de oro, pero para Nell significaba otros perros ladrando, una perrera de hormigón y una espera larga, posiblemente infinita. Sin chimenea, sin golosinas, sin comodidades y con paseos limitados.

—Tenemos que hacer lo mejor para Nell —dijo Peggy, abriendo la parte trasera de la furgoneta para revelar una gran jaula de metal—. Y si Jackson dice que no puede mantenerla...

—Pero yo le dije... —interrumpí, lanzando una mirada a Jackson.

—Y ahora tú también te vas —continuó Peggy con tristeza—, la pobrecita ya no sabrá por dónde le vienen los golpes.

—¡Precisamente por eso le dije a Jackson que me la llevaba conmigo! —dije levantando la voz.

En los días siguientes al anuncio de mi dimisión, había dejado más que claro —en más de una ocasión— que, aunque él no la quería, yo sí.

—¿Qué? —dijo Peggy, deteniéndose en seco.

—Nell viene conmigo —reiteré.

—No —dijo Jackson, poniéndose rojo—, porque no es tuya, no puedes quedártela, ¿verdad? Pertenecía a la tía Eloise y, por lo tanto, como todo lo que hay aquí ahora, me pertenece a mí.

—Pero tú no la quieres —dije, enfadada.

—Por eso me deshago de ella —respondió—. Mi perro, mi decisión.

Peggy volvió a cerrar de golpe la puerta de la furgoneta, haciéndonos dar un respingo, antes de ajustarse el cinturón del abrigo y erguirse hasta alcanzar su estatura máxima, que no distaba mucho del metro ochenta. Jackson se encogió, y si la situación no hubiera sido tan grave, me habría reído de su cobardía.

—¿Te llevas a Nell? —preguntó Peggy.

—Sí —dije—, claro que sí. Jamás se me ocurriría dejarla aquí con él.

—Deberías habérmelo dicho, Freya —dijo—. Como Nell procedía del centro, deberían haberme informado de cualquier cambio en su lugar de residencia o propiedad.

No lo había pensado. Había supuesto tontamente que Jackson se sentiría aliviado por tener una cosa menos de la que ocuparse cuando le contara lo que pensaba hacer, pero al parecer no fue así. Resultó que quería hacer el mayor drama posible de la situación.

—Exacto —dijo Jackson con petulancia—. Pero no te preocupes, Peggy, porque no ha habido cambio de dueño. El chucho sigue siendo mío. Por desgracia.

—¿A dónde la llevas exactamente? —me preguntó Peggy, levantando una mano para callar a Jackson de nuevo.

Lo miré mientras se inclinaba hacia delante para oír lo que iba a decir y me mordí el labio. Gracias a la disposición de Luke y Kate a renunciar a las referencias, había conseguido mantener en el misterio mi nuevo domicilio y lugar de trabajo, y así quería que siguiera siendo. Ni siquiera les había contado los detalles a mis padres ni a Peter. Sabían que tenía un trabajo en Norfolk, pero no dónde. Quería tener tiempo para asentarme antes de informarlos.

Le hice señas a Peggy para que me siguiera hasta que estuviéramos fuera del alcance del oído y luego le expliqué la situación en voz baja, pidiéndole que no transmitiera la información, en especial a Jackson.

—Ya veo —dijo, marchando de nuevo hacia Jackson.

La seguí rápidamente, esperando haberle dicho lo suficiente como para satisfacerla y que no metiera a Nell en la jaula.

—¿Tienes idea de lo ocupada que estoy, Jackson? —preguntó, enfadada—. ¿Tienes la más mínima idea de lo difícil que es alimentar, limpiar y organizar un programa de paseos para diecisiete perros con solo tres voluntarios?

—No hay necesidad de emplear ese tono. —Hizo un mohín, dolido, pero Peggy estaba en pleno discurso.

—Me has hecho venir aquí esta mañana con falsos pretextos —se enfureció—. Sabías que Freya, que, a todos los efectos, ha sido la única cuidadora de Nell desde la muerte de tu tía, estaba dispuesta a hacerse cargo de la perra, y sin embargo, en lugar de llamar para explicar lo que estaba pasando y solicitar un traspaso de propiedad, insististe en que viniera en persona, y no por el bien de Nell, sino porque querías hacer daño.

Jackson parecía asombrado y luego enfadado, pero no arrepentido.

—Debería darte vergüenza —lo regañó.

—Vale, mira esto. —Jackson frunció el ceño.

—¿Por qué no te marchas, Freya? —dijo ella entonces, volviéndose hacia mí con una sonrisa—. Antes de que esa pobre criatura se entere de que estoy aquí y se deprima todavía más. Me llevaré a Jackson aparte —añadió, haciéndolo subir de nuevo los escalones—, dentro de casa, para hablar de la donación que quiere hacer a modo de disculpa por hacerme perder mi precioso tiempo.

No tuve ocasión de despedirme, pero la mirada de Jackson bastó para que mi partida de mi antigua vida fuera menos sentimental y más divertida, y emprendí el camino con la risa en los labios y una sensación de ligereza sorprendente.

Solo faltaba una hora para llegar a Nightingale Square, pero, como había prometido, me detuve en el camino para dejar que Nell estirara las piernas mientras yo miraba el móvil. Había un mensaje de Kate diciéndome que fuera directa a mi casa porque ella y Luke tenían que hacer un viaje inesperado a la ciudad. También me explicaba que había dejado mi llave en la caja fuerte que Harold había hecho instalar en el porche de ladrillo. Ya me había enviado el código en uno de los muchos correos electrónicos que habíamos intercambiado, y no pude evitar pensar que estaría bien ver el lugar por mí misma e

instalarme en paz.

Ya me ponía de nuevo al volante cuando mi teléfono volvió a vibrar. Era otro mensaje, esta vez de Luke, diciéndome que no empezara a descargar las cajas yo sola porque vendrían más tarde a ayudarme. Después de haberlo empaquetado todo y de haber bajado cuatro pisos cargada, estaba segura de que podría subir el sendero del jardín, pero me alegré de que se le hubiera ocurrido ofrecérmelo. Cuando giré la llave y me puse en marcha de nuevo, ya sabía que iba a preferir tener como jefe al considerado Luke que al suspicaz Jackson.

—Aquí estamos —le dije a Nell, cuando eché el freno de mano y apagué el contacto una vez hube dado la vuelta a la plaza y aparcado delante de la casa—. Hogar, dulce hogar.

La plaza tenía un aspecto algo diferente al de la última vez que la había visto. Para empezar, había muchas menos hojas en los árboles y todas las casas estaban adornadas con al menos una o dos calabazas. Había olvidado que era Halloween.

Estaba forcejeando con la llave de la caja fuerte cuando oí que alguien se aclaraba la garganta detrás de mí.

—Tú debes ser Freya —dijo una voz de hombre.

—Así es —dije, dándome la vuelta.

—Soy John. Vivo al lado con mi mujer, Lisa, y nuestra pequeña prole.

—Encantada de conocerte, John —dije, abandonando por un momento la caja fuerte y girándome para mirarlo bien.

Era un tipo grande y corpulento, con una sonrisa tan amplia como sus hombros y un aspecto de lo más simpático. La camisa de cuadros negros y rojos que llevaba lo hacía parecer un leñador y el tamaño de sus manos sugería que ese papel le habría quedado de maravilla.

—Estas cosas pueden ser un poco complicadas —dijo, extendiendo la mano, y marcó los números con dedos sorprendentemente rápidos y ágiles—. Ahí lo tienes.

La puertecita bajó y allí, como Kate había prometido, estaba la llave.

—Vendremos dentro de un rato —dijo con un gesto de la cabeza hacia la furgoneta—, y te echaremos una mano para descargar.

—Es muy amable por tu parte —le dije—, pero no hace falta. No tengo tanto.

—No es ninguna molestia —insistió—. Lo haremos rápido y te ahorraremos el dolor de espalda.

Fui a sacar a Nell de la furgoneta y fue entonces cuando me di cuenta de que había dicho «vendremos». Me preguntaba con quién vendría. Si quería instalarme en paz, sería mejor que me diera prisa.

Con el corazón martilleándome en el pecho, giré la llave en la cerradura y empujé la puerta. La distribución era tal como la recordaba, con las escaleras delante y el salón a la derecha, con el comedor y la cocina detrás, pero ahora había algunos huecos en las paredes y las estanterías estaban casi vacías.

Con la ausencia de algunos muebles, las habitaciones también parecían más grandes, aunque no vacías. Había jarrones de flores frescas en todas las habitaciones, una tarjeta de «Bienvenida a tu nuevo hogar» de la familia Lonsdale apoyada contra la tetera de la

cocina y otra de Harold, con una nota explicando el ruido que hacían las tuberías de agua caliente. Incluso había un cuenco de agua preparado para Nell y, después de encender la tetera, descubrí que no solo había leche en la nevera, sino también huevos, pan, jamón, un pollo cocido frío y un poco de ensalada de hoja verde, sin duda del Grow-Well.

—Dios mío, Nell —dije con alegría—. Parece que hemos caído de pie, ¿no crees?

Movió la cola en respuesta y bebió hasta saciarse antes de volver a la sala de estar y acurrucarse frente al fuego, aunque no estaba encendido.

Llevé mi té arriba y eché un vistazo al resto de las habitaciones. Todo estaba reluciente y fresco, y me senté en la cama, que despedía un agradable aroma a lavanda. Estaba claro que Kate no había podido resistirse a hacer una limpieza a fondo después de que Harold se hubiera mudado. No es que él hubiera hecho nada malo, pero era evidente que quería que la casa tuviera un aire distinto y le agradecí que se hubiera tomado tantas molestias por hacerme sentir bienvenida. Todavía quedaban un montón de huecos y espacios vacíos para que yo añadiera mis propias cosas, así la casa parecería mi hogar.

Desterré los pensamientos sobre la casita de campo que había dejado atrás y las estrechas habitaciones en las que me habían encerrado más recientemente, y volví a bajar las escaleras para pensar dónde iba a ponerlo todo. Apenas había empezado cuando Nell empezó a ladrar y alguien llamó al timbre.

—Bienvenida a Nightingale Square —sonrió Kate, tendiéndome una bolsa para que la cogiera en cuanto abrí la puerta.

—Adelante —le devolví la sonrisa—, y gracias. ¿Qué es todo esto?

Fui a la cocina y volví a encender la tetera antes de mirar en la bolsa.

—Dulces —dije, mirándola de nuevo—. Gracias.

—No son para ti —se rio—. Es Halloween. Son para los niños. Jasmine está ayudando a Luke a tallar una calabaza para ti. La traerán en un rato.

—Es genial —le dije—. Muchas gracias.

No recordaba la última vez que había participado activamente en un Halloween aterrador de verdad. Broad-Meadows estaba demasiado aislado para atraer visitantes.

—Y gracias por hacer la casa tan acogedora —añadí—. Acabo de terminar de echar un vistazo y todo es maravilloso.

—Es un placer —dijo Kate—, y estoy muy emocionada de que te hayas mudado precisamente hoy.

—¿Por qué?

—Porque yo también me mudé a la plaza en Halloween —dijo—, y Lisa, la vecina, me hizo el mismo regalo de bienvenida —añadió con un gesto de cabeza hacia las bolsas—. Mi vida se ha transformado por completo desde que llegué aquí, y tengo la sensación de que la tuya también lo hará. No digo que todo vaya a ser coser y cantar, pero aquí somos una gran comunidad y cuidamos los unos de los otros.

Justo a tiempo, y como para demostrar lo que decía, volvió a sonar el timbre. Encerré a Nell en la cocina por si empezaba a sentirse un poco abrumada. Sabía que lo estaba.

—¿Nos ponemos manos a la obra? —sonrió John, frotándose las manos—. ¿Metemos esto en casa?

Esta vez no estaba solo. Graham y Carole habían llegado de refuerzo, y vi a Luke cruzando la plaza con una impresionante calabaza, aunque un poco torpemente tallada, y las dos niñas a cuestas. Kate se colocó detrás de mí y tuve la sensación de que, si les decía que prefería arreglármelas sola, o se ofenderían o me ignorarían, y, en realidad, al ver la mirada amable de todos ellos, me di cuenta de que no quería arreglármelas sola. Por ahora, al menos, ya había volado en solitario demasiado tiempo.

—De acuerdo —dije, lanzándole a John las llaves de la furgoneta—, empecemos.

Capítulo 6

Durante mis dos primeros días en Norwich, no conseguí poner un pie en el jardín ni hacer una pizca de trabajo. Después de llevar mis cosas de la furgoneta a la casa, Luke y Kate insistieron, con el apoyo de los demás, en que me tomara un tiempo para instalarme, adaptarme y hacer balance de los cambios que se estaban produciendo en mi vida y en la de Nell.

Aunque tenía muchas ganas de seguir adelante, también era cierto que al final del día estaba agotada física y mentalmente. Después de descargar mis cosas en la casa, de colocar los esquejes en el porche trasero, junto a la cocina, y de pasarme horas repartiendo caramelos, cuando me metí en la cama me dormí enseguida, sin soñar y envuelta en el aroma de la lavanda. Ni idea de si las tuberías hicieron o no alguno de los ruidos de los que Harold me había avisado, porque yo estaba fuera de combate.

Me desperté tarde, así que seguí el consejo de todo el mundo y reservé el domingo para hacer el vago, y Kate se apoderó de gran parte del lunes para darme un «día de orientación». Al finalizar, habíamos arreglado los servicios y otras facturas, y luego caminamos lo que parecieron kilómetros.

A la hora del té ya estaba registrada en el centro de salud más cercano, Nell conocía a los veterinarios y yo sabía dónde estaba la panadería Blossom's y la tienda de ultramarinos Greengage's, así como el *pub* The Dragon, muy apropiado para Norwich, y un par de tiendas más de aspecto interesante, entre ellas, una librería de segunda mano y una enorme tienda *vintage*.

—Siento que no hayamos tenido tiempo de explorar más —dijo Kate cuando llegamos resoplando y con las mejillas sonrosadas de vuelta a la plaza—, pero al menos ahora ya tienes una idea de lo que hay más cerca.

—Sí —respondí—, y todo tiene un aspecto precioso. Va a ser una novedad poder ir andando a las tiendas a por leche y pan recién horneado. En Broad-Meadows tenía que ir en coche a todas partes.

—Entonces, ¿estás contenta? —preguntó.

—Y tanto —dije sinceramente.

A la mañana siguiente, cuando sonó el despertador, todavía estaba contenta, pero también un poco nerviosa. No había sentido nervios por mi primer día cuando empecé a trabajar para Eloise, pero los tenía cuando me puse las botas de agua y crucé la plaza hasta Prosperous Place. Tenía la sensación de que aquí había mucho más en juego, ya que tenía que planificar y sembrar el Jardín de Invierno, pero eso era tan emocionante como aterrador.

—¿Has entrado sin problemas? —gritó una voz desde una ventana del piso de arriba cuando pasé por el lateral de la casa.

Levanté la vista y me encontré con Luke.

—Me has dado un susto de muerte —respondí, llevándome la mano al pecho.

—Lo siento —sonrió.

—Sí —dije—. He desactivado la alarma y la he reactivado al cerrar la puerta.

—Estupendo —dijo—. Entonces, no deberías tener problemas para abrir los cobertizos y la oficina. Saldré a buscarte más tarde.

—No hay prisa —insistí—. Estoy deseando echar un vistazo en condiciones por mi cuenta un rato, si te parece bien.

Me hizo un gesto con el pulgar y volvió a entrar, y Nell y yo continuamos.

Los cobertizos a los que se refería Luke no eran cobertizos en el sentido de almacenes de madera para el jardín, sino una serie de robustas construcciones de ladrillo que posiblemente habían sido establos o garajes. Dos estaban destinados al jardín. El más grande almacenaba el equipo más voluminoso —un antiguo cortacésped, una motosierra, un cortasetos y cosas por el estilo—, mientras que el más pequeño estaba reservado para una amplia selección de herramientas de mano, cubos, macetas, etiquetas..., y el último estaba dedicado a lo que Luke llamaba la oficina. Básicamente, una vieja mesa, un par de sillas, una tetera mugrienta, un montón de facturas y una pila de revistas de jardinería.

Pasé las dos primeras horas inspeccionando todo, comprobando las fechas de revisión de la maquinaria y familiarizándome en general con lo que tenía para trabajar. Todo parecía estar en buen estado, salvo la motoazada, pero a las herramientas manuales, que eran muy viejas, les habría venido bien un buen fregado y afilado, así como una capa de aceite de linaza para proteger los mangos de madera. Lo anoté como tarea pendiente para un día lluvioso. Siempre hay cosas que hacer cuando se gestiona un jardín, incluso con mal tiempo.

Cuando terminé de revisarlo todo, Nell ya se estaba inquietando.

—Venga —dije, poniéndome de nuevo el abrigo—, vamos a ver qué nos ofrece el jardín.

Al igual que había hecho con las herramientas y el equipo, tomé nota de todos los aspectos del jardín, priorizando las zonas que necesitaban más trabajo y señalando, en un borrador dibujado a mano, los puntos de interés que podríamos destacar cuando el jardín estuviera abierto en invierno. Ya había mucho que podíamos utilizar y algunos puntos obvios que podían mejorar con facilidad lo que ya estaba plantado.

Lo único que faltaba era un invernadero en funcionamiento. Los originales eran poco más que cascarones, con sus marcos de madera podridos y vacíos. En Broad-Meadows abundaban los espacios cálidos, y sabía que en algún momento tendría que abordar con Luke el tema de su ausencia. Un jardín de este tamaño necesitaba un invernadero, aunque fuera pequeño.

—Aquí estás —dijo Luke cuando, más tarde, me encontró en el jardín de helechos—. Pensábamos que vendrías a casa a tomarte un té durante el descanso, pero ni rastro de ti.

—¡Vaya! —dije, enderezándome e intentando leer la etiqueta descolorida de una planta—. ¿Ya es tan tarde?

—Ya no es la hora del té —se rio Luke—. Te la has perdido, son casi las doce.

—¿De verdad? —dije con un grito ahogado, asombrada de que la mañana se me hubiera escapado y no me hubiera dado cuenta.

—Sí —dijo—, y Chloe, nuestra fiel voluntaria, llegará en cualquier momento. Está

deseando conocerte.

Yo también tenía ganas de conocerla. Esperaba que, como mínimo, estuviera dispuesta y fuera capaz, porque había muchas cosas que hacer. Se suponía que mi lista me haría sentir más organizada y me ayudaría a calmar los nervios, pero se estaba haciendo tan larga que empezaba a preguntarme si nosotras dos solas seríamos capaces de tachar siquiera la mitad de las cosas en el tiempo que teníamos para preparar el jardín antes de la inauguración.

Chloe era más o menos de mi edad, con una sana actitud positiva y el pelo castaño muy corto. Llegó en bicicleta, con una bolsa de Blossom's en la cesta y una sonrisa cálida y acogedora que iluminaba sus llamativos ojos color ámbar.

—¡Pero qué pelo tan bonito! —fue lo primero que me dijo cuando me pasé la trenza por encima del hombro para tranquilizarme—. Kate me dijo que lo tenías largo, pero pensé que exageraba. Lo siento —se disculpó, sacudiendo la cabeza mientras se bajaba de la moto, y puso la bolsa de Blossom's en los brazos de Luke—. Panecillos para comer —le dijo antes de volverse hacia mí—. Déjame presentarme, soy Chloe.

Era más bajita de lo que parecía cuando estaba sentada en la bicicleta, pero no menos llena de entusiasmo. Era exactamente lo que tanto el jardín como yo necesitábamos. Me sorprendió que Luke no hubiera hecho un mejor uso de su energía ilimitada.

—Yo soy Freya. —Le devolví la sonrisa.

—Claro que sí —sonrió—, con tus bonitos ojos azules y tu cabellera de Rapunzel, no podrías ser otra. Y esta es la adorable Nell.

Nell hacía todo lo posible por permanecer escondida detrás de mis piernas. Le acaricié la cabeza.

—Sí —respondí—, pero me temo que es un poco tímida.

Chloe asintió.

—La entiendo —dijo, observando lo poco que podía ver de la cabeza de Nell—, yo también soy un poco así.

Luke puso los ojos en blanco y nos condujo al interior de la casa mientras yo intentaba averiguar si hablaba en serio y me preparaba para el primero de muchos almuerzos de trabajo inusuales.

Mientras comíamos los tres —Kate estaba de viaje— unos panecillos rellenos y unos deliciosos pasteles, yo, a petición de Luke, les hablé de las notas que había tomado hasta entonces.

La mayor parte del tiempo, Chloe y él me escuchaban asintiendo animadamente, con algún que otro «ya *te dije que teníamos que haber hecho eso*» por parte de la entusiasta voluntaria.

—Bueno, Chloe —dije, una vez que por fin había terminado y el reloj de la pared me indicaba que habíamos hablado mucho más de los treinta minutos que tenía para comer —, ¿puedes recordarme cuántos días a la semana vienes?

—Solo dos —dijo—. Martes y jueves durante todo el día. Esta mañana he faltado porque tenía una cita, pero por regla general estoy aquí de ocho a cuatro.

Ese tiempo se podía aprovechar muy bien, y sentí que mis hombros se relajaban un

poco.

—Y si hay que apretar —prosiguió—, estaría encantada de renunciar a algún que otro fin de semana.

—Es muy amable por su parte —le dije, pensando que sin duda aceptaría su oferta antes de la inauguración del Jardín de Invierno, y me pregunté si algún miembro del Grow-Well también podría dedicarle unas horas.

Sabía que Luke había dicho que no le gustaba pedírselo, pero si el tiempo apremiaba, estaba segura de que me ayudarían, sobre todo Graham. Me sentía mucho mejor ahora que habíamos hablado de las tareas. Tal vez no tuviera las cualificaciones oficiales que Jackson hubiera preferido, pero tenía las habilidades y la experiencia. Podía hacerlo. Lo haría, y lo que era más, lo haría bien.

—¿Y hay algo que realmente disfrutes haciendo en el jardín y algo que odies con toda tu alma? —le pregunté a Chloe.

Hizo un gesto negativo.

—Disfruto haciendo cualquier cosa —dijo—. Vengo aquí por el ejercicio y el aire fresco. Este lugar ha hecho maravillas por mi salud mental, así que estoy encantada de emprender cualquier tarea que me asignes.

Tal y como pensaba, Chloe tenía una actitud muy positiva.

—Los otros tres días de la semana trabajo como profesora auxiliar en la escuela de primaria local —explicó—, así que quizá puedas convencerme para que haga algunas horas extra durante las vacaciones.

Me di cuenta de que llevaba una alianza.

—Y veo que estás casada —dije, señalando su mano izquierda—. ¿Tienes hijos?

Luke empezó a recoger los platos y sentí cómo mi rostro enrojecía. Cuanto mayor me hacía, más a menudo me preguntaban lo mismo. Dado lo mucho que me molestaban las miradas de pena que recibía cuando decía que no, que no tenía hijos, me sentí fatal por dejarme llevar y preguntarle lo mismo a Chloe, sobre todo cuando me fijé en la expresión de su cara.

—No —dijo, con una sonrisa repentinamente menos convincente—, ni hijos ni marido en realidad. Murió antes de que pudiéramos tenerlos.

No sabía qué decir, pero deseé que Nell empezara a cavar un agujero en el suelo para meterme dentro. Era la última vez que dejaba que mi boca fuese más rápida que mi cerebro.

—Lo siento mucho —susurré.

Era demasiado joven para ser viuda.

—No hace mucho que vives en Norwich, ¿verdad, Chloe? —preguntó Luke, acudiendo amablemente en mi ayuda.

—No —respondió ella—, ¿cuánto será ya? Unos dieciocho meses, creo. Me mudé aquí seis meses después de la muerte de Ade. Totalmente en contra de la opinión de mi madre, por supuesto —dijo con desaprobación y sonando más como ella misma de nuevo —. Ella quería que me quedara: la misma casa, la misma ciudad, la misma vida..., pero yo no podía. No quería. Cuando Ade se fue, me di cuenta de que no me quedaba nada de mi vida anterior, y decidí construirme una nueva.

—Eso fue muy valiente —dije.

—Mi madre prefiere llamarlo estupidez —respondió, por suerte, mucho más alegre de nuevo—. Dijo que estaba cometiendo un error y que me arrepentiría.

—¿Y te has arrepentido?

—Todavía no —sonrió.

—Te entiendo —dije—. En el frente de los padres obstinados, quiero decir. Mi madre y mi padre nunca se han echado atrás a la hora de expresar sus opiniones sobre mis elecciones vitales.

Mamá se había quedado completamente descolocada cuando le dije que tenía un nuevo trabajo en Norfolk y que no aceptaría la oferta de papá y ella de empezar de nuevo con un viejo amor en Nueva Zelanda. Quería más detalles, pero le dije lo mismo que a Peter: se los daría en cuanto me instalara.

—Eso es algo que tenemos en común, entonces —rio Chloe—. No hace mucho también habríamos tenido en común el pelo largo, pero yo me lo corté. Bueno, no lo corté yo —se apresuró a añadir—, le pagué a alguien para que me lo cortara y me encantó, pero mi madre pensó que estaba sufriendo una crisis nerviosa. «Mi fase Britney», la llamó, y estaba dispuesta a organizar una intervención.

La madre de Chloe parecía aún más difícil que la mía.

—De todos modos —dijo Chloe, sacudiendo la cabeza—, lo siento. No era mi intención contar tantas cosas.

—No lo has hecho —dijimos Luke y yo juntos.

—Creo que os vais a llevar muy bien —continuó él.

—Yo también —dijimos Chloe y yo al unísono, y los tres nos echamos a reír.

Una vez que Luke hubo cargado el lavavajillas, paseamos juntos por el jardín y les asigné una serie de tareas que debían realizar de inmediato. También le ofrecí a Luke una lista de posibles plantas, bulbos y arbustos que podía comprar, que aceptó encantado. Dado lo suave que era el tiempo, si algo de lo que le había sugerido le gustaba, aún estaba a tiempo de plantarlo.

—Y estos tres abedules plateados —señalé conforme volvíamos hacia la oficina—, estarían aún más bonitos si les dieran un lavado y un cepillado.

—¿Qué? —Luke frunció el ceño mirando hacia las ramas.

—¿Lo dices en serio? —se rio Chloe.

—Sí —le dije—, mira la corteza. Tiene un color muy bonito y quedaría aún mejor si estuviera limpia. El National Trust y los jardines de la RHS lo están haciendo ahora —añadí—. Búscalo en Google esta noche y verás lo que quiero decir. Si te apetece, incluso podrías iluminarlos con luces de distintos colores una vez que los hayan limpiado un poco.

Luke asintió y tuve la sensación de que lo encontraría a la mañana siguiente temprano con la hidrolimpiadora.

—Con agua tibia y un buen cepillo suave bastará —le dije, por si de verdad se estaba planteando darles caña.

Una vez acordado nuestro programa de trabajo para las dos semanas siguientes, Luke fue a recoger a Abigail a casa de Carole y luego a Jasmine al colegio, y me dejó con

Chloe.

—Siento haberte preguntado si tenías hijos, Chloe —le dije, porque me había estado carcomiendo toda la tarde—. Odio que la gente me lo pregunte y siento si te he molestado. No sé por qué lo he hecho.

—Es por el anillo —dijo, levantando la mano—. Era una suposición lógica.

—Aun así, lo siento.

—No dejo de repetirme que ya es hora de quitármelo —dijo, mirándolo fijamente—, porque ya lo he aceptado. No estoy atrapada en el pasado ni nada por el estilo, aquí llevo una vida diferente y feliz, pero no me atrevo a quitármelo.

—Entonces, no hay ninguna razón para que lo hagas —dije con firmeza.

—¿Sabes qué? —dijo, enlazando su brazo con el mío—. Luke tenía razón: tú y yo nos vamos a llevar bien, Freya.

Yo también me sentía así. Mi nueva vida iba a ser muy diferente a lo que estaba acostumbrada, pero iba a ser divertido trabajar con otras personas para variar, y estaba a punto de decirlo, pero me distrajo un repentino estallido de música en el patio.

—¿Qué demonios es eso? —Fruncí el ceño.

No me había parecido ver ninguna radio en la oficina, así que era imposible que me la hubiera dejado encendida, pero desde luego el sonido no procedía de la casa. Estaba demasiado lejos, aunque hubiera subido el volumen.

—Viene de allí —dije, saliendo a paso ligero, con Nell todavía siguiéndome como había hecho toda la tarde—. No creerás que puede haber entrado alguien, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Y alertar a todo el mundo en un radio de quince kilómetros poniéndoles música a todo volumen? —se rio Chloe, apresurándose a alcanzarme.

Tenía razón.

—Será ese tío, el artista del estudio —dijo.

—¿Qué estudio? —Fruncí el ceño, deteniéndome.

No recordaba haber visto un estudio de artista.

—Está en el espacio contiguo al almacén de la maquinaria, y no es lo que se suele pensar al describir el estudio de un artista. Es mucho más improvisado.

Estaba intrigada.

—Vamos a echar un vistazo —dije, y me puse de nuevo en marcha.

—Mejor no —respondió Chloe, agarrándome de la manga.

—¿Por qué no?

—Me han advertido de que no le gusta mucho que lo molesten —dijo, despertando aún más mi curiosidad—. Lo conocerás pronto porque también se va a mudar.

—Ah, ¿sí?

—Sí, ha convertido el espacio de arriba en un pequeño piso. Es un poco básico, pero por lo que he oído estaba desesperado. Luke piensa que es un gran hallazgo.

Tuvo que alzar la voz cuando el sonido de una radial rasgó el aire e hizo gemir a Nell.

—¿Qué clase de artista es? —pregunté, acercando a Nell hacia mí.

—Algún tipo de escultor, creo. —Cloe frunció el ceño—. No estoy muy segura, a decir verdad. Nunca he visto nada suyo.

Ya habíamos llegado a la puerta y podíamos ver que los paneles de cristal estaban

iluminados por una lluvia de chispas.

—Pero parece emocionante, ¿verdad? —Chloe sonrió con los ojos muy abiertos.

—Ruidoso —le respondí, tapándole los oídos a Nell.

Si ese tipo estaba haciendo las esculturas que Luke había dicho que quería exponer en el jardín, entonces apostaría seguro a que no iban a ser gnomos de jardín comunes.

Sabía que debería haberme sentido aliviada por ello, pero, al escuchar el estruendo combinado de la música y el metal rechinante, no me sentí calmada en absoluto.

Capítulo 7

Todo estaba tranquilo y en calma cuando volví al jardín a primera hora de la mañana siguiente, y pronto estuve tan inmersa en mi trabajo que me olvidé por completo del ruidoso artista y del hecho de que, según Chloe al menos, estaba a punto de convertirse en un nuevo vecino.

—Buenos días —sonrió conforme bajaba de la bicicleta, a primera hora de la mañana del jueves—. ¿Cómo va todo?

—Bien —dije, intentando reprimir un bostezo.

—¿Cansada? —aventuró.

—Un poco —admití—. Han sido unos días agitados.

Y, si había de ser sincera, algunas cosas me habían resultado bastante abrumadoras. Estaba inmensamente agradecida de que Luke, Kate y Prosperous Place hubieran llegado a mi vida justo cuando los necesitaba, pero el traslado a la ciudad, el ruido nocturno de las tuberías de agua y el ajetreo general me hacían echar de menos a Eloise y la tranquilidad de Broad-Meadows. Sabía que aún era pronto y que todo se calmaría, pero no dejaba de ser un reto.

—La vida en la ciudad me pareció agotadora cuando llegué —me tranquilizó Chloe—, y no había emprendido nada como lo que tú has hecho aquí. Date tiempo —sonrió— y sé amable contigo.

—Lo intentaré —prometí.

—Bien —continuó Chloe, satisfecha de haber dado su opinión—. Y ahora, ¿dónde están mi cubo y mi azada? He estado persiguiendo estas malas hierbas en sueños.

Al final del día, Chloe había vaciado un montón de cubos. Yo observaba subrepticiamente cómo desmochaba las plantas y podaba ligeramente mientras trabajaba con los parterres herbáceos a poca distancia de ella. Me alivió comprobar que no solo trabajaba mucho, sino que además lo hacía bien. No era de las que arrancaban hojas ni escondían raíces en un afán por darles mejor aspecto. Las malas hierbas quedaban completamente erradicadas.

—Quería preguntarte —dije cuando se iba con otra carga al final de la tarde—, ¿cómo es el sistema de compostaje aquí? No he visto ningún cubo.

—Tenemos cajones en lugar de cubos —me dijo—, y están detrás de la pared del fondo del Grow-Well.

—Esa es otra cosa que no he visto.

—¿Qué? —dijo con un grito ahogado—. ¿Ni un poquito?

—No —dije—, todavía no. Luke y Kate no han tenido ni un minuto para enseñármelo y no he querido aventurarme allí yo sola.

—Vamos a verlo —dijo Chloe, mirando su reloj—. Todo el mundo estará empezando a reunirse y a prepararse para la fiesta de la hoguera de esta noche.

Lo había olvidado por completo. Cuando Kate y yo volvimos el lunes, me esperaba en el felpudo una invitación para la celebración que tendría lugar en el parquecillo. Por

muy bonito que fuera que me incluyeran, no iría, porque no podía separarme de Nell. Se echaría a temblar cuando estallaran los fuegos artificiales y no estaba segura de poder conocer a todo el mundo al mismo tiempo. Dicho esto, dado lo que Chloe acababa de anunciar, estaba a punto de que me los presentaran en masa de todos modos.

—No te preocupes —me dijo, esperando a que la alcanzara—. Son un encanto.

El Grow-Well era increíble. Había macizos de cultivo repletos, un huerto ordenado, unas cuantas gallinas en un gran corral, árboles frutales alrededor de las paredes, un pequeño invernadero y una zona reservada para socializar que incluía una larga mesa, una gran barbacoa y un horno de piedra para *pizza*. Tenía mucho mejor pinta de lo que esperaba y contrastaba mucho con otras partes del jardín.

—Esto es increíble —dije, asombrada, una vez que Chloe me hubo familiarizado con el ingenioso sistema de compostaje.

—Gracias —dijo un Graham resplandeciente al captar mis palabras—. He estado pensando en venir a buscarte para decirte que, si alguna vez necesitas un par de manos extra en el resto del jardín, ya sabes dónde estoy.

—Pues me da que aceptaré tu oferta —le dije.

—Hazlo —insistió—. Luke no quiere que nadie se sienta obligado a echar una mano, pero yo estoy más que dispuesto.

—Tomo nota —asentí—. Estoy segura de que una ayuda extra nos vendrá genial cuanto más cerca estemos de abrir el jardín.

—Permíteme que os presente a ti y a Nell como es debido —ofreció, haciendo que se me acelerara el corazón.

Nell estaba prácticamente soldada a mi pierna. Había soportado los cambios mejor de lo que había imaginado, y esperaba que esta nueva experiencia no fuera un paso demasiado grande para ella.

—Gracias, Graham —dije, observando las numerosas caras desconocidas. Esperaba que no fuera demasiado para mí también.

Lisa, la mujer de John, estaba allí junto con sus tres hijos, y Heather, que vivía en la primera casa de la plaza y que también tenía tres hijos, estaba con ella. Acabábamos de empezar a charlar cuando llegó Kate, de vuelta del colegio con las niñas, y pronto se nos unieron más hombres.

Ryan, de unos diecinueve años, era el más joven de los chicos y vivía con su hermana, Poppy, en la casa situada a la derecha de la mía. Esa, recordé, era la propiedad de Kate.

—Estábamos trabajando el día que os mudasteis —sonrió Poppy—. Si no, habríamos venido y nos habríamos unido al comité de bienvenida.

—No pasa nada. —Tragué saliva, agradecida de que no hubieran estado cerca para engrosar aún más el número de visitantes.

—Me atrevería a decir que tenías la casa llena incluso sin nosotros, ¿no? —sonrió Ryan.

—Algo así —le sonreí de vuelta.

El siguiente era Jacob, profesor y pareja de Poppy, que vivía en la casa del otro lado de Poppy, y, por último, Neil. Él y su marido, Mark el panadero, vivían en la última casa a la salida de la plaza, junto a Lisa y John.

—Claro —parpadeé, luchando por encajar los nombres y lugares con todas las caras.

Nos faltaba Glen, el marido de Heather, así como John y Mark y, por supuesto, Harold, al que seguían considerando tan parte del equipo como lo había sido cuando vivía allí. Y era lo justo, dado que había nacido y crecido en la plaza y tenía más relación con el lugar que el resto de nosotros juntos.

—Entonces —dijo Carole—, ¿ya tienes claro quién vive dónde, Freya?

—La verdad es que no —dije, y me mordí el labio.

—Heather y Glen en la primera casa —dijo, levantando las manos como si estuviera conduciendo por la plaza—. Luego Graham y yo, Jacob en la tercera, Poppy y Ryan a continuación, luego tú, luego Lisa y John y finalmente Mark y Neil.

—Ya veo —asentí—. Eso es más o menos lo que pensaba.

Lisa se echó a reír.

—Simple, ¿verdad?

Sacudí la cabeza y puse cara de confusión. Con tanta información, no era una expresión difícil de poner.

—No te preocupes —rio Lisa—, pronto le pillarás el tranquillo. Hoy no te haremos aprender los nombres de los niños.

—Ya conozco a Abigail y a Jasmine.

—Solo te faltan seis —me animó.

Sabía que lo decía en broma, pero de verdad que era mucho que asimilar y, por muy acogedores que fueran todos, seguía sintiéndome como la chica nueva, o como un manso ratón de campo, ahora que me enfrentaba a mis unidos primos del pueblo.

—¿Dónde está Nell? —dije, dándome cuenta de repente de que no sentía su cálido cuerpo apretado contra mi pierna—. Estaba aquí hace un minuto.

—No te preocupes —me tranquilizó Chloe—, está allí, con el doctor Dolittle.

Mis ojos se desviaron hacia donde ella señalaba y me di cuenta de que Ryan y Nell se habían separado del grupo y se habían alejado con otro perro.

—Es un genio con los animales —me dijo una chica que estaba a mi lado. Sonaba totalmente maravillada. ¿O más bien enamorada? No podía asegurarlo—. Soy Tam, por cierto.

—Mi hija mayor —explicó Lisa—, y el otro perro que está con Ryan es Gus. En realidad es de Colin, el dueño de la librería, pero Ryan lo ha adoptado. A Gus, quiero decir, ¡no a Colin!

Me sorprendió ver a Nell, de patas largas, y al pequeño y fornido *bulldog* francés nariz con nariz. Nell batía la cola y parecía mucho más relajada que yo. Estaba claro que no era la única que hacía amigos aquel día, pero me daba la impresión de que ella se lo tomaba con calma, mientras que yo seguía un poco nerviosa. Por primera vez, la envidié un poco.

—¿Vienes a la fiesta de esta noche, Freya? —preguntó Heather mientras luchaba por enganchar a uno de sus hijos a un cochecito doble.

—Venga —dijo Lisa con severidad, echándole una mano a su amiga mientras yo observaba a los dos chicos y me daba cuenta de que Heather tenía gemelos—. Ya está bien.

Heather volvió a enderezarse y permitió que Lisa tomara el mando.

—No —dije—, me temo que no. Sé que ahora no lo parece, pero Nell tiene un carácter bastante nervioso y ha tenido mucho con lo que lidiar esta semana. —Las dos lo habíamos tenido—. No quiero dejarla, así que voy a tener que pasar.

—No vamos a lanzar fuegos artificiales —dijo Heather—. Solo habrá una hoguera y algunas bengalas. Hace poco decidimos no poner fuegos artificiales en la plaza. Hay más que suficientes espectáculos organizados en los alrededores.

Me sentí aliviada al oírlo.

—Pero eso no significa que alguien no vaya a soltarlos en la calle de al lado —señaló Lisa después de volver a meter al terco niño en su cochecito.

—Es cierto —aceptó Heather.

—Haces bien en quedarte con Nell esta noche —dijo Lisa—. Te llevaré un perrito caliente más tarde.

Su atención se vio desviada por la llegada de Luke, a quien todos se detuvieron a escuchar.

—Siento llegar tarde —dijo—. He estado ayudando a Finn a traer algunas de sus cosas.

—Es el artista del que te hablé —dijo Chloe, acercándose a mí—. ¿Has sabido algo más de él?

—No —le susurré—. ¿Se va a mudar hoy?

—Eso parece.

—Y siento no haber estado aquí para presentaros a Freya —continuó Luke, señalándome y haciendo que me sonrojara—. Supongo que ya la conocéis.

—Sí —dijo Lisa—, deja en paz a la pobre chica.

Mis manos buscaron automáticamente mi trenza.

—Genial —aplaudió Luke—. Sigamos, entonces.

Graham y Carole se aproximaron y empezaron a decir a todo el mundo qué llevar y dónde, y Luke se nos acercó a Chloe y a mí.

—Siento no haber podido traerte antes —se disculpó conmigo—, pero no veas qué semana he tenido. Y siento no haber hecho mucho en el jardín tampoco.

Kate se unió a él y pasó a Abigail de sus brazos a los de él.

—Para eso estoy aquí —señalé—, y has hecho un gran trabajo con los abedules plateados. Podría haberlo hecho yo.

—Gracias —sonrió—. Tenías razón, ahora tienen mejor aspecto.

—Esperamos que cenes con nosotros mañana por la noche, Freya —dijo Kate.

—Ah, sí —dijo Luke—, casi lo olvido. Quiero hablar contigo sobre la colocación de las esculturas y he encontrado en el desván unos planos y papeles históricos estupendos sobre el jardín.

—¿Y le has contado a Freya tu otra idea? —presionó Kate.

—No —dijo—, todavía no. No he tenido ocasión y, de hecho, no quiero decírselo a nadie hasta que lo tenga todo un poco más claro en mi cabeza.

—Me intriga —dije mirando a Kate, que negaba con la cabeza—. Supongo que tiene que ver con el jardín.

—Hasta cierto punto —dijo Luke, misterioso.

—Pero ¿seguimos adelante con los planes para el Jardín de Invierno?

—Por supuesto —sonrió—. Ya he pedido la mayoría de lo que tenías en la lista.

—Madre mía —reí—. ¡No esperaba que lo compraras todo!

—Bueno —dijo—, queremos causar impacto, ¿no?

—Así es —acepté—. Y tendremos que tomar una decisión sobre el diseño final antes de que llegue todo.

—Estoy pensando más en un camino nevado a través del jardín —dijo, y su mirada se desvió—, con puntos de interés destacados, incluyendo las esculturas, por supuesto, en lugar de una zona centrada. ¿Qué te parece?

Dado que había encargado mucho de lo que yo le había sugerido, pensé que podríamos crear mucho espectáculo con ello.

—Siempre que no sea demasiado irregular —señalé, pecando por ahora de prudente —. No es cuestión de ir colocando cosas al azar.

—Y podemos comprar más plantas —dijo Luke con entusiasmo.

Me preguntaba si sería capaz de convencerlo para que desviara parte del presupuesto del jardín hacia la reforma de los invernaderos o, si no se podían reformar, hacia la compra de uno nuevo. Con la cantidad de plantas que podría cultivar en uno, se amortizaría enseguida.

—De acuerdo —acepté—, suena genial.

—Hablaremos más durante la cena, ¿vale?

—Por supuesto.

—¡Luke! —llamó Graham—. ¿Puedes echarnos una mano para mover estas mesas?

Luke puso a Abigail en brazos de Kate y salió corriendo de nuevo.

—Está en su elemento —dijo, observando su espalda en retirada—. Le quita un gran peso de encima tenerte aquí, Freya —añadió, volviéndose hacia mí.

Lo comprendía. Un jardín podía ser una carga, sobre todo uno de semejante tamaño, pero también una bendición.

—Este verano ha sido una batalla interminable de intentar llevarlo todo al día — explicó Kate—, pero ahora puede alejarse un poco para ver el panorama completo.

—No sé cómo ha conseguido hacerlo tan bien —dijo Chloe.

—Porque te ha tenido ayudando —le dije—. Obviamente a ti también te encanta el jardín, y hoy has trabajado mucho.

Esperaba que no sonara condescendiente. No era mi intención.

—Me encanta —dijo—. Es un consuelo, ¿verdad? Haber estado arrancando las malas hierbas hoy ha ayudado a que mi mente se distraiga y mis pensamientos se dejen llevar. La jardinería es medicina para el alma.

Yo no podría haberlo expresado mejor.

***

Un poco más tarde, Chloe se dirigió a casa y yo no me quedé atrás. Le di las gracias a

Ryan por cuidar de Nell, que se despedía a regañadientes de su nuevo mejor amigo, Gus, y juntas volvimos por el jardín para cerrar la oficina.

No se oía ningún ruido procedente del estudio, pero había una luz encendida y otra que brillaba arriba, en lo que Chloe me había dicho que se había convertido en un piso. Ya había tenido suficientes presentaciones por un día, pero me pareció que habría sido una oportunidad perdida pasar de largo y no decir nada.

La puerta del estudio estaba abierta y me asomé al interior, sorprendida por lo que vi. El lugar estaba lleno de montones de lo que parecía, al menos a mis ojos, chatarra. Era un depósito de chatarra cubierto, con algo grande en construcción sobre un zócalo en el centro y algunas piezas más pequeñas alineadas en un banco de trabajo al fondo. Intrigada, me adentré un poco más, con Nell todavía a mi lado, y ladeé la cabeza para intentar averiguar qué era exactamente lo que estaba viendo.

Aún no lo había adivinado cuando oí unos fuertes pasos que descendían, atronadores, por la escalera que subía por el lateral de la pared del fondo.

—¡Hola! —exclamé cuando aparecieron unos pies enfundados en unas pesadas botas de trabajo cubiertas de polvo, seguidos por un par de piernas largas y firmes, enfundadas en unos vaqueros rotos y manchados de aceite—. Soy Freya —dije, y mi presentación se interrumpió cuando una camisa de lino granate siguió a la mitad inferior y, a continuación, un rostro con barba, enmarcado por un largo cabello oscuro suelto hacia atrás, remató la visión.

El tipo —Finn, supuse— tenía toda la pinta de ser un vikingo y su expresión era igual de feroz. Lo único que le faltaba era un hacha.

—¿Qué demonios? —gritó bajando los últimos escalones de un salto que hizo temblar el suelo.

Su profunda voz resonó en todo el espacio y sustituí mi anterior idea de que blandía un hacha por el poderoso martillo de Thor. Había suficiente electricidad en el éter para hacer crujir el aire.

—¡No puedes meter un puto perro aquí! —tronó.

Nell gimoteó, metió la cola entre las patas, atravesó mis piernas y salió disparada hacia la puerta.

—¡Dios mío, Nell! —grité tras ella, completamente desconcertada y aterrorizada por la posibilidad de perderla si la puerta del jardín estaba abierta—. Solo queríamos saludarte —grité, enfadada, por encima del hombro antes de salir tras ella—, ¡y que tengas una buena mudanza!

Capítulo 8

Por suerte, conseguí encontrar y atrapar a Nell cuando volvía por el césped. Parecía tan asustada como yo y jadeaba con fuerza. Graham estaba llevando las últimas cosas al parquecillo cuando me vio intentando calmarla y se ofreció amablemente a cerrar los cobertizos y echar las llaves en mi buzón.

No le conté lo que había provocado la repentina carrera de Nell, porque no creía que pudiera explicárselo sin parecer enfadada, y lo último que quería dar a entender era que Finn me había caído mal al instante, aunque así fuera.

Un poco más tarde, Lisa tuvo la amabilidad de traer algo de comida y después oí la fiesta de Guy Fawkes en pleno apogeo en el parque. Agradecí que no hubiera demasiados estruendos ni crujidos cerca, pues de lo contrario mi pobre compañera habría empeorado. Apenas probó la cena y esa noche tuvo un sueño intermitente; el menor movimiento que yo hiciera en la cama la despertaba.

A la mañana siguiente, y por primera vez en su vida, se negó a moverse de su cesta y me pasé el día trabajando en el jardín, sola y enfurecida, en silencio. No había nadie en el estudio, nadie a quien pudiera despertar con mis golpetazos matutinos en la puerta, al menos. Dada la intensidad de mi enfado, quizá fuera lo mejor.

Después del trabajo, revisé los esquejes que había traído de Broad-Meadows y llevé a una reacia Nell a dar un breve paseo por el parque. Seguía recelosa, pero afortunadamente estaba más tranquila después de su apacible día en casa. Le hablé con dulzura mientras se sentaba en el umbral del cuarto de baño y yo me remojaba en la bañera antes de cenar con Kate y Luke.

Acababa de ponerme la bata cuando mi teléfono empezó a vibrar en la mesilla de noche.

—Peter —sonreí cuando su cara apareció en la pantalla—. Te has levantado pronto.

Debían ser las cinco de la mañana en Nueva Zelanda.

—Gran día de trabajo —sonrió—, y quería salir a correr temprano.

—No sé de dónde sacas la energía —le dije, reprimiendo un bostezo.

—Cuanto más ejercicio hago, mejor me siento —rio—. Deberías probarlo.

—¡Eh! —contraataqué—. Yo hago ejercicio todo el día gracias a mi trabajo, y tú también lo harías si te ensuciaras las manos en un proyecto de vez en cuando.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó—. He estado pensando en ti toda la semana. Sé que dijiste que llamarías cuando estuvieras instalada, pero no podía esperar más. ¿Va todo bien?

Me pregunté cómo interpretaría mamá su amable pregunta mientras lo ponía al corriente de cómo iban las cosas y terminaba con los detalles de lo que había pasado cuando fui a presentarme a Finn.

—Parece todo un personaje.

—Yo no lo diría así. —Fruncí el ceño, imaginándome a un dios de gran tamaño con forma humana bajando la escalera.

—Bueno —señaló Peter—, como vivís y vais a trabajar tan juntos, vais a tener que encontrar la manera de llevaros bien, ¿no?

Me negué a admitir que tenía razón.

—Lo siento, Peter —dije, dándome cuenta de la hora—, pero tengo que irme. Esta noche ceno con mis jefes.

—Seguro que vais a hablar de trabajo toda la noche.

—Seguro.

—Será mejor que yo también me vaya.

—Espero que tu gran día de trabajo vaya bien.

—Gracias —dijo, inclinándose hacia la pantalla para cortar la llamada.

—Ah, y Peter —añadí rápidamente, antes de que se fuera.

—¿Sí?

—Gracias por llamar.

—No te preocupes, amiga —dijo, en el peor intento de acento neozelandés que había oído nunca.

—Todavía no has pillado la jerga —reí mientras él negaba con la cabeza—. ¿Y no es una frase australiana?

Me sacó la lengua y se despidió.

Como se me hacía un poco tarde, me pasé el secador por el pelo y me lo dejé suelto. Después, elegí uno de mis tops más elegantes —es decir, no de trabajo— y lo combiné con unos vaqueros limpios. Me marché dejando a Nell con un aspecto decididamente apagado, lo cual significaba que empezaba a sentirse mejor.

—Vaya —dijo Kate cuando abrió la puerta y me dejó pasar—. Estás increíble. Dios mío, sí que tienes el pelo largo.

—Demasiado —respondí, ofreciéndole enseguida el vino que había llevado en un intento de pasar por alto su cumplido—. No sabía lo que íbamos a cenar, así que he traído uno de cada.

—No era necesario —dijo, cogiendo las botellas de tinto y blanco—, pero gracias.

—Me has dado un hogar y un trabajo, y ahora la cena —dije seriamente—, lo menos que puedo hacer es proporcionar el vino.

Sacudió la cabeza y se rio mientras cerraba la puerta tras de mí.

—Y tú le has devuelto la cordura a mi media naranja —señaló—. Creo que es un empate. No has traído a Nell —observó conforme me encogía de hombros para quitarme la chaqueta.

—No, esta noche no.

Hacía calor en la casa, y el salón —que no había visto antes— tenía el fuego encendido en la chimenea y estaba iluminado principalmente por velas. No era el gran salón formal que esperaba y sentí que mis hombros se relajaban. Ya me daba cuenta de que iba a ser una velada encantadora, en la que conocería mejor a mis nuevos jefes y hablaríamos de nuestra visión del hermoso jardín. Mi llama creativa había quedado casi apagada cuando murió Eloise y Jackson la pisoteó, pero ahora, gracias al entusiasmo de Luke por el Jardín de Invierno, sentía que volvía a calentarse, lista para arder con la misma intensidad que antes.

—¿Y Nell? —preguntó Luke como un eco de Kate.

—No la he traído —dije—. Ayer tuvo un pequeño susto y todavía está un poco inquieta. Me ha parecido que era mejor dejarla en casa.

—Tengo la horrible sensación —llegó una voz desde las sombras— de que puede ser culpa mía.

No había duda de a quién pertenecía la voz y solté un largo y lento suspiro. Adiós a mi predicción de que iba a ser una gran noche. No me apetecía mucho pasar una velada con el gigante que había aterrorizado a mi amiga de cuatro patas.

—¿Culpa tuya, Finn? —Luke frunció el ceño—. ¿Cómo es eso? ¿Ya os conocíais?

El vikingo salió a la luz. Era mucho más alto que nosotros; hacía que Jasmine, a la que llevaba en brazos, pareciera tan pequeña como su hermana.

—Más o menos nos conocemos —dije, sin dejar de mirar a Luke—. Fui a presentarme anoche, pero Finn nos gritó a Nell y a mí antes de que pudiera saludarlo y Nell salió corriendo. Ya sabes lo sensible que es.

Las palabras me salieron sin filtro, y los ojos de todos, incluidos los de Jasmine, se volvieron hacia Finn. Y eso que me había propuesto no dejar que mi boca se moviera más rápido que mi cerebro.

—Lo siento mucho —dijo, dejando a Jasmine en el suelo—. No quería asustarla.

—Entonces, no deberías haber gritado —señalé, poco dispuesta a aceptar sus disculpas, aunque sonaran sinceras. Desde luego, estaba sembrada. Mi amor por Nell había despertado la leona que había en mí—. Nos asustaste a las dos.

Le eché un vistazo por primera vez y descubrí que, como yo, llevaba el pelo suelto, pero trenzado a los lados para apartárselo de la cara, y sorpresa, sorpresa: llevaba el martillo de Thor colgado del cuello con una correa de cuero. El hijo de Odín, el dios del trueno, estaba entre nosotros.

—No era mi intención —dijo, dando un paso más hacia mí—. Es que me entró el pánico. No había limpiado el suelo del estudio en toda la semana y me preocupaba que pisara un trozo de metal o algo así. El estudio no es lugar para un perro de patas suaves y acolchadas.

—Entiendo. —Tragué saliva, sorprendida por la amabilidad de sus ojos.

—Tan solo no quería que se hiciera daño —dijo, con voz más suave pero aún profunda.

—Bueno, aun así, no había necesidad de gritar —dije. Mi tono sonaba cortante en contraste con el suyo—. Si me hubieras pedido que esperara fuera a un volumen normal, entonces no se habría escapado ni habría acabado encogida en su cesta todo el día.

—Oh, pobre Nell —gimoteó Jasmine.

Había olvidado que ella, Kate y Luke estaban escuchando.

—Ya se encuentra un poco mejor —dije por el bien de Jasmine, y solo por el de Jasmine.

—Tienes razón —dijo Finn sin dejar de mirarme.

Cuando me arriesgué a observarlo más de cerca, vi que sus ojos eran curiosamente grises pero salpicados de motas oscuras, casi negras. Luché por apartar la mirada, momentáneamente hipnotizada por lo que había pretendido ser solo una mirada fugaz y

acusadora.

—No debería haber gritado —aceptó.

—Y ni siquiera viniste a buscarnos. —Tragué saliva—. Ni siquiera viniste a ver si la había encontrado.

—Iba a hacerlo —dijo, aún más arrepentido—, pero pensé que eso empeoraría la situación, que ella seguiría huyendo si me veía de nuevo. Y tú estabas enfadada.

Abrí la boca para responder.

—Y con razón —añadió con rapidez—. Pero encontré a Graham unos minutos después y me dijo que tú y Nell os habíais ido a casa. Pensé en ir a ver cómo estabais, pero me di cuenta de que no sabía dónde estaba tu casa.

Al menos había hecho algo para averiguar si estábamos bien. Eso era algo, supuse.

—Vivo en la plaza —dije, aclarándome la garganta—. En la casa de Harold.

Asintió.

—Siento mucho que hayamos empezado con mal pie —dijo, tendiéndome una mano del tamaño de un oso para que la estrechara—, sobre todo porque vamos a trabajar juntos. ¿Podemos empezar de nuevo, Freya?

Miré a Kate, que asentía animada, y a Luke, que parecía contener la respiración. Era tal como Peter había dicho; dadas las circunstancias, Finn y yo íbamos a tener que llevarnos bien.

—De acuerdo —le dije—, siempre que prometas no volver a gritarle a mi perra y barrer el suelo del estudio de vez en cuando por si se aventura a entrar. Aunque no creo que lo haga.

—Trato hecho —sonrió, con el rostro transformado, mientras agarraba mi mano entre las suyas.

Un relámpago de sensaciones pasó de sus dedos a los míos. En cualquier otra circunstancia, lo habría considerado un cliché, pero, como estaba en presencia de un dios nórdico, la sensación me pareció totalmente adecuada. No sabía si él también lo sentía o si le resultaba algo habitual. Sus seductores ojos grises sonreían, pero contaban muy poco.

—¿Por qué no le explicas a Freya qué es lo que haces, Finn? —sugirió Luke cuando por fin empezó a respirar de nuevo—. Mientras, yo nos serviré una copa a todos.

—Para mí solo una copa pequeña, por favor —dijo Finn.

Kate nos ofreció el sofá y nos sentamos en extremos opuestos. Jasmine saltó sobre las rodillas de Finn en cuanto él se sentó; parecía que lo conocía bien y que se sentía cómoda con él.

—¿Dónde está Abigail? —le pregunté a Luke mientras nos repartía las copas.

—Ya está en la cama —respondió Jasmine por él—. Estaba muy cansada y malhumorada a la hora de la merienda, así que se ha acostado temprano.

—Lo que significa que se levantará al amanecer —dijo Luke, poniendo los ojos en blanco.

—Por suerte, estamos acostumbrados a madrugar —dijo Kate con una sonrisa, antes de escabullirse para vigilar la cena.

Se hizo un silencio y lo llené rápidamente por miedo a que se convirtiera en algo

insalvable.

—Entonces, Finn —dije, tras dar el primer sorbo al vino blanco, fresco y frío—, ¿a qué te dedicas?

—Soy constructor de profesión —me dijo—. Trabajo con mi padre y mi hermano, bueno, hermanastro, en la empresa familiar.

No parecía un trabajo que justificara un estudio.

—Entonces, ¿para qué es el estudio? —pregunté.

No pude evitar notar que le subía el color a las mejillas.

—Finn es un artista —dijo Luke—. Con un talento increíble.

Finn negó con la cabeza.

—Lo eres, amigo —dijo Luke, dándole una palmada en el hombro—. Empieza a creértelo. Voy a ver si Kate necesita ayuda.

Finn me miró e hinchó las mejillas. Sin Luke para hablar por él, no tuvo más remedio que continuar.

—Hago cosas —dijo en voz baja—, con otras cosas que nadie quiere.

Eso explicaba en parte lo de la chatarra.

—Luke mencionó unas esculturas —dije, intentando ayudarlo.

Estaba claro que no estaba acostumbrado a hablar así. Su carácter modesto hizo que simpatizara un poco con él.

—Sí —dijo—. Me ha pedido que haga algunas piezas para el jardín. Creo que quiere que los dos trabajemos juntos en eso. Yo las crearé y entre los dos encontraremos el mejor lugar para ellas.

No mencioné mi anterior visión de los gnomos. Desde luego, Finn no era un tipo de gnomos.

—¿Fuiste a la escuela de arte? —le pregunté.

Me lo imaginaba rodeado de estudiantes que lo adoraban, seductoramente salpicado de arcilla y pintura.

—Dios, no —rio—. Lo siento —añadió de inmediato—. Si conocieras a mi padre, sabrías por qué me río.

—Has dicho que trabajabas para él.

—Así es. Al día siguiente de dejar el instituto, a los dieciséis años, me colocó a tiempo completo en una obra, y desde entonces he trabajado poniendo putos ladrillos. Lo siento, Jas —añadió cuando su palabrota la hizo fruncir el ceño—. Siempre soñé con ir a la escuela de arte, pero mi padre no quería ni oír hablar de ello. Decía que tenía que aprender un oficio de verdad. Que jugar con pinturas y lienzos no pondría comida en la mesa.

—Todo un apoyo, ¿eh? —dije, tomando otro sorbo de vino y pensando en lo cómoda y relajada que parecía Jasmine. Sus párpados empezaban a cerrarse.

—Es de la vieja escuela —dijo Finn—. Lo que llamarías un hombre de verdad y mi hermanastro es igual que él.

—Pero ¿tú no?

—No, yo no —suspiró—. Me parezco a mi madre.

—¿Cómo es que estás aquí? —le pregunté. Ahora quería saber el resto de su historia

—. Hacer esculturas con chatarra es un gran salto desde las pinturas, los lienzos y la colocación de ladrillos.

—Ha sido un camino largo.

—Continúa.

Se movió para ponerse más cómodo y le pasé su copa porque no la alcanzaba.

—Mi padre no lo sabía —continuó—, pero siempre tuve en mente que iría a la universidad una vez que obtuviera la licencia de albañil y, aunque pasaron algunos años, seguía decidido a no renunciar a mi sueño, hasta que fui a un par de jornadas de puertas abiertas de la universidad. No tardé mucho en darme cuenta de lo fuera de lugar que parecía, de lo mayor que era de repente comparado con todos.

—¿Qué, incluso con los estudiantes mayores?

Sabía que mucha gente volvía a estudiar o cambiaba de carrera.

—A la edad que yo tenía, parecía estar en tierra de nadie. —Frunció el ceño—. Demasiado joven para el grupo de mediana edad y demasiado viejo para el resto.

—¿Y qué pasó después? —pregunté, inclinándome un poco más en mi curiosidad.

—Seguí creando en casa. Y un día estábamos ayudando a una pareja a vaciar un garaje antes de construir una ampliación; estábamos llenando un contenedor tras otro y me di cuenta del despilfarro que suponía enviarlo todo al vertedero solo porque no lo quería nadie o ya no servía para su propósito original.

Me miró y yo asentí para que continuara.

—Me llevé algunas cosas a casa y las transformé en otra cosa. Las desmonté y las volví a montar de una forma totalmente distinta.

—Ya veo —dije; por fin las piezas empezaban a encajar.

—Fue una casualidad que Luke viera una de las piezas que había hecho. Había venido a hablar con papá de unas obras que estábamos haciendo aquí y llegó mientras yo la movía por el garaje.

—Tu padre se enfadó un poco por eso, ¿verdad? —dijo Luke al volver a la habitación y retomar el hilo de la conversación.

—Sí —sonrió Finn—. Creo que estaba avergonzado. Su idea de lo que yo debería haber estado haciendo en mi tiempo libre no cuadraba con la mía.

—Pero me di cuenta de que Finn tenía un verdadero talento y una pasión que no iba a poder satisfacer en un pequeño rincón del garaje de su casa —me dijo Luke—, así que, después de conocernos un poco mejor, le ofrecí el estudio de aquí para trabajar y un encargo a juego.

—Cuando se lo conté a mi padre —continuó Finn—, se volvió loco.

—Así que convertimos el espacio de encima del estudio en un piso —dijo Kate, uniéndose a nosotros de nuevo; traía consigo un delicioso olor y las mejillas sonrojadas por el calor de la cocina.

—Y ahora —me puso Finn al día—, acabo de mudarme.

—¿Y sigues trabajando para tu padre? —pregunté—. ¿O lo has dejado?

—Aún no se ha hecho a la idea, pero no estamos del todo distanciados —dijo arrugando la nariz—. Me encantaría vivir de hacer esculturas, pero por ahora trabajo de albañil de día y en el estudio por la noche y los fines de semana. No quiero enemistarme

con la familia, así que intento hacer malabarismos. Y os estoy muy agradecido —añadió, volviéndose hacia Kate y Luke— por darme esta oportunidad.

Yo también levanté mi copa por ellos.

—Me gustaría añadir mi gratitud a la de Finn, si me lo permitís —sonreí—. A mí también me habéis dado una oportunidad increíble. Muchas gracias a los dos.

—Eso es algo que sí tenemos en común —dijo Finn, sonriéndome y haciendo que me sonrojara.

—Eso y el pelo muy muy largo —dijo Jasmine, que de repente estaba despierta de nuevo—. ¿Has traído mi regalo, Finn?

El regalo de Finn resultó ser un minúsculo gato hecho con mecanismos y engranajes de reloj. Al girar una llave, agitaba la cola y movía las orejas.

—Es precioso —susurré, admirada por los intrincados detalles; no me explicaba cómo unas manos tan grandes como las de Finn podían crear algo tan delicado—. ¿Cómo has conseguido darle tanta personalidad?

—Como he dicho —sonrió Luke—, es un artista.

—Esta es Violeta —dijo Jasmine, levantándola, y la giró de lado a lado para poder examinar todos los detalles—. Ya tengo a Dash.

Sabía que esos eran los nombres de los dos gatos de la familia y me preguntaba si Finn querría algún día crear algo que se pareciera a Nell para mí.

—Nunca habría creído que unas manos del tamaño de las tuyas pudieran crear algo tan diminuto, Finn —dije, con las mejillas aún más encendidas al segundo de haber verbalizado mis pensamientos.

—Soy bastante hábil —sonrió, haciendo que mi temperatura se disparara.

—Bueno —dijo Kate—, la cena está lista.

—Voy a prepararme para irme a la cama —anunció Jasmine.

—Asegúrate de poner a Violet en un estante alto —dijo Finn—. Abigail no debe poder alcanzarla.

—Lo sé —dijo Jasmine, dándole un abrazo—. Gracias, Finn.

—De nada —le dijo, devolviéndole el abrazo.

La cena fue un sabroso *risotto* hecho con verduras del Grow-Well y coronado con generosas virutas de queso *pecorino*. Luke me ofreció más vino para acompañarlo y, para cuando terminé, podría haberme quedado dormida.

—Estaba delicioso —dije—. Gracias, Kate.

—De nada —respondió ella—. No ha sido ninguna molestia. Es el tipo de cocina que me gusta al final de una semana ajetreada.

Ella y Luke no nos dejaron ni a Finn ni a mí ayudar a recoger.

—¿Por qué no vas a buscar a Nell? —sugirió Luke—. Así no tienes que preocuparte por volver enseguida con ella.

—Pero ¿qué pasa contigo? Tienes que levantarte temprano —le recordé.

No estaba segura de cómo reaccionaría Nell al ver a Finn, aunque suponía que tendría que volver a encontrarse con él en algún momento, y quizá, al estar lejos del estudio, no haría la conexión entre el gran tipo con pinta de oso y una voz berreante.

—Como ha dicho Kate antes, madrugar es normal con los niños. —Luke se encogió de

hombros—. Estamos acostumbrados.

Finn estaba de nuevo en el sofá cuando volví con Nell y mantuvo la voz suave y tranquila mientras la acercaba. Nell olfateó la mano que él le tendía lentamente y luego volvió su atención al fuego. Finn me miró y se encogió de hombros, y me sentí aliviada de no tener que preocuparme por mantenerlos separados.

Cuando volví a mirar a Nell, que fue casi enseguida, los gatos ya la habían encontrado, probablemente porque estaba en su sitio. Dash se había acurrucado contra su costado y Violet la inmovilizaba y la lavaba a conciencia.

—Bueno —dijo Luke—, ya que está todo arreglado, ven a ver lo que he encontrado en el ático.

Extendidos sobre la mesa de lo que supuse que era un comedor formal —aunque algo frío—, había unos planos. Estaban bastante arrugados y estropeados, pero sin duda correspondían al jardín, y en una esquina figuraba el nombre de un diseñador fallecido hacía tiempo. Por lo que pude ver, habían sido dibujados para mostrar las características del paisaje original más que los esquemas de plantación.

—Supongo —dijo Luke mientras señalaba varias secciones— que estos son los puntos donde antes había esculturas en el jardín.

—Sí —asentí, entrecerrando los ojos para ver los detalles, ya que no había mucha luz —. Creo que tienes razón. Esto no es un plan de paisajismo sencillo. Se vería diferente si estuviera definiendo un esquema de plantación o algo así. Y mira esto —señalé—, este debe ser el quiosco de música junto al río.

El edificio era bastante grandioso para el tamaño del jardín, pero podía imaginarme al filántropo antepasado de Luke celebrando conciertos allí en verano e invitando a todo el mundo a disfrutarlos, incluidos sus trabajadores.

—¿Llevas el móvil, Finn? —pregunté—. He dejado el mío en la otra habitación.

—Sí —dijo, sacando del bolsillo algo parecido a un pequeño ladrillo.

—Vaya —dije—, iba a pedirte que iluminaras con tu linterna la clave de la esquina para descifrarla.

—Lo siento —dijo—. No se puede, me temo. Esta cosa es bastante antigua. No tiene linterna.

—Ya lo veo. No importa —reí, y volví a centrar mi atención en el diseño—. Mira esta parte de aquí, el jardín de helechos originalmente era mucho más grande que ahora. Esa línea de ahí es el muro.

—Parece que sabes de lo que hablas, Freya —dijo Finn, con su voz sorprendentemente cerca de mi oído—. Está claro que sabes cómo diseñar un jardín. Aún no he tenido ocasión de preguntarte por tu trabajo.

Me erguí.

—Te lo contaré en otro momento —le dije, sin apartar los ojos de la mesa—. Aunque no hay mucho que contar.

—Oh, no lo sé —dijo Kate, que, habiendo comprobado cómo estaban las chicas, ahora se unía a nosotros—, creo que todos tenemos una historia.

No estaba segura de llamar cuento a un compromiso roto, la desaprobación de mis padres, la muerte de una amiga y un discutible secuestro de un perro, aunque no quería

compartir nada de eso con Finn.

—Bueno, esperaré impaciente —sonrió Finn. Sentí un montón de mariposas en mi estómago, a pesar de que ya había terminado el verano—. Sea lo que sea.

Luke se aclaró la garganta y volvimos a centrarnos en los planos. Nos explicó que no quería repetir lo que había antes. Utilizar las modernas piezas escultóricas de Finn le permitiría imprimir su propio estilo al lugar, pero podríamos considerar la posibilidad de utilizar un par de puntos focales del jardín, como el final del arriate herbáceo.

—¿Y qué hay del sendero del dragón? —preguntó Finn—. ¿Lo has pensado?

—¿El sendero del dragón? —Fruncí el ceño.

—Sí —sonrió Luke—. Como Norwich tiene grandes conexiones históricas con los dragones, Kate y yo pensamos que sería divertido que Finn hiciera algunas esculturas más pequeñas de dragones, diez o así, para repartirlas por el jardín, y que la gente las encuentre y las registre en un mapa.

—Me gusta cómo suena —dije, imaginándomelos asomando entre los helechos—. Sin duda, añadirá un elemento de diversión al jardín. El único dragón con el que me he topado hasta ahora es el de la taberna, y aún no he conseguido entrar. Tendré que ponerme al día con la lectura.

—Y ponte manos a la obra, Finn —dijo Luke, respondiendo a su pregunta—, son un sí seguro. La idea del sendero del dragón la saqué de un viaje invernal con la familia a Wynthorpe Hall, cerca de Wynbridge, las pasadas navidades —explicó.

—Entre otras cosas —dijo Kate con una sonrisa irónica.

—¿Eh? —preguntamos Finn y yo al unísono.

—Conozco ese lugar —dijo Finn—. ¿Qué fue lo que te inspiró, Luke?

—Todo se revelará mañana —dijo misteriosamente nuestro jefe—. Hablaré con todos en el Grow-Well después del almuerzo. Habrá un grupo de trabajo por la mañana para hacer una limpieza otoñal.

No podía ser una tarea muy larga, todo me había parecido impecable.

—Y después compartiré mis ideas —volvió a sonreír Luke.

—¡Más ideas! —reí.

—Oh, está lleno de ellas —dijo Kate.

—Y son todas brillantes —sonrió Luke.

No estaba segura de que Kate estuviera de acuerdo, pero Finn y yo nos miramos y seguimos riendo, cada uno de nosotros evidentemente deseoso de descubrir lo que nuestro amable jefe nos tenía preparado a continuación.

Capítulo 9

A pesar de lo adormilada que me había sentido, relajada por el vino y arropada en las cálidas y reconfortantes habitaciones de Prosperous Place, el paseo de vuelta por la calle hasta la plaza, con el aire fresco y helado, me despertó de nuevo y me resultó imposible conciliar el sueño de inmediato.

Me tumbé en la cama, con Nell acurrucada a mi lado, y dejé que mi mente explorara todo lo que había ocurrido durante la última semana. ¿De verdad hacía solo una semana que había pasado mi última noche en Broad-Meadows?

Mientras las tuberías crujían por toda la casa, me di cuenta de lo rápido que me estaba adaptando a mi nueva morada, de la cantidad de amigos que había hecho en tan poco tiempo, de lo enamorada que estaba del jardín y de mi nuevo trabajo y de mis inesperados y cálidos sentimientos hacia Finn. Hasta el momento, él había resultado ser la mayor y más abrumadora sorpresa de todas. Me preguntaba qué le parecería a Peter. Desde luego, yo había cambiado rápidamente de opinión respecto a él.

Me alegré de que Peter y yo hubiéramos seguido siendo buenos amigos y de haber podido hablar con él, aunque fuera a través de una pantalla. Desde que perdí a Eloise había luchado contra la abrumadora sensación de pérdida. La pena había anidado en lo más profundo de mi ser durante un tiempo, y necesitaba un amigo al que recurrir, aunque fuera a distancia. Si Jackson hubiera sido diferente, quizá habría recurrido a él, pero era el polo opuesto de su bondadosa pariente.

Me sentía muy agradecida por tener cerca a gente amable con la que hablar, aunque ninguno de ellos supiera qué me había llevado a Nightingale Square. Se me hizo un nudo en la garganta al darme cuenta de que Eloise ya no era mi presente ni mi futuro.

—Buenas noches, Eloise —le dije a la fotografía enmarcada de las dos que estaba sobre la mesilla de noche—. Siento no poder estar contigo mañana.

Me iba a resultar extraño no ir a visitarla a la iglesia, pero sabía que lo entendería. Al fin y al cabo, había sido ella la que me había enviado la señal y me había conducido a este lugar tan especial.

A la mañana siguiente no llegué a tiempo para ayudar a recoger el Grow-Well porque tenía que hacer la compra, pero sí llegué para reunirme con el resto del equipo antes del anuncio de Luke. Lisa se dio cuenta de mi desconcierto al añadir unos cuantos nombres más a la lista mental con la que ya estaba teniendo dificultades, y prometió solemnemente poner a sus hijos a trabajar haciendo chapas con los nombres de todos para ayudarme.

—¿Qué tal te estás adaptando a mi antigua casa? —preguntó Harold, que había llegado en su *scooter* de movilidad justo después que yo—. ¿Te han asustado las tuberías en mitad de la noche?

Cuando pensé en algunos de los ruidos y susurros a los que me habían sometido en Broad-Meadows —no todos sacados de mi imaginación para asustar a Jackson—, supe

que haría falta algo más que unas cañerías chirriantes para asustarme.

—Muy muy bien —le dije a Harold—, y gracias a tu nota, explicando qué son los ruidos y cuándo esperarlos, no me han dado demasiadas molestias.

—Bueno, eso está bien —asintió—. ¿Y tienes todo lo que necesitas?

Sabía que debía ser duro para él dejar atrás tantas de sus posesiones, y su amable pregunta me lo confirmaba.

—Lo tengo todo, gracias. Es un detalle que me dejes usar tus preciosas cosas. Cuidaré de ellas, lo prometo.

—No lo dudo, querida —dijo, cogiéndome la mano, y me dio un apretón.

—¿Y cómo te estás adaptando? —le pregunté.

—Maravillosamente, gracias —dijo en un tono más alegre—. Aunque nunca hay un momento de paz.

Lo entendía a la perfección.

—No me digas.

—Sí, es todo «ven a jugar al dominó aquí» o «vamos a cantar allá». A veces, tengo que fingir que no estoy —rio, y de pronto pareció mucho más joven.

Me alegré de que la mudanza nos hubiera sentado tan bien a los dos.

—Hoy he tenido que escabullirme —me confió—. Si alguien me hubiera oído, me habrían obligado a ayudar a preparar el bingo de esta noche.

Nos reímos juntos y levanté la vista justo a tiempo para ver llegar a Chloe con Finn. Él se inclinó para decirle algo y ella echó la cabeza hacia atrás en respuesta y soltó una carcajada tan sonora que el sonido llegó hasta donde yo estaba con Harold.

Teniendo en cuenta que Chloe había dicho que nunca lo había visto antes, parecían haber congeniado a la velocidad del rayo. Pero, por lo que yo sabía, tal vez así era como caía aquel dios, como un trueno, cuando encontraba una mujer que le gustaba.

—Si me disculpas, Harold —dije, ahuyentando el destello verde de envidia que debía estar iluminando mis ojos y que me tomó completamente por sorpresa—, tengo que ver cómo está Nell.

Cuando la encontré, parecía bastante feliz con la pandilla que incluía a los dos gatos de Prosperous Place y a Gus. Para ser una criatura solitaria, se estaba adaptando con rapidez y me alegró verlos a todos durmiendo al abrigo de la brisa fría del refugio. Aunque la visión me hizo sentir irracionalmente abandonada.

—¿Cómo lo llevas, Freya?

No me había dado cuenta de que alguien me había estado hablando y me giré para ver a Graham acercándose.

—Lo siento —dije, regresando a la tierra—. No te he oído bien, Graham. ¿Cómo llevo el qué?

—El cambio de estación —dijo subiéndose el cuello del abrigo, que había sustituido a su chaleco ahora que hacía más frío—. ¿No te parece que los días largos y grises son un poco desalentadores?

Me lo pensé un momento antes de contestar.

—No, pero probablemente sea porque siempre estoy al aire libre. En todo caso, los días grises suelen ser días secos, y eso significa que puedo trabajar sin tener que sacar el

impermeable. Mientras no llueva, no me fijo en cómo está el cielo.

—Tienes suerte —dijo con envidia—. Ojalá pudiera decir lo mismo. Antes no me importaba, pero ahora, pensar en el largo y oscuro invierno que se avecina no me ayuda con mi estado de ánimo.

—A Luke le han diagnosticado depresión estacional, ¿verdad? —dije, mirando hacia donde mi jefe parecía estar preparándose para decir algo.

—Así es —dijo Graham—, y estoy pensando seriamente en visitar a mi médico para saber si me pasa lo mismo. Siempre disfruto ayudando aquí, por supuesto, pero a veces no es suficiente. Luke ha sido muy proactivo desde que le diagnosticaron la enfermedad y parece mucho más feliz. Como sabes, esa ha sido su inspiración para crear el Jardín de Invierno.

—Va a ser un faro de esperanza en esos días aburridos que tanto odias, Graham —le dije con seriedad—. Te lo prometo, siempre habrá algo alegre que ver. Mi plan de siembra prácticamente lo garantiza.

Graham parecía bastante animado con la idea, y yo esperaba que la madre naturaleza no me defraudara. Dicho esto, si las flores, los bulbos, las cortezas y los aromas inesperados no eran suficiente para inspirar pensamientos felices, entonces las ingeniosas esculturas de Finn escondidas por el lugar sin duda lo serían. Me negué a mirar hacia donde estaban él y Chloe. Sabía que seguían juntos porque oía la voz profunda de Finn y la risa ligera de Chloe en perfecta armonía.

—Y no olvides que pronto será Navidad —le recordé tanto a Graham como a mí misma—. Ya estamos en la época de Adviento.

—Así es —sonrió—. ¿Te gustan estas fechas?

—Sí —dije, pensando en toda la decoración y la compra de regalos, el vino caliente y el exceso de indulgencia en general—. Sí, así es.

Vivir en la ciudad me facilitaría mucho las compras navideñas y garantizaría el acceso a todos los caprichos y tradiciones que pudiera desear. El aislamiento de Broad-Meadows había hecho que la celebración fuera mucho más tranquila de lo que imaginaba que sería aquí. Siempre me había encantado la paz y la tranquilidad que me proporcionaba pasar la fiesta de Yule con Eloise, pero me encantaba y sorprendía bastante darme cuenta de que tenía muchas ganas de descubrir lo que la Navidad de Norwich tenía que ofrecer.

—¿Y a ti, Graham? —pregunté, con el corazón agitado al pensar en todo aquello—. ¿Te gusta la Navidad?

—Oh, sí —sonrió—. Es lo mejor.

—Bueno —dijo Luke, gritando por encima de la cháchara de todos y cortando nuestra conversación antes de que tuviera la oportunidad de mencionar la ayuda en el jardín—. ¿Podéis prestarme atención, por favor?

Todos se callaron enseguida y se reunieron a su alrededor. Chloe y Finn estaban prácticamente enfrente de mí. Chloe me saludó con la mano y me dijo «Hola», y Finn pareció sorprendido de verme cuando Chloe le dio un codazo y me señaló. Él también me saludó con la mano y yo le devolví la sonrisa.

—Gracias a todos por aguantar esta tarde —dijo Luke—. Sé que todos habéis trabajado duro esta mañana y ahora está refrescando, así que no os retendré mucho

tiempo.

Carole y Poppy se movían en silencio entre nosotros, repartiendo tazas de espumoso chocolate caliente. Tenía un olor delicioso y, agradecida, envolví la taza caliente entre mis manos enguantadas.

—Como sabéis —continuó Luke—, gracias a la llegada de Freya, los planes para la creación del Jardín de Invierno están ya muy avanzados.

Todos se giraron para sonreírme y yo les devolví la sonrisa brevemente antes de dedicar mi atención a soplar con suavidad la espuma de mi chocolate caliente. Cuando volví a levantar la vista, Finn seguía mirándome, así que dirigí mis ojos hacia Luke.

—Y aunque este año habrá mucho que ver —explicó—, el jardín aún estará muy en pañales.

Me alegré de que lo entendiera. La jardinería instantánea, como la que se ve en los programas de televisión, no era algo que pudiera aplicar a este proyecto en Prosperous Place. Como Luke acababa de señalar, este año habría mucho que admirar, pero harían falta varias temporadas para que la plantación cobrara vida y tuviera un aspecto tan espectacular como el que ya tenía en mi cabeza.

—Y por eso he decidido organizar algo para que la gente disfrute en vísperas de la Navidad, y posiblemente después. Algo inspirado en la visita a la familia de Kate en Wynbridge el año pasado.

—¿Tiene esto algo que ver con el paisaje nevado que mencionaste la semana pasada? —preguntó Graham.

—Sí —dijo Luke—. En Wynthorpe Hall, una gran finca, se organizaron todo tipo de actividades para que la gente disfrutara en los jardines y bosques, y yo quiero hacer algo parecido aquí. No hay sitio para los renos y no podríamos hacer frente a un flujo constante de visitantes, así que he adaptado la extravagancia de Wynthorpe Hall y lo que propongo son cuatro fines de semana de talleres y exhibiciones, en el exterior y también en la casa, llamados Winterfest.

—Winterfest —susurró Graham a mi lado, paladeando la palabra.

—Lo que imagino —dijo Luke— son seis, posiblemente ocho talleres al principio, uno el sábado y otro el domingo, basados en la naturaleza, la comida y la estación invernal, tanto en el jardín como en el interior, a los que la gente pueda apuntarse.

—Me parece una idea estupenda —dijo Heather.

—Estoy de acuerdo —añadió Poppy.

—Entonces, ¿qué hacemos nosotros? —preguntó Graham.

Por su tono, me di cuenta de que le apetecía tener un papel activo.

—Bueno —dijo Luke, mordiéndose el labio mientras miraba a su alrededor a sus vecinos y amigos—, sé que he dicho que voy a organizarlo yo, pero espero que algunos de vosotros consideréis la posibilidad de dirigir los talleres.

—¿Nosotros?

—Sí —dijo Kate, poniéndose al lado de Luke—. Sabemos que es mucho pedir, sobre todo en vísperas de Navidad, y que el tiempo de todos es limitado, pero sois un grupo con tanto talento que esperamos que consideréis la posibilidad de compartir vuestras habilidades y nos ayudéis a elaborar un programa de actos.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Luke—. He estado buscando a monitores e instructores que contratar, pero, o son demasiado caros, o están demasiado lejos, o ya están ocupados.

—¿Cuándo esperas empezar? —preguntó otra persona.

—El veintiocho de noviembre —anunció Luke con una pequeña mueca de dolor.

—Pero solo faltan tres semanas —respondió Carole con la voz entrecortada.

—Lo sé —dijo Luke—. Lo sé.

Los murmullos entre el grupo siguieron en aumento.

—¿Por qué lo has dejado para tan tarde? —se volvió a oír la voz no identificada.

Luke se encogió de hombros y Kate negó con la cabeza.

—Es imposible —dijo Lisa—. Nunca conseguirás que nadie se apunte a tiempo.

—Si podemos idear un programa —dijo Luke—, puedo utilizar mis contactos en los medios de comunicación para difundir la noticia, y espero que Ryan ayude con las redes sociales del Grow-Well para compartirla.

—Confía en mí, jefe —respondió Ryan, levantándole el pulgar.

—Te dejo la idea para el fin de semana —gritó Luke, pero no estaba segura de que nadie siguiera prestando atención.

Escuché la excitada charla a mi alrededor, sobre todo la de Graham, que ya estaba dándole vueltas a quién podría hacer qué, y me di cuenta. Volví a mirar a Luke, que me sonrió y me guiñó un ojo, confirmando lo que me acababa de imaginar: esta era su forma de actuar, lo dejaba todo para el último momento para que todos, pero especialmente él y Graham, tuvieran un propósito y algo en lo que concentrarse mientras el otoño daba paso al invierno y las horas de oscuridad aumentaban. Si al final le pedía a Graham que me ayudara también, no tendría tiempo para preocuparse por los días más cortos, ¡ni para notarlos!

—Graham y yo no somos los únicos que lo padecemos —dijo Luke, acercándose a mí —, y espero que otros vecinos con este problema se apunten y se sientan mejor. No creo que obtenga beneficios económicos de esto, pero los beneficios para la salud mental van a ser mucho mejores que recuperar la inversión.

—Pero ¿por qué ahora? —le pregunté.

—¿Por qué no? ¿No te parece una buena idea?

—Me parece una idea estupenda —dije—, pero habría sido mejor celebrarlo después de Navidad. Enero y febrero pueden ser bastante deprimentes, sobre todo una vez que las celebraciones quedan atrás y se guardan las luces y los adornos.

—No he dicho que fuera a ser algo excepcional —señaló Luke—. Si sale bien, pienso alargarlo hasta el equinoccio de primavera. No voy a pedirle a todo el mundo que vuelva a invertir su tiempo después de este lanzamiento inicial, a menos que quieran, por supuesto, pero si podemos generar suficiente interés, entonces el Winterfest puede funcionar durante todo el invierno, especialmente los eventos al aire libre.

—Ya te lo dije: está lleno de ideas —dijo Kate con una sonrisa, mientras enlazaba su brazo con el de Luke.

—Desde luego, le gusta mantenerse ocupado —reí.

—Mucho —coincidió.

Con el Jardín de Invierno *y* el Winterfest, Luke iba a estar muy ajetreado los próximos meses.

La pareja se fue a hablar con los demás y yo escuché las voces excitadas y el aluvión de sugerencias que empezaban a surgir. No me cabía duda de que habría suficientes ideas para llenar los primeros fines de semana propuestos por Luke, y probablemente sobrarían sesiones. Lo cual sería bueno si continuara después de las fiestas.

—¿Qué te parece, Freya? —preguntó Finn, acercándose a grandes zancadas, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y una gruesa bufanda de lana enrollada al cuello.

Mi primer pensamiento fue, por desgracia, que estaba guapísimo.

—Me parece una idea estupenda —respondí, olisqueando mi taza medio vacía en un intento de que el aroma amaderado de su *aftershave* dejara de asaltar mis sentidos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, mirándome fijamente.

—¿Yo?

Mis ojos se desviaron un momento hacia su cara.

—Sí —dijo—, tú, Freya. Eres la experta en jardinería. Seguro que te ofreces a hacer algo.

En absoluto. De ninguna manera iba a ponerme a darle instrucciones a nadie.

—¿Ya se os ha ocurrido algo? —sonrió Chloe, uniéndose a nosotros con un saltito.

Estaba claro que el plan de Luke la había emocionado de verdad, a menos que hablar con Finn le hubiera puesto la sonrisa en la cara y el brillo en las mejillas.

—Finn se va a ofrecer a enseñar a la gente a hacer casas para pájaros y erizos con restos de madera, ¿verdad? —se entusiasmó ella, clavándole el codo en algún lugar cerca de las costillas.

No era lo bastante alta para que le saliera bien.

—Me lo estoy pensando —dijo, bajando la voz por si Luke se enteraba de la idea antes de que estuviera listo para anunciarla oficialmente.

—Es una idea brillante, ¿verdad? —dijo Chloe con las cejas levantadas—. Justo lo que Luke estará esperando.

—Sí —dije—, es genial.

Tal vez se ofreciera a trabajar como fiel ayudante de Finn y se enamoraran sobre la pila de madera. Exhalé un largo suspiro, odiándome por haber pensado en algo tan mezquino. Yo no era esa clase de persona. No era asunto mío si se llevaban bien o no, y teniendo en cuenta todo lo que Chloe había pasado, tenía derecho a un poco de romance. Si es que eso era lo que se estaba gestando.

—Bueno —resopló Finn, dejando caer los hombros, cabizbajo—, solo era una idea.

Volvió a alejarse y Chloe se volvió hacia mí y frunció el ceño.

—Podrías haber sonado un poco más emocionada —me dijo—. Parecía muy cohibido cuando me ha preguntado si me parecía una buena idea, pero le he dicho que era genial y que probablemente le arrancarías la mano si se ofreciera a hacer algunas para el jardín. Seguro que ahora ni siquiera se lo menciona a Luke.

—No creo que le importe lo que yo piense —dije, sonrojándome al verlo salir del Grow-Well sin mirar atrás.

No se había parado a hablar con Luke, pero probablemente era porque tenía que irse a

algún sitio o a hacer algo. Seguro que su marcha no tenía nada que ver conmigo.

—Bueno, da igual —dijo Chloe—, podrías haber sido un poco más amable. Era la primera vez que hablaba con él, y me ha parecido muy reservado y que incluso le ha costado mucho salir aquí fuera.

Tenía razón, podría haber sido más amable. Normalmente me enorgullecía de serlo, así que me sentí tan mal como merecía.

—Me ha contado que tuvisteis una especie de discusión cuando os conocisteis —continuó, haciéndome sentir aún peor—, pero se alegraba de haberlo solucionado porque pensaba que eras preciosa.

Dada la velocidad a la que se había largado, era bastante seguro suponer que había cambiado de idea.

Capítulo 10

Presenté mis excusas y me marché poco después del anuncio de Luke. Todos seguían charlando alegremente mientras enjuagaban las tazas de chocolate caliente y limpiaban y guardaban las últimas herramientas. Nell no estaba muy contenta de que la separaran de sus amigos, pero empezaba a llover y yo quería volver a casa.

—Gracias por venir, Freya —dijo Luke cuando vio que estaba a punto de irme—. Sé que es tu día libre, así que te lo agradezco de verdad. Has sido muy amable.

«Pero no lo bastante amable, según algunos», no pude evitar pensar. Y con razón.

—¿Algún plan para el resto del fin de semana? —preguntó Kate.

—Ninguno en absoluto —le dije—, va a ser una maravilla.

Agaché la cabeza al pasar por delante del estudio. Finn no había venido a buscarme después de nuestro enfrentamiento por Nell la semana anterior, y no tenía ganas de empeorar la situación haciéndolo pensar en eso. Estaba segura de que Chloe se había equivocado de persona y que él no se había marchado por mi culpa. Al menos, eso era lo que me decía a mí misma.

Me costó mucho alcanzar el estado de «felicidad» al que le había dicho a Kate que me transportarían mis planes de no hacer nada. De hecho, no conseguí acercarme ni a kilómetros. Tener la oportunidad de sentarme y no hacer nada durante dos días siempre me había parecido una buena idea en medio de una ajetreada semana laboral en la que me dolían los músculos y me caía el agua de la lluvia por el cuello, pero la realidad no estuvo a la altura de las expectativas. Cuando por fin tuve la oportunidad de disfrutar de un fin de semana de ocio, las horas se me hicieron largas como días y no tardé en aburrirme.

En consecuencia, el sábado por la tarde acabé cambiando la ropa de cama, poniendo la colada, pasando la aspiradora, quitando el polvo y fregando. Aunque no hiciera falta, ya que Kate le había dado a la casa un repaso más que profundo, y no es que llevara allí tanto tiempo como para haber conjurado demasiado polvo. Aunque, eso sí, la actividad sirvió para mantener mi mente ocupada.

Para cuando decidí llevar a Nell a dar un paseo, la luz se estaba desvaneciendo y había empezado a llover a cántaros. Corrí las cortinas y envié un mensaje rápido a mi padre diciéndole que mi primera semana de trabajo había ido bien y que mamá no tenía que preocuparse por ventilar mi antigua habitación. Después metí una *pizza* congelada y poco reconfortante en el horno y acabé yéndome a dormir pronto. No le envié ningún mensaje a Peter para contarle que había cambiado de opinión sobre Finn porque no tenía mucho sentido.

El domingo me desperté temprano, renovada tras una noche de sueño sorprendentemente reparador y encantada de que el cielo se hubiera despejado y volviera a salir el sol. Tenía un mensaje de mi padre en el teléfono que sugería que él y mi madre se habían tranquilizado con mis noticias, lo cual era un alivio, y aparté el

edredón, decidida a aprovechar el día al máximo y no desperdiciar ni un segundo esforzándome por alcanzar el nirvana sin hacer nada.

—Vamos —llamé a Nell, una vez que había domado mi pelo y me había vestido—. Vámonos a dar una vuelta.

El aire de primera hora de la mañana era fresco y vigorizante, con el sol ya brillando, y nuestro paseo fue largo y enérgico. Nell me seguía el ritmo con facilidad y su sonrisa me decía que disfrutaba tanto como yo estirando las piernas. Tampoco había demasiada gente, así que avanzamos sin obstáculos y volvimos a la plaza jadeando pero sintiéndonos reanimadas.

Había dejado que mi mente divagara mientras aporreaba el pavimento con los pies, y, aunque todavía no tenía pensado ningún taller que ofrecerle a Luke, desembalé unas cuantas cajas que contenían varios proyectos de manualidades con los que había disfrutado durante mi estancia en Broad-Meadows. No pensaba volver a tropezarme con no tener nada planeado para los fines de semana. Acababa de terminar de colocarlo todo sobre la mesa cuando sonó el timbre.

Lo primero que pensé fue que podría ser Finn y comprobé el estado de mi pelo en el espejo del pasillo antes de contestar. Me molestó que mi pensamiento se dirigiera inmediatamente hacia él. No tenía ni idea de por qué se tomaría la molestia de buscarme, y me molestó aún más la sensación de decepción que me invadió cuando descifré la silueta en el umbral de la puerta y me di cuenta de que no era él, sino dos de mis nuevas vecinas.

—Buenos días, Freya —sonrió Carole cuando abrí la puerta.

—Buenos días. —Le devolví la sonrisa.

No se me pasó por alto que llevaba un portapapeles de aspecto muy oficial bajo el brazo y me pregunté en qué me estaba metiendo.

—Hola —añadió Poppy, que estaba justo detrás de ella—, sentimos molestarte en domingo.

Su tono sonaba a auténtica disculpa y me pregunté si había salido con Carole para suavizar la intromisión de la señora en el comienzo, generalmente más perezoso, que la mayoría de la gente disfrutaba el séptimo día de la semana.

—No pasa nada —la tranquilicé.

—Te hemos visto salir antes, así que sabíamos que estabas levantada —dijo Carole con aprobación—. ¿Podríamos pasar un minuto?

—Por supuesto —dije, abriendo la puerta para que entraran, tanto ellas como Gus, que estaba junto a Poppy—. ¿Queréis una taza de té? Estaba a punto de poner a hervir la tetera.

—Sería estupendo, gracias, Freya —sonrió Poppy.

Las conduje al salón y, cuando volví con la bandeja del té, Gus y Nell habían dejado de jugar y estaban echados frente al fuego. Las dos mujeres observaban con atención las piezas que yo había colocado sobre la mesa.

—Parece que has estado ocupada —dijo Carole, señalando con la cabeza el cuaderno que estaba abierto en una página que representaba septiembre en Broad-Meadows.

Era un diseño especialmente bonito con flores prensadas e ilustraciones, así como mis

pensamientos sobre el tiempo y lo que aún estaba en flor.

—Y estas son increíbles —dijo Poppy, señalando mi montón de hojas prensadas—. ¿Dónde las compraste? Los colores son increíbles, tan vivos...

—Las hice yo —respondí, pasándole una taza, y le ofrecí el azucarero y una cuchara —. Bueno, las hojas no, obviamente, pero las conservé en glicerina para que mantuvieran su color y fueran más duraderas.

—Vaya —dijo Poppy, removiendo su té—, ¿qué haces con ellas?

—He añadido algunas a mi diario —dije, y hojeé las páginas hasta finales del verano del año anterior—, otras las he utilizado para exponerlas ensartándolas en un hilo de algodón y colgándolas como una especie de banderín natural.

Carole y Poppy intercambiaron una mirada y me di cuenta de que la visita se dirigía exactamente hacia donde yo había esperado cuando vi el portapapeles de Carole, pero no iba a ceder. De ninguna manera podía ponerme delante de un grupo de desconocidos a enseñar, instruir, tutelar o como quiera que lo llamaran.

—Bueno —dijo Carole, toda negocios, tras un estudiado silencio—. Probablemente te estés preguntando por qué hemos venido, Freya.

—Creo que me lo imagino —dije con un suspiro y los ojos puestos en Poppy, que seguía buscando entre la colección de hojas—. Puedes llevarte las que quieras —le dije.

—Preferiría que me enseñaras a hacerlas —dijo con una sonrisa pícara.

Yo solita me había metido en el atolladero.

—El caso es que ya hemos decidido lo que vamos a hacer para el Winterfest, ¿verdad, Poppy? Así que —continuó, sin darle a Poppy la oportunidad de responder— vamos a hacer un rápido repaso casa por casa para ver si alguien más tiene alguna sugerencia sobre cómo le gustaría ayudar.

En ese momento miró hacia la mesa y luego hacia mí. No podía ser más obvia, pero yo seguía empeñada en no ceder.

—Lo siento, Carole —dije, sacudiendo la cabeza—, pero no estoy hecha para ponerme frente a una multitud...

—Eso es lo que le he dicho yo —interrumpió Poppy—. Vender mis recetas en tarjetas en Greengage's y en el librito que hemos montado Mark y yo es una cosa, pero dar una clase magistral en persona es algo totalmente distinto.

—Así que lo comprendes —dije, soltando un suspiro de alivio.

—Por eso he decidido unir fuerzas con Mark. Vamos a dar nuestra sesión juntos.

—Poppy nos enseñará a preparar sus encurtidos —explicó Carole—, y Mark preparará un sencillo bizcocho.

—No me sentiré ni la mitad de nerviosa si lo tengo trabajando conmigo —dijo Poppy —. De hecho, lo estoy deseando.

Parecía emocionada.

—Y podrías unir fuerzas con otra persona para enseñarles a hacerlas —dijo Carole, levantando una hoja—, y tal vez ofrecer algunos consejos sobre cómo la gente podría diseñar su propio diario de la naturaleza, por ejemplo.

—Sería un gran proyecto familiar para el invierno —añadió Poppy—. La forma ideal de que la gente salga a tomar el aire durante los meses más oscuros.

Sus ideas me parecían maravillosas, y me encantaba la idea de animar a la gente a salir al exterior cuando lo que apetecía era agazaparse y estancarse en casa, pero sus sugerencias habrían sido aún mejores si no me involucraran a mí.

—En teoría suena muy bien —concedí—, pero no sé con quién podría compartir esa sesión. No conozco a nadie lo suficientemente bien. Es decir, solo llevo aquí una semana.

—Lisa —me cortaron las dos a la vez.

—¿Lisa? —Fruncí el ceño.

—Por supuesto —dijo Carole, como si fuéramos la pareja más obvia del mundo—. Lisa va a impartir un taller de escritura creativa sobre la naturaleza.

—Es escritora —añadió Poppy, ayudando a contextualizar la sugerencia—, y muy buena.

—Y está buscando a alguien que trabaje con ella —continuó Carole—, porque cree que solo puede llenar un par de horas, incluso con un paseo inspirador antes de sacar los bolígrafos y hacer fluir los jugos creativos.

—Estará mucho más contenta trabajando con otra persona —sonrió Poppy—. Como Mark y yo.

Por lo que pude averiguar, Carole no tenía reparos en impartir ella sola su sesión de tarta y pudin de Navidad, lo que no me sorprendía en absoluto.

—La escritura creativa de Lisa combinada con tu ingeniosa idea de un diario de manualidades y naturaleza sería la asociación perfecta —dijo Carole, garabateando rápidamente algo en su portapapeles—. Eso podría llenar con facilidad un día entero.

—Tendré que pensarlo —dije, sintiéndome más bien acorralada. No me sorprendían las tácticas tan eficientes de Carole, pero el hecho de que Poppy se uniera a ella la hacía más difícil de rechazar.

—No hay tiempo —dijo Carole—, ya oíste lo que dijo Luke ayer: si se va a celebrar el Winterfest, hay que zanjarlo todo rápido.

—Pero los asistentes no podrían llevarse las hojas —añadí, desesperada—, necesitan estar sumergidas unos días para que la glicerina haga efecto.

—La gente podría volver para recogerlas —sugirió Poppy inútilmente—, o podríamos enviarlas. No pesan mucho, así que el coste sería razonable. Seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—¿Todos van a hacer algo? —Tragué saliva, sintiendo que la resistencia era inútil.

—No todos —dijo Carole, consultando de nuevo sus notas.

Uf. Así sería más fácil decir que no.

—Puede que Heather no pueda debido a los pequeños, pero casi todos los demás hogares han ideado algo.

Se acabó la teoría.

—E incluso ella ha dicho que estaría dispuesta a ayudar en algunas cosas si podía compaginar el cuidado de los niños con el trabajo de Glen los fines de semana.

Eso era todo. No tenía a nadie, aparte de Nell, que dependiera de mí, e incluso ella estaba ampliando sus límites y aprovechando al máximo para conocer a la colección de animales de Nightingale Square y Prosperous Place.

—Bueno —dijo Carole, golpeando su bolígrafo en su portapapeles—. ¿Puedo

apuntarte, Freya?

—Sí —respondí con voz chillona; no tenía elección—. Supongo que sí. Será mejor que me asocies con Lisa, ¿no?

—Buen material —dijo Poppy, volviendo a tocar el montón de hojas.

—Maravilloso —dijo Carole, terminando su té, y se dirigió a la puerta—. Luke estará encantado de tenerte a bordo.

Esperaba que todos lo estuvieran. Si yo iba a pasar por eso, quería que todos apreciaran el enorme esfuerzo que estaba haciendo la chica nueva.

—La última parada es el nuevo, Finn —le dijo Carole a Poppy, que llevaba a Gus porque se negaba a levantarse—. Estará en el estudio.

—¿Se lo vais a pedir? —Fruncí el ceño.

—Se lo estamos pidiendo a todo el mundo —dijo Carole con firmeza.

—Vendremos a buscarte mañana antes de ir a decírselo a Luke —dijo Poppy, apresurándose a seguir el ritmo de su amiga—. Como estarás allí, puedes ayudarnos a compartir la buena noticia. Se va a poner muy contento.

Lo cual supuse que era algo que Finn no sentiría cuando Carole empezara a aporrear su puerta.

***

Tal y como habían prometido, justo antes de la comida del día siguiente, Carole y Poppy vinieron a buscarme para contarle a Luke lo que se les había ocurrido hasta el momento.

—No puedo tardar mucho —dijo Poppy, que tenía las mejillas sonrosadas por el paseo de vuelta de la tienda donde trabajaba—. Me he escapado a comer temprano, pero no puedo volver tarde. Oh —añadió—, ¿qué es todo esto?

Tan fácil de distraer como un gatito con un ovillo de hilo, se acercó al parterre donde yo había extendido una selección de hojas que había recogido a lo largo de la mañana.

—Pensé que no sería mala idea empezar a recoger hojas ya —le dije—. Si hace mal tiempo cuando Lisa y yo tengamos nuestra sesión, ya tendré algunas secas a mano. No tienen que estar secas antes de conservarlas, pero sí intactas, y no estará de más tener un plan de reserva.

—Te veo entusiasmada, Freya —dijo Carole.

—Yo no diría eso —respondí—, pero, si voy bien preparada, no me estresaré tanto.

—Compartiré esas sabias palabras con los demás cuando se anuncie oficialmente el Winterfest —dijo Carole mientras yo le daba a Nell su almuerzo, y la encerré en el cobertizo por si acaso.

No quería llevarla conmigo y no podía arriesgarme a que vagara sin vigilancia y acabara de nuevo en la guarida de Finn. Teniendo en cuenta su primera experiencia en aquel lugar, no creía que tuviera muchas ganas de volver, pero nunca se sabía.

—Vamos a decirle a Luke lo que hemos preparado —nos instó Carole—. Kate dijo que estaría en su despacho.

Y así era, pero no pudimos entrar enseguida a verlo porque ya estaba hablando con

alguien. Nos sentamos en las sillas del pasillo, con la espalda apoyada en la pared, como los tres monos sabios. No estaba segura de cuál de los tres era yo.

Poppy me miró y trató de reprimir una risita.

—Me siento como si me hubieran enviado al despacho del director —chilló, con los hombros temblorosos, entre risas.

—Tienes mucha experiencia en eso, ¿verdad, Poppy? —preguntó Carole, lo que la hizo reír aún más y me hizo estallar a mí también—. ¿Por qué no me sorprende? —le espetó, poniendo los ojos en blanco, lo que hizo que Poppy se riera más fuerte.

—¿Qué es todo ese jaleo ahí fuera? —llegó la voz de Luke desde el otro lado de la puerta.

—Ya está —dijo Carole, enfadada—. Te ha oído, ¿y cómo nos hace quedar eso con quien tenga ahí dentro con él?

La puerta se abrió de golpe y Poppy se mordió el labio, con las mejillas enrojecidas.

—Debería haberlo adivinado —sonrió Luke—. Será mejor que entréis.

—Lo siento, Luke —dijo Carole—, no queríamos interrumpir tu reunión. Podemos volver más tarde si quieres.

—No, está bien —dijo, haciéndonos un gesto para que entráramos—. No estoy en ninguna reunión. Solo es Zak. Está tomando algunas medidas.

—Solo Zak —dijo la voz del hombre desde dentro, ofendida—, qué bonito, sí, señor.

—Oh —guiñó Poppy—, estamos de enhorabuena. Ten cuidado, Freya, este es problemático.

—Por el amor de Dios —siseó Carole—. Dejadlo ya, las dos.

Poppy volvió a soltar una risita y seguimos a nuestro jefe al despacho. Si antes no me había sentido como una colegiala desobediente, ahora sí. Poppy me había involucrado en sus travesuras y, como resultado, Carole me había metido en el mismo saco.

—Debería haberlo sabido —dijo el hombre, que solo podía ser Zak porque era la única otra persona en la habitación—, ¿es que nunca trabajas, Poppy?

—Estoy en mi descanso para comer —hizo un mohín—, ¿y tú qué? Apenas pareces esforzarte.

—Oh, siempre me cuesta —sonrió, lanzando y cogiendo la cinta métrica que sostenía.

Era difícil distinguir su aspecto mientras estaba al trasluz, de pie frente a la ventana, pero, cuando se apartó para dejar que Luke volviera a su escritorio, vi sus impresionantes bíceps en una camiseta un poco demasiado ajustada, sus ojos azules y brillantes y su pelo al rape.

—Entonces —dijo Luke, ignorando los coqueteos de Zak—, ¿qué puedo hacer por vosotras tres?

Zak volvió a su tarea de tomar medidas, pero no sin antes guiñarle un ojo a Carole. Me tocó morderme el labio y Poppy se tapó la boca con la mano. Luke fingió que no se había dado cuenta de nada, pero debía haberlo hecho.

—Espero que hayáis venido a decirme que habéis tenido algunas ideas para llenar las sesiones del Winterfest —dijo, mirando de una a la otra.

Poppy asintió y Carole, radiante de orgullo, le entregó sus papeles.

—Tenemos planes para cuatro sábados y tres domingos —dijo, orgullosa.

Decidí no prestar más atención a Zak, que estaba flexionando y estirando más de lo que probablemente era necesario para alguien que blandía una cinta métrica. Carole y Poppy, pero sobre todo Carole, habían trabajado mucho en el programa para el Winterfest y no iba a distraerme con las bobadas de un tipo cualquiera.

—Todo esto es increíble —dijo Luke, sorprendido, hojeando las páginas—. Mucho mejor que cualquier cosa que se me hubiera ocurrido. Sabía que estaba haciendo lo correcto al confiároslo. Hay una fantástica mezcla de actividades aquí. Y, Freya, acabas de llegar y tu nombre aparece dos veces. Es maravilloso.

—Bueno —dije, tratando de sonar displicente—, era lo mínimo que podía hacer... Espera, ¿dos veces?

—Hay mucha variedad —continuó Luke con entusiasmo—. Podemos hacer algunas de las sesiones en el Grow-Well y los jardines, dependiendo del tiempo, por supuesto, y las de cocina, aquí en la casa. Si el tiempo lo impide, supongo que también podríamos hacer algo de artesanía en el interior, después de la búsqueda y recolección de materiales.

—Eso es lo que habíamos pensado, sí —asintió Carole con entusiasmo.

Estaba claro que las discusiones habían continuado después de que yo aportara mi contribución a la causa. Me pregunté a qué más me habían apuntado en mi ausencia. Estaba a punto de preguntar, pero Poppy habló primero.

—¿Cuándo piensas hacerlo oficial? —preguntó a Luke.

—Bueno, no hay tiempo que perder —dijo, reafirmando lo que había dicho el sábado —. Llamaré a la radio esta tarde y, si pudieras pedirle a Ryan que venga cuando vuelva de clase, Poppy, entonces crearemos una página en Facebook y compartiremos los detalles en Twitter.

—Debería estar en casa a las tres —dijo Poppy, mirando su reloj—. A este ritmo, podrías tenerlo todo listo para la hora del té.

—Con menos de tres semanas para que Freya y Lisa lancen su proyecto —sonrió Luke, haciendo que se me revolviera el estómago—, no está nada mal.

—Finn estuvo hablando de todo esto en la cena de ayer —dijo Zak.

Mis ojos se volvieron hacia él.

—Finn y Zak son hermanos —me explicó Luke, completando la información.

—Hermanastros —se apresuró a señalar Zak—. Y también se mencionó tu nombre, Freya —añadió, clavándome sus ojos azules y haciendo que me sonrojara.

—¿Es eso cierto? —Tragué saliva, decidida a no apartar la vista.

Habría pagado un buen dinero por saber qué había dicho, y la amplia sonrisa de Zak me decía que él lo sabía.

—Mamá y papá no estaban seguros de si vendría ayer —continuó—, después de la discusión por haberse mudado aquí, pero llegó justo a tiempo para que mamá le sirviera la cena. Dijo que iba a hacer casas para pájaros o algo así, ¿no?

Su tono era demasiado jocoso para mi gusto.

—Sí —resopló Carole. Claramente, ella también había captado el tono de Zak—. También hará casas para erizos. Tu hermano tiene mucho talento.

Me aliviaba que Finn hubiera aceptado participar y que mi respuesta poco entusiasta no lo hubiera desanimado. No debería ser así, pero Chloe me había hecho sentir

culpable, y no era cuestión de decirle que mi falta de entusiasmo por su plan se debía a los celos de verlos juntos, y no a que no me gustara su gran idea.

—Si tú lo dices —dijo Zak, regresando a su cinta métrica—. Papá dice que debería estar construyendo casas en vez de esa mariconada de minicajas para bichos.

—Bueno —dijo Luke, enfadado, justo cuando yo captaba el eco de unos pasos en el pasillo—, tu padre siempre ha tenido facilidad de palabra, ¿verdad?

Finn había dicho que su hermanastro se parecía mucho a su padre. Si ese era el caso, no estaba segura de que me cayera bien. Zak me parecía un liante y, encima, un bocazas.

—Papá tiene el don de la palabra —dijo con orgullo—. De ahí debí sacarlo yo. Finn es más artístico, como lo era su madre.

Volví a mirar a Zak. Era evidente que él también sabía que había alguien fuera, y no hacía falta ser un genio para saber de quién creía que se trataba.

—Bueno —dijo Luke—, creo que esto es todo. Voy a volver a comprobar las reglas que el consejo tiene sobre este tipo de cosas, y luego manos a la obra.

Desde luego, no me correspondía a mí, pero me hubiera gustado que dijera algo para hacer callar a Zak en lugar de ignorarlo, pero tal vez Zak fuera de los que no se callaban si se le prestaba atención, fuera del tipo que fuera.

—Estupendo —dijo Carole—, me alegro de que todo salga bien.

No parecía tan emocionada como antes, y supuse que presentar el duro trabajo que habían realizado ella y Poppy durante el fin de semana delante de Zak no era exactamente lo que ninguna de las dos había tenido en mente.

—Yo también —dijo Luke—. ¿Hay alguna posibilidad de que me hagas un favor esta tarde, Carole?

Los dos salieron por otra puerta, dejándonos a Poppy y a mí con la presencia algo exagerada de Zak y la del otro visitante, que seguía en el pasillo. Luke obviamente no se había dado cuenta de que tenía a alguien más esperando; ojalá se lo hubiera dicho.

Poppy y yo nos levantamos para irnos, y Zak rodeó la mesa y se apoyó en ella. Dejó la cinta métrica en el suelo y se cruzó de brazos, haciendo que sus músculos se ondularan en el proceso. No sé a quién intentaba impresionar, pero la pose no me gustó nada.

—Bueno —dijo, mirando a Poppy—, ¿cuándo me vas a dejar invitarte a una copa?

—Nunca —dijo ella con firmeza.

Zak debía tenerse en muy alta estima para echarle los tejos a una mujer que ya estaba en una relación sólida como una roca.

—Excelente —asintió—. No hay nada que me guste más que un desafío.

—Ah, ¿sí? —le preguntó.

—Claro que sí —se rio—. Acabarás rindiéndote.

Poppy se rio y le dio un manotazo con el dorso de la mano, y quienquiera que estuviera fuera se marchó.

—Vamos, tú —le dije, tirando de su manga—, ¿no es hora de que vuelvas al trabajo?

—Mierda —dijo, mirando su reloj—, tienes razón. Voy a llegar tarde.

—Te llevo en la furgoneta si quieres —se ofreció Zak—. Voy en esa dirección.

—No, gracias —dijo Poppy, siguiéndome hasta la puerta.

—¿Seguro?

Poppy puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Eres incorregible —le espetó.

No creí que supiera lo que eso significaba.

—Está segura —le dije—. Déjala.

—¿Y qué me dices de ti, Freya? —preguntó, volviendo sus ojos celestes hacia mí—. ¿Puedo tentarte con una tarde en el *pub*?

—Absolutamente, cien por cien no —respondí—. Algunas tenemos trabajo que hacer.

Mis ojos recorrieron el pasillo con rapidez, pero la única prueba de que alguien acababa de estar en él era la puerta que se cerraba al fondo.

—Maldita sea —murmuré.

—¿Qué pasa? —Poppy frunció el ceño mientras me seguía fuera—. Pensaba que había ido muy bien.

Alcé las cejas.

—Me refiero a Luke —añadió, mientras nos dirigíamos afuera—. No le hagas caso a Zak. Es así con todo el mundo. Pronto te acostumbrarás a él. Incluso coquetea con Mark y Neil si tiene media oportunidad. Se cree un regalo de Dios, pero en realidad es inofensivo.

No creía que Finn estuviera de acuerdo y, para ser sincera, yo tampoco. Tenía la clara impresión de que la boca de Zak y su actitud chulesca podían causar mucho daño.

Capítulo 11

Los días siguientes fueron los más ajetreados que había tenido en mucho tiempo. Chloe se puso manos a la obra con las tareas que le había asignado el martes; por suerte, habíamos olvidado nuestro breve enfrentamiento por mi malinterpretada falta de interés por la participación de Finn en el Winterfest, y al final del miércoles ya habíamos desherbado y cavado la primera zona de plantación para el Jardín de Invierno, lista para el nuevo plan.

Iba a duplicar el número de cornejos, ya crecidos y de hermosos tallos brillantes, y a plantar debajo una serie de bulbos tempranos, acónitos, violetas y anémonas. Todavía hacía bastante buen tiempo para plantar los bulbos y sabía que iba a estar deslumbrante cuando le diera el sol suave del invierno, pero que seguiría siendo impresionante incluso en los días más apagados. Ya podía imaginar el contraste de los vibrantes tallos rojos y naranjas iluminados por una alfombra de brillantes flores amarillas y moradas, y si esa inteligente combinación no levantaba el ánimo de todo el mundo, nada lo haría.

Dicho esto, el mero hecho de pensarlo no era suficiente para que mi ánimo mejorara, pero en realidad eso se debía a mis músculos doloridos. Hacía tiempo que no hacía nada tan intensamente físico y Chloe y yo nos estábamos tomando un descanso muy necesario cuando Lisa vino a buscarnos el jueves por la tarde.

—¿Vienes a casa? —preguntó, asomando la cabeza por la puerta y haciéndonos dar un respingo.

—¿Ya?

Miré el reloj: la tarde se nos había echado encima. En Prosperous Place no había peligro de que el tiempo se alargara durante la semana laboral.

—Sí —se apresuró a decir Lisa—. Llegará en un minuto. Vienes, ¿verdad?

—Por supuesto —dije, cogiendo mis llaves y animando a Nell a salir de su cesta—. Tú también vienes, ¿verdad, Chloe?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo, poniéndose de pie y estirando la espalda.

Luke había conseguido un espacio en Radio Norfolk para promocionar el Winterfest, y todos los que pudieran iban a escucharlo antes de ir juntos a la ciudad para el encendido de luces esa misma noche. Yo no tenía muchas ganas de ir a ver las luces —un baño y acostarme temprano me parecían mucho más tentadores—, pero Poppy había puesto tal cara de decepción cuando rechacé la invitación que cambié de idea.

—Me alegro mucho de que te hayas apuntado para ayudar con el Winterfest, Freya —dijo Lisa mientras caminábamos hacia la casa—. Yo misma no estaba muy entusiasmada, pero, cuando Carole dijo que no estabas segura de hacerlo sola, me ofrecí de buena gana.

—¿Eso te dijo? —nos llegó la voz de Chloe desde atrás.

—Sí —dijo Lisa, girándose para mirarla—. Así es, ¿no?

—La verdad es que no —dije—. Me pillaron Carole y Poppy. Según ellas, eras tú la que estaba nerviosa por hacerlo sola y necesitaba una compañera con la que alargar la

sesión.

Lisa sacudió la cabeza.

—Zorras mentirosas —dijo—. Debería haberlo sabido, pero no importa —sonrió—. Creo que lo que estamos planeando funcionará muy bien juntas. Lo estoy deseando, ¿y tú?

—Estoy segura de que todo irá bien —acepté, resignada; ya no había vuelta atrás. Luke estaba a punto de anunciar el acontecimiento a la nación, bueno, al menos a los oyentes de Radio Norfolk, así que era demasiado tarde para echarse atrás—. Más que bien.

—Ese es la actitud —dijo Chloe riendo.

Las tres nos unimos a Carole y Graham, Ryan, Heather, Mark, Harold, Kate y una colección de niños, gatos y perros alrededor de la radio en la cocina, y sonreímos cuando se anunció el nombre de Luke.

Su voz suave y profunda estaba hecha para la radio, y la presentadora estaba claramente enamorada de él. Le dedicó más tiempo del necesario y escucharlo me recordó el día en que le pedí una señal a Eloise y me llevó a Norwich.

Se me hizo un nudo en la garganta al ver en la cocina las caras de todos los que escuchaban con impaciencia lo que Luke tenía que decir, y me pregunté si habría algún oyente a punto de que le cambiara la vida tras un viaje a Prosperous Place, como me había pasado a mí.

Cuando terminó la entrevista, Ryan, cuyo teléfono estaba configurado para recibir notificaciones de Grow-Well en las redes sociales, estaba inundado de mensajes, publicaciones, compartidos y *retweets*.

—Algo me dice que no vamos a tener problemas con los números —sonrió Carole.

—Menos mal que has conseguido que muchos de nosotros nos apuntemos para ayudar, ¿verdad, Carole? —dijo Lisa con toda la intención.

—Poppy también ayudó —señaló enseguida nuestra inteligente coordinadora—. Y será maravilloso contar con la participación de todos.

Supongo que no podíamos discutírselo, aunque me habría gustado mucho más pasar a un segundo plano y dedicarme a repartir material y preparar té.

—Bueno —dijo Kate, una vez que todos hubieron terminado de recoger las sillas y charlar—, reunámonos todos en la plaza a las cuatro y cuarto, ¿de acuerdo? Eso nos da una hora para llegar antes de que empiece todo y, con suerte, tiempo para ir al súper a por patatas fritas.

Ella y Luke se habían ofrecido amablemente a comprar comida para todos y, por lo que me había contado Carole sobre el tradicional encendido, el centro de la ciudad iba a estar abarrotado.

—Me parece perfecto —dijo Heather, reuniendo a sus hijos.

—No te preocupes si no llego a tiempo —dijo Lisa—. Iré, pero puede que tarde en volver de la escuela y cambiarme. Si no llego, no tardaré, y John acaba temprano, así que puede ayudar.

—Nos vemos allí —dijo Chloe—. Primero, quiero ir a casa a darme una ducha rápida.

Nos fuimos cada uno por nuestro lado y me pregunté si Finn vendría con nosotros. No

lo había visto ni oído en toda la semana, aparte de su sombra en el pasillo el lunes, y, aun así, que fuera él no era más que una suposición. Tampoco había visto a Zak, pero eso no me importaba.

En total, incluidos los niños —pero no los perros, ya que se quedaban en casa por la multitud y los fuegos artificiales—, éramos más de veinte personas reunidas en la plaza a la hora que Kate había recomendado.

—Es un milagro de Navidad —rio Lisa mientras ella y John llevaban a su alegre prole al otro lado de la calle.

—Eso demuestra lo que se puede conseguir con la motivación adecuada, ¿verdad? —se unió John, dando un achuchón a su esposa.

—Ojalá fuese Navidad todos los días —dijo el pequeño Archie, dando unos saltitos.

—No empieces con eso —respondió John con una sonrisa—. Todos estaremos hartos de esas palabras dentro de unas semanas.

—Yo no —dijo Archie, que infló las mejillas y se quitó el gorro de lana, que Lisa volvió a ponerle enseguida.

Hubo un par de aplausos cuando Luke apareció por la carretera desde Prosperous Place, seguido de cerca por Finn.

—Ha sido una locura intentar volver por la ciudad —jadeó Luke—. No debería haber cogido el coche.

Aún no me había aventurado a entrar en la ciudad, pero sabía que la emisora de radio se encontraba en el Foro, que estaba al lado del ayuntamiento, donde un delantero del Norwich y su novia *influencer* de YouTube iban a encender las luces, así que no era de extrañar que lo hubiera encontrado concurrido.

—¿Qué tal lo he hecho?

Todos le respondieron a un tiempo, y Ryan le enseñó su teléfono y se desplazó por las noticias de las redes sociales, con la pantalla iluminando sus caras en la casi oscuridad. Por lo que pude deducir, todas las actividades estarían llenas al final de la semana y, si echaba una mano, no tendría que preocuparme por aburrirme los fines de semana durante una buena temporada.

—Nada mal, ¿no? —sonrió Luke, aplaudiendo—. Bueno, ¿quién quiere patatas fritas?

Nos abrimos paso por los ya concurridos caminos hacia la ciudad en una fila india extralarga y desmesurada. La mayoría de los hombres llevaban a algún niño sobre los hombros, incluso Finn, que parecía aún más grande gracias a un jersey de punto de gran tamaño. Llevaba a Jasmine sobre los hombros y resultaba un cuadro muy llamativo, aunque esperaba que no encontráramos ninguna restricción de altura. Debería haberle prestado el casco que uno de los albañiles se había dejado en la oficina del jardín.

Tal y como habíamos previsto, el centro de la ciudad estaba abarrotado y tuvimos que hacer cola durante un rato antes de que todo el mundo tuviera su propio cono de patatas fritas. Ya habíamos bajado a todos los niños antes de entrar en el mercado, formado por hileras e hileras de puestos con toldos a rayas. Parecía que se podía comprar cualquier cosa de prácticamente cualquier parte del mundo.

—¿Estás bien? —preguntó Ryan, tras acercarse a mí para echar una pizca de sal en

mis patatas fritas.

—Sí —asentí, soltando un largo suspiro—. Estoy bien.

—¿Seguro?

Miré su joven rostro y me sorprendió ver que tenía el ceño fruncido.

—Conozco esa mirada —dijo, dedicándome una sonrisa comprensiva—. Yo también tuve mi momento cuando me mudé aquí con mi hermana. Hay poco espacio, ¿verdad?

El joven, muy atento, se había dado cuenta de mi repentina sensación de claustrofobia y se apresuró a venir a ver cómo estaba. Realmente era un muchacho de buen corazón. No me extrañaba que Poppy pareciera tan orgullosa siempre que hablaba de él.

—Sí —dije, y tragué saliva—. Está lleno y no me siento muy cómoda en espacios cerrados.

Había hecho todo lo posible por no pensar en ello, pero la observación de Ryan y su amable intervención me habían hecho darme cuenta de lo limitado del espacio.

—Y no ayuda estar atrapado aquí con un armario como este —añadió, dando un amistoso golpe en el brazo de Finn.

—¿Qué pasa? —preguntó Finn, girándose torpemente.

Ahora que Ryan había hecho que se fijara en mí, Finn parecía ocupar una cantidad extraordinaria de espacio. Levanté la vista hacia él y sentí que me flaqueaban las rodillas y mi pecho se agitaba con una repentina palpitación. Debería haber seguido concentrada en mis pies.

—Freya se siente un poco encerrada —dijo Ryan cuando Poppy lo llamó para que recogiera sus patatas.

Los ojos de Finn volvieron a dirigirse a mi cara y deseé que Ryan no hubiera señalado mi problema, aunque lo hubiese hecho con buena intención.

—Estoy bien. —Tragué saliva de nuevo, mirando a mi alrededor en busca de una salida—. Solo necesito una bocanada de aire, eso es todo.

—Toma —dijo Finn, ofreciéndome una mano para que la cogiera—, puedo ver el camino, ven conmigo.

—No necesito cogerte de la mano —le dije.

—Tienes que hacerlo —respondió con firmeza—, de lo contrario, te perderé. Vamos.

Hice lo que me decía y sentí que las rodillas me temblaban aún más cuando introduje la mano en la suya, pero no creía que tuviera nada que ver con el cómodo confinamiento del mercado, porque no las sentí más firmes cuando salimos y nos colocamos en un lugar algo menos estrecho de la escalinata, con las mejores vistas del ayuntamiento. Solo podía tratarse de su proximidad, pero no quería pensar en lo que eso significaba.

—¿Qué te parece? —me preguntó, soltándome la mano pero sin alejarse—. ¿Te sientes mejor ahora?

—Sí —mentí, con las mejillas sonrojadas por el frío y los dedos hormigueándome por tener su mano alrededor de la mía—. Mucho mejor. Gracias, Finn.

—Había que apretujarse ahí dentro —dijo, mirando hacia las abarrotadas filas—, no suele haber tanta gente como hoy.

—No soporto los lugares enclaustrados desde que una de mis primas me encerró en un armario jugando al escondite —solté—. No era más que una niña, pero no he logrado

olvidarlo.

No sabía por qué había sentido la necesidad de justificarlo. No solía hablar de ello. Trabajar al aire libre prácticamente garantizaba espacios abiertos y hacía tiempo que no me afectaba el impacto de la desagradable travesura de mi prima.

—En ese caso —dijo Finn—, no me sorprende que te pareciera un poco demasiado.

Afortunadamente, no tuve tiempo de seguir hablando de más, ya que el resto de la pandilla de Nightingale Square subió los escalones para colocarse cerca de nosotros y a nuestro alrededor, y el trineo de Papá Noel animó el ambiente cuando llegó a la entrada del ayuntamiento tras haber terminado su recorrido por las calles de la ciudad, donde había avivado aún más el entusiasmo de todos por el espectáculo de la noche. Empezó a sonar una melodía en alguna parte y el nivel de ruido pareció multiplicarse por diez. Por suerte, tener el cielo y no el mercado cubierto sobre mi cabeza me sentaba bien.

—¿Es ese tu teléfono? —preguntó Poppy, dándome un codazo mientras iba de un lado a otro con una bolsa, recogiendo la basura de todos.

No tenía ni idea de cómo podía haberlo oído, pero metí la mano en el bolsillo y lo saqué. Acababa de llegar un mensaje de Chloe preguntando dónde estábamos todos. No había forma de que yo pudiera verla, ni ella a mí, así que había llegado el momento de recurrir a la ayuda del armario, como Ryan lo había llamado, otra vez.

—¡Finn! —grité por encima del estruendo—. Chloe está en algún lugar en esa dirección. ¿Crees que podrías encontrarla? —Sabía que era una posibilidad remota—. O podrías saludar en esa dirección para que te vea.

Por algún milagro, el plan funcionó y a los pocos minutos se unió a nosotros, riendo mientras contaba a todo el mundo cómo había visto la mano de Finn agitándose por encima de la multitud y lo había utilizado como un GPS humano para llegar hasta nosotros.

—¡Esta noche nos están viniendo muy bien esas fantásticas manoplas de oso que tienes, colega! —rio Ryan, dándole una palmada en la espalda a Finn.

—¿Qué significa eso? —preguntó Chloe, volviéndose para mirarme.

—No hay tiempo —respondí, señalando a un grupo de personas que había salido al balcón del ayuntamiento y se disponía a iniciar la cuenta atrás.

Luces, fuegos artificiales y más música llenaron las dos horas siguientes, y, por maravilloso y emocionante que fuera todo, agradecí estar con amigos. No tenía ni idea de lo que había estado haciendo en Broad-Meadows el doce de noviembre del año anterior, pero estaba segura de que no había tanta gente ni tanto ruido.

—Parece que ya has tenido bastante —rio Lisa, sin darse cuenta de cómo empezaba a sentirme en realidad—. ¿Vas a volver con nosotros? Algunos de los otros van a parar en The Dragon por el camino, si te apetece; qué suerte tienen, los cabrones.

El gentío de Prosperous Place creció aún más mientras caminábamos de vuelta, porque a Poppy y Jacob se les unieron sus amigos Lou y Colin, que regentaban sendas tiendas en la calle contigua a Nightingale Square, y la mayoría de la gente llevaba bolsas de varios tamaños que aumentaron aún más nuestro volumen. Yo todavía no estaba preparada para empezar mis compras navideñas, aunque no tuviera mucho que comprar, pero estaba claro que algunos querían adelantarse.

—Creo que voy a seguir con los demás —le dije a Poppy cuando llegamos al *pub* y nos dividimos en dos grupos.

Carole y Graham se iban a casa, junto con todos los que tenían niños que acostar.

—No puedes irte todavía —dijo Chloe, deslizando su brazo dentro del mío—. Me he pasado los últimos ochocientos metros convenciendo a Finn para que venga a tomar una pinta rápida.

Volví a sentir esa horrible punzada de celos. La pareja ya había recorrido casi todo el camino de vuelta cogidos del brazo, a pesar de que su estatura era ridículamente dispar, y ahora Chloe me estaba apuntando para que hiciera de sujetavelas. No estaba de humor.

—Sea como sea—dije—, pero tengo que volver por Nell.

—Creía que Ryan había dicho que esta noche estaba con Gus —señaló Finn.

No era consciente de que lo sabría. Poppy había pensado que sería una buena idea juntar a los perros para que, si les molestaba el eco de algún petardo, pudieran consolarse mutuamente.

—Así es —concedí.

—Pues ya está —dijo Chloe, tirando de mí hacia el *pub*—. Una rápida no te hará daño, ¿verdad? Ya era hora de que conocieras a nuestro fabuloso The Dragon.

The Dragon era fabuloso, sí, pero también bastante pequeño, o al menos así lo parecía cuando los nueve nos apretujamos dentro para unirnos a los habituales, así como al resto de los juerguistas que también paraban en el camino a casa tras una noche en la ciudad.

—¿Todo bien? —preguntó Finn, frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de lo concurrido que estaba.

Era muy amable por preguntarlo, pero ojalá no le hubiera contado la verdadera razón de mi tambaleante momento en el mercado. No necesitaba que estuviera pendiente de mí cada vez que había más de media docena de personas en una habitación. Me atrevería a decir que ese pensamiento era un poco desagradecido, pero, en realidad, no quería darle demasiada importancia.

—Sí —dije, haciendo lo posible por sonreír—, estoy bien.

Cálido, oscuro y acogedor, el *pub* tenía techos bajos que parecían aún más bajos porque estaban adornados con ramas verdes que hacían las veces de guirnaldas, e iluminados con centelleantes luces de hadas blancas. El fuego ardía en la chimenea, que aumentaba el calor, y el sonriente personal tras una barra bien surtida contribuía a crear un ambiente acogedor. Era precioso, pero sabía que me habría gustado aún más si no hubiera estado tan concurrido.

Opté por media pinta de cerveza amarga de una microcervecería local que, según me dijeron, estaba situada a las afueras de la ciudad y tenía tanta demanda que iba a tener que perder el apelativo de «micro» y trasladarse a un local más grande.

—¿Habías venido antes? —preguntó la joven que servía.

—No —respondí, contando mi dinero—. Me mudé a la zona la semana pasada.

—Creo que no te había visto antes —sonrió—. No serás Freya por casualidad, ¿no?

—Sí —dije—. ¿Cómo demonios lo sabes?

Creía que en el pueblo más cercano a Broad-Meadows estaba el teléfono loco más rápido de Anglia oriental, pero quizá no era así. Esperaba al menos un cierto grado de

anonimato en la ajetreada ciudad, pero estaba claro que también en eso me equivocaba.

—Soy amiga de Chloe —dijo, señalando la mesa donde nuestra amiga común se acomodaba—. Mencionó tu precioso pelo y no creo que haya nadie más en los alrededores con una trenza tan larga.

Supongo que eso me hacía bastante reconocible.

—Claro —dije, pagando mi bebida.

—Bienvenida a The Dragon —dijo encantadoramente—, espero que disfrutes de tu primera visita.

—Gracias —dije, tomando un sorbo de la cerveza amarga, que era sorprendentemente ligera y refrescante—. Ya me encanta el ambiente, y las guirnaldas son muy bonitas.

—El dueño tuvo esta idea —explicó— porque no tenemos sitio para un árbol, y no me sorprende que te gusten —añadió—. Como también eres jardinera, quiero decir.

Chloe la había puesto al corriente y me pregunté hasta qué punto se conocían. ¿Habría sido mi llegada una charla casual en un bar o más bien un intercambio de noticias entre amigas íntimas? Supuse que no importaba, pero me sentí un poco en la cuerda floja mientras miraba a mi alrededor y me preguntaba quién más sabía quién era yo y dónde trabajaba y vivía.

—Lo siento —oí decir a Finn, malhumorado, mientras me abría paso a través de la barra y me acercaba a la mesa en la que todos los demás estaban apretujados—, pero no puedo hacer nada con él.

—No —dijo el compañero de Poppy, Jacob, sonando igual de molesto—, supongo que no se puede.

—Siéntate aquí conmigo si quieres —me dijo Chloe, levantándose a medias del banco en el que ya estaba sentada.

—No —dije—, está bien. No me importa estar de pie.

Y era verdad, porque las piernas me dolían aún más después de la caminata de ida y vuelta a la ciudad, pero no pensaba tardar mucho en presentar mis excusas y marcharme.

—Te ofrecería mi asiento —dijo Finn—, pero si me pongo de pie, habrá aún menos sitio.

Tenía razón.

—En serio que estoy bien aquí —le dije—, pero gracias.

Era raro estar a su lado cuando estaba sentado. Su cara estaba demasiado cerca de la mía y el calor del fuego calentaba ese *aftershave* embriagador que llevaba.

—De todos modos —dijo, volviendo a centrar su atención en Jacob—, no tendrás que preocuparte de que ande por ahí mucho más tiempo, porque no puede quedarle mucho por hacer, y ahora que vivo allí, le he dicho a Luke que estaré encantado de ocuparme de cualquier cosa que surja.

—No estoy preocupado como tal —dijo Jacob—. Es solo que siempre parece centrarse en Poppy.

—Ojalá no siguieras con eso —rio ella—. Soy muy capaz de manejarlo, y, de todas formas, todo son bravuconadas. Si se las devolviera, saldría corriendo.

—Bueno, no pongamos a prueba esa teoría —replicó Jacob.

—Y no es solo Poppy —continuó Finn—. Conoció a Freya el lunes y ella recibió el mismo trato, ¿no?

Los ojos de todos se volvieron hacia mí.

—¿Conocer a quién? —pregunté—. ¿Y de qué tratamiento habláis?

—A Zak —explicó Finn—. Se te insinuó en el despacho de Luke, ¿no?

—La verdad es que no —dije—, no fue a mí.

No quería alimentar aún más las preocupaciones de Jacob sobre Zak coqueteando con Poppy, pero no quería que nadie pensara que había caído en sus musculosos encantos.

—Te oí —dijo Finn, poniéndose algo rojo—, estabas bromeando un poco con él en la oficina de Luke, pero para ser justos sonabas como si estuvieras...

—Esa no era yo, era Poppy —interrumpí, molesta porque había sacado una conclusión equivocada—. Lo siento, Poppy.

Jacob volvió a mirar a su novia y Finn me miró a mí.

—Oh —dijo—, me pareció...

—Sé lo que te pareció —le dije—, pero yo no le habría hablado así. No es mi tipo. No me interesan los idiotas musculitos y egocéntricos.

El rostro de Finn se descompuso en una repentina sonrisa.

—Es la mejor descripción que he oído de él.

—Bueno —dije, intentando no fijarme en lo atractivas que resultaban las arruguitas en los ojos de Finn cuando sonreía—, sea como sea, no le digas que he dicho eso, ¿vale?

—Vale —rio entre dientes.

—Entonces —dijo Chloe, con aire travieso—, ¿cuál es tu tipo, Freya?

Sacudí la cabeza y me negué a contestar.

—¿Le dijiste a Zak a dónde podía irse? —le preguntó Jacob a Poppy.

—Claro que sí, tonto —rio.

Se besaron y se reconciliaron, y todos terminaron sus bebidas antes de prepararse para volver a casa.

—Yo también tengo que irme —dije antes de vaciar mi vaso—. Nell se estará preguntando dónde me he metido.

—Qué va —dijo Poppy—. Se lo estará pasando muy bien con Gus. No hace falta que vuelvas corriendo. Solo me voy porque quiero asegurarme de que Ryan está acostado. Mañana tiene un viaje de estudios y tiene que salir temprano.

—Deberías quedarte a tomar algo con Finn —susurró Chloe mientras se abrochaba el abrigo y se ponía el gorro de lana.

Me pareció una sugerencia extraña viniendo de ella. En todo caso, pensé que sería ella la que se aferraría a pasar más tiempo a solas con él, porque no solo habían vuelto del centro de la ciudad cogidos del brazo, sino que también se habían apretado el uno al lado del otro en el *pub*.

—¿Y tú? —le pregunté—. Podrías quedarte.

Sacudió la cabeza.

—Vuelvo con Hannah —dijo, señalando hacia donde se preparaba para irse la joven que me había atendido antes—. Vivimos en la misma calle, pero deberíais quedaros y haceros compañía.

—No lo creo —dije, mirando hacia donde Finn estaba ahora inclinado sobre la barra. No pude evitar fijarme en lo ancha que era su espalda.

Sentí que ya había compartido bastante con él por una noche; primero, le había contado mi experiencia infantil más traumática y, ahora, le había dado mi poco elogiosa opinión de su hermanastro, que por supuesto le había encantado.

—Mira —dijo Chloe—, sé que no tiene nada que ver conmigo, pero ¿no vais a tener que trabajar juntos en los jardines en algún momento?

—Sí —resoplé.

—¿Y no sería más fácil si os conocierais un poco?

Con lo mucho que ya le había contado, pensé que me conocía de sobra, y solo íbamos a colocar unas esculturas juntos, no éramos compañeros de despacho.

Sin embargo, Chloe me miró esperando una respuesta, con las cejas enarcadas.

—Tal vez —concedí—, pero no esta noche.

—¿Por qué? —preguntó—. Esta es la oportunidad perfecta.

Como saltaba a la vista que a Chloe parecía gustarle Finn de un modo que trascendía la zona de amigos, no era cuestión de contarle cómo me habían temblado las rodillas cuando había tomado mi mano entre las suyas o cómo, cuando me lo presentaron, las mariposas en el estómago me hicieron olvidar que había más gente en la habitación.

Todas esas sensaciones hacían que mi interés por el hombre que seguía de pie junto a la barra fuera mucho más allá de la amistad. Eran primarias, desconcertantes y ciertamente inconvenientes. Ya tenía bastante con instalarme en una nueva casa y un nuevo trabajo. Desde luego, no necesitaba la complicación añadida de un nuevo enamoramiento, porque eso era todo lo que podía ser. Chloe iba a ser la chica de Finn, no yo, pero no me parecía, sabiendo lo que sabía de su trágico pasado, que estar en un *pub* abarrotado y ruidoso fuera el momento de señalarlo.

—Tienes que quedarte —susurró cuando no respondí—, aprovecha todo lo que ya has conseguido esta noche.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Describir a su hermano como un egocéntrico musculitos te ha librado definitivamente de haber menospreciado su idea para el Winterfest.

—No la menosprecié —dije a la defensiva.

—Solo quédate —prácticamente suplicó, aunque no tenía ni idea de por qué—. Oh, Dios, aquí viene. Quédate y conócelo un poco mejor. Piensa en ello como un avance en tu relación profesional, si no otra cosa.

No hubo tiempo de objetar.

—¿No te vas, Freya? —preguntó Finn cuando no seguí a Chloe.

—Todavía no —dije, con la voz entrecortada cuando mi supuesta amiga me levantó los pulgares a salir del local.

—Parece que nos han dejado solos —comentó mirando a su alrededor—. ¿Por qué no nos consigues una mesa ahora que está más tranquilo y te traigo otra copa?

—Gracias. —Tragué saliva, tomando la pinta que me ofrecía cuando volvió de la barra —. Yo pido la siguiente.

No tenía ni idea de por qué lo había dicho, porque no pensaba quedarme. Finn asintió mientras buscaba dónde colocar sus largas piernas para que no estorbaran a los demás.

—Siento la confusión con Zak —se disculpó.

Su estatura no era fácil de manejar, y me di cuenta de que había tenido que caminar con los hombros encorvados y la cabeza agachada para no acabar llevando una corona de acebo. En ese espacio, cuya estrechez se veía realzada por el olor a humo de leña, parecía un voluminoso extra de *Juego de tronos*.

—No te preocupes. —Me encogí de hombros—. Y siento lo que he dicho de él.

—No pasa nada —rio entre dientes—. En realidad, ha sido lo mejor de la noche.

—Tenías razón cuando decías que no os parecíais en nada.

—Sinceramente, no creo que se pueda encontrar a dos tíos más diferentes —confirmó antes de dar un largo trago a su cerveza, que yo imité—. Es un calco de mi padre y es una pesadilla cuando los dos se juntan. Para mí, al menos.

—¿Y tu madrastra? —pregunté—. ¿Cómo es ella?

—Maja —me dijo—. Nada que ver con mi madre, por supuesto, pero nos llevamos bien. Para serte sincero, a veces no puedo creer que se casara con mi padre.

—¿Estás hablando de tu madre o de tu madrastra?

—De las dos —sonrió.

—Bueno —dije—, solo para que quede claro, no estaba coqueteando con tu hermano. Como he dicho antes, no es mi tipo.

—¿Y quién lo es? —preguntó—. No has respondido.

Me entretuve con mi bebida y Finn se rio.

—¿Te apetece otra? —ofreció, y volvió a la barra antes de que pudiera negarme.

Me las arreglé para pagar la ronda siguiente, por igualar un poco las cosas, pero me aseguré de tomarme solo la mitad. Para entonces me sentía maravillosamente relajada y no me preocupaba volver a por Nell ni nada por el estilo.

—¿Estás bien? —me preguntó Finn mientras me esforzaba por volver a sentarme después de una caminata serpenteante hasta el baño.

—Estoy bien —suspiré, dejándome caer en el asiento con un golpe más fuerte de lo esperado.

Finn sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—Gracias por venir a rescatarme en el mercado —dije, inclinándome un poco—. No tenía ni idea de que iba a estar tan lleno, si no, no habría seguido a todo el mundo dentro.

—No estuvo bien lo que te hizo tu prima, ¿verdad?

—No —coincidí—. Después de eso, nunca he sido capaz de montar en un ascensor, y el metro de Londres está definitivamente fuera de la cuestión.

—A mí tampoco me entusiasma —admitió—, todos esos cuerpos amontonados y sin aire fresco. No puede ser sano, ¿verdad?

—No —dije, momentáneamente hipnotizada mientras la luz captaba el martillo de Thor alrededor de su cuello y me esforzaba por volver a enfocar su rostro—, no puede.

En mi estado de embriaguez, parecía aún más un dios con forma humana. No me extrañaba que Chloe se hubiera ido a por él.

—Todavía no sé mucho de ti, Freya —dijo—, aparte de que tienes una prima muy mala y que eres una jardinera fantástica. La noche que cenamos con Luke y Kate, descubriste muchas cosas sobre mí y ahora también has conocido a mi hermanastro, pero tú sigues siendo un misterio.

No creía que hubiera nada misterioso en mí, pero si seguía halagando mis aptitudes profesionales de aquella manera, me sentiría tentada de contarle todo lo que había que saber, empezando por la infancia y avanzando con todo lujo de detalles. Aparté más el vaso, pensando que no debía beber más.

—¿Cómo es tu familia? —preguntó—. ¿Algún hermano molesto que te exaspere?

—No —dije—, soy hija única. De ahí lo de jugar con la prima del infierno.

—¿Padres, entonces?

—Sí, dos. Papá está bien —solté—, pero mamá es un grano en el... —Me tapé la boca con la mano—. Mamá y yo tenemos tendencia a chocar —dije, poniendo el filtro—. También se dedican a la jardinería. Consultores de diseño paisajístico, nada práctico como yo.

—¿Habéis trabajado juntos alguna vez?

—Sí, trabajé con ellos un tiempo, pero no funcionó.

—Por eso de que tu madre es un grano en el...

—Exacto —interrumpí, y Finn sonrió.

—Entonces, ¿no trabajabas con ellos antes de mudarte a Nightingale Square?

—No —le dije—, dirigía el jardín de una finca llamada Broad-Meadows, en Suffolk.

—¿Por qué te fuiste?

—La dueña —tragué saliva—, mi amiga, Eloise, murió. En realidad, era mucho más que una amiga —añadí, con la voz atascada en mi garganta—. Era como una abuela para mí.

—Lo siento.

Inspiré hondo, negándome a ceder a la oleada de emoción que aún evocaba la mención de su nombre.

—Su sobrino americano —continué—, Jackson, heredó, y digamos que teníamos diferentes puntos de vista sobre cómo se debía dirigir el lugar. —Cada vez pensaba menos en él, pero aún recordaba sus comentarios para mermar mi confianza—. En realidad —añadí—, le haría la competencia a tu Zak, porque también es un narcisista total.

—Supongo que no es fácil trabajar con una persona así.

—Nadie trabaja con Jackson —dije, enfadada—, tú solo trabajas para él.

—No se parece a Luke, entonces.

—Absolutamente en nada —dije, cogiendo de nuevo mi vaso.

—Entonces, ¿cómo llegaste a Prosperous Place? ¿Cómo solicitaste el trabajo?

—No lo hice —le dije—, solo escuché a Luke hablar de sus planes para el Jardín de Invierno en la radio y se me ocurrió echar un vistazo. Mi madre esperaba que me mudara a casa cuando me diera cuenta de que no podía seguir en Broad-Meadows mientras se vendía la finca. Entre tú y yo, probablemente se alegraba de que así fuera.

—¿Porque quería que te mudaras a casa?

—No, porque nunca perdonó a Eloise.

—¿Por qué?

Volví a apartar el vaso.

—Por ofrecerme una alternativa.

—¿A qué?

—A la vida que ella y papá esperaban que viviera.

—Que implicaba...

—Matrimonio —interrumpí—. Broad-Meadows iba a ser el lugar de mi boda. Me iba a casar allí, pero me di cuenta de que no podía seguir adelante y lo rompí.

Finn parecía haber recibido un puñetazo en el estómago. Se le fue todo el color de la cara y se apoyó en el respaldo de su silla. Quizá yo no era la única que se había pasado con la cerveza. Estaba segura de que era más fuerte que la comercial.

—¿Y cuál fue la alternativa que te ofreció Eloise? —preguntó en voz baja.

—Un trabajo y una casa de campo —le dije—, y la oportunidad de descubrir lo que realmente quería de la vida, porque desde luego no era el matrimonio.

—O un prometido —dijo Finn escuetamente.

Por suerte, nuestro compromiso no había llegado al punto en el que Peter se había transformado en prometido, y el hecho de que yo aún no hubiera empezado a mirar vestidos debería haber sido suficiente advertencia para ambos de que no tenía mucho sentido visitar lugares para la celebración. Aunque, si no lo hubiera hecho, por supuesto, nunca habría encontrado a Eloise ni a Nell. Nell...

—Creo que será mejor que vuelva —le dije a Finn—. Sé que Nell tiene compañía esta noche, pero nunca me había alejado tanto tiempo de ella y, si no duermo algo pronto, seré una inútil mañana.

—Sí —dijo Finn con voz ronca, mientras empujaba su vaso para dejarlo junto al mío —. Yo también tengo que madrugar. Vámonos.

Capítulo 12

Finn me acompañó hasta el cruce con Nightingale Square y luego se desvió hacia Prosperous Place. Apenas me dirigió la palabra durante el camino de vuelta y yo no conseguí entablar conversación porque estaba demasiado preocupada intentando concentrarme en mis pies. El aire frío de la noche me había golpeado como un ladrillo cuando salimos de The Dragon, y mis piernas y pies no querían trabajar juntos, lo que me distraía mucho.

Como Poppy había predicho, Nell y Gus estaban bien, y agradecí que Gus se quedara a pasar la noche porque, de alguna manera, me las arreglé para dormir sin que sonara el despertador. Si Poppy no hubiera venido a recogerlo y me hubiera despertado aporreando la puerta, probablemente no habría llegado al trabajo.

—¿Qué demonios te ha pasado? —Se quedó boquiabierta, observando mi aspecto desaliñado y pálido mientras levantaba una mano para protegerme los ojos de la luz que entraba a raudales cuando abrí la puerta—. Oh, Dios —susurró—, no tendrás a Finn ahí dentro contigo, ¿verdad?

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. No, claro que no. ¿Por qué dices eso?

—Por nada —sonrió—. ¿Dónde está Gus? ¿Está listo para irse?

Las gafas de sol apenas eran necesarias en aquel día gris de noviembre, pero las mantuve firmemente en su sitio y mi palpitante cabeza gacha en el trabajo. Volví corriendo a casa evitando todo contacto con los demás en cuanto dieron las cuatro en punto, algo inusual en mí.

Hacia el anochecer, empecé a sentirme un poco mejor, pero seguía agradeciendo que fuera casi fin de semana y pudiera irme a dormir temprano. Por fin conseguí desechar los pensamientos sobre las suposiciones de Poppy, que me habían atormentado durante todo el día, y dormí profundamente hasta bien entrada la mañana siguiente. Por suerte, cuando me desperté, mi cabeza volvía a ser ella misma, y tenía un apetito que rivalizaba con el de Nell.

—¡Freya! —exclamó Chloe, haciéndome señas para que me acercara mientras me unía a todos los que habían empezado a congregarse en el parque el sábado por la tarde—. ¿Quieres un poco de vino caliente?

—Solo media taza, gracias —dije.

La verdad es que no me apetecía nada, pero tampoco quería que adivinara que mi falta de entusiasmo por la bebida era resultado de la resaca con la que había acabado tras quedarme con Finn en el *pub*.

—Aquí tienes —sonrió, pasándomela.

Todos habíamos abandonado los acogedores confines de nuestras casas y nos habíamos aventurado a salir gracias a las invitaciones de Luke y Kate que nos habían llegado ese mismo día. Inspirado por las luces de la ciudad, Luke había dispuesto que se erigiera un gran árbol en el parque, y él, Kate, sus hijas y la mayoría de los demás niños que vivían en la plaza habían pasado las últimas horas decorándolo con luces y enormes

adornos.

A saber de dónde las había sacado. Mientras contemplaba el espectáculo, me preguntaba dónde habría encontrado también el árbol, porque estaba plantado en una maceta enorme. Por su peso, debía haber venido en un camión. Sí que había estado fuera de combate para no haberme despertado durante la entrega.

En el aire se mezclaban los aromas especiados del vino caliente y las tartas de fruta, que Carole se apresuraba a repartir antes de que se enfriaran, y todo empezaba a parecerse mucho a la Navidad. Ya sabía que mis celebraciones de ese año iban a ser muy diferentes, y, al ver las caras de felicidad de todo el mundo, me alegré de ello.

La vida en Nightingale Square podía resultar un poco agobiante a veces, pero era un honor formar parte de una comunidad tan unida. Y estaba a punto de darme cuenta de lo integrada que ya estaba.

—¿Qué tal con Finn el jueves por la noche? —preguntó Chloe.

—Ah —dije, tratando de recordar los detalles más sutiles—. Bueno. Hablamos de la familia y esas cosas un rato, y luego caminamos a casa.

Me pareció que la conversación había decaído un poco hacia el final de la velada, pero, gracias a los excesos de la microcervecería, no pude entender bien por qué.

—Bueno, eso está bien —dijo Chloe—. Estarás aliviada. No hay nada peor que trabajar con alguien con quien no te llevas bien.

El tono desenfadado de su voz no encajaba del todo con lo que estaba diciendo, pero no había posibilidad de aclarar lo que realmente quería decir.

—¡Acercaos todos! —se oyó la voz de Luke, y todos nos acercamos al árbol—. Acercaos.

Miré a mi alrededor. Parecía que había más personas de las que vivíamos en la plaza.

—¿Quiénes son esos? —le susurré a Chloe, señalando con la cabeza a un trío que no reconocía y que estaba frente a nosotros.

—Ese es el clan Stanton. Zak, su madre y su padre —me dijo, también mirando hacia allí.

Los dos hombres estaban de pie, hombro con hombro, con una mujer un poco más baja junto a ellos.

—No había reconocido a Zak con el sombrero puesto —susurré.

—O el abrigo —dijo Chloe con una sonrisa irónica.

Obviamente, ella también estaba al tanto de sus poses y de cómo se pavoneaba. Menos mal que hacía demasiado frío para que sacara los bíceps.

—Por lo que veo —continuó Chloe, escudriñando a la multitud—, Luke ha invitado a todos los que han ayudado en la casa este año y a sus familias, como agradecimiento por su duro trabajo.

Era un gesto generoso —sin duda, uno que no estaba obligado a hacer— y, viendo el gran número de asistentes, supuse que se había trabajado mucho en los últimos doce meses. Todo el mundo estaba comiendo pasteles de carne, disfrutando del vino y parecían muy felices de estar allí. Como yo.

—¿Dónde está Finn? —pregunté—. ¿No viene? No está con su familia.

—Estoy aquí —dijo una voz cerca de mí, haciéndome saltar y a Chloe, chillar.

—Muchas gracias a todos por venir —dijo Luke—. Después de nuestro viaje a la ciudad el jueves por la noche, pensé que a la plaza le vendría bien un poco de alegría festiva y, como los planes para el Jardín de Invierno no llegan hasta aquí, pensamos en traer aquí nuestro árbol de Navidad de exterior.

Todos aplaudieron y levantaron sus copas en señal de aprobación.

—Cuando lo encargamos, íbamos a ponerlo al lado de casa —dijo Jasmine, que claramente no tenía reparos en hablar delante de tanta gente—, pero luego pensamos que, si lo poníamos aquí, todo el mundo podría verlo todo el tiempo.

—Gracias, Jas —dijo Lisa, hablando en nombre de todos—, ha sido un pensamiento muy amable.

—Así que —dijo Luke, con los ojos escrutando a la multitud— vamos a encenderlo, ¿vale?

—¡Va a quedar increíble! —dijo Jasmine, correteando arriba y abajo.

—¿Dónde están Freya y Finn? —gritó Luke.

Chloe empezó a dar saltitos sobre las puntas de los pies, pareciéndose mucho a la hija mayor de Luke en su afán por señalarnos a Finn y a mí. Basta decir que sus payasadas atrajeron rápidamente la atención de todo el mundo.

—Venga, vosotros dos —sonrió Luke, haciéndonos señas—. Como los dos nuevos reclutas, los honores son todos vuestros.

Sabía que no tenía más remedio que dar un paso al frente, pero la verdad es que no quería. Ser el centro de atención era lo último que había esperado aquel día.

—Vamos —dijo Finn, dándome un codazo en la espalda—. Acabemos con esto.

No sabría decir si estaba de mal humor o avergonzado como yo, o un poco de las dos cosas. Le tendí mi taza a Chloe y me acerqué a Luke y Kate, seguida de cerca por Finn. Esperaba que Luke no nos obligara a decir nada. Definitivamente, hablar en público no era mi fuerte.

—Todo lo que tienes que hacer es pulsar esto —dijo Luke, señalando un interruptor en lo que supuse que era una especie de fuente de alimentación externa—. ¿De acuerdo?

—Vale —dijimos Finn y yo al unísono.

—¡Allá vamos! —gritó Luke, volviéndose hacia el grupo mientras Finn y yo nos preparábamos para darle al botón—. Diez, nueve, ocho...

En cuanto todo el mundo gritó «uno», hicimos lo que se nos había ordenado: nuestros dedos enguantados se tocaron brevemente y el árbol se convirtió en un faro de brillantes bombillas encendidas. Todos vitorearon y aplaudieron, y dimos un paso atrás para admirar el espectáculo.

—Es precioso —dijo Kate, colocándose a mi lado mientras Luke se iba al lado opuesto y apartaba a Finn de un codazo porque estaba bloqueando la vista de al menos la mitad de la multitud—. ¿A que es bonito?

—Es precioso —le dije.

—Feliz Navidad, Freya —sonrió, dándome un beso en la mejilla.

—Feliz Navidad, Kate —le respondí—, y gracias por todo.

Y entonces todo el mundo se besó y se abrazó. De algún modo, conseguí evitar a los dos hermanos Stanton y me dirigí de nuevo a Chloe para admirar las luces verdes,

azules, rojas y amarillas que se reflejaban en los adornos y bañaban toda la plaza con un resplandor brillante y estacional.

—¿No es maravilloso? —dijo Chloe.

Había algo en su tono que me hizo mirarla bien y me sorprendió ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Estoy bien —dijo, inspirando con fuerza y encogiéndose de hombros ante mi atención con una sonrisa acuosa mientras me devolvía la copa de vino—. Es por la Navidad, ya sabes. Es duro.

Con su habitual entusiasmo, era fácil olvidar que era una viuda con el corazón roto.

—Sí —dije, atrayéndola a mi lado con cuidado para no aplastar nuestras bebidas, mientras sentía que unas lágrimas de compasión también me ardían en los ojos—, lo sé.

Nos quedamos así mientras Luke pronunciaba el resto de su discurso, poniéndonos al día del Winterfest.

—Casi todas las plazas de todas las actividades están ocupadas —anunció con una gran sonrisa—. Lo que nos demuestra que definitivamente hay demanda para este tipo de cosas, y si esto no nos pone a todos de humor para la Navidad, entonces nada lo hará.

—¡Ya estamos de humor! —gritó John, haciendo reír a todo el mundo.

—Bueno, eso está bien —dijo Luke—, veamos si podemos mantener esa sensación hasta la primavera, ¿de acuerdo?

Todos teníamos bastante que hacer para mantenernos ocupados, y no podía imaginarme que Graham, que estaba junto a Carole y parecía sonrojado por el vino, tuviera tiempo para sentirse tan deprimido como el invierno anterior. Al menos, esperaba que no fuera así. Si urgía emplear más palas en el jardín, tenía toda la intención de reclutarlo para ayudar.

Puede que aún quedara más de un mes para la inauguración oficial, el veinte de diciembre, pero yo podría haber ocupado el doble de ese tiempo con lo que quería conseguir, y eso era antes de decidir dónde colocar las esculturas de Finn. Sin pensármelo, me tragué un buen trago de vino mientras repasaba la larga lista de tareas que aún me atacaban el corazón y me crispaban los nervios.

—Mañana estaré revisándolo todo —terminó Luke—, y si alguno de los colaboradores pudiera venir, se lo agradecería mucho.

A todo el mundo le pareció bien la petición y pensé que era una buena idea reunirnos todos para compartir nuestros planes y hacernos una idea de lo que nos esperaba. Ahora estaba deseando que llegara el Winterfest, incluso el papel que iba a desempeñar en él.

—Es emocionante, ¿verdad? —le dije a Chloe, a la que me alegré de soltar, ahora que había vuelto a desterrar mis nervios y ella se había recuperado de su comprensible momento emocional.

—Sí —coincidió—. Hannah y yo nos hemos apuntado a una de las actividades.

—¿Hannah?

—Mi amiga del *pub*.

—Ah, claro. ¿Cuál vais a hacer?

—La de pan y *chutney* de Mark y Poppy.

—Suena estupendo —asentí. Se me hacía la boca agua al pensar en pan crujiente

caliente con queso local y una cucharada de *chutney*.

—¿Y tú, Finn? —preguntó Chloe al verlo pasar—. ¿Te has apuntado a algo?

—No —respondió con brusquedad.

—No pareces muy entusiasmado —comenté, mirándolo.

Por una vez llevaba el pelo bien recogido y podía verle toda la cara. No lo había notado antes, pero sus pómulos estaban muy bien definidos.

—Creía que estabas de acuerdo con todo esto —murmuré.

Dado que a Zak se le había escapado que Finn se había ofrecido a dirigir él mismo una sesión, pensé que estaría mucho más emocionado.

—Parece que se nos está yendo de las manos —refunfuñó, metiéndose las manos en los bolsillos—, no tenía ni idea de que fuera a ser tan popular.

No entendía por qué se sentía tan agraviado. Seguramente, cuanta más gente atrajera el evento, más vería su obra si la sacábamos a tiempo, y posiblemente le saldría algún encargo.

—Ninguno de nosotros lo sabía —señaló Chloe.

—No irás a retirar tu taller, ¿no? —le pregunté.

—Claro que no —espetó.

—Bueno, no hace falta que nos saltemos a la yugular —replicó Chloe.

—Lo siento —murmuró, raspando la hierba con la punta de la bota—. Me preocupa cómo afectará todo esto a mi tiempo en el estudio. De momento, solo puedo trabajar en él los fines de semana y todavía tengo mucho que hacer. Va a ser difícil trabajar si el recinto está abarrotado.

—No va a ser para tanto —dije; mi propio estado de ánimo se desinfló un poco ante su persistente malhumor—. Y si mantienes la puerta cerrada y tu música a todo volumen como sueles hacer, entonces ni siquiera sabrás lo que está pasando.

—Tal vez —murmuró.

Chloe me miró y se encogió de hombros; claramente, estaba tan confundida por su aparente cambio de opinión como yo.

—Solo necesito poder seguir adelante —explicó—. Me juego mucho en esto.

Entonces me di cuenta de que su desánimo se debía más al miedo que al mal humor. Sin duda pensaba en su futuro profesional, y le preocupaba más cumplir los plazos del Jardín de Invierno que tener que lidiar con unas cuantas personas más deambulando por allí. Dado que yo también estaba preocupada por la proximidad de la fecha oficial de apertura, lo entendía.

—Ten en cuenta que el jardín estará en constante construcción —dije, tanto por mí como por él—. Podrás ir añadiendo cosas a medida que avancemos y estoy segura de que Luke no esperará que lo tengas todo listo de una vez.

—Porque la creatividad no funciona así, ¿verdad? —señaló Chloe inteligentemente—. No puedes esculpir a la carta. No puedes apresurarte. Imagino que es un proceso largo.

No puedo decir que hubiera pensado mucho en sus mecanismos, ni figurados ni reales, pero Chloe tenía razón. No todo era martillear y soldar, primero había que planificar y preparar.

—¡Joder! —gritó Finn de repente.

Por un momento pensé que nos estaba gritando a Chloe y a mí, pero entonces el pelo le cayó alrededor de la cara y Zak apareció por detrás agitando una goma.

—¿Estás teniendo tu momento de esnobismo artístico, hermanito? —bromeó, lanzando la goma al aire para que Finn la cogiera.

—Vete a la mierda —espetó Finn.

Chloe y yo intercambiamos una mirada y me di cuenta de que lo más probable era que el mal humor de Finn se viera agravado por la presencia indeseada de su hermanastro, así como por su preocupación por el trabajo.

—Tampoco es que se pueda llamar arte a soldar unos cuantos trozos de chatarra —continuó Zak, decidido a seguir pinchándolo.

—En realidad —dije, pensando en el precioso gato que Finn había montado para Jasmine—, he visto una de las piezas de Finn y su trabajo es exquisito. Por supuesto que es arte.

Zak parecía sorprendido de que yo hubiera salido en defensa de su hermano. Quizá no estaba acostumbrado a que alguien le llevara la contraria.

—Bueno —dijo—, lo que sea. Solo he venido a preguntar si os apetecía ir al *pub*.

—¿Y aun así no has podido resistirte a intentar desquiciar a tu hermano? —señalé.

De ninguna manera iría a The Dragon con él, y no solo porque era demasiado pronto después de mi resaca.

—Vaya —sonrió Zak, mirándome de arriba abajo—. Eres peleona.

—Cállate, Zak —le advirtió Finn.

—Atractiva y con un poco de carácter —continuó Zak sin embargo—. Tengo la sensación de que vas a ser un reto mayor que Poppy, Freya.

—Creo que te darás cuenta de que las dos somos inconquistables, Zak —espeté.

—Bueno —se encogió de hombros—, no se puede culpar a alguien por intentarlo.

Chloe me miró y negó con la cabeza. El riesgo de encontrarme con Zak era lo único que no me gustaba de vivir en Nightingale Square, y esperaba que Luke aceptara la oferta de Finn de terminar él mismo las obras pendientes.

—Muchas gracias por eso, Freya —dijo Finn con acritud, una vez que Zak estaba fuera del alcance del oído.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Solo te defendía —señaló Chloe.

Me preguntaba si Finn también se la había mencionado a Zak.

—Exacto —retumbó—, y ahora no me dejará en paz.

—¿Tendría que haberme quedado de brazos cruzados y dejar que te hablara así?

—Sí —dijo—, eso es exactamente lo que tendrías que haber hecho.

Se marchó sin decir una palabra más y yo me quedé con la cara roja y preguntándome si nuestra relación sería alguna vez un camino de rosas.

Tenía muchas ganas de reunirme con todos en Prosperous Place para hablar de nuestros planes para el Winterfest, pero no llegué muy temprano porque primero tuve que atender una llamada de mi madre, seguida de una rápida charla con Peter.

—¡Freya! —dijo mamá a modo de saludo—. Por fin te he encontrado.

—Le envié un mensaje a papá la semana pasada —le recordé—, para que supieras que estaba bien.

—Oh, no quiero decir eso —dijo con una risa tintineante, y me la imaginé agitando las manos.

—¿Qué quieres decir, entonces?

—Que he descubierto dónde estás. En Prosperous Place, en Norwich, ¿no? Propiedad del atractivo Luke Lonsdale.

—¿Cómo lo sabes?

—Te vi en el fondo de una de las fotografías que anunciaban ese Winterfest del que está tan orgulloso, y también te nombraban en el artículo. ¿Te puedes creer que haya salido en la prensa nacional? Supongo que te encargas del jardín.

—Sí —confirmé, maldiciendo interiormente la eficacia del fotógrafo y del *zoom* de su objetivo—, soy yo.

—No sé por qué no nos dijiste que ibas para allá —dijo, un poco enfurruñada.

—Porque, como ya he explicado, quería instalarme primero.

Era ridículo que no me sintiera cómoda dándoles ni a ella ni a papá mi paradero, pero el giro que tomó entonces la conversación justificaba con creces mis razones para no decir nada.

—Bueno, da igual —dijo, descartando mi explicación sin más comentarios—. ¿Esto dice que trabajas con él en este nuevo proyecto del Jardín de Invierno?

—Así es.

—Tendrás que avisarnos si necesitan alguna aportación profesional —se ofreció.

—Yo soy la profesional —dije, indignada.

—Pues claro que sí —rio—, pero ya me entiendes.

Por desgracia, yo sabía *exactamente* a qué se refería. Primero, Jackson había insinuado que yo no estaba a la altura del trabajo para el que me había contratado su tía y, ahora, mi propia madre insinuaba lo mismo. O eso, o quería asegurarse de que no estaba perdiendo una oportunidad de negocio.

—Gracias por el ofrecimiento —dije, y me mordí el labio—, pero me las arreglo bien, más que bien. Podrás comprobarlo por ti misma cuando el jardín se inaugure oficialmente dentro de unas semanas.

Sabía que no tenía sentido fingir que no iba a haber una inauguración oficial porque Luke seguro que lo había mencionado en la entrevista.

—¿Y antes? —insistió.

—Claro que no —dije firmemente—. Luke es muy protector de su privacidad.

—Um —dijo ella—, había oído eso de él.

Me sorprendió que supiera eso, porque yo no se lo había dicho. Solo intentaba mantener a papá y a ella alejados.

—En ese caso —dijo—, supongo que tendremos que esperar al veinte de diciembre. Ahora, Freya, déjame ponerte al día de lo que está pasando en Broad-Meadows. No te lo vas a creer...

—No —dije, cortándola con firmeza. No me interesaba en absoluto saber qué tramaba Jackson—. Lo siento, mamá, pero tengo que irme. Tengo que ir a una reunión de trabajo.

—¿Un domingo?

—Aquí nunca paramos —dije enérgicamente—. Volvamos a ponernos al día dentro de unas semanas.

Terminé la llamada antes de que pudiera decir nada más y llamé a Peter para una rápida videoconferencia. En realidad, no tenía tiempo, pero no quería presentarme en Prosperous Place con un aura contaminada por las secuelas de una conversación con mi madre.

—Hola, Freya —dijo, respondiendo con una sonrisa.

—Hola —dije. Mis nervios se calmaron un poco al ver su rostro familiar.

—¿Cómo va todo?

—Bien —dije, quizá demasiado rápido—. Estupendo.

—¿Estás segura? No lo parece.

—Acabo de hablar por teléfono con mamá.

—Ah.

Peter sabía muy bien que esa era una explicación suficiente, pero yo me explayé de todos modos.

—Me ha dicho que le preguntara si necesitaba ayuda profesional con el Jardín de Invierno.

—Eso explica el ceño fruncido, entonces.

Me pasé los dedos por la frente, intentando alisarme el entrecejo.

—Sí. —Tragué saliva—. Mira, en realidad, no necesito ayuda para hacer esto.

—Por supuesto que no.

—Y prácticamente ya está todo aprobado, pero, si te envío por correo electrónico mi plan y mi propuesta, ¿podrías echarle un vistazo? Confirmar que voy por buen camino.

—Ese tal Jackson minó tu confianza con saña, ¿eh? Y tu madre tampoco ayuda.

No dije nada. No quería estar de acuerdo en voz alta. Ya era suficiente con llevar las pruebas en la cabeza. El combo de mamá y Jackson había sido un buen golpe.

—No me cabe duda de que todo lo que has planeado es perfecto, pero no dudes en enviármelo —dijo Peter amablemente—. Me interesa mucho ver en qué estás trabajando.

—Gracias, Peter —dije, sintiéndome mejor.

Me tomé un momento para observar los detalles a su alrededor. Era evidente que no estaba en su casa.

—¿Estás en un restaurante? —chillé, en cuanto me di cuenta de que había interrumpido lo que parecía una salida nocturna.

—Así es —asintió, dando la vuelta al teléfono para que pudiera ver un puerto lleno de yates y una mujer muy guapa sentada frente a él—. En realidad, estoy en una cita.

—Dios mío —dije, encogiéndome mientras volvía la pantalla a su cara—, lo siento mucho. ¿Por qué has contestado?

—Está bien —rio.

—Por supuesto que no —siseé—. Me voy ya.

—Vale, pero antes dime, ¿cómo te va con ese tal Finn que mencionaste? ¿Sigue siendo un personaje interesante?

—Oh, sí —dije, poniendo los ojos en blanco—. Cada día es más intrigante. Te enviaré

un correo más tarde y, por favor, discúlpate con esa encantadora mujer con la que estás.

Colgué antes de que me pasara el teléfono para poder disculparme yo también. Al menos uno de los dos había recuperado su vida amorosa, suponiendo que ella lo perdonara por recibir una llamada de una ex en plena cita.

Nell y yo cruzamos la calle trotando, llegamos acaloradas y nerviosas a la cocina de Prosperous Place y llenas de disculpas por no haber llegado antes. Me di cuenta de que Finn no estaba.

—¿Dónde está Finn? —susurré mientras me deslizaba en el espacio vacío junto a Chloe, y Nell se dirigía a un lugar frente a la cocina con los gatos—. Pensaba que había dicho que no se echaba atrás.

—Ya se ha ido —susurró ella—, estás sentada en su sitio; ha hablado primero y luego se ha excusado para volver al trabajo. Su taller sigue adelante.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Lo sabrás en un minuto.

Después de esperar a que me acomodara en mi asiento, Carole nos habló de sus grandes planes para la tarta y el pudin. Le siguieron Mark y Poppy con sus deliciosas propuestas de encurtidos y pan. También había una sesión de bordado a cargo de Heather, que había solucionado con quién dejar a los niños, otra de sembrado de plantas de invierno con Graham y una de elaboración de coronas inspiradas en el bosque, que era donde entraba Chloe.

—No sabía que supieras hacer eso —le dije una vez hubo terminado de hablar.

—Estoy llena de talentos ocultos —sonrió—. Espero que puedas echarme una mano. Pero solo como ayudante —se apresuró a añadir.

¡Así que esa era la sesión extra a la que me había apuntado Carole!

Lisa y yo éramos las siguientes. Al igual que los demás, repasamos lo que iba a incluir nuestro programa, los tiempos de cada sección y lo que tendría que traer cada asistente. Si no lo hubiera organizado, me habría apuntado para participar porque sonaba maravilloso. Como todo.

Tras una rápida pausa para el café, Luke se encargó de las formalidades y entregó los datos de contacto de cada asistente a la responsable de la sesión correspondiente —Lisa en mi caso— y redactamos los correos electrónicos, que luego leímos en voz alta, antes de pulsar todos a la vez la tecla «enviar». Puede parecer una tontería, pero fue muy emocionante y me hubiera gustado que Finn se hubiera quedado. Estar en el meollo del asunto podría haberle levantado el ánimo de nuevo, suponiendo que aún estuviera decaído.

Cuando volví a la plaza, tuve la tentación de llamar a la puerta del estudio, pero no lo hice. Para ser sincera, no creía que me hubiera oído de todos modos, porque la radio estaba a todo volumen y la acompañaba el sonido del metal rechinando. Aunque se hubiera enfadado conmigo por defenderlo, tuve la amabilidad de desear que eso significara que había alcanzado su mejor momento creativo y que estaba contento con su trabajo.

No debía ser fácil mantener vivo su sueño frente a los constantes comentarios despectivos de Zak y su padre. Los comentarios sarcásticos de Jackson sobre mi falta de

cualificaciones habían hecho que empatizara con parte de lo que él sentía, y luego estaba la oferta de mi madre de ayuda «*profesional*», que tampoco me había hecho sentir mejor. Debería contarle todo eso a Finn. Quizá le reconfortara saber que no era el único que luchaba por cumplir su sueño a pesar de las adversidades.

Capítulo 13

Esa noche le envié mis planes a Peter por correo electrónico, propuestas y listas de plantas para el Jardín de Invierno, con una nueva disculpa por interrumpir su cita, y me acosté temprano preguntándome qué me depararían los días siguientes.

La semana comenzó por todo lo alto y pude dedicarme a uno de los aspectos de mi trabajo que más me gustan: Luke había recibido un enorme pedido de plantas que incluía arbustos, bulbos y un par de árboles pequeños, y a mí me tocaba decidir dónde sería mejor colocarlos.

A mediodía ya lo tenía todo designado y pude enseñárselo, explicarle por qué había decidido poner las cosas donde iba a ponerlas y describirle cómo quedaría todo, prestando especial atención a los límites del Jardín de Invierno, dentro de unas semanas.

Resultaba irónico que me hubiera puesto manos a la obra en lugar de esperar a saber qué pensaba Peter de mis ideas. Eso significaba claramente que tenía más confianza de la que yo misma me atribuía y que, en realidad, los desaires de Jackson —y en menor medida, los de mamá— no tenían ningún poder duradero sobre mí.

Mientras Luke y yo íbamos de un lado a otro, me imaginaba los toques de color de temporada que aportarían los nuevos arbustos, y mi nariz ya captaba el olor dulzón de la *Sarcococca*, que empezaría a florecer poco después del año nuevo. El *Viburnum x bodnantense*, con sus diminutas flores rosas, ya ofrecía un poco del gran aroma que despediría más adelante, y Luke estaba encantado con todo ello.

—El invierno suele infravalorarse —me entusiasmé mientras volvíamos a la oficina—, pero basta con un par de retoques para mantener el interés real en el jardín durante todo el año.

Luke sonrió mientras me abría la puerta.

—¿Qué? —pregunté.

—Pensaba que yo estaba emocionado con el proyecto —rio—, pero tú lo estás llevando a un nivel completamente nuevo, Freya.

—Bueno —dije, sintiendo que mi cara se sonrojaba por algo más que el frío—, para eso me has contratado, así que lo suyo es ofrecer un espectáculo decente.

—Más que decente —elogió, uniéndose a mis bromas.

Yo estaba encantada de verlo tan contento con la forma en que todo estaba saliendo, y para mí era un alivio sentir que mi chispa creativa volvía a arder con fuerza. Por fin había recuperado mi antigua pasión tras el periodo de luto por Eloise, que la había hecho vulnerable a los ataques.

—Voy a empezar a plantar esta tarde —le dije—, y seguiré con Chloe mañana.

—Estaré encantado de ayudar —dijo Luke—. También me preguntaba si podríamos traer a las niñas para plantar algunos bulbos. Siempre y cuando no interfiera con tu horario.

—Eso sería maravilloso —le dije—. De hecho, tengo un truquito para plantar bulbos.

No era un truco mío, pero era bueno. Yo era una gran admiradora del entusiasta de la

jardinería Beverley Nichols, que escribió apasionada y prolíficamente sobre sus afanes hortícolas entre los años treinta y sesenta. Eloise me había dado a conocer los libros que había escrito sobre sus diversas casas, jardines, amigos y gatos, y desde entonces me había enganchado.

Me había regalado sus exquisitos ejemplares de tapa dura poco antes de su muerte y eran mis posesiones más preciadas. No solo había escrito largo y tendido sobre su amor por las flores de invierno y sobre cómo un jardín debe tener suficiente interés como para tentarte desde la chimenea durante los meses más fríos, sino también sobre sus divertidas formas de plantar bulbos.

—Qué intriga —dijo Luke.

—Bien —reí—, puedo garantizarte que estarás encantado dentro de unos meses.

—No me vas a decir qué piensas hacer con ellos, ¿verdad?

—No —dije, negando con la cabeza.

Si ahora le contara los métodos del señor Nichols para plantar bulbos, no se llevaría ninguna sorpresa. Además de llenar una bandeja de madera con bulbos, lanzarlos al aire y plantarlos donde caían para conseguir un aspecto natural, también le gustaba dar a sus amigos visitantes un puñado o dos, junto con una paleta e instrucciones sobre la profundidad de plantación. Luego, les daba la espalda, los enviaba al jardín y esperaba ansioso la primavera siguiente, cuando podía darse el gusto de buscar un tesoro en su propio terreno para descubrir dónde habían ido a parar.

Eso era lo que quería proponerle a Kate.

—Tráeme a Kate y a las niñas mañana cuando Jas llegue del colegio y luego vuelve a casa —le dije a Luke, con el corazón palpitante ante la idea de jugar al juego que había inventado el señor Nichols.

—¿No quieres que te ayude?

—No —respondí con firmeza—, y desde luego no quiero que te asomes para ver lo que hacemos.

—Me parece justo —rio, captando mi entusiasmo—, entonces me quedaré escondido hasta que termines.

—Perfecto —sonreí.

Por suerte, al día siguiente Jasmine volvió pronto del colegio. Había tenido dentista por la tarde, por lo que volver a clase no merecía la pena, y pudo reunirse conmigo, junto con Kate, Abigail y Chloe, justo después de las dos y media, lo que nos dio suficiente luz diurna para llevar a cabo mi plan de plantación de bulbos.

A las hermanas les encantó participar y pensaron que iba a ser muy divertido ocultárselo todo a su padre, y Kate también estaba entusiasmada. Era casi de noche cuando por fin regresaron a casa y Chloe volvió a casa en bicicleta y la mayoría de los bulbos habían quedado bien escondidos. Yo misma iba a plantar los narcisos en lo que Luke llamaba «el césped del prado», y solo quedaban unos pocos al azar por repartir.

No se oía nada en el estudio de Finn, pero había una luz encendida y me pregunté si me atrevería a llamar a la puerta y preguntarle si le apetecía unirse. Si no esa misma noche, tal vez al día siguiente o más adelante en la semana.

Sabía que estaba utilizando la idea como excusa para averiguar si me había perdonado

o no por defenderlo ante Zak, pero había estado dándole vueltas al asunto y quería explicarle que, al menos respecto a la familia, remábamos en un barco bastante parecido.

También me interesaba descubrir qué había dicho exactamente de mí a su familia. Zak había insinuado que había dicho algo, pero, dado que Finn tenía una relación complicada con su padre, pensé que mencionarme era innecesario, así que lo más probable es que fuera algo y nada, inflado por su hermanastro para despertar el enfado de Finn y mi curiosidad, y eso, por supuesto, había funcionado porque yo necesitaba saberlo desesperadamente.

El único problema era que nunca sabías a qué versión de Finn te ibas a enfrentar. ¿Sería el doctor Jekyll o el señor Hyde quien abriera la puerta? ¿Me daría una cálida bienvenida o me fruncería el ceño? Había pasado una tarde muy agradable, y el hosco señor Hyde destrozaría mi estado de ánimo. Si seguía en la lista negra de Finn, iba a arrepentirme de haberlo molestado, aunque lo hubiera hecho con la mejor de las intenciones.

Acababa de decidir no correr el riesgo cuando la puerta del estudio prácticamente saltó de sus goznes y Finn se asomó.

—Me ha parecido oír a alguien merodeando —dijo bruscamente, y yo me alejé otro paso, tragándome el jadeo que había entrado y salido de mi boca.

—Solo pasaba por aquí. —Agarré la bolsa de bombillas con más fuerza e intenté sonar apaciguadora por miedo a sacar aún más al señor Hyde de su guarida—. No quería molestarte. Estoy a punto de acabar ya.

—En ese caso —dijo saliendo, y tiró de mi manga antes de que tuviera la oportunidad de liberarme de su agarre—, ven y dame tu opinión antes de que me desanime y empiece a desmontarlo todo de nuevo.

Apenas tuve tiempo de respirar, y mucho menos de oponerme a su tirón suave pero enérgico, antes de que traspasara el umbral y la puerta se cerrara tras de mí.

—¿Dónde está Nell? —Frunció el ceño, soltándome y, afortunadamente, poniendo un poco de espacio entre nosotros.

—Dormida en el despacho —le dije.

—Mejor —dijo, y se mordió el labio—, porque aún no he podido barrer.

Ya se veía. El lugar estaba lleno de todo tipo de objetos punzantes.

—Bueno —dijo, hinchando los carrillos y enarcando las cejas—, ¿qué te parece?

Hizo un gesto con la cabeza hacia el fondo del estudio y seguí su mirada. Otro grito ahogado surgió de improviso de mi garganta y esta vez no hice nada para evitarlo.

—¡Oh, Finn! —exclamé, abandonando la bolsa de bombillas, y corrí hacia allí; todos nuestros conflictos, mis buenas intenciones y mi determinación de sonsacarle lo que había dicho de mí quedaron olvidados al instante—. ¡Son increíbles!

Se colocó a mi lado.

—¿De verdad lo crees? —preguntó, pasándose una mano por el pelo alborotado y mirándome fijamente, con el ceño tan fruncido que parecía un campo recién surcado.

—Claro que sí —le dije—. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Bajó los hombros, desfrunció el ceño y su expresión se transformó. La más enorme de las sonrisas iluminó su rostro, y parecía una persona completamente distinta.

Definitivamente, el doctor Jekyll estaba en casa. O estudio en este caso, y respecto a su enfado conmigo por defenderlo, estaba bastante segura de que quedaba perdonado.

—Son para el césped del prado —me dijo.

Su tono ronco delataba que estaba conmovido por mi reacción.

—Deberían estar en una galería —le respondí, y también lo decía en serio.

—Bueno —dijo, ladeando la cabeza mientras empezaba a estudiarlos de nuevo—, no lo sé.

Toda la tensión que había en él había desaparecido y su voz era más suave. Habría sido una auténtica herejía si lo hubiera desmontado todo y hubiera vuelto a empezar.

—Pues yo sí —insistí, moviéndome para admirarlas desde otro ángulo. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y supe que mi emotiva reacción no solo se debía a la admiración de su extraordinario trabajo, sino también al espectacular cambio que se había producido en él—. ¿Cómo demonios has conseguido que parezcan tan vivas?

Lo que había creado a partir de varias bobinas, muelles, engranajes y cilindros era un trío de liebres. La primera estaba a punto de saltar, la segunda estaba en plena carrera y la tercera acababa de aterrizar. Eran hipnotizantes y no me habría sorprendido en absoluto verlas girar sus elegantes cabezas en mi dirección y parpadear. Iban a quedar perfectas colocadas en el césped del prado.

—Sinceramente, no lo sé. —Se encogió de hombros—. Solo me hago una idea del tema y luego reúno las formas que creo que funcionarán.

Qué modesto era. Me enfurecía pensar que Zak y su padre fueran tan ignorantes y despectivos con su talento. Quizá cuando termináramos el jardín y pudieran ver *in situ* el arte de Finn —porque eso es lo que era—, cambiarían de opinión. Serían estúpidos si no lo hicieran.

Con cierta dificultad, aparté los ojos de las esculturas y observé el resto del espacio.

—¿Las has dibujado tú? —le pregunté mientras me acercaba al banco, que estaba cubierto de bocetos de liebres en diversas poses.

—Sí —me dijo—. Conozco a un tipo, Jake, que tiene una granja cerca de Wynbridge con liebres en el terreno y pasé un tiempo allí, fotografiándolas y luego dibujándolas en los campos.

—Asombroso —suspiré, refiriéndome tanto a las liebres reales como a la esencia de las mismas, que Finn había captado en apenas unos trazos de lápiz.

Las marcas parecían hechas sin esfuerzo, pero, para alguien a quien le costaba hacer siquiera un garabato competente, yo sabía que estaban increíblemente logradas.

—Ahora no hay tantas liebres como antes gracias a los putos cazadores, pero Jake hace lo que puede para mantener a salvo a las que están en sus tierras.

—Creía que cazar liebres era ilegal —dije, volviéndome para mirarlo.

—Lo es —dijo con tristeza—, pero eso no impide que ocurra.

—Pero ¿por qué iba alguien a matar algo tan hermoso? —dije, sacudiendo la cabeza, con las lágrimas no disipadas del todo.

Sabía que también en Suffolk se había producido un aumento en la caza de liebres en los últimos años, pero por suerte no demasiado cerca de la finca Broad-Meadows.

—Dinero —dijo Finn sin rodeos—. Todo es cuestión de dinero. Y en grandes

cantidades, además.

Se volvió hacia las esculturas y se puso en cuclillas para verlas más de cerca, y yo deseé poder verlo siempre así. No hablando de crueles deportes sangrientos y crímenes rurales, obviamente, sino orgulloso de su trabajo y con la chispa encendida.

Pero tal vez fuera su temperamento artístico, con sus altibajos, lo que le permitía crear obras tan impresionantes. Quizá necesitaba tanto lo bueno como lo malo para equilibrarlo todo. La noche que cenamos con Luke y Kate, había cobrado vida cuando le regaló a Jasmine la escultura de su gato, y, en ese momento, tenía exactamente la misma mirada que cuando estudiaba las liebres; sus ojos brillaban con algo parecido al asombro.

Parecía a todos los efectos como si no creyera estar viendo algo que había hecho él, sino más bien una visión de la que alguien más había sido responsable. Era entrañable y muy *sexy*.

—Hablando de dinero —dije, apartando mi libido de un empujón mientras me acercaba de nuevo a él—, apuesto a que podrías cobrar una fortuna por esto, y no habría sufrimiento ni derramamiento de sangre.

—Tal vez —dijo, y se enderezó—. Estas liebres pueden estar libres de crueldad, pero mis manos han recibido una pequeña paliza.

Parecían bastante magulladas, pero al menos él había salido de su trance lo suficiente como para reconocer que la obra que teníamos delante era suya.

—Ya sabes lo que quiero decir —dije, y tragué saliva mientras intentaba no mirarle las manos—. Se venderían en un instante.

—Sí —dijo—, tal vez, no sé.

Se notaba que no tenía ni idea de la singularidad de su obra. Puede que le apasionara el proceso creativo, pero desconocía el valor económico de sus esculturas.

—Hablo en serio, Finn —dije con firmeza—. Podrías ganarte la vida haciendo esto.

Cualquiera se daría cuenta de que no se trataba solo de soldar unos cuantos trozos y conseguir algo que se pareciera al animal que pretendía. Lo que había creado tenía personalidad, vida y movimiento. Supongo que el rechazo de su familia y el menosprecio de su pasión le habían pasado factura, al igual que las opiniones de mis padres sobre mi trabajo en Broad-Meadows y las crueles palabras de Jackson habían mermado mi confianza durante un tiempo. Tal vez, después de todo, este iba a ser el momento de compartir algo de eso con él.

—Bueno —le dije—, Luke va a estar encantado, igual que cualquiera que pasee por el jardín y las vea.

—Eso espero —suspiró.

—Lo sé —dije.

—Ojalá tuviera tu fe —dijo, sonando vulnerable.

—Solo necesitas un poco de tiempo —le dije, acercándome un poco más, y apoyé una mano en su brazo.

—¿Tiempo?

—Sí —dije—. Quiero decir, acabas de empezar, ¿no?

—Llevo tiempo haciendo esto —dijo, con el ceño fruncido de nuevo—. Ya te lo dije.

—Así es —confirmé—, pero también me dijiste que estabas rodeado de gente empeñada en socavar tu sueño, ¿verdad? Dadas las circunstancias —proseguí—, debiste tener mucha fuerza para seguir adelante, pero lo hiciste y ahora estás aquí, y Luke te ha dado la oportunidad de trabajar en un ambiente completamente distinto y rodeado de gente que quiere defender tus logros. Créeme, no tardarás en recuperar la confianza en ti.

Me detuve para tomar aliento y descubrí que me estaba mirando fijamente.

—Lo siento —dije, retirando la mano de su manga, sonrojada.

No tenía intención de tener un momento tan intenso.

—No —dijo—, no te disculpes.

—Lo siento —volví a decir sin querer.

—Y, desde luego, no te disculpes por disculparte —rio, cogiendo mi mano, y la estrechó con fuerza entre las suyas.

No habría podido ofrecer una tercera disculpa aunque hubiera querido, porque su acción me robó el habla, mi libido se disparó de nuevo y mi cuerpo sintió un hormigueo cuando nuestra piel se rozó.

—Es que he estado en el mismo barco que tú —logré decir finalmente—. Mis padres odiaron que me hiciera cargo de Broad-Meadows y, aunque no expresaron su opinión con tanta vehemencia como tu padre y Zak, me impactó de todos modos.

—Entonces —dijo, mirándome más profundamente a los ojos mientras se acercaba y me colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—, quizá tú y yo no seamos tan diferentes, Freya.

—No —susurré, levantando la vista hacia él y recordando cómo Zak había dicho que me había descrito a su familia—. Quizá no.

No sé si fue la sensación de sus dedos rozando mi cara, el hecho de que nuestras manos siguieran entrelazadas o el sonido de mi nombre en sus labios, pero lo siguiente que supe fue que estaba en sus brazos y que él me besaba y yo lo besaba a él.

No pensé en nuestra relación profesional ni en los sentimientos de Chloe hacia él. Lo besé larga y apasionadamente mientras las llamas del deseo, que no habían sido más que cenizas en mi interior durante mucho tiempo, brotaban lanzando chispas calientes y ardientes a cada terminación nerviosa y zona erógena. Apretada contra él, sentí cómo su firme cuerpo reaccionaba a mis caricias y, cuando introduje la punta de mi lengua en su boca, gimió de placer.

—Freya —suspiró mientras yo enredaba mis manos en su pelo, y luego sentí su lengua encontrarse suavemente con la mía.

Dimos un paso hacia el banco de trabajo y me subió a él. Estaba a punto de rodearlo con las piernas y tirar de él de nuevo cuando el sonido de la sintonía de *Gardeners' World* llenó la habitación y me di cuenta de que se trataba de mi teléfono.

—¿Ese es tu móvil?

—No te preocupes —respondí sin aliento, acercándome a él.

—Creo que será mejor que respondas.

—Parará en un minuto —insistí, decidida a que no se aguara nuestro apasionado momento.

—No lo creo —dijo unos segundos después.

Me bajó con suavidad y, furiosa por la interrupción, saqué el teléfono del bolsillo y respondí sin comprobar antes quién era.

—¿Freya?

—Hola, Peter. —Tragué saliva; mi enfado se había disipado ligeramente al darme cuenta de quién era.

Finn se alejó un paso y consulté mi reloj. Era la última persona que habría esperado.

—¿Por qué llamas tan temprano? —le pregunté—. ¿Va todo bien?

Unas rápidas matemáticas mentales me dijeron que no debía haber amanecido en Nueva Zelanda.

—Todo va bien —me dijo—, pero tengo que madrugar y conducir mucho. Me voy un par de días y quería hablar contigo sobre el material que me enviaste antes de salir. ¿Es un buen momento? ¿Por qué respiras tan fuerte?

—En realidad —dije, tomándome un momento para intentar volver a respirar más despacio mientras miraba a Finn, que se había alejado más—, no es un buen momento.

Estaba de pie, con las manos en las caderas, con la respiración entrecortada como la mía, pero no podía adivinar lo que estaba pensando.

—No pasa nada —dijo en voz baja.

—¿Quién es? —preguntó Peter.

—Nadie —respondí, lo que hizo que las cejas de Finn se alzaran en respuesta.

—No será Finn, ¿verdad? —rio Peter—. Creo que escribiste más sobre él que sobre tus planes para ese Jardín de Invierno.

—No es él —dije, apretando más fuerte el teléfono contra mi oreja con la esperanza de que Finn no oyera lo que se decía.

Supongo que me había excedido un poco contándole a Peter lo que había pasado desde el desafortunado primer encuentro entre Finn y yo, pero escribirlo todo me había resultado catártico. A Peter le habría hecho mucha gracia la secuela, aunque no iba a ser yo quien se lo contara.

Ahora que el momento había pasado y había vuelto en mí, mi cara ardía de vergüenza conforme el recuerdo de Chloe y sus sentimientos hacia Finn volvían a mi cabeza. Menuda amiga había resultado ser.

—Mira, Peter —le dije—, ¿puedo llamarte luego? Ahora no es un buen momento.

—No cuelgues por mí —dijo Finn bruscamente.

—¿Estás segura de que no es él? —insistió Peter.

—Lo siento mucho —le dije a Finn mientras recogía la bolsa de bombillas que había tirado en el suelo del estudio—. Pero creo que mejor me voy.

—Vale —dijo escuetamente.

—Te veo mañana —insistí—. Y...

—¿Qué? —dijo, con la barbilla alta—. ¿Continuamos donde lo dejamos?

Si no hubiera sido por el evidente interés de Chloe por él, me habría gustado seguir, pero debía tener en cuenta a mi amiga y, para mi vergüenza, Finn no parecía muy entusiasmado con la idea. Obviamente ya se estaba arrepintiendo del momento, lo que me hizo sentir aún peor por haber permitido que sucediera.

—He pensado que podríamos echar un vistazo al césped del prado y decidir dónde colocar las liebres —sugerí en su lugar.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—¿Freya? —volvió a sonar la voz de Peter en mi oído—. Lo siento, pero de verdad que necesito darme prisa.

Supongo que podría haberle dicho a Peter que me pondría en contacto con él cuando volviera de su viaje, pero, dado que se había tomado la molestia de leer lo que le había enviado y había hecho el amable esfuerzo de llamarme, no podía cortarle el rollo, así que dejé a Finn meditando sobre su trío de hermosas liebres y regresé a la oficina, deseando que Finn no me hubiera invitado a ver sus esculturas y maldiciendo que nos hubiéramos dejado llevar por el momento y por nuestras emociones artísticas.

Capítulo 14

Ni que decir tiene que no tenía muchas ganas de enfrentarme a Finn al día siguiente, así que me pasé la mañana esperando que no hubiera estado prestando atención cuando le sugerí que echáramos un vistazo al césped del prado. Pero la suerte no me acompañó y se presentó en la oficina justo cuando Chloe y yo estábamos terminando de comer.

Le había dado a Chloe una mañana llena de trabajos en el lado opuesto del jardín donde yo estaba trabajando, por miedo a soltar lo que había hecho. Callarme no me hizo sentir mejor por haberla traicionado, ni menos avergonzada por el hecho de que Finn no me hubiera pedido que repitiera, pero me salvó de hacerle daño a mi amiga.

Peter, lleno de elogios por mis planes y propuestas, no había tardado en sonsacarme los detalles de mi acalorado momento con Finn y me dijo que debería sincerarme con Chloe, como había hecho con él cuando rompí nuestro compromiso, pero no me atreví a hacerlo y opté por fingir que no había ocurrido.

No era una decisión fácil de mantener cuando aún podía sentir los labios de Finn en los míos, y cuando lo tuve delante, de pie justo detrás de donde Chloe estaba sentada en el despacho, se hizo aún más difícil. Mi negación, ya de por sí endeble, se retiró precipitadamente y me dejó tambaleándome, lo que probablemente no era menos de lo que merecía.

—Voy a llevar a Nell de vuelta a la plaza —fue lo único que se me ocurrió decir—. Hace frío esta tarde y estará más cómoda en casa con la calefacción encendida.

Sabía que estaba tomando la salida del cobarde, pero pensé que, si Finn quería que Chloe supiera lo que había pasado entre él y yo, entonces podría aprovechar la oportunidad para mencionarlo él mismo. No iba a odiarme menos si se enteraba así, pero al menos no sería yo quien tuviera que contárselo.

Los dos salían del estudio cuando volví y Chloe parecía más que contenta, así que supe que no se había chivado. Tal vez, como yo, iba a fingir que no había sucedido. Sin duda, nos simplificaría la vida, y tal vez no hubiera sido un momento memorable para él, pero yo seguía llena de sentimientos encontrados.

Nunca había experimentado un beso así; el calor entre nosotros, en mi opinión, había sido abrasador y había una parte de mí, una parte bastante grande, a la que le habría gustado mucho volver a experimentarlo.

—Las liebres son increíbles —sonrió Chloe cuando me vio—. Deberías verlas, Freya.

—Las ha visto —dijo Finn sin rodeos.

—Sí que lo son —asentí con una sonrisa y haciendo un esfuerzo gigantesco por recomponerme.

—No me lo habías dicho. —Chloe frunció el ceño, mirándome.

—Bueno —dije—, es que apenas nos hemos visto en toda la mañana. Ahora, en marcha. Parece que va a llover y tengo muchas cosas que hacer hoy.

—No has olvidado que tengo que salir temprano, ¿verdad? —preguntó Chloe.

—¿Te escaqueas ahora que hace frío? —dijo Finn—. No me parecías una jardinera de

clima suave.

—No, en absoluto —dijo finamente, dándole un golpecito con el extremo de su bufanda—. Tengo una reunión en la escuela sobre un estudiante que llegó hace poco y le está costando adaptarse.

—Qué solicitada estás —sonrió Finn.

—Razón de más para dejar de charlar y ponernos manos a la obra —intervine, y me alejé a grandes zancadas con la pesada bandeja de bulbos de narciso bajo el brazo.

—Me parece justo —dijo Finn, sonando igual de malhumorado mientras me relevaba de la bandeja—. Terminemos con esto, ¿vale?

—¿Qué pasa con vosotros dos? —exigió Chloe.

—Nada —dijimos al unísono, antes de compartir una mirada que me dijo muy poco sobre cómo se sentía Finn, aparte de que no quería estar cerca de mí.

Chloe no parecía creernos y no podía culparla.

—Es la presión —expliqué cuando ella se acercó para enlazar su brazo con el mío. No era mentira; aún pasaba mucho tiempo preocupada por no llegar a tiempo a la fecha límite de la jornada de puertas abiertas—. Y eso me pone nerviosa porque quiero desesperadamente que todo salga perfecto.

—Saldrá bien —dijo, apretándome con fuerza—. Somos un equipo, ¿verdad?

—Claro que sí. —Tragué saliva.

—Por supuesto —coincidió Finn a regañadientes.

La zona que formaba el césped del prado se había cortado a finales de verano, lo que nos facilitó el paso. Lo miramos desde todos los ángulos antes de marcar cuidadosamente los puntos donde el trío de liebres de Finn luciría más. Por suerte, concentrarnos en la tarea había aliviado parte de la tensión entre nosotros y no tardamos en trazar las posiciones principales.

—Estarán muy bien aquí ahora —dije, añadiendo cubiertas a la parte superior de los marcadores de caña por razones obvias de salud y seguridad—, pero, cuando la hierba empiece a crecer alrededor de ellas en primavera, tendrán un aspecto aún mejor.

—Y si la hierba crece demasiado en verano —sugirió Chloe—, podríamos recortarla, pero solo alrededor de las bases.

—Es una buena idea —acepté, sintiéndome mejor por estar de nuevo al aire libre.

—¿Y esto? —preguntó Finn, señalando los bulbos—. ¿Van aquí también? Hay un montón.

—Sí —respondí—. Necesitas muchos para dar un gran impacto.

—Hemos olvidado la sembradora —dijo Chloe—. Volveré a buscarla.

Había añadido la de mango corto a la bandeja, pero me había olvidado de su prima de mango largo, que reducía al mínimo las flexiones y limitaba el esfuerzo muscular.

—Puedes irte si quieres —le dije a Finn, repentinamente cohibida ahora que estábamos los dos solos.

—No, está bien —dijo, cogiendo uno de los bulbos, y frotó su piel apergaminada—. Me quedaré y te echaré una mano. ¿Cómo vas a decidir dónde ponerlos?

—Tengo un truquito —respondí.

—Ah, sí —sonrió, haciendo que se me derritiera el corazón—, Luke mencionó que

tienes un don con los bulbos, pero no pudo decirme qué era porque habías insistido en mantenerlo en secreto incluso para él.

—Quiero que sea una sorpresa —le dije—, así que, si te quedas, no puedes ir cotorreando.

—No lo haré.

—¿Lo prometes?

—Palabra de explorador —dijo seriamente—. Soy bueno guardando secretos.

Estaba a punto de sugerir que mantuviéramos nuestro beso en secreto cuando Chloe volvió y el momento se perdió.

—Muy bien —dije—, retroceded.

Me subí con cuidado al tocón de un árbol y usé todas mis fuerzas para lanzar los bulbos de la bandeja a la hierba, donde cayeron exactamente en el revoltijo desordenado que me había propuesto.

—¿Beverley Nichols? —sonrió Chloe, aplaudiendo.

—¿Qué Beverley? —Finn frunció el ceño, mirando de ella a mí y viceversa.

Creo que pensó que me había vuelto un poco loca.

—¡Sí! —exclamé, mirando a Chloe, que se reía y negaba con la cabeza—. ¿Cómo lo sabes?

—Mi abuela era una gran admiradora —dijo—. Le encantaban sus libros y tenía montones de recortes de su columna en la revista.

—Nunca había hablado con nadie que lo conociera —le respondí sonriendo.

Aparte de Eloise, no había conocido a nadie que hubiera oído hablar de él.

—¿Lo? —Finn volvió a fruncir el ceño, más confundido que nunca.

—Sí —respondí, bajándome, y le entregué la sembradora de mango largo porque era el más alto—, ven, te enseñaré lo que hay que hacer.

Finn no tardó en cogerle el truco, y menos mal, porque había literalmente cientos de bulbos.

—Algunos han caído muy juntos —señaló—. ¿Quieres que los espacie un poco?

—No —me apresuré a responder—, están bien así.

Plantar exactamente donde cayeran iba a garantizar que tuvieran un aspecto natural y no compartimentado. Lo que buscábamos eran franjas de color, no parques municipales.

—¿Son todos iguales? —preguntó—. Hay un montón de variedades de narcisos, ¿no?

—Los hay —confirmé—, pero todos son del mismo tipo. Ya los he utilizado en alguna ocasión. De hecho —añadí, haciendo memoria y luego pensando en voz alta—, se convirtieron en una especie de marca registrada para Peter y para mí. —Los habíamos utilizado con gran éxito al menos en tres ocasiones y me moría de ganas de verlos meciéndose con la brisa primaveral en Prosperous Place—. Y cuando salgan —le dije a Finn—, verás por qué le pedí a Luke que consiguiera solo una variedad; y recuerda, nada de chismorrear sobre lo que hemos estado haciendo.

—¿Te refieres solo a los bulbos o a algo más? —preguntó, sombrío.

Sorprendida, me di la vuelta con rapidez y metí el pie en uno de los agujeros que había hecho para plantar pero que aún no había rellenado.

—Mierda —maldije, soltándolo todo cuando el suelo salió a mi encuentro.

Finn entró en acción y, antes de que me diera cuenta, me había envuelto en sus brazos y me había salvado del dolor de un tobillo torcido. Me aferré a él mientras sacaba con cuidado el pie del agujero y lo dejaba con cuidado sobre la hierba. Por suerte, no había sufrido ningún daño. Aparte de mi dignidad, que había recibido otro golpe.

—No recuerdo que eso formara parte de la técnica Nichols —rio Chloe—. Se supone que debes lanzar bulbos, no dedicarte a coger flores, aunque Freya es una flor bastante encantadora.

Mantuve la mirada fija en el ancho pecho de Finn, solté su manga y puse un poco de distancia entre nosotros, avergonzada por el comentario de Chloe.

—¿Estás bien? —preguntó Finn.

Cuando me arriesgué a echarle un vistazo, una sonrisa se dibujó en sus labios y supuse que no podía culparle. Me atrevería a decir que le había parecido graciosísima, pero yo no le veía el lado divertido.

—Sí —dije—, no pasa nada.

—Menudo héroe —continuó Chloe, demasiado lejos para verme la cara mientras fingía desmayarse—. Aunque me imagino que las mujeres siempre caen rendidas a tus pies, ¿verdad, Finn?

Ahora le tocaba a él parecer incómodo. Su cara estaba casi tan roja como imaginaba que estaría la mía.

—No exactamente —dijo, volviendo a centrar su atención en el trabajo que tenía entre manos.

—Recuérdame —dijo, acercándose—, ¿cuál es exactamente tu estado sentimental actual?

Sentía que mi corazón empezaba a latir más rápido y no tenía nada que ver con la caída que acababa de dar. No me gustaba el giro que estaba tomando la conversación y sabía que tenía que pararla.

—Si quieres pedirle una cita, Chloe... —solté, pero me detuve al ver el cambio en su expresión.

Sus ojos se abrieron de par en par y su brillo rosado se redujo a un blanco mortal.

—No —balbuceó—. Eso no es lo que yo...

Se mordió el labio y se le llenaron los ojos de lágrimas mientras tanteaba la manga de su abrigo para comprobar su reloj.

—Tengo que irme —dijo apresuradamente—. Si no, llegaré tarde al colegio.

—Muy buena —dijo Finn, en cuanto la perdió de vista.

—Me preocupaba que fueras a decir algo sobre lo que pasó ayer —dije, con los ojos llenos de lágrimas, igual que los de Chloe.

—¿Por qué iba a contárselo a alguien? —replicó.

Mi análisis de la situación había sido correcto entonces; él no se había acalorado tanto como yo, y me sentí aún más tonta que cuando me había caído.

—Y no creo que Chloe estuviera intentando invitarme a salir, ¿no crees? —dijo de forma mordaz, haciéndome sentir aún peor.

—Voy a por ella —dije, con las lágrimas desbordándose al darme cuenta de lo que había hecho.

Chloe no había estado preguntando sobre la vida amorosa de Finn para su propio beneficio. Claro que no. Si no hubiera estado tan estúpidamente celosa de su amistad y no hubiera insistido en darle más importancia, quizá me habría dado cuenta mucho antes y habría evitado cometer un error tan estúpido. Todo este tiempo había estado intentando emparejarnos a él y a mí, no a él y a ella.

—No —dijo Finn, cogiéndome del brazo—, déjala. No hay nada que puedas decir ahora que la haga sentir mejor.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón.

Esa noche le envié un mensaje a Chloe, disculpándome por mi estúpido comentario y haciéndole prometer que nos veríamos en The Dragon el viernes por la noche para invitarla a una copa y pedirle perdón en persona. Si hubiera sido cualquier otra persona, con cualquier otro pasado, lo más probable es que mi tonta metedura de pata no hubiera importado tanto. Pero la querida Chloe, viuda tan joven, no necesitaba que la acusara de buscar el amor cuando lo único que tenía con el hombre en cuestión era una amistad fácil.

Estaba un poco nerviosa cuando salí de la plaza y me dirigí al *pub*. Lo último que quería hacer, sobre todo siendo la chica nueva del barrio, era enfadar a alguien. Esperaba que mi nueva amiga aceptara mi explicación cuando le dijera con toda sinceridad que mi tonto comentario era el resultado de sentirme cegada por mis inesperados sentimientos de atracción hacia Finn, que no deberían haberle afectado en absoluto.

Lo último que esperaba era enamorarme perdidamente del tipo que casi me había arrancado la cabeza de un mordisco cuando lo vi por primera vez, pero así había sido, y nuestro apasionado beso lo confirmaba. ¿Por qué si no iba a estar todo el día en mi mente? ¿Por qué si no iba a tener en cuenta sus pensamientos y opiniones a la hora de considerar los míos? ¿Por qué si no me importaba tanto que se hubiera enfadado cuando le defendí? ¿Por qué si no me ponía verde de envidia cada vez que lo veía con Chloe?

Era todo un lío mortificante, sobre todo ahora que sabía con certeza que estaba deseando olvidarse por completo del mejor beso que me habían dado nunca. Tendría que decirle a Chloe que por muy amables que fueran sus intenciones de emparejamiento, estaban definitivamente fuera de lugar.

—Solo una Coca-Cola para mí, por favor —le dije a Hannah, la amiga de Chloe, que estaba sirviendo detrás de la barra—, ¿y qué crees que le gustaría a Chloe?

—Ni idea —dijo sin rodeos—, pero me ha enviado un mensaje hace un minuto pidiéndome que te diga que no va a venir.

—Oh —dije, buscando mi teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Dic que ha intentado llamarte, pero que no has respondido.

Tras la oportuna interrupción de Peter, había puesto el teléfono en silencio y no lo había sentido vibrar en el bolsillo, pero, efectivamente, había una llamada perdida en mi registro.

—Maldita sea —dije, sintiéndome peor que nunca, sobre todo cuando me di cuenta de que, por la mirada que me dirigía Hannah, sabía lo que había pasado—. ¿Ha dicho algo

más?

—No. —Hannah se encogió de hombros.

Le pagué la bebida que ya me había servido y busqué una mesa al otro lado de la chimenea. Me la tomaría, me iría a casa y pensaría en lo que le iba a decir a Chloe cuando la llamara desde los confines más privados de mi salón.

—¿Te sientes sola?

—Zak —dije—, hola. —Era la última persona que quería ver—. Estaba a punto de irme.

—Pero si acabas de llegar.

—No pensaba quedarme mucho tiempo.

—No te habrán dado plantón, ¿verdad?

—No —dije, tratando de mantener la paciencia.

No creía que se considerara que te habían dado plantón si la otra persona te había hecho saber que no iba a venir. Tampoco es que tuviera ninguna intención de compartir ese resumen de la situación con Zak.

—Pensaba que estarías esperando a mi hermano —sonrió—, pero, como no es así, ¿te importaría que me sentara contigo?

—La verdad es que sí —le dije mientras vaciaba rápidamente mi vaso.

—Me parece justo. —Se encogió de hombros—. Solo quería hablar un momento, pero vendré a buscarte la semana que viene.

Algo en su tono me hizo mirarlo bien y no puedo negar que me sorprendió lo que vi. Vestido con una camisa que no era dos tallas más pequeña y con bastante menos gomina que de costumbre, en un intento por esculpir su corto cabello, estaba casi irreconocible. Era una propuesta mucho más atractiva, moderado y tapado.

—¿Demasiado frío para una camiseta esta noche? —pregunté, incapaz de resistirme.

—Lo sé, claro —sonrió—. ¿Quién lo hubiera pensado? Pero en realidad —continuó—, esto es culpa tuya, Freya.

—¿Mía?

—En su mayor parte, sí —dijo, ocupando la silla de enfrente—. Me quitaste el viento de las alas la otra noche.

—No me digas.

Me tensé esperando el chiste, la frase para ligar o cualquier otra que estuviera a punto de soltarme. Pero, al parecer, iba en serio.

—Sí —dijo, frotándose la nuca con una mano e inusualmente avergonzado.

—Creo que será mejor que me lo expliques.

La verdad sea dicha, prefería oírlo cuando ya estaba pasando una mala noche que la semana siguiente tras una satisfactoria jornada de trabajo.

—El caso es... —dijo, dejando el vaso sobre la mesa, y jugueteó con los puños de la camisa. Imaginé que era una sensación inusual, tener los brazos enteros cubiertos—. Puede que no te hayas dado cuenta, pero lo que me dijiste en la plaza me llegó al alma.

—¿Qué parte?

—Todo, para ser honesto. He pasado tanto tiempo burlándome de Finn que había olvidado lo que sentiría si dejara de hacerlo. Durante años, he estado de acuerdo con la

opinión de papá sobre él...

Sus palabras se interrumpieron al mirar a su alrededor, pero nadie nos prestaba atención.

—Vamos —le animé, aún no convencida de que sus palabras no formaran parte de una elaborada broma.

—Prométeme que no dirás una palabra a nadie más, Freya, sobre todo a Finn.

—No lo haré —dije—. Palabra de exploradora —añadí, haciéndome eco de las palabras de su hermanastro.

—Bueno —tragó saliva—, la verdad es que estoy celoso de él.

—¿Celoso?

—Calla —suplicó, volviendo a mirar a su alrededor—. Sí, celoso. Me he pasado toda la vida buscando la aprobación de papá haciendo y diciendo todo lo que él quiere y espera, pero Finn ha tenido las pelotas de labrarse su propio camino y ser él mismo, incluso cuando ha sido difícil o casi imposible.

Las palabras se le escaparon de un tirón y me tomé un momento para estudiar su rostro.

—No estoy bromeando —dijo, leyendo mis pensamientos—, aunque entiendo por qué no te fías.

—No creo que estés mintiendo —le aseguré, y así era. No había ningún rastro de picardía en él, y estaba bastante segura de que no era tan listo como para soltar esas frases con tanto empeño si no las decía de verdad—. Solo estoy en *shock*.

—Y yo —sonrió—. Me ha costado mucho decir en voz alta por primera vez lo que siento.

No podía compararse, pero yo había tardado en romper mi compromiso con Peter, aunque había albergado dudas prácticamente desde el momento en que me puso el diamante solitario en el dedo. De hecho, si Eloise no hubiera aparecido en mi vida cuando lo hizo, quizá nunca habría tenido el valor de hacerlo. Dado que ahora creía que lo que Zak acababa de decirme era cierto, le había concedido a él —y a su vez a Finn— su momento en una cadena de favores.

—¿Y por qué ahora? —pregunté—. Finn estaba muy molesto conmigo por defenderlo y, para ser honesta, creía que ibas a usarlo en su contra.

Zak negó con la cabeza.

—A decir verdad —rio—, al principio yo también, pero no fue así. Tus palabras me tocaron la fibra sensible, Freya, y me di cuenta de que ya era hora de que madurara y empezase a comportarme como alguien de mi edad. Incluso me colé en el estudio cuando Finn estaba arriba en el piso y eché un vistazo a esos tres conejos en los que ha estado trabajando.

—Liebres.

—¿Qué?

—Son liebres, no conejos.

—Es lo mismo. —Se encogió de hombros.

Había muchas diferencias, pero no era el momento de explicarlas.

—¿Y qué te han parecido? —pregunté en su lugar.

—Son increíbles —dijo—. Habría que ser estúpido para no darse cuenta.

Como recordaba, cuando vi por primera vez al trío, eso fue exactamente lo que pensé que eran Zak y su padre.

—Son espectaculares —asentí—, y hemos encontrado el lugar perfecto para ellas en el jardín.

—No sé cómo lo hace —dijo con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo puede coger un montón de chatarra y ver ese potencial y esas formas?

—No tengo ni idea —dije—. Ni idea.

Se hizo un silencio, pero no pude resistirme a preguntar.

—Entonces, ¿esto significa que estás a punto de revelar una vocación secreta tú también?

—No —dijo—, soy feliz siendo constructor como mi padre, solo que ya no quiero ser un gilipollas como él, eso es todo.

—Bueno —dije—, creo que esa revelación es más que suficiente para seguir adelante y me gusta tu nueva imagen —añadí, señalando con la cabeza la camiseta que lo cubría todo.

—Está bien, ¿verdad? —dijo, mirándose el pecho y alisándose la tela—. No me va el tipo de cosas que lleva Finn, todos esos símbolos y demás, pero estoy harto de ser un calco de papá. Siempre pensé que él era el fuerte de la familia, pero en realidad lo es Finn. Ahora me he dado cuenta de que le ha costado mucho mantenerse firme y seguir a su corazón, sobre todo cuando ni siquiera me tenía a mí de su lado.

—¿Vas a contarle algo de esto?

Esperaba que lo hiciera.

—Debes estar de broma —rio—. Pensará que le estoy tomando el pelo.

—Puede que no —dije—, sobre todo si se lo dices igual que me lo has dicho a mí.

—No estoy seguro de poder hacerlo otra vez. —Hizo una mueca, inflando las mejillas —, y me has dado tu palabra de que no lo contarías, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —sonreí.

—Ni una palabra a Finn ni a nadie, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, lo he prometido, ¿no?

—Está bien, entonces —dijo, poniéndose de pie de nuevo—, la gente pronto se hará a la idea de que he cambiado cuando deje de ser un...

Me alegré de que no terminara esa frase, aunque hubiera muchas y variadas palabras a las que podría haber recurrido para describir su antiguo yo, ninguna halagadora.

—Apuesto a que Jacob será el primero en verlo —me reí.

—¿Tú crees?

—Absolutamente. Si puedes pasar las próximas semanas sin flirtear con Poppy, todo el mundo sabrá que eres un hombre cambiado.

—Es mucho pedir —dijo, sacudiendo la cabeza—, pero haré lo que pueda. Es una chica estupenda, y tú también, Freya.

—Gracias —dije—. Creo.

—Me sorprende que Finn no te haya pillado ya —sonrió, dejando entrever algo de su antigua picardía—. Eres justo su tipo, pero...

—Pero ¿qué?

—No —dijo, levantando la mano—, no me corresponde a mí decirlo. El viejo Zak lo habría hecho, pero el nuevo Zak sabe que no estaría bien ir por ahí hablando de la desastrosa vida amorosa de Finn.

Estaba intrigada y él ya había empezado a contarlo. Quizá pudiera sonsacarle un poco más.

—¿Tan desastrosa ha sido?

—Solo un poco —dijo, sacudiendo la cabeza—. Definitivamente es mercancía dañada.

Deseaba poder sacudirle la cabeza lo bastante fuerte como para hacer que los recuerdos se desprendieran y poder echarles un vistazo.

—Pero, por lo que ha contado Finn —me sorprendió—, a ti tampoco te ha ido mucho mejor, ¿verdad? Aunque al menos tú lo repartías en lugar de recibirlo. Tiene que ser más fácil de esa manera, ¿no?

Estaba a punto de interrogarle sobre lo que Finn había dicho exactamente cuando un grupo de chicos irrumpió y se lo llevó.

—¡Hasta la semana que viene, Freya! —gritó mientras se lo llevaban a rastras, dejándome con un desagradable cóctel de sorpresa, enfado y confusión.

Capítulo 15

Me molestó mucho que Finn hubiera ido por ahí contando lo que creía saber sobre mi pasado sentimental, sobre todo cuando, durante el frío camino de vuelta a Nightingale Square, me puse a pensar en nuestras conversaciones anteriores y me di cuenta de que, en realidad, no sabía nada importante.

Puede que durante el rato que pasamos en The Dragon, después del encendido de las luces, le contara algunos detalles de mi compromiso roto, pero eso no le daba derecho a hablar de ello, sobre todo en presencia de su hermano. Esperaba que no hubiera sacado conclusiones precipitadas sobre lo ocurrido y, si lo había hecho, tendría que aclararle las cosas.

También esperaba que no se hubiera tomado a la ligera nuestro apasionado encuentro en el estudio. Su aparente indiferencia ante la experiencia me hacía pensar que prefería guardársela para sí, pero tampoco se me había pasado por la cabeza que hablara de mi anterior vida amorosa.

Había prometido ir al Grow-Well al día siguiente, pero, como era sábado, no tenía que madrugar, así que me llevé a la cama una taza de té y un tazón de gachas para empezar con pereza. Acababa de terminar las gachas y estaba ensayando lo que le iba a decir a Chloe cuando se me adelantó y me llamó.

—Te has levantado temprano para ser sábado —le dije con cautela, esperando que no hubiera pasado la noche en vela.

Sabía que le gustaba acostarse tarde los fines de semana.

—No podía dormir —me dijo.

—Y es culpa mía, ¿verdad? —gemí.

—En parte.

—Lo siento mucho, Chloe —dije con un nudo en la garganta—. No quería ser tan maliciosa sobre Finn. Se me escapó y me odio por ello.

—Odiar es un poco fuerte —dijo, y me aferré a la esperanza de que hubiera un atisbo de sonrisa en su tono.

—Pues lo hago —insistí—. Y desde luego no merecías ser receptora de mi estupidez. Lo siento mucho.

—Lo sé —continuó—, y también sé por qué lo hiciste. Es obvio que Finn te gusta de verdad, por eso estaba intentando, supongo que no muy discretamente, tenderte una trampa.

Si hubiéramos tenido esta conversación la noche anterior en el *pub*, como yo había planeado, entonces ella habría recibido de buen grado mi confesión de *que* albergaba sentimientos por Finn, pero por suerte eso no había ocurrido y podía refutar su suposición con la conciencia tranquila.

Es cierto que seguía sintiendo algo por mi colega escultor de chatarra, y sí, el beso que nos habíamos dado había sido el más excitante que había experimentado nunca, pero, gracias a Zak, mis sentimientos por Finn se habían transformado en otros muy distintos.

—Después de que te fueras el jueves —le dije a Chloe—, me di cuenta de que eso era lo que intentabas hacer y eso me hizo sentir aún peor.

—No lo habría hecho por norma —dijo—, pero es obvio que os gustáis el uno al otro y quería ayudar porque, si os dejo a vuestra suerte, no creo que lleguéis nunca.

Si nos hubiera visto besándonos en el estudio, no habría dicho eso.

—Pero los dos estaréis muy bien juntos —continuó, felizmente inconsciente del cambio sísmico al que habían sido sometidas mis emociones—, solo necesitas un poco de estímulo.

—Por favor, no te lo tomes a mal, Chloe —interrumpí antes de que se metiera de lleno en su papel de Celestina—, pero te agradecería mucho que no dijeras ni hicieras nada más.

—Pero ¿por qué?

Sonaba cabizbaja y frustrada a la vez, y supe que tenía que cortar de raíz sus entusiastas intentos. Dado que no había tenido la oportunidad de hablar con Finn sobre lo que había estado diciendo a mis espaldas, no quería entrar en detalles, pero sí quería impedir que Chloe intentara empujarnos por el camino del felices para siempre en el que tan obviamente tenía puesto su objetivo.

—Tengo razón en que te gusta, ¿verdad? —preguntó—. Por eso siempre estás un poco enfurruñada cuando me ves hablando con él.

Me avergonzaba pensar que se había dado cuenta.

—Sí creo que está bien —admití con timidez—, pero la cosa es, Chloe, que soy nueva en la zona y me estoy asentando en un nuevo trabajo, un nuevo hogar y una forma de vida completamente diferente y, al menos por ahora, no necesito la complicación extra de una relación también.

Todo eso era cierto. Todavía me estaba aclimatando a los cambios que había experimentado mi vida y acostumbrándome a la tierra, tanto en el jardín como fuera de él. Mi vida en Norwich era diferente al aislamiento rural al que había estado acostumbrada en Suffolk en todos los sentidos posibles.

—Pero ¿te gusta, te gusta? —preguntó Chloe de nuevo, esta vez con mayor énfasis.

No pensaba soltar su presa.

—Además —añadí—, anoche me enteré de que él también tiene cargas emocionales con las que sin duda está tratando de lidiar y, como mi vida amorosa no ha sido precisamente coser y cantar, creo que tu plan de juntarnos, por muy amable que sea, es mejor olvidarlo.

—Ah —dijo ella—, ya veo. ¿Qué tipo de equipaje podría ser, entonces?

—No conozco los detalles —dije con sinceridad, revelando que no sabía nada importante sobre Finn mientras me las arreglaba para no compartir nada mío—, pero me lo describieron como mercancía dañada, así que lo que probablemente necesita ahora mismo más que cualquier otra cosa es amistad.

—¿Y qué ha sido tan complicado en tu historia sentimental? —preguntó Chloe—. ¿Qué clase de mares agitados has tenido que navegar?

—Te lo contaré en otro momento. En una conversación de café y tarta, mejor que en un repaso rápido por teléfono.

—Aunque no sea asunto mío —dijo con un suspiro—. Dado mi pasado y lo a menudo que no quiero compartirlo con nadie, lo último que debería hacer es meter las narices en problemas ajenos.

—Pero tenías buenas intenciones —dije suavemente—. Y con lo que me has contado, no debería haber dicho lo que dije sobre tus intenciones hacia Finn.

—Es verdad —replicó, pero me di cuenta de que bromeaba.

Estaba perdonado, aunque seguía sintiéndome mal por todo aquello.

—Hannah en el *pub* dejó bastante claro que pensaba que yo también me había portado mal —le dije—. No se alegró mucho de verme anoche.

—Oh —chilló, su voz un centenar de octavas más alta de lo que había sido—. ¿Qué dijo?

—No fue lo que dijo —recordé—, sino la forma en que lo dijo.

—Bueno —dijo Chloe en voz baja—, no puedo decir que me sorprenda. Ella tiene un interés personal, ¿sabes?

—¿Cómo es eso? —Fruncí el ceño, moviendo las piernas porque se me habían dormido bajo el peso del cuerpo delgado de Nell.

El silencio fue tan repentino que pensé que la llamada se había cortado.

—¿Chloe? —dije, apartando el teléfono de mi oreja para mirar la pantalla—. ¿Sigues ahí?

—Sí —dijo—, estoy aquí.

—¿Qué es eso de que Hannah tiene interés en mi estúpido comentario?

Dejó escapar un largo suspiro.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie —acabó diciendo.

—Te lo prometo —respondí.

Me estaba acostumbrando a guardar secretos.

—Bueno —tragó saliva—, Hannah me pidió una cita hace unas semanas..., y en principio le dije que no.

—Ya veo.

—No porque sea una chica —se apresuró a añadir Chloe—, y no es por eso por lo que no quiero que se lo digas a nadie. Es solo porque...

—No has salido con nadie desde...

—Exacto.

—Lo entiendo —le dije, aunque en realidad no podía ni imaginar la confusión que sentía.

—Pero luego siguió insistiendo y, al final, justo la semana pasada de hecho, le dije que sí.

—Pero eso es genial —dije, y lo era.

Era un gran paso y yo estaba encantada de que lo hubiera dado.

—Lo sé —dijo, antes de añadir—, pero entonces la culpa de seguir adelante con mi vida empezó a corroerme de verdad. Solo pensar que empezaba a plantearme volver a hacer todas las cosas que Ade no podía me paraba en seco.

—Y entonces dije lo que dije e incliné tu culpa de superviviente a una estratosfera completamente nueva y te hice cancelar tu cita con Hannah.

—Yo no podría haberlo dicho mejor.

—Mierda —dije—. No me extraña que estuviera tan cabreada conmigo. ¿Cuándo se suponía que iba a ser esa cita?

—Esta noche —dijo con tristeza.

—De acuerdo —dije, sentándome más recta en la cama—. Todavía hay tiempo. Esto es lo que tienes que hacer.

—No tengo que hacer nada.

La ignoré.

—Envíale un mensaje a Hannah ahora mismo —continué— diciéndole que la cita sigue en pie y luego vete a la ciudad a comprarte un conjunto nuevo.

—No puedo hacer eso —rio.

—Sí, puedes —dije con firmeza—. Debes hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque si no, nunca me lo perdonaré y tú también te sentirás culpable.

—Eso es un golpe bajo —me regañó.

—Lo sé —dije—, pero ¿ha funcionado? ¿Vas a escribirle?

Volvió a quedarse callada.

—Chloe, ¿vas a escribirle a Hannah y a decirle que sí que hay cita esta noche?

—Sí —dijo finalmente—, sí, vale.

Solté un grito de alegría, haciendo saltar a Nell.

—Y ya me contarás cómo te ha ido, ¿no? —sonreí al teléfono.

—No querrás todos los jugosos detalles, ¿no?

Me gustó bastante que estuviera tan volcada en su cita que pensase que podría haber detalles jugosos que contarme.

—No —dije—, no soy tan entrometida. Solo quiero saber que voy a tener una bienvenida más cálida cuando vuelva al *pub*, eso es todo.

Después de haber aclarado bien las cosas con Chloe, me sentía mucho mejor, pero la sensación no duró nada cuando crucé la calle y pasé por delante del estudio de Finn. No había señales de vida, así que no tenía sentido llamar a la puerta y, dado mi continuo enfado con él, eso probablemente no era malo. Zak no me había dado ninguna razón para pensar que su cambio de personalidad no había sido auténtico y que yo debía dudar de sus palabras, pero sabía que sería mejor abordar a Finn cuando hubiera vuelto a controlar mi temperamento.

—¿A qué viene esa cara tan larga? —preguntó Lisa cuando llegué al Grow-Well.

—No es nada —dije, esbozando una sonrisa—. Estoy bien. Solo un poco cansada después de una semana dura, eso es todo.

—No sé cómo lo hacéis —dijo—. El jardín ya empieza a tener mucho mejor aspecto y las nuevas plantas son preciosas, pero cómo podéis trabajar al aire libre con cualquier tiempo es algo que no me explico.

—Estoy acostumbrada —dije—, y me gusta estar al aire libre.

—A mí también —coincidió Graham, que estaba colocando algunas macetas de temporada alrededor de la cabaña—. Un poco de aire fresco cada día levanta mucho el

ánimo, Lisa.

—Supongo —dijo, pero me di cuenta de que no lo entendía. No como Graham y yo.

—Están preciosas, Graham —le dije.

—Quería plantar unas cuantas antes de mi sesión del Winterfest —explicó—. Y la verdad es que estoy bastante satisfecho de cómo han quedado.

—¿Qué quieres que haga?

Vi que Ryan, el hermano de Poppy, y Tamsin, la hija mayor de Lisa, estaban limpiando el gallinero, y oí a Carole cantar con la radio mientras barría y ordenaba la cabaña.

—Hay que sembrar —me dijo Graham—. Las habas van en hileras dobles en ese parterre de allí, y hay que ponerles esa cubierta de red por encima después, para mantener a los gatos alejados. Y podríamos hacer otra siembra de verduras de invierno. Eso está yendo muy bien en el vivero que hay delante de la cabaña.

Ambos eran trabajos que estaba más que encantada de asumir.

—Nos vendría bien un invernadero un poco más grande —señalé.

—Luke ha prometido destinar los beneficios del Winterfest, si los hay, a la construcción de uno —explicó Graham—. Y también ha mencionado restaurar los invernaderos del jardín principal el año que viene.

Me alegraba oírlo. Tendría que hablar con él al respecto. Tenía la intención de hacerlo, pero, con todo lo que estaba ocurriendo y con mi agenda de trabajo centrada en la plantación del Jardín de Invierno, se me había olvidado.

—Eso será de gran ayuda —sonreí—. Ahorraremos una fortuna con las semillas que obtengamos de las plantas, ¿verdad?

—Todo ayuda —sonrió Graham.

—Exacto —asentí, y luego, decidiendo agarrar el toro por los cuernos, pregunté—: Y ya que hablamos de ayudar, me preguntaba si tendrías una o dos horas libres disponibles para ayudarme, Graham.

—¿En el jardín de la casa?

—Sí —asentí—. Todavía queda mucho por hacer, y me atrevería a decir que Chloe y yo podríamos tenerlo listo a tiempo, pero un par de manos extra, especialmente un par tan competentes como las tuyas, asegurarían que todo quedara terminado al nivel que pretendo.

—Ya veo —dijo, enderezándose.

—Sé que mencionaste que Luke era reacio a pedirlo, pero...

—Sería un honor ayudar —dijo Graham—. Puedo dedicar un par de horas al día. Por las mañanas mejor, si te viene bien.

Creo que nunca había encontrado a nadie tan dispuesto a trabajar gratis. Dicho esto, Chloe siempre estaba dispuesta a trabajar duro sin ninguna recompensa económica. El jardín de Prosperous Place contaba con un equipo realmente entregado y era un verdadero trabajo de amor.

—Por las mañanas estaría bien —asentí—. Gracias.

Me quitaba un peso de encima saber que estaba deseoso de arrimar el hombro. Profesionalmente, todo iba de maravilla, y si conseguía que mi vida privada siguiera el

mismo camino, la vida en Nightingale Square sería casi perfecta.

Dejé que mi mente divagara mientras sembraba las filas de habas en el parterre y luego las verduras en el vivero. Sembrar semillas era una de mis tareas favoritas en el huerto. La emoción de saber que mis manos eran las responsables de iniciar la alquimia, la magia de convertir una semilla seca y dura en algo bello o, en este caso, comestible, nunca moría y ya estaba deseando ver cómo emergían y crecían los brotes y las hojas de un verde brillante. Era el ciclo más satisfactorio que se pueda imaginar y me encantaba que mis vecinos de la plaza tuvieran un jardín tan bonito en el que participar también.

Después de comer, Lisa y yo subimos a la casa, donde Kate y Luke se habían ocupado de arreglar el comedor para las sesiones del Winterfest que no tendrían lugar ni en la cocina ni en el Grow-Well ni en el jardín.

Luke y yo mantuvimos una breve charla sobre la posibilidad de que Graham se inscribiera como otro voluntario del jardín de Prosperous Place y sobre el programa de restauración del invernadero, antes de que se dirigiera a su oficina y nos dejara a Lisa y a mí con Kate para ultimar los planes de nuestra sesión del Winterfest.

—Podemos empezar fuera, ¿no? —me preguntó Lisa—. Y luego entrar aquí.

—Por supuesto —acepté—. Una vuelta por el jardín será el pistoletazo de salida perfecto para nuestra sesión, y será mucho más práctico trabajar aquí dentro por si hace aire.

Lisa había conseguido unos bonitos cuadernos de papel reciclado de distintos tamaños para los asistentes que le habían pedido expresamente que les proporcionara su diario, y yo había ido recogiendo hojas de colores brillantes para prensarlas y conservarlas a medida que las veía.

El plan era que los participantes recogieran sus propias hojas durante la visita matinal al jardín, lo que, con suerte, los inspiraría para empezar su diario de la naturaleza por la tarde, pero si llovía, las hojas no servirían, así que yo tenía un suministro seco, por si acaso.

—Son geniales —le dije a Lisa mientras leía la lista de temas de escritura que estaba utilizando para su sesión de escritura creativa—. Puede que incluso me sienta tentada a escribir algo yo misma.

—Deberías —sonrió—. Te sorprendería a dónde te llevaría tu imaginación.

—Y puedo imaginarme exactamente cómo sería el héroe *sexy* de tu obra, Freya —dijo Kate, con un guiño.

—Oh, sí —rio Lisa—, yo también.

Estaba claro que Chloe no era la única que se había dado cuenta de lo que sentía por Finn. A no ser que supusieran que, como los dos éramos solteros y vivíamos y trabajábamos cerca, éramos la pareja perfecta. Tampoco iba a pararme a preguntárselo.

—Bien —dije, reuniendo de nuevo mi colección de hojas—, voy a poner punto final a esta conversación y me voy a casa.

Lo dije con una sonrisa en los labios para que supieran que podía aguantar sus bromas.

—Hoy la cama me espera temprano.

—Dulces sueños —no pudo resistirse Lisa a responder.

Era peor que todos los demás juntos.

No tenía ningún plan para el domingo, pero en cuanto me desperté supe lo que iba a hacer y Nell estuvo encantada de acompañarme. El viaje en coche hasta Suffolk fue tan tranquilo como el clima, y tuve tiempo de hacer un alto en el camino para comprar unas preciosas flores de invierno para depositarlas en la tumba de Eloise.

Sin embargo, mi entusiasmo por visitarla duró poco, ya que enseguida me di cuenta de que nadie había visitado ni cuidado su tumba desde mi última visita. Puede que solo hubieran pasado unas semanas, ya que vivía lo bastante cerca como para presentarle mis respetos con regularidad, pero en ese tiempo el lugar se había cubierto de maleza y el último ramo de flores, comprensiblemente, ya había pasado su mejor momento y no tenía en absoluto el aspecto que yo recordaba.

—¡Freya! —oí una voz desde la iglesia.

Me protegí los ojos del sol invernal y vi a Samantha, la vicaria, saludando desde el porche.

—Hola —le devolví el saludo.

Una vez terminado el servicio matutino y retirados los pocos miembros de la congregación, cruzó a mi encuentro, tan enérgica y eficiente como siempre.

—Sabía que eras tú —sonrió—. ¿Cómo te va? Oí que te habías mudado.

Le hablé de mi nueva vida en Norwich y lo mucho que Nell y yo la estábamos disfrutando. Su repentina sonrisa no me dejó ninguna duda de que casi me acusaron de secuestrar perros.

—Todo esto es maravilloso —le dije—, pero siento que estoy abandonando a Eloise. Últimamente no he pensado mucho en ella ni en Broad-Meadows, y ahora vengo aquí y me encuentro su tumba con este aspecto y me hace sentir fatal.

—¿Y qué crees que diría Eloise al respecto? —preguntó Samantha, enarcando las cejas.

Fruncí los labios, pero no hice ningún comentario.

—Exacto —dijo ella con firmeza—. Esa sonrisa me dice que sabes tan bien como yo que nuestra querida amiga estaría encantada de que hayas seguido adelante.

—Pero no le haría mucha gracia saber que tengo intención de seguir viniendo aquí, ¿verdad? —suspiré.

—Ninguna —asintió Samantha.

—Pero las flores... —Tragué saliva, señalando el horrible desorden del jarrón.

—Están muertas —se encogió de hombros—, y hacen que la tumba parezca descuidada.

—Tienes razón —dije—. Debería deshacerme de ellas y del jarrón.

—Sería de gran ayuda para el segador si lo hicieras —dijo Samantha, haciendo que mi decisión sonara un poco menos dura—. Es mucho más fácil para él mantener la hierba elegante y controlada si no tiene que andar sorteando jarrones de flores muertas.

Sabía que dondequiera que hubiera ido Eloise, lo más probable era que estuviera rodeada de flores y, desde luego, no querría que me sintiera obligada a mantener también el jarrón de su tumba siempre lleno, sobre todo ahora que yo vivía mucho más

lejos.

—Jackson no piensa venir, ¿verdad? —Tragué saliva.

—Claro que no —rio Samantha—, ¿no me digas que fuiste tan tonta como para pensar que lo haría?

—No —dije—, por supuesto que no.

—Y no te preocupes por él —dijo desdeñosamente, inclinándose para acariciar a Nell —, siempre llevarás a Eloise en el corazón y eso es lo único que importa. Ya sabes que no tienes que seguir viniendo aquí a buscarla, ¿verdad?

—Sí —asentí, mirando el ramo que había parado a comprar por el camino.

—Ahora mismo te lo quito y lo pongo en la iglesia para que no tengas la tentación de dejarlo —añadió amablemente, llevándoselo.

Pensé en nuestra conversación durante el viaje de vuelta a Nightingale Square y miré a Nell. Parecía deprimida otra vez, acurrucada en el reposapiés y soltando algún que otro suspiro. Me había hecho mucha ilusión visitar a Eloise, pero mi decisión de no volver era la correcta. Como Samantha había señalado, llevaba a mi amiga en el corazón y siempre la llevaría y, afortunadamente, eso era suficiente para las dos.

Capítulo 16

Nell no tardó mucho en recuperar su alegría en Nightingale Square. El lunes, después del trabajo, dio un par de vueltas al parque a toda velocidad con Gus y se puso como un perro con dos colas. Y ella no era la única que había recuperado la energía.

Graham se había aplicado con entusiasmo a las tareas de jardinería que le habían asignado y yo estaba mucho más segura de que estaríamos listos para abrir a tiempo. Ojalá mi mente se sintiera tan contenta cada vez que revoloteaba en torno a Finn, cosa que ocurría a menudo, pero estaba más que ocupada, y arreglar las cosas con él tendría que esperar.

—Buenos días, jefa —sonrió Chloe cuando entró, más temprano que de costumbre, el martes por la mañana, y sacó de su cesta una bandeja de cartón con dos cafés para llevar y una bolsa de la panadería Blossom's. Estaba claro que estaba tan enamorada de la vida como Nell y Graham—. Como hace un tiempo horrible, he pensado que podríamos empezar el día con un poco de sustento y algo de cuidado personal.

El tiempo era bastante gris: nublado, húmedo y muy apagado, y tenía que admitir que me intrigaba la idea de practicar el autocuidado porque nunca había sido muy buena poniéndome a mí misma en primer lugar en lo que se refiere al dilema de la conciliación de la vida laboral y familiar.

O estaba en el trabajo o en casa, y no hacía mucho más entre medias, y el hecho de vivir allí mismo a menudo hacía que los límites entre ambos fueran difusos. Supuse que ahora que no estaba tan cerca de mi lugar de trabajo, debería esforzarme más por distraer mi mente de los planes y las previsiones meteorológicas, y la tentadora bolsa de Blossom's parecía un buen lugar por donde empezar. Ya estaba consiguiendo mantenerme ocupada los fines de semana, así que no había nada malo en darse un capricho de vez en cuando a mitad de semana para mantener el impulso, ¿no?

—Alguien está de buen humor esta mañana —sonreí, cogiendo la bolsa, y miré en su interior.

Acurrucados unos contra otros, había cuatro bollos para desayunar, aún calientes y desprendiendo el más delicioso olor a mantequilla.

—No voy a entrar en detalles —rio Chloe—, porque dijiste que no querías saberlo todo y, además, no tenemos todo el día, pero —añadió soñadoramente— lo que sí te diré es que seguro que la próxima vez que vayas al *pub* te darán una bienvenida mucho más cálida.

Con una súbita timidez, agachó la cabeza, metió la mano en la bolsa y sacó una napolitana generosamente salpicada de virutas de chocolate negro y coronada con copos de almendra tostada.

—Oh, Chloe —suspiré, encantada ante su evidente felicidad—, me alegro mucho por ti.

La verdad es que me sentía casi tan aliviada por mí misma como por ella y Hannah. Me había sentido fatal cuando me dijo que lo había estropeado todo, no es que lo

hubiera dicho así, pero ahora todo estaba arreglado y mi nueva amiga estaba encantada de haber encontrado el valor para empezar de nuevo. Fue un buen comienzo del día, a pesar de las inclemencias del tiempo, y los deliciosos bollos lo hicieron aún mejor.

Nell, muy sensatamente, decidió quedarse en la oficina, mientras que Chloe y yo nos pusimos la ropa de lluvia y, llenas de carbohidratos y buen café cargado, nos aventuramos a salir a regañadientes.

—Me alegraré cuando el invernadero esté restaurado —suspiró Chloe después de que la pusiera al corriente del plan de Luke— y podamos trabajar en algún lugar seco en días como este.

—No podría estar más de acuerdo —le dije.

—Lo secundo —dijo Graham, acercándose a nosotras.

Le había dicho a Lisa que me gustaba trabajar al aire libre, pero había límites. Aquella mañana había tanta humedad en el aire que, aunque no llovía, nos habríamos empapado en cuestión de minutos si nos hubiéramos olvidado los impermeables. Sabía que podíamos habernos quedado en la oficina limpiando y engrasando las herramientas de mano, pero me reservaba esa tarea para cuando el invierno arreciara de verdad.

—¿Todavía estás dispuesto a arreglar la motoazada? —le pregunté a Graham.

Después de haber mirado el pronóstico juntos el día anterior, pensé que no sería un mal uso de su tiempo. Ya me había dicho que tenía algo de experiencia en mecánica y que, si conseguíamos que el cortacésped funcionara, Luke no tendría que seguir llamando a un externo.

—Con mucho gusto —sonrió, metiéndose en el cobertizo.

—Y no te preocupes —le dije a Chloe, antes de cargar herramientas y cubos en la carretilla—, lo que tengo preparado debería protegernos de lo peor.

Pasamos la mañana en uno de mis rincones favoritos del jardín. El jardín de helechos era un lugar secreto situado junto al muro, rodeado de arbustos y árboles y al que se accedía a través de un arco de ladrillo desgastado por la intemperie. Era un jardín original, aunque ligeramente reducido, y, a pesar de su ubicación urbana, tenía un aire de otro mundo.

—Este sitio va a ser aún mejor con algunas de las esculturas de dragones de Finn esparcidas por ahí para que la gente las encuentre, ¿verdad? —comentó Chloe mientras me seguía cuando empecé a podar las enormes plantas de hosta, que crecían mejor en condiciones de sombra y humedad.

—Sí —asentí—, este es un lugar ideal para una búsqueda del tesoro.

Me concentré en el trabajo que tenía entre manos y me negué a que mi mente se distrajera demasiado con fantasías de explorar aquel lugar secreto en embriagadoras tardes de verano con Finn. Al fin y al cabo, se suponía que estaba enfadada con él.

—Los helechos no —dije al volver en mí y ver que Cloe empezaba a hacer incursiones para podarlos también—. Los dejaremos para la primavera —añadí, apartando con más firmeza los pensamientos sobre Finn—. Tenemos que centrarnos en las hostas porque les saldrán babosas y caracoles durante el invierno, y eso es lo último que queremos.

Luke me había dado un completo plan de plantación para esa parte del jardín y, además de mis favoritas, que incluían helechos, anémonas japonesas, ciclámenes,

campanillas y eléboros, había muchas otras especies preciosas e incluso dos altos helechos arborescentes que él mismo había plantado.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer con esto? —preguntó Chloe una vez que llegamos hasta donde estaban—. El invierno pasado fue bastante suave aquí —dijo—, así que Luke las dejó, pero ¿no se supone que hay que protegerlas de alguna manera? A mí me parecen bastante frágiles.

Nunca había cuidado helechos arborescentes, pero había leído sobre ellos en internet.

—Son más resistentes de lo que parece —le dije—, pero hay que mimarlos un poco si hace mucho frío. Según lo que he leído, hay que rellenar la parte superior con paja para proteger la copa y luego doblar las hojas del año pasado por encima y sujetarlo todo con un cordel. Aquí están bastante protegidos, pero, si la temperatura baja mucho, tendremos que hacerlo.

El tiempo no había mejorado en toda la mañana y seguía estando oscuro después del almuerzo. Graham se había marchado a la hora acordada, pero dejó una nota en la oficina diciendo que creía haber encontrado el problema y que iba a leer cómo solucionarlo. Eso me levantó un poco el ánimo, pero a las tres, la poca luz que había se estaba desvaneciendo y ya estaba harta.

—Demos por terminado el día —le dije a Chloe, que había empezado a temblar.

—Pero solo son las tres —dijo, castañeteando los dientes.

—Lo sé —dije, recogiéndolo todo—, pero a este paso te vas a morir y hay mucho papeleo que puedo hacer en casa.

—Bueno, si estás segura...

—Lo estoy —dije—. Esto es horrible y ya no va a mejorar, ¿verdad?

Chloe decidió volver a casa en bicicleta con la ropa con la que había estado trabajando y, después de hacer un viaje al montón de compost, limpié las herramientas, cogí mis archivadores con los papeles, silbé a Nell, que no se había movido de debajo de su manta, y me dirigí de nuevo a la plaza.

Iba pensando en lo que iba a preparar para cenar cuando metí la llave en la cerradura. Me quedaba media botella de vino tinto del fin de semana y un par de salchichas de la carnicería. Una reconfortante cazuela de salchichas y cebolla, con abundante puré de mantequilla. Mi estómago gruñó en respuesta, pero, al abrir la puerta principal, mi entusiasmo por estar en casa se transformó en preocupación porque me di cuenta de que algo iba mal.

Me quité las botas de agua y coloqué las carpetas en la mesa del vestíbulo antes de encender la luz. Todo estaba como debía, pero había algo que no encajaba, aunque yo no pudiera verlo.

—Oh, mierda —maldije al entrar en la cocina y encontrarme los calcetines empapados en agua fría—. Mierda —dije de nuevo, dando un paso atrás.

Miré al techo y me sentí aliviada al comprobar que no había ninguna mancha de humedad ni yeso abultado. Me di cuenta de que la gotera estaba a ras de suelo y que probablemente procedía de debajo del fregadero. Era molesto, pero podría haber sido mucho peor.

—Hola, Luke —le dije, cuando respondió tras llamarlo rápidamente a su móvil y

encerrar a Nell en el salón.

—Hola, Freya, ¿qué pasa?

—Siento mucho molestarte —me disculpé, porque sabía que él y Kate estaban pasando un par de días fuera antes del Winterfest, y sin las niñas, que estaban con Carole y Graham—. Me preguntaba si por casualidad sabes dónde está la llave de paso en casa de Harold, en mi casa, quiero decir.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Sonaba bastante asustado.

—Hay una pequeña fuga —le dije—, pero nada de qué preocuparse. Está justo en el suelo de la cocina, lo más probable es que sea de debajo del fregadero, pero quiero cortar el agua por si acaso.

—Vaya —se inquietó—. A ver, espera.

Le oí decir algo lejos del teléfono y entonces Kate tomó el relevo.

—¿Freya?

—Sí.

—Soy Kate.

—¿Luke está bien? —pregunté—. En realidad, no es nada importante. No quería estresarlo.

—Está bien —dijo—, solo se está quejando. Se nos derrumbó un techo el año pasado y él ha estado obsesionado con las tuberías desde entonces.

—Esto no es para tanto —dije—. Solo necesito saber dónde está la llave de paso y he pensado que preguntaros a vosotros me ahorraría tiempo.

Dado el alboroto, habría sido mejor que lo buscara yo misma. Lo más probable es que estuviera debajo del fregadero de la cocina, pero no me apetecía remar por el agua helada hasta que fuera absolutamente necesario. Mis pies ya habían estado bastante fríos todo el día en el trabajo.

—No puedo creerlo —dijo—, pero ninguno de los dos lo sabe. ¿Tienes el número de Harold? Seguro que él podrá decírtelo.

—Sí —dije, deseando haber ido directamente a él en su lugar—. Sí, tengo su nuevo número. Le llamaré.

—Genial.

—Vale —asentí—, y por favor, no te preocupes.

—Yo no —dijo ella por encima del ruido de fondo que sonaba muy parecido a Luke teniendo una minicrisis.

—Lo siento mucho —me disculpé.

—No pasa nada —dijo—. Llámame o mándame un mensaje más tarde para decirme cómo te va.

—Lo haré.

Como había previsto, Harold sabía dónde estaba el punto de corte del agua y, después de asegurarle que cortar el agua era solo por precaución y que el único daño causado había sido al linóleo de la cocina, respiré hondo y me preparé para buscar la llave de paso.

—Esto —murmuré mientras abría la puerta del armario bajo las escaleras y echaba un vistazo al interior— es solo mi suerte.

El armario era oscuro y mohoso y había más de medio metro desde la puerta hasta el grifo. Puede que no pareciera lejos, pero, para alguien que odiaba tanto los espacios cerrados y oscuros como yo, parecía más bien un kilómetro y medio.

—¿Qué demonios hace ahí? —había preguntado de modo acusador cuando Harold me había dicho dónde encontrarlo.

—Es una casa antigua —señaló razonablemente—, y nunca he tenido la necesidad de cambiarlo. ¿Pasa algo porque esté ahí?

No le había hablado de mi claustrofobia, por supuesto. Si hubiera seguido la explicación que le había dado a Finn, nunca me habría armado de valor para sujetar la puerta con casi todo lo que tenía a mano y entrar.

Chillé cuando una telaraña me rozó la cabeza al bajar. Por suerte, el grifo no estaba demasiado duro y solo tardó un par de segundos en cerrarse. No obstante, no perdí de vista la puerta, por si acaso empezaba a cerrarse misteriosamente.

—Ay —gemí cuando, con las prisas por salir, me golpeé la cabeza contra el marco—. Qué final tan perfecto para un día ya mojado.

De pie en el umbral encharcado, me planteé volver a ponerme las botas de agua, pero decidí que no merecía la pena dejar huellas de barro ni mojar los vaqueros. Me los quité rápidamente para poder arrodillarme y echar un vistazo debajo del fregadero sin empaparlos.

—Caray —me estremecí mientras hacía un reconocimiento de la situación.

En realidad, no había tanta agua, pero se había extendido mucho, por lo que parecía peor de lo que era, aunque eso no hacía que estuviera más caliente. Por lo que pude ver, la tubería se había soltado, probablemente porque la había golpeado al llenar el armarito con mis productos de limpieza, y la junta del tapón también parecía haber pasado por mejores momentos. Todo lo que había en el armario estaba empapado, así que debía haber sido el agua del lavavajillas de la mañana la que se había escapado sigilosamente a la cocina en lugar de bajar por el desagüe.

—Maldita sea —murmuré al darme cuenta de que no habría necesitado cortar el agua ni molestar a mi jefe y a su mujer. De hecho, ninguno de ellos tenía por qué haberse enterado, pues era algo que podía solucionar yo misma.

—¿Freya?

Chillé de asombro y me di un fuerte golpe en la nuca contra el armario, lo que provocó los ladridos de Nell.

—Por el amor de Dios —volví a maldecir, mortificada por que alguien acabara de entrar y me encontrara a cuatro patas, en bragas y con la cabeza bajo el fregadero—. Ay —gemí, frotándome la nuca, que ahora me dolía tanto como la parte delantera.

—¿Estás bien?

—Por supuesto que no estoy bien —espeté, dando marcha atrás al tiempo que intentaba bajarme el jersey lo suficiente como para cubrir mi trasero prácticamente desnudo.

Sabía que era Finn, que estaba en la puerta sin duda sonriendo ante el ridículo espectáculo, porque ¿por qué no iba a hacerlo? Debía resultarle aún más divertido que mi tropiezo en el césped. Temía darme la vuelta, aunque si lo miraba de frente ocultaría

mi trasero.

Supongo que debería haber agradecido que no fuera Zak. Estaba segura de que habría captado el momento con su teléfono y lo habría enfocado con el *zoom*. O quizá no, dado que supuestamente había cambiado.

—¿Qué haces aquí, Finn? —pregunté, apoyándome en las rodillas para evitar empaparme más.

—Luke ha llamado y me ha pedido que viniera —dijo—. Estaba un poco alterado, decía que había una inundación.

—Bueno, como puedes ver —respondí—, es una pequeña fuga, no una inundación, y nada que no pueda manejar.

—Evidentemente —dijo, y en su tono había una clara diversión que me enfureció aún más.

Apoyé una mano en la puerta del armario para estabilizarme y con la otra me froté la nuca. Dolía horrores, y todo por su culpa.

—Ven —dijo—, déjame ayudarte.

Estaba a punto de decirle que no necesitaba su ayuda y pedirle que se marchara para poder recuperar mi dignidad en paz, pero entró en la habitación antes de que pudiera hacerlo. En cuanto su pie tocó el suelo, este salió disparado, lanzándolo por los aires y cayendo de espaldas al suelo mojado.

—Ay —gimió, poniéndose con cuidado en posición vertical—. Ay.

A este paso no quedaría nada de la casa al final del día, porque el lugar había temblado literalmente sobre sus cimientos con su caída.

—Como ya he dicho —no pude resistirme a comentar—, puedo arreglármelas sola.

Asintió, pero no dijo nada. Al menos, sus vaqueros absorbían bien el agua. Cogí la toalla de mano y me cubrí la parte inferior con ella lo mejor que pude antes de ponerme en pie con dificultad.

—Dejaré que te levantes —dije, deslizándome hacia la puerta—, solo voy a coger algo de ropa seca.

Puede que siguiera enfadada con él por cotillear a mis espaldas y encogerse de hombros ante nuestro beso, pero de ninguna manera podía dejarle volver al estudio con los pantalones empapados. Lo más probable es que saliera a la mañana siguiente y me lo encontrara congelado a medio camino. Después de haber limpiado mi conciencia por lo de Chloe, no podía sentirme mal también por los atributos congelados de Finn.

—Toma —dije, lanzándole una toalla de baño—, quítate los vaqueros debajo de esto para que los meta unos minutos en la secadora.

Me miró y enarcó las cejas.

—¿Qué? —solté—. No veo por qué debo ser la única que ha sufrido una humillación.

—Pues date la vuelta —refunfuñó.

Salí y fui a ver a Nell. No me apetecía quedarme a ver cómo se desnudaba.

Se sentó a la mesa en hosco silencio y envuelto en la toalla mientras yo fregaba y ordenaba a su alrededor, antes de prepararme para volver al armario y abrir de nuevo el grifo. Cuando me metí en el espacio, después de haber vuelto a abrir la puerta, me imaginé lo útil que podía ser.

Había sitio para todo tipo de cosas y estaba decidida a utilizarlo. Al fin y al cabo, el armario no había sido el problema todos aquellos años, ¿verdad? Era mi rencorosa prima y, mientras no estuviera cerca para encerrarme, tal vez podría vencer por fin mi miedo.

Si Finn no hubiera estado sentado en la cocina, habría soltado un grito de alegría por mi momento de iluminación, pero, como estaba ahí, me conformé con chocar los cinco mentalmente.

De vuelta en la cocina, escribí una nota recordándome que no debía tirar nada por el fregadero y la pegué en los azulejos antes de sacar los vaqueros de Finn de la secadora.

—Aquí tienes —dije, devolviéndoselos.

—Gracias —murmuró, todavía molesto.

Sabía por qué estaba de mal humor con él, pero no tenía ni idea de por qué estaba tan aparentemente harto de mí. Si seguía enfadado por lo que había pasado con Chloe, tenía que superarlo, porque ella y yo ya lo habíamos hecho. Y si se arrepentía de nuestro beso, tampoco tenía por qué preocuparse porque, por maravilloso que fuera, solo habían sido un par de minutos de toda mi vida y no tenía intención de contárselo a nadie.

Cuando deslizaba las piernas en los pantalones, no pude evitar darme cuenta de que ya le había salido un moratón en la parte posterior de la pierna. Su heroísmo innecesario nos había causado daños corporales a ambos.

—Entonces me voy —dijo, entregándome la toalla.

—Antes de que te vayas —dije, sabiendo que, como los dos ya estábamos malhumorados, mencionarlo no podría empeorar las cosas—, ¿puedo preguntarte algo?

Se encogió de hombros mientras se agachaba para ponerse sus botas de obrero.

—¿Por qué has estado hablando de mí a mis espaldas?

Tardó un momento en enderezarse y, cuando lo hizo, frunció el ceño. Era la expresión que yo más asociaba con él, lo cual era una pena, porque resultaba mucho más atractivo cuando sonreía, como el día que me enseñó las liebres. Solo tuve que cerrar los ojos para recordar el efecto que me había causado.

—¿Quién te ha dicho que he estado hablando de ti a tus espaldas?

—Fue...

—No, espera —interrumpió—, déjame adivinar. Zak, ¿verdad?

—Sí —respondí con malhumor—, la verdad es que sí.

—¿Y le creíste?

No tenía motivos para no hacerlo, sobre todo porque él había jurado que era una persona nueva y, por tanto, no me había dado motivos para dudar de él. No es que pudiera decírselo a Finn, no después de la promesa que había hecho de dejar que la gente se diera cuenta por sí misma, y, dada la expresión de Finn, no me habría creído de todos modos.

—No se trata tanto del hecho de que hayas estado hablando lo que me ha molestado —continué—, es más bien el hecho de que hayas estado hablando de algo de lo que ni siquiera conoces los detalles.

—Bueno, y lo dices tú —rio—. ¡Hablando de hipocresía!

—¿Qué se supone que significa eso?

—Me dijiste todo lo que necesitaba saber en el *pub* —dijo, pasando bruscamente y

dirigiéndose a la puerta principal—. Y lo respaldaste con esa llamada telefónica en el estudio. Y, de todos modos, ¿no eres tú la que ha estado yendo a mis espaldas y preguntándole a mi hermano por mí? Me dijo que estabas muy interesada en mi pasado cuando te invitó a una copa en el *pub* el viernes por la noche.

—No me invitó a una copa —dije, aunque esa no era la cuestión.

—Pero ¿le preguntaste por mi pasado sentimental?

—Bueno, sí —admití—, pero no me dijo...

—Como decía, eso es de lo más hipócrita cuando acabas de sermonearme por no conocer tu historia. ¿No crees que habría sido mejor que lo hablaras conmigo en lugar de con Zak?

Parecíamos haber llegado a un callejón sin salida y nos miramos fijamente, ninguno de los dos quería ser el primero en pedir detalles. No tenía muchas ganas de charlar, y me atrevería a decir que él tampoco.

—Sinceramente, no creo que me importe lo suficiente como para seguir con esta conversación —le dije mientras se acercaba a la puerta.

—Por mí, genial —despotricó, cerrando tras de sí y haciendo que la casa volviera a sacudirse.

Capítulo 17

Aunque todavía no había llegado al fondo de lo que Finn había supuesto que sabía de mí, mientras daba vueltas en la cama aquella noche, llegué a la conclusión de que iba a tener que aceptar el hecho de que nunca íbamos a llevarnos bien.

Fuera cual fuese la barrera que nos separaba, había estado ahí desde el momento en que nos conocimos, y ni siquiera un momento espontáneo de pasión había sido capaz de desplazarla. Era un gran inconveniente que siguiera sintiéndome tan atraída por él, pero tendría que esforzarme por superarlo.

Tal vez había sido ingenua al pensar que me haría amiga de todos los habitantes de la plaza, pero si solo era él quien me caía mal y viceversa, eso estaba bastante bien, dada la cantidad de gente que vivía en aquella comunidad tan unida.

Haría lo que Luke me había pedido y colaboraría con Finn a la hora de decidir dónde colocar sus esculturas en el jardín, pero, aparte de eso, lo evitaría.

—Entonces, ¿cuál fue el problema? —preguntó Chloe cuando le conté los detalles de lo que había pasado después de que se fuera el martes.

No había mencionado el papel de Finn en los ridículos acontecimientos, solo la parte acuosa de mi llegada a casa, y mi solución de arrastrarme en ropa interior para encontrar el origen del problema y darle un toque cómico a la historia.

—Una junta del fregadero desgastada y alguna tubería golpeada —le expliqué—. No he usado el fregadero desde entonces, así que estará seco cuando vengan a arreglarlo el fin de semana. Lo habría arreglado antes, pero con el ajetreo que hay aquí y el sábado que hay que preparar, no he tenido tiempo ni de echar el sellador.

—¿Cómo te las arreglas para fregar?

—Lo estoy haciendo en el baño.

—¿Y sabes cómo solucionar el problema?

—Sí —respondí—. No es nada del otro mundo, pero un fontanero cobraría mucho por arreglarlo y, como fue culpa mía que se golpeara la tubería, me siento responsable de la reparación. Mi economía no me permite recurrir a un fontanero, así que...

—Has optado por hacerlo tú misma.

—Eso es —suspiré, preguntándome por alguna razón cómo estaría el moretón de Finn —. Ojalá no le hubiera dicho nada a Luke porque...

Mis palabras se interrumpieron al oír el crujido de alguien en el camino de grava. Dada mi fallida convicción de no pensar en él, esperaba no haber conjurado ahora su aparición.

—Buenos días, Freya —sonrió Zak al aparecer por la esquina—. Buenos días, Chloe.

—Hola, Zak —respondí, ignorando la punzada de decepción que su aspecto no merecía—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

Lo que de verdad quería preguntarle era por qué estaba allí y punto. Puesto que no estaba ni remotamente cerca de terminar las obras de la casa, seguía manteniendo una presencia muy notable en los alrededores. Más notable que su hermano al menos, que

era el que en realidad vivía allí.

—Solo un par de cosas para Luke —me dijo—, incluyendo arreglar tu fregadero.

—No hace falta —le dije, exasperada por que Luke no me había creído cuando le había dicho que estaba todo controlado—. Lo haré yo este fin de semana.

—No es decisión mía —dijo, cogiendo la maceta de bulbos y escudriñándola—. Le dije a Luke que eras más que capaz de ocuparte de un trabajito como ese, pero le tiene manía al agua.

—Ah, sí —dije, mordiéndome el labio al recordar—. Kate mencionó que está en alerta máxima tras un incidente con una tubería el año pasado.

—Eso sí que fue un escándalo —dijo Zak, dándole la vuelta a la sembradora—. ¿Qué es esto? —Frunció el ceño.

Le hice una demostración rápida, para diversión de Chloe, pero solo porque resultaba más fácil verlo en acción que explicarlo.

—Genial —sonrió, arrodillándose a mi lado para probar—. Bueno, ¿qué te parece?

Chloe me miró y puso los ojos en blanco.

—Me refiero a lo de arreglar el fregadero —se apresuró a matizar sin siquiera esbozar una sonrisa, lo que hizo que las cejas de Chloe se enarcasen.

—¿Puedes venir sobre las cuatro? —pregunté—. Vamos a recoger temprano esta tarde, por insistencia de Luke, para ver el desfile de Navidad.

La calle contigua a Nightingale Square iba a celebrar un evento festivo por todo lo alto esa noche. La calle iba a estar cerrada al tráfico, excepto para el trineo de Papá Noel, y, además de que las tiendas abrirían hasta tarde, habría artistas callejeros, carritos de comida, villancicos y puestos de mercadillo, todo con un toque estacional.

Muchos de nosotros íbamos a bajar juntos, y yo llevaba toda la semana deseándolo. Ya era hora de empezar mis compras navideñas y me hacía ilusión ponerme a tono.

—De acuerdo —aceptó Zak, poniéndose en pie, y me devolvió la maceta—. Nos vemos en la plaza a las cuatro. Bonita bufanda, por cierto —añadió, dirigiéndose a Chloe, que llevaba una creación de punto muy brillante y colorida de su propia cosecha—. Muy llamativa.

Se alejó silbando y a paso ligero. Chloe miró de su figura en retirada a la mía y viceversa, moviendo la boca como una marioneta que ha perdido al titiritero que le suministra la voz.

—Bueno, vale —dije—, eso me ahorra la molestia, supongo.

—Te ahorra la molestia —repitió, incrédula—. ¿Eso es todo lo que puedes decir?

—¿Qué más hay que decir? —Me encogí de hombros, empujando un poco la carretilla.

—Pero —dijo, señalando hacia donde Zak había desaparecido— acabamos de tener una conversación completamente normal con Zak Stanton.

—¿Y?

—Y —dijo— no había músculos abultados, bravuconadas, coqueteos ni insinuaciones censurables.

—¿Así son siempre las conversaciones con él?

—Ya sabes que sí —dijo—. Lo has visto y oído en acción.

Había estado al tanto de algo de eso, pero tuve que restarle importancia en vista de mi

reciente promesa.

—Bueno —me encogí de hombros—, apenas lo conozco. Y tenía la sensación de que no podía ser así todo el tiempo. Sobre todo lo de los músculos abultados. Hoy hace un frío que pela, así que difícilmente podría pavonearse en camiseta, ¿no?

—Pero si ni siquiera se pavoneaba —señaló ella, que seguía sonando estupefacta.

—Como he dicho —asentí, frotándome las manos—, hace demasiado frío para todo eso y tenemos que ponernos en marcha. Hay que darse prisa si queremos acabar pronto.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó Zak aquella tarde, cuando estaba instalado en mi cocina con una taza de té, un plato de galletas y la cabeza de Nell apoyada en su rodilla.

No solía ser tan cariñosa, sobre todo con hombres a los que apenas conocía. Eloise y yo siempre habíamos especulado con que la habían maltratado en el pasado y eso la hacía recelosa, pero estaba más que encantada de arrimarse a Zak. A menos que fueran las galletas lo que buscaba, pero no lo creía.

—¿Hacer? —Fruncí el ceño, sentándome frente a él.

—Esta mañana —explicó—. Hablando contigo y con Chloe. Creo que el cumplido sobre la bufanda ha sido demasiado.

No pude evitar reírme al recordar la expresión de Chloe después de que él se hubiera ido.

—Eso y verte en jersey —respondí—. La pobre no sabía lo que estaba pasando.

Acarició la cabeza de Nell.

—Todavía estoy intentando conseguir el equilibrio adecuado —dijo con una sonrisa—. De todos modos, estoy a punto de quitarme el jersey.

Se levantó, cogió el dobladillo con los brazos cruzados y tiró de él por encima de la cabeza, llevándose casi por completo la camiseta que tenía debajo. Con el torso duro, tonificado y bronceado que tenía, no era de extrañar que le gustara mostrarlo. Crear y mantener un cuerpo con ese aspecto tenía que ser todo un compromiso. Aparté la mirada antes de que me descubriera.

—No te desnudes por mí —dije, recogiendo las tazas, y las volví a dejar en el suelo cuando recordé que no tenía dónde depositarlas.

—No te preocupes —dijo, cogiendo su bolsa de trabajo—. Es solo que no tendré tiempo de ir a casa a cambiarme antes de la feria, y no quiero estropearlo.

—Ya veo —me sonrojé.

—Y entre tú y yo —me guiñó un ojo, poniéndose a cuatro patas—, la verdad es que me gusta más llevarlo puesto. Por un lado, es mucho más abrigado que una camiseta, y recientemente he descubierto que a las mujeres les gustan bastante los hombres fornidos vestidos de punto.

—¿Eso es verdad? —reí.

—Claro que sí —dijo, serio, mientras se ponía el frontal con cuidado para no estropearse el pelo, que le había crecido un poco—. Debería haber empezado a ponerme tantas capas hace años.

No tardó nada en arreglar el fregadero y volvió a insistir en que era un trabajo del que yo era más que capaz, y que esperaba que no me importara que se entrometiera.

—En absoluto —le dije—. Solo estabas haciendo lo que Luke te pidió, después de todo.

Nell se había arrastrado hacia él y tenía una pata apoyada en su pierna.

—Tú —le dijo, inclinándose hacia ella para besarle la cabeza— eres un encanto, ¿verdad?

—Sin duda le gustas —le dije—, pero por regla general es recelosa con los hombres.

—¿Incluso con Finn? —preguntó.

—Sobre todo con Finn —suspiré, pensando en lo diferente que se habían comportado los dos hermanos en mi cocina.

Finn había sido todo chocar, gemir y gritar, mientras que Zak había sido lento, constante y tranquilo, por no mencionar tierno y amable con Nell. Teniendo en cuenta su fama de coqueto, se me podría perdonar por suponer que debería haber sido al revés.

—¿Y cómo está mi hermano? —preguntó—. Me he mantenido alejado de él. Creo que es mejor dejar pasar un poco de tiempo entre nuestro último encuentro y el siguiente, para que no se sorprenda tanto cuando vea que no me comporto como el capullo que él cree que soy.

Era una prueba más de que Zak iba en serio con lo de empezar de cero y me alegré de que lo hubiera pensado bien.

—No tengo ni idea —le dije—. Hace un par de días que no lo veo.

—Pero pensaba que estabais trabajando juntos en algún proyecto para el jardín.

—Lo estamos —dije, apartando la mirada—, pero aún no hemos tenido mucho que hacer, así que...

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó Zak sin rastro de su antigua burla.

—En absoluto —dije con lo que esperaba que fuera un encogimiento de hombros indiferente—. Es solo que parecemos incapaces de llevarnos bien, así que he decidido mantener nuestra relación sobre una base estrictamente profesional.

—Aparte del hecho de que ambos habéis expresado curiosidad por el actual estado sentimental del otro y sus amores pasados, todo es trabajo, trabajo, trabajo —señaló astutamente Zak.

—Ya sé a dónde quieres llegar —respondí—, pero eso era porque nos estábamos conociendo, y ahora que nos conocemos, hemos llegado a la conclusión de que no nos gustamos tanto.

—Creo que eso se debe a que no os conocéis bien —interrumpió Zak—. Me atrevería a decir que tienes más historia detrás que un novio despechado, y si supieras por qué Finn...

—No tengo ningún interés en saber por qué Finn nada —espeté.

Peter no había sido el novio despechado, de pie en el altar rodeado de familiares, amigos y exagerados adornos florales. La realidad era que apenas me había puesto el anillo en el dedo cuando decidí quitármelo de nuevo, y en cuanto a las razones de Finn para oponerse a mis elecciones vitales, bueno, no quería saber cuáles eran.

—Solo creo... —lo intentó Zak de nuevo.

—Pues no creas nada —dije, lanzándole su jersey—. En lo que nos concierne a tu hermano y a mí, por favor, ni lo pienses. Ahora vamos, si no, llegaremos tarde a la feria.

—Y eso no puede ser. Nunca llego tarde a una fiesta.

La calle ya estaba abarrotada cuando nosotros, y prácticamente todos los demás vecinos de la plaza, nos congregamos en el parque y bajamos juntos. Tal y como anunciaban los carteles, toda la zona estaba animada con música festiva, adornos y un sinfín de olores que hacían la boca agua.

—Toma —le dije a Zak, entregándole un panecillo de Blossom's repleto de lonchas de pavo, salchichas envueltas en beicon y gelatina de arándanos y ginebra.

—¿Qué es esto?

—Gracias por arreglarme el fregadero —le dije.

—Luke ya me ha pagado bien por eso —señaló.

—Cómetelo, ¿quieres? —dije mientras daba el primer bocado—. No puedo con dos.

Siguió mi ejemplo y no tardó en hacer ruidos de deleite. A continuación, probamos las coles de Bruselas fritas, que estaban mucho más ricas de lo que hubiera imaginado, y lo regamos todo con vino caliente con infusión de naranja y canela. El último plato de la lista fue el helado de pudin navideño, que Zak insistió en pagar.

—Tengo que irme —dijo, agachando la cabeza para que pudiera oírlo por encima de la banda del Ejército de Salvación, que entonaba una entusiasta interpretación de *The Holly and the Ivy*—. He quedado con un amigo, pero quizá nos veamos luego, en el *pub*.

Asentí y me besó en la mejilla antes de marcharse, dejándome en estado de *shock*.

—¿Era Zak con quien estabas? —gritó Chloe, que entonces apareció cogida del brazo de Hannah.

—Sí —dije—. Le debía un bocado después de arreglar mi fregadero.

Chloe no dijo nada.

—Me alegro de verte de nuevo, Hannah —dije—. Siento mucho lo de la semana pasada.

—No importa —dijo, acercando a Chloe—. Al final, todo se arregló.

Las dos se sonrieron y me alegré de que hubieran olvidado mi tonto comentario.

—¿Has visto a alguien más? —preguntó Chloe.

—A todos menos a Finn —respondí—. No creo que venga. Desde luego, no está con el resto.

Me preguntaba si habría acudido por su cuenta. Su estatura hacía que fuera fácil distinguirlo entre la multitud, pero no había ni rastro de él. No es que hubiera estado buscando.

—¿Vas a comprar algo? —me preguntó Hannah.

—Sí —dije, levantando mis bolsas reutilizables—. Espero comprar la mayoría de mis regalos esta noche.

—¿Echamos un vistazo juntas? —sugirió Chloe.

—No —dije—, estoy bien por mi cuenta. Te veo luego en el *pub*.

—¿Segura? —Frunció el ceño.

—Por supuesto —insistí—. Continúa.

No tardé mucho en llenar mis bolsas de golosinas caseras, artesanía hecha a mano y regalos insólitos que difícilmente se podían encontrar en internet. Teniendo en cuenta el

peso de las bolsas y las pocas personas a las que tenía que comprar algo, no pude evitar pensar que la persona a la que más había agasajado era a mí misma. Pero no me ocurría tan a menudo, así que no iba a sentirme culpable por ello.

Cuando llegué al punto en que tenía tantas cosas metidas en las bolsas que no podía dejarlas para mirar otra cosa, decidí dar por terminado el día y dirigirme al *pub*. Muchos de mis vecinos ya habían decidido hacer lo mismo y me senté a la mesa con Poppy y Jacob, Mark y Neil, Harold y una señora a la que no había visto antes, y Heather y Glen, que habían conseguido niñera esa noche y estaban aprovechando al máximo su tiempo sin niños. Lisa y John ya se habían llevado a sus tres hijos a casa y Graham, Carole, Luke, Kate, Jasmine y Abigail se habían ido con ellos. No había ni rastro de Chloe y Hannah ni de Zak y Finn.

—Bueno —dijo Neil, que amablemente se había apretado contra su marido, Mark, para hacerme sitio—, ¿cómo te estás adaptando a la vida en Nightingale Square, Freya?

—Muy bien, gracias —le dije—, y me encanta trabajar en el jardín.

—Luke estaba diciendo antes —comentó Mark, inclinándose sobre Neil— lo contento que está con todo. Dice que le estás devolviendo la vida y que el nuevo Jardín de Invierno ya tiene un aspecto increíble.

Sentí que mi cara se sonrojaba de placer. No lo había dicho, pero yo también pensaba que tenía buena pinta, y era maravilloso saber que Luke estaba lo bastante contento como para hablar de ello con otras personas. Subir a Graham a bordo había sido una buena decisión. No solo había arreglado el cortacésped, sino que podía seguir el ritmo de Chloe, y eso había supuesto una gran diferencia en lo que podíamos conseguir en el poco tiempo que teníamos antes de la inauguración oficial.

—Todo está saliendo muy bien —le dije a Mark con una sonrisa—. Dale una o dos temporadas y será aún mejor.

—¿Y cómo está la cocina? —gritó Harold al otro lado de la mesa.

—Todo arreglado —le dije—, y sin daños.

Me hizo un gesto con el pulgar y volvió a hablar con su compañero.

—Deja que te traiga algo de beber —se ofreció Neil amablemente.

Miré hacia la barra, donde había al menos tres personas esperando a ser atendidas. Si se unía a ellos, estaría allí hasta la hora de cerrar.

—No, estoy bien —le dije—, pero gracias. En realidad, debería irme a casa.

—¿Estás segura, Freya? —dijo Heather, captando el final de lo que había dicho.

—Sí —dije—, mañana tengo que madrugar mucho.

—¿Quieres que vayamos contigo? —se ofreció Glen generosamente.

—No —respondí, recogiendo mis bolsas—. No está tan lejos. Estaré bien.

Me despedí y salí al aire frío de la noche. La fiesta seguía en pleno apogeo, pero de repente ya no la disfrutaba. Las luces, la música y las risas no conseguían levantarme el ánimo de camino a casa, con las caras de mis vecinos alrededor de la mesa del *pub* y de los que ya se habían marchado flotando frente a mí.

No solía reparar en el hecho de que estaba sola, y desde luego no era el tipo de persona que necesitaba una relación para completarse, pero no podía negar que, en aquel momento, sentí una inesperada punzada de soledad. Yo era la única de nosotros

que había estado sola aquella noche.

No me había preocupado cuando estaba de compras, pero de repente no podía dejar de pensar en ello. Incluso Nell tenía a Gus para hacerle compañía, y Peter, que me había enviado fotos de sus pocos días fuera, también tenía un nuevo amor. La mujer del restaurante, Rebecca, había aparecido, sonriente y feliz, en casi todas las imágenes.

Cuando giré la última esquina hacia Nightingale Square, miré al otro lado de la calle, hacia Prosperous Place, y me pregunté si sería por eso por lo que Finn había decidido no apuntarse. ¿También se sentía solo? A mí siempre me había parecido bastante autosuficiente —solo, que no solitario—; había una diferencia muy clara entre esos dos estados, y me fui triste a la cama al darme cuenta de que, por alguna razón, de repente estaba experimentando lo segundo.

Capítulo 18

El día siguiente amaneció luminoso, soleado y fresco, pero me costó animarme lo suficiente como para igualar el esfuerzo que estaba haciendo el tiempo. La noche anterior había empezado muy bien y había disfrutado mucho de la mayor parte de ella, pero no podía borrar la sensación de que habría sido mucho mejor si hubiera tenido a alguien con quien compartirla.

Me había dicho a mí misma una y otra vez que no me preocuparía pensando en Finn, pero no podía dejar de preguntarme si no habría asistido a la feria por la misma razón. Se suponía que no debía buscar ningún punto en común entre nosotros, pero ¿era por esto?

¿Realmente estábamos más compenetrados de lo que pensábamos y, tras nuestro beso, cada vez éramos más conscientes de que estábamos muy solos? Sin embargo, no necesité muchos minutos en el trabajo para dejar de especular, porque estaba claro que esa no era la razón por la que se había perdido la diversión.

Como era mi costumbre, la última mañana de cada semana de trabajo recorría el jardín, marcando mentalmente todas las cosas que se habían hecho y memorizando las que quedaban por hacer. Sin embargo, mi lista se torció cuando llegué al jardín de helechos.

Escondidas, pero no tanto como para pasar desapercibidas, encontré dos esculturas de dragones. La primera me llamó la atención al entrar, porque la luz se reflejaba en ella. Estaba subido a la pared, tenía las alas extendidas y miraba por encima del hombro para comprobar que quien lo había visto no lo perseguía demasiado. El segundo fue más difícil de encontrar, pero, habiendo descubierto uno, sabía que habría otro, y al final lo hallé amenazadoramente agazapado en un hueco de la pared en el extremo más alejado del pequeño escondrijo. Estaba lo bastante cerca del sendero como para admirarlo, pero no tanto como para someterlo a manos curiosas.

Al igual que el que escalaba la pared, estaba hecho de todo tipo de materiales metálicos, engranajes, espirales y muelles. No había bordes suavizados ni redondeados como en las liebres. Eran bestias de aspecto mucho más feroz, de bordes crudos y puntas afiladas. Reales, sacadas directamente de las páginas de Tolkien y Carroll.

A pesar de lo fascinantes y encantadoras que eran, me molestó encontrarlas. Se suponía que Finn y yo estábamos pensando dónde colocar sus esculturas y yo ni siquiera sabía que ya había creado esta pareja. Abandoné el reconocimiento del jardín y me dirigí al prado. Tal como sospechaba, allí estaban las tres liebres.

Así que esta pequeña misión nocturna era la razón por la que Finn no había aparecido en el carnaval de Navidad. No le preocupaba en absoluto sentirse solo entre la multitud, simplemente estaba siendo mezquino. Aunque después de nuestro choque en mi casa había dejado de esforzarme por ser su amiga, seguía dispuesta a mantener nuestra relación profesional. Pero ya no.

Sabía cuánto me habían apasionado las liebres, se había conmovido lo suficiente por

mi reacción al verlas como para tomarme en sus brazos y, literalmente, arrastrarme con él. Me había besado con una fuerza que nunca antes había experimentado, y ahora, porque por alguna razón se esforzaba en fingir que no había sucedido, se había escabullido por la noche y había colocado las esculturas sin mí. Sabía perfectamente que yo estaba deseando colocarlas y lo había hecho él solo. Era como si no quisiera que yo formara parte de la magia.

Me puse en cuclillas para observar las liebres a través de la hierba. No era tan larga como en verano, pero mi posición me daba una idea del aspecto que tendría dentro de unos meses. Bastante espectacular, fue la conclusión a la que llegué a regañadientes. Incluso Nell admiraba al trío, con la cabeza inclinada hacia un lado; o, dados sus instintos perrunos, ¿quizá los estaba evaluando por otra razón?

—¿Qué te parece?

La voz era la de mi jefe y parecía impresionado, como no podía ser de otra manera.

—Las he visto desde el piso de arriba de la casa —sonrió, metiendo un brazo en su vieja y raída chaqueta de jardinero mientras hacía malabarismos con una tostada con mermelada—. La luz las capta de maravilla, ¿no crees?

—Son impresionantes —asentí, porque no podía negar su belleza.

—Y este es el lugar perfecto para ellas —continuó Luke, ahora dando zancadas hacia delante y hacia atrás para mirarlas desde todos los ángulos mientras mordía su tostada —. Bien hecho a los dos por elegirlo.

—Bueno... —empecé—, yo...

—Y mirándolas bien —masticó y tragó—, nunca se me habría ocurrido ponerlas de este modo.

A este paso, iba a darle una indigestión.

—Esa parte sí que fue cosa de Finn —dije, sin duda sonando un poco enfurruñada.

Puede que decidiéramos *dónde iban a* ir las liebres, pero yo no había desempeñado ningún papel en su colocación final.

—Supongo que es justo —sonrió Luke, frotándose las manos arrugadas por los vaqueros—. Después de todo, el artista conoce su obra mejor que nadie, ¿no?

No había dicho nada.

—Y no hay daños en la hierba ni en los caminos —continuó, mirando a su alrededor, felizmente ajeno a mi humor—. ¿Cómo lo conseguisteis?

—Yo no estaba aquí. —Me encogí de hombros—. Estoy tan sorprendida de encontrarlas aquí como tú.

Las esculturas eran pesadas y, sin embargo, no había pruebas de cómo habían sido transportadas desde el estudio. ¿Cómo lo había conseguido Finn? Tal vez había empleado algún tipo de hechizo de levitación. Desde luego, parecía un dios, ¿y si lo era de verdad?

—¡Finn! —gritó Luke, divisando a la deidad en persona—. Amigo —dijo, entusiasmado—. Son espectaculares. Son incluso mejores de lo que podría haber imaginado, y sabes que tenía expectativas bastante altas.

Finn agachó la cabeza, poco acostumbrado como estaba a oír elogios a sus esfuerzos artísticos.

—No han salido tan mal, ¿verdad? —dijo, sin mirarnos a los ojos.

—No han salido tan mal —dijo Luke mientras le daba una palmada en la espalda—. Son un maldito triunfo, hombre. El elogio es merecido, ¿no es así, Freya?

—Por supuesto —asentí, forzando la sonrisa—. Tienen muy buena pinta.

Finn y yo permanecimos en silencio uno junto al otro, sin que pudiéramos articular palabra mientras Luke caminaba arriba y abajo, comentándonos sus pensamientos.

—Es extraño —dijo—, sé que no son reales, pero has conseguido darles tanta vida, Finn, que no me sorprendería en absoluto descubrir que giran la cabeza y me miran fijamente.

Era curioso que dijera eso porque yo había pensado lo mismo la primera vez que las había visto, en el estudio. Me mordí el labio y me miré los pies. No iba a pensar en lo que había pasado después de que me las presentaran.

—Zak dijo lo mismo anoche —me sorprendió Finn.

—Zak —fruncí el ceño y levanté de nuevo la cabeza—, ¿cuándo lo has visto?

—Llamó tarde, justo cuando estaba terminando y, como estaba aquí, se ofreció a ayudarme a trasladarlas. Fue el momento perfecto porque quería que fuera una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —repetí.

No creo que me hubiera sorprendido más que las liebres hubieran cobrado vida y empezado a saltar por todas partes.

—Sí —continuó Finn—. Como tú y yo habíamos decidido dónde debían ir, quería colocarlas al amparo de la oscuridad para que pareciera que habían saltado aquí ellas mismas. Sabía que iba a ser un trabajo maniobrarlas, pero si tú y todos los demás hubierais estado aquí para ayudarme a hacerlo, se habría perdido parte de la magia.

Lo miré y respiré hondo. No era el imbécil mezquino que le había etiquetado entonces.

—Sé que suena ridículo —dijo, enrojeciendo y rozando el borde del camino con la bota.

—No —tragué saliva—, no es eso...

Me detuve y negué con la cabeza. Había supuesto que se había tomado tantas molestias por despecho, pero en realidad solo quería sorprendernos a todos.

—¿Entonces qué? —Frunció el ceño; sus ojos grises estaban más oscuros que de costumbre, su escrutinio era imposible de eludir.

—Bueno —dije—, me ha sorprendido encontrarlas aquí, y ahora nos dices que Zak te ayudó a trasladarlas, lo cual me sorprende aún más. Es todo un poco demasiado, ¿no, Luke?

Le metí en la conversación a propósito y, por suerte, funcionó.

—Sí. —Luke estaba boquiabierto—. Precisamente Zak. ¡Él sería la última persona que hubiera esperado que te echara una mano, Finn!

—Lo sé —dijo Finn, igual de desconcertado.

—Entonces, ¿cómo fue?

Finn negó con la cabeza.

—Dijo que se dirigía a casa después de la feria y se dio cuenta de que se había dejado aquí unas herramientas que iba a necesitar para un trabajo hoy. Luego vio que la luz del estudio seguía encendida y pensó en comprobar que yo estaba bien.

No sonaba en absoluto propio de Zak si no se conocía a la versión nueva y mejorada.

—¿Pensó en comprobar que estabas bien? —Luke frunció el ceño en respuesta—. ¿Qué, nada de venir a tomar el pelo o cebarse con su hermano?

—No —dijo Finn, metiéndose las manos en los bolsillos—. Nada de eso. Cuando me vio esforzándome por cargar las esculturas en el camión plataforma, se ofreció a echar una mano.

—Me preguntaba cómo las habías traído hasta aquí —dijo Luke, mirando de nuevo el sendero.

—Probablemente me las habría arreglado yo solo —continuó Finn—, pero contar con la fuerza de Zak fue un verdadero empujón, y las preparamos en un santiamén. Incluso me ayudó a rastrillar la grava cuando terminamos, y lo hizo en silencio para no molestar a nadie.

—¿Dijo Zak si le gustaban? —no pude resistirme a preguntar mientras intentaba sacar a Nell de detrás de mis piernas, que seguía siendo su sitio preferido siempre que Finn estaba cerca.

—En realidad, sí —dijo Finn, rascándose la nuca—. Aunque siguió llamándolas conejos en vez de liebres, hasta que le señalé las diferencias.

—Apuesto a que le encantó —rio Luke.

—Se lo tomó todo con humor —continuó Finn—. Incluso se quedó para ayudarme con otra cosa.

Seguro que se refería a los dragones del jardín de helechos.

—Y lo más extraño fue —terminó Finn, aún sonando asombrado— que, cuando se fue, no se llevó ninguna herramienta.

—Entonces, ¿a qué vino todo eso? —Luke frunció el ceño—. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—No lo sé. —Finn se encogió de hombros—. Solo espero que no estuviera tramando nada. Husmeando con un motivo oculto.

Me molestaba que eso fuera lo primero que se le ocurría. El propósito de la visita de Zak obviamente era comprobar que su hermano estaba bien tras haber notado su ausencia en la feria.

—No creo que te hubiera buscado a propósito si estuviera tramando algo malo, ¿no? —señalé—. Si estuviera fisgoneando, como tan amablemente has dicho, entonces no se habría esforzado en alertarte de su presencia.

—Supongo que no —dijo Finn, un poco avergonzado.

—Quizá deberías concederle el beneficio de la duda —continué—, y aceptar su ayuda como el acto de bondad que sin duda pretendía ser.

Dejé de hablar antes de pasarme sin querer.

—Si conocieras a Zak tan bien como nosotros, Freya —dijo Luke—, entenderías el escepticismo de Finn.

—Ya veo. —Tragué saliva.

—No estarás cayendo por casualidad ante los encantos de mi fornido constructor, ¿verdad? —añadió burlonamente.

—No, claro que no —respondí.

Luke se rio de mi apresurada y vociferante negación, pero Finn no.

—Pero es hábil con la llave inglesa —dije, más ecuánime—, así que eso le da cierto atractivo, supongo.

—Te arregló el fregadero, ¿verdad? —dijo Luke, abandonando el tema de la atracción por el de las tuberías defectuosas.

—Sí —confirmé—. Está todo como nuevo.

—Creía que habías dicho que podías arreglártelas sola —dijo Finn con brusquedad.

—Podía —espeté—, pero mi casero llamó a un profesional antes de que tuviera oportunidad de hacerlo.

Me molestó ver que mi tono coincidía con el suyo.

—No creo que sea mala idea echarle un vistazo a la casa antes de que llegue el invierno —continuó Luke, sin darse cuenta de la creciente tensión—. Sé que hicimos un estudio y que Harold nunca ha tenido problemas, pero la rotura de la tubería el año pasado causó un caos absoluto aquí, así que me daría algo de tranquilidad. ¿Te parece bien, Freya?

—Por supuesto —le dije—. Lo que tú quieras.

—Estupendo —dijo—, entonces lo arreglaré para la semana que viene.

—Genial —asentí.

—Ahora, Finn —sonrió—, ¿qué era esa otra cosa con la que Zak se había quedado para ayudarte?

La pregunta pareció ayudar a Finn a salir del estado en el que se había quedado después de que yo saliera en defensa de su hermano.

—Vamos —dijo—, te lo enseñaré.

Se marchó a grandes zancadas, como ya era habitual en él cuando terminaba cualquier tipo de interacción que me involucrara.

—¿Vienes, Freya? —preguntó Luke.

—No —tragué saliva—, ya lo he visto.

Finn se volvió para fulminarme con la mirada mientras Luke se apresuraba a alcanzarlo. No creía haber dicho nada que justificase semejante mirada, pero, si no llevaba cuidado, haría como Medusa y me convertiría en piedra.

Capítulo 19

No tuve tiempo de preocuparme por el encuentro más reciente entre Finn y yo, porque al día siguiente Lisa y yo íbamos a celebrar la primera sesión del Winterfest y, por mucho que lo hubiera estado deseando, me sentía cada vez más nerviosa a medida que se acercaba la hora de dar la bienvenida a los asistentes.

En cuanto terminé en el jardín el viernes por la tarde, me apresuré hacia la casa, donde había quedado con Lisa para prepararlo todo en el comedor que Kate y Luke ya habían despejado para la ocasión. No había mucho que hacer, pero revisamos, revisamos y volvimos a revisar, asegurándonos de que todo el mundo tuviera lo que necesitaba y también de que tuviéramos repuestos de algunas cosas, por si acaso.

—Espero que haga un poco de sol —dijo Lisa, chocando su taza de té con la mía en un brindis por nuestra aventura cuando terminamos de prepararlo todo.

—Y que estemos inspiradas —añadí por si acaso.

Tampoco debimos preocuparnos por la falta de luz, ya que a la mañana siguiente amaneció despejado y helado, lo que significaba que el sol nos acompañaría, y cuando volvimos al comedor después de dejar a Nell en la cocina, descubrimos que los duendes de Papá Noel habían estado trabajando durante la noche y la habitación se había transformado en una auténtica gruta, con un árbol de verdad, un montón de vegetación y suficientes luces blancas y cálidas como para iluminar Blackpool entero.

—Espero que no os importe —dijo Kate, siguiéndonos a Lisa y a mí a la habitación—, pero después de que os fuerais ayer pensamos que, a pesar de lo bonita que estaba la habitación con todos vuestros cachivaches, no parecía muy festiva, así que decidimos poner unos cuantos adornos.

—Por supuesto que no nos importa —dijo Lisa, echando los brazos al cuello de Kate.

—Es impresionante —añadí, fijándome en los detalles y dejando la bolsa de libros que había traído—, y muy acorde con los temas de Winterfest.

—Eso es lo que yo pensaba —dijo Kate, una vez libre del abrazo de su amiga—. Le dije a Luke que no debíamos lanzarnos con todo, sino mantener el estilo de los talleres que tenemos por delante.

Sin duda, lo había conseguido. Desde el punto de vista de una fanática de la naturaleza y la jardinería, no podía ser más perfecto. Había acebo, hiedra y muérdago en abundancia y el árbol de verdad olía divinamente.

—Finn ayudó —dijo Kate, posando los ojos en la bola de muérdago que colgaba sobre la puerta.

—¿Por qué no me sorprende? —rio Lisa.

—Tiene muy buen ojo —continuó Kate.

—Dos, creo que te darás cuenta —dijo Lisa, dándome un codazo.

—Vamos —dije, resistiendo el impulso de reírme de su comentario—, vamos a prepararnos. Todos llegarán enseguida.

En total, hubo nueve asistentes. Una persona había llamado para decir que no podía

asistir por enfermedad y Luke había prometido amablemente que podría cambiar de sesión si surgía algún hueco. Me tranquilizó un poco ver que un par de caras conocidas me miraban con impaciencia cuando Lisa y yo ocupamos nuestro lugar en la cabecera de la larga mesa.

Jacob, la otra mitad de Poppy, se había apuntado, deseoso de aprender algunos trucos que más tarde podría utilizar en el aula, junto con Heather, que tenía un día libre de niños y deseaba hacer algo completamente para sí misma, y con razón. También había una madre y su hija —la hija estaba allí a instancias de la madre—, dos chicos de unos treinta años, dos mujeres de mediana edad que habían sido amigas desde siempre y una mujer mucho más joven llamada Sara.

Había oído a Luke hablar de su diagnóstico de depresión estacional en la radio poco después de que se lo diagnosticaran a ella misma y, como resultado, se apuntó enseguida a todo. Dijo que el mero hecho de pensar en hacer algo proactivo había empezado a levantarle el ánimo, lo cual era muy alentador.

—Bienvenidos todos —dijo Lisa con una voz sorprendentemente temblorosa para alguien que solía rezumar confianza en sí misma— a la primera sesión del Winterfest aquí, en Prosperous Place. Hoy vamos a explorar cómo desterrar la tristeza del invierno utilizando la naturaleza para poner en marcha nuestra creatividad a través de una sesión de escritura creativa, haciendo un diario de la naturaleza y aprendiendo cómo preservar las hojas a través de una variedad de métodos con la encantadora Freya, que gestiona los jardines aquí, en Prosperous Place.

Por suerte, en ese momento no tuve que hacer nada más que ofrecer una sonrisa, y cuando les dimos a todos la oportunidad de compartir un poco sobre sí mismos y sus razones para inscribirse, mis piernas habían dejado de temblar y me sentía mucho mejor para guiarlos hacia el jardín.

—Abrigaos bien —les aconsejé mientras les entregaba las bolsas de rafia en las que podían guardar sus hallazgos—. Puede que estemos en el centro de la ciudad, pero hay zonas del jardín que mantienen el hielo durante bastante tiempo.

Sabía que iba a haber una sorpresa extra esperándonos para calentarnos a todos cuando volviéramos dentro, y el frío aire me hizo sentirme agradecida por ello. Kate había limpiado y preparado la chimenea para encenderla cuando saliéramos. Graham iba a encenderla mientras recorríamos el jardín y luego volvería a lo largo del día para mantenerla encendida.

—¿Lista? —preguntó Lisa.

—Lista. —Le devolví la sonrisa.

Hacía un frío glacial, pero no tardaron mucho en olvidarse de la temperatura ártica y se enfrascaron con avidez en la búsqueda de hojas y piñas, en la búsqueda de aromas entre las plantas invernales recién sembradas y en la admiración ardiente de las formidables esculturas de Finn.

—Ojos grises seductores y hábil con las manos —suspiró Lisa—. Qué combinación.

—Y no os olvidéis del sentido del tacto —dije al grupo, ignorándola y frotando mis manos enguantadas alrededor del árbol más cercano—. Ayuda a activar todos los sentidos cuando se sale a pasear en invierno. Aunque quizá no el gusto —me apresuré a

añadir, temiendo que llegaran demasiado lejos.

—Puedes darte ese capricho cuando volvamos a entrar y probemos algunas delicias de temporada de la pastelería Blossom's —bromeó Lisa y todos se echaron a reír.

La chimenea hizo las delicias de los asistentes, al igual que los pasteles, y todos disfrutaron del ambiente acogedor mientras vaciaban sus tesoros sobre la mesa y Lisa revoloteaba por la sala haciendo preguntas relacionadas con el paseo. Pensaba utilizar las respuestas de todos y sus ideas para iniciar la sesión de escritura creativa.

Me tomé mi tiempo para moverme entre el grupo y charlar. Todos habían recogido un montón de cosas preciosas, como conchas de caracol, hojas aún brillantes, ramitas cubiertas de líquenes e incluso algunas plumas.

Cuando el grupo estuvo preparado y listo para empezar, todo el mundo estaba impaciente por ponerse en marcha, incluso los que temían equivocarse porque nunca antes habían hecho nada parecido.

—Vale —dijo Lisa, unos veinte minutos después—. Bolígrafos abajo.

Un suspiro colectivo resonó en la sala.

—Bueno, ha sido más fácil de lo que pensaba —dijo la hija, que había insistido en decirnos al llegar que solo estaba allí porque su madre no quería ir sin ella—. He escrito un montón.

Todos lo habían hecho, y, tras un rato de intercambio de ideas, Lisa volvió a ponerlos en marcha, con lo que se llegó a la hora de comer.

—He tenido unas ideas geniales para un cuento infantil —me dijo Sara, llena de entusiasmo—. Me imagino un montón de personajillos viviendo en secreto en el jardín de helechos y voy a escribir sobre ellos cuando llegue a casa.

—Y cuando el Jardín de Invierno esté oficialmente abierto —le dije—, podrás volver para mantener el pozo de inspiración lleno y tus ideas fluyendo.

—Ah, sí —dijo—, no había pensado en eso.

Me alegré de verla tan animada y esperaba que mis actividades vespertinas la animaran aún más.

—Servíos pan —dijo Carole cuando entramos en la cocina—. Los platos de los extremos son sin gluten.

Mientras ella y Kate servían tazones de sopa de verduras casera, espesa y abundante, pregunté al grupo qué les gustaría hacer con las hojas que ellos y yo habíamos recogido. Tenía pensado enseñarles a prensarlas, dibujarlas, plastificarlas y conservarlas para embellecer los diarios de naturaleza y hacerlos aún más memorables.

La opción más popular, ya que todos habían admirado mi propio conjunto de hojas que había dispuesto en el centro de la mesa, fue probar la técnica de conservación con glicerina. No esperaba que *todos* eligieran esa opción, e incluso cuando les dije que tendrían que volver a recogerlas más adelante esa semana, con la esperanza de aplazar a un par de ellas, se mantuvieron firmes.

—¿Cómo va todo? —gritó una voz detrás de mí cuando me escabullí para llevar a Nell de vuelta a la plaza y ver si tenía suficientes bandejas de hornear de repuesto para añadir a las pocas que ya tenía preparadas.

Nell parecía un poco alterada por la repentina afluencia de extraños, así que la utilicé

como excusa para ir a casa. No había querido preguntarle a Kate si podía ayudarme a reforzar mis provisiones por miedo a parecer desorganizada, aunque probablemente a ella no se lo habría parecido, pero ya estaba bastante ocupada con el almuerzo como para que yo le fuera con un problema.

—No estarás huyendo, ¿verdad? —Era Chloe—. No puede ser tan malo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras cruzaba el patio con Finn.

—Tenía que venir a por mis botas de agua —dijo, sosteniendo su bolsa de botas hecha a medida—. Hannah y yo nos vamos mañana a la costa. Nos apetecía una escapada a Wynmouth.

—Ah, claro —asentí, consciente de que solo tenía unos minutos—. Bueno, diviértete.

—Espera —rio—, no me has dicho cómo te va.

No tenía muchas ganas de decirlo delante de Finn.

—Genial —dije, porque la mañana lo había sido—. Lisa tiene un talento natural. Los ha tenido a todos escribiendo sin parar.

—Os he visto a todos paseando por el jardín —dijo Finn.

—Espero que no te hayamos molestado —dije, y luego añadí con rapidez, por miedo a parecer maleducada—: tus esculturas han causado sensación.

No quería que pensara que su dura mirada me había molestado, así que, como había hecho él con nuestro beso, hice como si no hubiera ocurrido. Dicho eso, no estaba dispuesta a subirle el ego diciéndole que Lisa también *le había* estado admirando.

—¿En serio? —preguntó.

—En serio —le contesté—, todo el mundo dice que son increíbles.

—Porque lo son —sonrió Chloe, claramente tan impresionada como el resto de nosotros—. Y hoy eres el centro de atención, Freya.

—Lo seré si dejo a Nell a tiempo, y necesito recoger algo.

—No puedes haber olvidado nada —se rio—. ¡Llevas toda la semana repasando tus listas!

—Voy a la caza de más bandejas para hornear —expliqué— porque no voy a tener suficientes. Todo el mundo quiere probar a conservar las hojas en glicerina y solo he traído para la mitad de los que han elegido esa opción.

—Puedo ir a la tienda y comprarte algunas si quieres —ofreció Finn, acercándose rápidamente—. Tienen un montón.

—¿En serio?

—Sí —dijo—. No son tan grandes, pero solo cuestan una libra cada una.

—Si no te importa y tienes tiempo, sería estupendo —dije, sacando el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros mientras se me quitaba un poco el peso de la preocupación.

Siempre guardaba un billete de diez libras en la funda del teléfono para emergencias.

—Lo arreglaremos cuando vuelva —insistió Finn cuando me vio haciendo malabarismos con el teléfono y la correa de Nell.

Normalmente no habría cedido, pero, dada la tensa reacción de mi amiga ante los cuerpos extra en la casa, me preocupaba que pudiera darse a la fuga.

—Gracias, Finn —dije, sintiéndome mucho mejor. Era un gesto muy amable, sobre

todo teniendo en cuenta que el día anterior habíamos estado discutiendo—. Te lo agradezco mucho.

—Y si me dejas la llave de tu casa —se ofreció amablemente Chloe cuando les conté por qué me llevaba a Nell—, la llevo para que puedas volver ya.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —insistió—. Te devolveré la llave cuando la haya acomodado.

—Os lo agradezco de verdad, chicos —dije, muda de emoción por el hecho de que se hubieran ofrecido a ayudar con tanta facilidad.

—Para eso están los amigos —dijo Chloe.

Dado nuestro complejo karma, aún no estaba segura de poder llamar amigo a Finn, pero agradecía que estuviera dispuesto a ayudarme a salir de aquella delicada situación.

—Vamos, mi amor —dijo Chloe mientras le daba la correa y ella y Nell se alejaban.

—Intentaré darme prisa —dijo Finn, corriendo tras ella.

Volví a entrar, cogí un panecillo con mantequilla y me dirigí al comedor para enseñarles mi diario de naturaleza y los libros que había traído. Mirarlos primero supondría un pequeño cambio en el horario, pero estaba segura de que Finn, con sus largas piernas y su largo paso, no tardaría mucho.

—¿Podría apuntarme los nombres de los libros? —preguntó uno del grupo mientras se pasaban mis preciados tomos entre ellos.

Junto con mi propio diario, les había dado mi ejemplar de *The Country Diary of an Edwardian Lady*, de Edith Holden, junto con los libros de Emma Mitchell sobre el poder curativo de la naturaleza y cómo sobrevivir al invierno —uno de los cuales describía cómo conservar las hojas utilizando la técnica de la glicerina que íbamos a probar—, y otros dos de Simon Barnes, uno de los cuales aconsejaba cómo tener más presente la naturaleza. Formaban la mayor parte de mi lista de lecturas obligatorias cuando se trataba de conectar con el entorno natural.

—He escrito una lista de lecturas recomendadas —dije repartiéndolas, contenta de que hubieran preguntado y aún más contenta de haber tenido la previsión de preparar algo —. Hay muchos títulos aquí, pero, si no queréis comprarlos, sé que hay ejemplares de la mayoría en las bibliotecas locales.

—No por mucho tiempo —sonrió uno de los chicos—. Tendremos todo esto revisado para la semana que viene.

Todos asintieron y, mientras yo esperaba a Finn, empezamos a anotar el paseo de la mañana en los diarios. Fue una primera sesión maravillosa y, aunque algunos estaban nerviosos por no encontrar las palabras adecuadas o por no dibujar un boceto perfecto, Lisa y yo los animamos y pronto empezaron a trabajar con ahínco.

—Lo siento —dijo Finn, resoplando en la puerta, mucho más tarde de lo que yo esperaba.

Por suerte, todo el mundo se había quedado absorto con la apremiante demostración que acababa de hacer y unos cuantos estaban ahora, bajo la supervisión de Lisa, intentando plastificarlas, cortesía de la plastificadora de la oficina de Luke, así que no pasaba nada. Finn pareció aliviado cuando se lo dije.

—Pero ¿por qué estás sin aliento? —le pregunté mientras me entregaba la bolsa, que

pesaba más de lo que esperaba—. Pensaba que solo ibas a la tienda.

—Y así era —dijo, pasándose una mano por el pelo enmarañado—, pero entonces me he dado cuenta de que, si no habías conseguido suficientes bandejas, probablemente tampoco habías conseguido suficiente glicerina.

Ni siquiera había pensado en eso. Miré dentro de la bolsa y encontré una botella grande apoyada en las bandejas.

—He intentado llamar, pero tu teléfono está apagado —siguió explicando Finn.

Lo había apagado antes de empezar la sesión.

—Y no quería perder el tiempo volviendo para comprobarlo, así que he ido a buscar un poco. No es fácil de encontrar. La he comprado en la farmacia. Solo tenían una botella. Esto es lo que vas a usar, ¿no? Chloe parecía pensar eso cuando la he llamado. ¿La necesitabas?

Escuché las palabras salir de sus labios y podría haberlo besado. Otra vez. Estuve a punto de hacerlo.

—Sí —dije—, definitivamente la necesito. No tengo suficiente para todos, pero ni siquiera lo había pensado.

Había estado a unos minutos de parecer una auténtica imbécil, pero Finn lo había pensado bien y me había ahorrado el sonrojo.

—Bueno, está bien entonces —resopló, apretándose contra el marco de la puerta cuando Carole vino a anunciar que había café y pastel disponibles en la cocina—. Os dejo con ello.

Se marchó antes de que tuviera la oportunidad de darle las gracias, pagarle o darle un beso, y mientras todos volvían a la cocina para tomar un refrigerio a media tarde, Lisa y yo nos apresuramos a reorganizar las cosas para que cada uno tuviera su propia bandeja, lo que en realidad facilitaría las cosas, ya que podríamos ponerles nombre y asegurarnos de que todos recuperaban las hojas correctas.

—Oh, no —me lamenté cuando mi estómago dio el más estruendoso de los rugidos—, qué vergüenza.

—¿No has comido? —Lisa frunció el ceño.

—Medio panecillo —le dije—, no he tenido tiempo para la sopa.

—Eso no está bien —me regañó—, vete a tomar un bollo o algo. Yo puedo terminar aquí.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo, sacándome de la habitación—. No podemos pasar el resto de la tarde con tus tripas como acompañamiento musical. No creo que sepan tararear *Blanca Navidad* — se rio cuando volvieron a rugir.

Tenía razón, por supuesto, y me sentí mucho mejor después de comerme un bollo cargado con una espesa crema y un montón de la excelente mermelada de fresa casera de Carole. Con dos tazas de té azucarado para pasarlo todo, me sentía mucho más humana cuando volví para enseñar a todo el mundo qué hacer con sus hojas y disfruté mucho del resto del día, igual que todos los demás.

Todavía estaba entusiasmada cuando nos despedimos, y no era la única. El grupo había intercambiado números de teléfono y direcciones de correo electrónico mientras

acordábamos cuándo podrían venir a recoger sus hojas, y todos planeaban reunirse mensualmente, ya fuera en el jardín o en algún lugar más lejano, para seguir en contacto con la naturaleza.

—No creo que pudiera haber salido mejor, ¿verdad? —sonrió Lisa después de que todos hubiéramos vuelto a la puerta del jardín.

—Ha sido increíble —coincidí—. Y —bostecé— no merecía la pena en absoluto pasarme la noche en vela preocupándome por ello. Me ha encantado.

—Espero que mi sesión vaya tan bien como la vuestra —dijo Carole cuando volví a la cocina a recoger la llave que me había dejado Chloe.

—Seguro que sí —le dije—. Estoy cansada de hoy, pero tengo muchas ganas.

Me había entusiasmado cuando me explicó que iba a enseñar a todo el mundo a reducir y aumentar la escala de las recetas, y yo estaba deseando hacer mi propio pudin al día siguiente, aunque lo más probable es que no durara hasta Navidad porque no podría resistirme a él. Pero eso no importaba, siempre podía hacer otro.

Mi trabajo siempre me había permitido mantenerme delgada, pero ahora que vivía tan cerca de Carole y de Blossom's, no estaba segura de que fuera a mantener la misma forma esbelta durante mucho tiempo.

—Va a ser un día ajetreado —dijo—, eso seguro.

Sabía que era aún más organizada que Lisa y yo, y que mantendría a todo el mundo atento y se ceñiría estrictamente al programa. Apostaría lo que fuera a que no le faltaría nada, como a mí. No podía estar más agradecida a Finn por su acto de bondad.

—¿Te quedas a la «desreunión»? —me preguntó Carole mientras me daba las llaves—. Luke ha dicho que será rápida, así que puedo preparar las cosas aquí.

—Para ser sincera —le dije, ahogando otro bostezo—, solo quiero un largo baño caliente y acostarme pronto, pero aguantaré. Será útil compartir nuestra experiencia de hoy, ¿no?

—Claro que sí —convino—, y Luke lo apreciará. Ha sido como un padre expectante todo el día.

—Ah, ¿sí? —reí—. Creo que no lo he visto.

—Ha intentado mantenerse al margen —sonrió—. No quería que Lisa y tú pensarais que estaba vigilándoos, pero ha estado por ahí, ¡créeme!

La dejé riendo entre dientes y fui a buscar a Nell, pues sabía que estaría más tranquila entre gente conocida.

Solo estábamos unos pocos reunidos para la «desreunión», como la había bautizado Carole, pero se alargó más de lo previsto porque Luke había organizado una entrega de comida china para compartir entre todos. Lisa, John y sus hijos estaban allí, junto con Carole y Graham, e incluso Heather apareció para decir lo mucho que había disfrutado. Fue bueno tener otra perspectiva del día, y Lisa y yo estábamos encantadas de que se anunciara como un éxito.

—¿Volveríais a organizarlo? —preguntó Kate, pasándome una bolsa de minirollitos de primavera y una cerveza rubia.

—Definitivamente —dijimos Lisa y yo juntas.

—Entonces, ¿cómo ha ido?

Los ojos de todos se dirigieron a la puerta y a la corpulenta figura que se cernía sobre ella.

—Finn —sonreí antes de poder contenerme.

Sin su ayuda, la tarde me habría resultado difícil de llevar a cabo, pero su generosidad y rapidez mental me habían salvado el día.

—Como un sueño —dijo Lisa.

—Excelente —asintió—. Graham, he apilado una carga de troncos junto a la puerta trasera. Sé que querías volver a llenar las cestas y eso te salvará un poco la espalda.

Desde luego, salpicaba magia por todas partes. Era una pena que no pudiéramos llevarnos bien ni cinco minutos juntos, porque esta versión de él era maravillosa.

—Entra —dijo Luke, acercando una silla—, y ayúdanos con algo de esta comida. Creo que he pedido de más.

—Lo siento —dijo—, no puedo. Me esperan en un sitio y ya llego tarde.

Iba muy elegante, con una camisa de lino sin cuello y unos vaqueros negros.

—En ese caso —dije, levantándome de un salto—, déjame darte esto ahora, antes de que se me olvide.

Le entregué el billete de diez libras que tenía en el móvil y traté de no mirarle la clavícula y el trocito de pecho que la camisa revelaba. También olía de maravilla y me di cuenta de que, fuera donde fuera, se había esforzado por arreglarse.

—¿Es suficiente? —Tragué saliva, deseando secretamente que no tuviera una cita, aunque sabía que no debería haberme importado.

—De sobra —sonrió—. Gracias.

—No, gracias a ti —le devolví la sonrisa, volviendo con rapidez a mi asiento y alejándome de su seductor aroma—. De verdad, me has salvado el día.

—Ahora te pagan por los servicios prestados, ¿verdad, muchacho? —bromeó John, y todos rieron.

—Algo así —respondió riendo, mirándome a los ojos durante un breve instante—. Bueno —dijo—, será mejor que me vaya. Nos vemos mañana.

—Adiós —le gritaron todos.

—No llegues tarde —añadió Carole.

—Me muero de ganas de verlo con delantal —rio Lisa, y me di cuenta de que él también se había apuntado a la sesión de repostería—. Va a causar una gran agitación, ¿no creéis?

—Lo único que va a agitar es la mezcla del pudin —dijo Carole con desaprobación—. Ahora, cómete tu *chow mein*. Quiero limpiar esto en un minuto.

Me terminé mi arroz frito especial y reflexioné sobre la sesión que se avecinaba. Si Finn y yo íbamos a estar todo el día encerrados en una cocina calurosa, ¡lo más probable era que nuestra tregua recién formada también acabase bastante agitada!

Capítulo 20

Menos mal que la sesión de tarta y pudin de Carole no dependía del tiempo, porque el día siguiente no fue ni mucho menos tan soleado y luminoso como el sábado. De hecho, no pude evitar pensar que el cielo tenía ese tono amarillento y grisáceo que suele anunciar nieve, aunque no estaba prevista.

—Nos vemos luego —le dije a Nell, a quien no podía llevar conmigo por razones obvias—. Volveré a la hora de comer.

Ella resopló en respuesta y yo traté de no sentirme culpable mientras cerraba y luego jadeé sorprendida al apartarme de la puerta y encontrar a Chloe en el camino.

—Vaya, me has dado un susto —la regañé—. ¿Qué haces aquí? ¿No se supone que hoy deberías estar remando en el helado mar del Norte?

—Iba a hacerlo —se encogió de hombros—, pero ha habido un cambio de planes. A Hannah le han pedido que trabaje un turno más y, de todas formas, el tiempo no es muy bueno, así que le he preguntado a Carole si tiene sitio para una más.

—¿Y ha dicho que sí?

—Sí —sonrió Chloe, enlazando su brazo con el mío—. Así que vas a tener que ayudarme, ¡porque podría quemar una taza de té!

Ya había tenido ganas de que llegara el día, pero con Chloe allí iba a ser mucho más divertido.

—Sabes que Finn también viene, ¿no? —dije.

—No —soltó una risita—, no lo sabía. Dios mío, me pregunto qué aspecto tendrá con un delantal.

Condenadamente bueno, como descubrimos cuando llegamos a Prosperous Place y lo encontramos en la cocina, actuando como el competente pinche de Carole. Chloe me miró y enarcó las cejas.

—Ese pelo... —murmuró, soñadora, y me alegré de que ella y Hannah estuvieran juntas, porque si no, su expresión embelesada habría despertado de nuevo mis celos—. Recogido hacia atrás de esa manera —continuó—, realmente se puede apreciar su estructura ósea, ¿verdad?

—De acuerdo —le dije—. Ya está bien. Ya va a hacer bastante calor aquí sin que subas la temperatura antes de que empecemos.

Si le hubiera contado lo suaves y firmes que eran los labios de Finn a corta distancia y cómo sus dedos podían provocar tanta electricidad como para encender todos los árboles de Navidad de Norwich, se habría desmayado en el acto. Por suerte, me lo había guardado para mí, así que no teníamos problemas en ese aspecto, pero sus observaciones sobre él me habían calentado un poco.

Fuimos a colocarnos en nuestros sitios a la mesa —que tenía nuestros nombres— y esperamos a que llegaran los demás. Como el día anterior, había diez sitios en total, pero todos los que entraron parecían bastante más serios. A excepción de un señor mayor, todas eran mujeres, incluida Sara, que me saludó con la mano.

—Vaya —susurró Chloe—, este grupo parece un poco competitivo, ¿no?

—Bien —dijo Carole, haciendo que me pusiera un poco más erguida mientras empezaba a preguntarme en qué me había metido—, bienvenidos a todos. Puede que lleguemos una semana tarde para el domingo del pudin, pero puedo prometeros que, para el final del día de hoy, todos tendréis un maravilloso pastel que llevar a casa, así como un delicioso pudin con el que celebrar la temporada.

Un fuerte resoplido de una mujer llamó mi atención y sentí cómo Carole se erizaba en respuesta.

—¿Quién crees que es la señora que lleva tanta laca en el pelo? —siseó Chloe mientras nos lavábamos las manos.

—Yo sé quién es —dijo Finn, que se había acercado sigilosamente por detrás.

Tal vez no fuera un dios después de todo, sino más bien uno de los elfos de pies ligeros de Tolkien. Me concentré en la higiene de mis manos mientras mi olfato volvía a ser secuestrado por su aromático y excitante *aftershave*.

—¿Quién? —preguntó Chloe.

—Es Daphne Pemberton —dijo, agachándose de un modo que su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

No era el único que había tenido que recogerse el pelo, y mis orejas y mi cuello se sentían expuestos y nada preparados para la suave caricia de sus tonos apagados.

—Es la enemiga de Carole en el Instituto de la Mujer. Por lo que sé, hay una rivalidad nada amistosa entre ellas.

—Oh, qué bien —sonrió Chloe—. Esto va a ser divertido.

Si hubiera sido cualquier otra persona, lo habría sentido por ella, pero sabía que las recetas, las técnicas y los resultados finales de Carole eran de primera categoría, así que no tenía nada de qué preocuparse y no me sentí culpable en absoluto mientras coincidía con entusiasmo con el resumen de Chloe de la situación.

—Vamos, vosotros tres —sonó ahora la voz de Carole—. Tenemos mucho que hacer y un horario que cumplir.

Escarmentados, nos apresuramos a volver a nuestro sitio y comenzamos la maravillosa alquimia de convertir ingredientes en el paraíso de la comida.

Como había prometido, Carole redujo y aumentó la escala de sus recetas. Yo opté por hacer tres minipúdines y su tarta de Navidad rápida, que se horrearía en un par de horas, mientras que los púdines se cocinaban en una bandeja con agua en el horno, y habría que calentarlos de la misma manera a la hora de comerlos.

Tal y como había predicho, pronto empezó a hacer calor y a haber mucho trabajo, con todo el mundo haciendo cosas diferentes en momentos diferentes para asegurarse de que todos teníamos un sitio tanto en los fogones como en el horno. Podría haber sido un caos, pero Carole estaba en todas partes y, me encantó comprobarlo, tenía una respuesta preparada para todo lo que Daphne le lanzaba, que era bastante.

—Y ese olor... —suspiró Chloe, soñadora.

No estaba segura de si se refería al *aftershave* de Finn o a la embriagadora mezcla de frutas, especias, cítricos, *brandy* y castañas. Esta última combinación estaba haciendo estragos en mi tripa, que volvía a rugir a pesar del desayuno que le había proporcionado,

y cuando Finn se inclinó entre nosotras para dejar los tés y cafés que había preparado, su seductor aroma casi me llevó al límite.

—¿Alguna petición especial? —preguntó, su voz cercana de nuevo.

—Se me ocurren unas cuantas —sonrió Chloe.

—Me refería a la música —respondió Finn—. Voy a poner villancicos.

—Lo sé —dijo Chloe, balanceándose un poco—, yo también quería decir eso.

—Chloe —dijo Carole—, ¿estás segura de que has añadido el *brandy* a la mezcla?

Chloe hipó, lo que sugería que posiblemente no.

—¿Pongo algo de John Rutter, Carole? —se apresuró a sugerir Finn—. ¿O prefieres algo de Wizzard y Slade?

Por suerte, eso bastó para distraer a Carole, y le puse los ojos en blanco a Chloe, que parecía un poco avergonzada.

—¿Sabes? —dijo con los ojos brillantes—, esta es la primera vez en lo que parece una eternidad que pienso que realmente podría disfrutar de la Navidad.

—Es maravilloso —le dije—. Y estoy encantada por ti, cielo, pero si no rescatas tu sartén de la placa, Hannah y tú vais a acabar comprando un pastel en lugar de comeros el vuestro.

Como había prometido, volví a ver a Nell a la hora del almuerzo, pero antes me aseguré de comer algo. No quería que se repitiera lo del día anterior y los olores de la actividad me habían dado más hambre de lo normal. Cuando volví, Neil se había unido al grupo.

—Mark ha insistido en que viniera —nos dijo a mí, a Chloe y a Finn—. Dice que este año no va a cocinarlo todo él, así que tenía que venir a que me dieran algunos consejos. ¿Es difícil? —preguntó, arrugando la nariz mientras asimilaba lo que, para los no iniciados, probablemente parecía bastante complicado.

—Es la simplicidad misma —dijo Carole con brusquedad—. Te haré un hueco en algún sitio y me aseguraré de que tengas al menos una cosa que llevarte al final del día.

Neil puso cara de duda, pero siguió obedientemente los pasos de Carole y se puso manos a la obra. Yo ayudé a Finn a lavar las tazas y jarras para la siguiente ronda de bebidas. Incluso compartimos un trago de *brandy* cuando terminamos y me alegré de que nuestra *entente cordiale* se hubiera prolongado tanto a lo largo del día. Aún no estábamos fuera de peligro, pero era todo un récord que aún no nos hubiéramos peleado, y esperaba que siguiera así.

Atribuí el hecho de que empezara a resultarme más fácil olvidar que había hablado de mí a mis espaldas a la escalada del espíritu navideño, pero no había olvidado que yo también me había equivocado. Al interrogar a Zak sobre él, había sido igual de culpable del crimen del que lo había acusado.

—Sé que lo he dicho antes —dijo Chloe cuando me reuní con ella de nuevo en la mesa —, y me atrevo a decir que lo diré de nuevo, pero vosotros dos hacéis muy buena pareja, de verdad.

Estaba mirando cómo Finn ayudaba a la formidable Daphne a maniobrar su bandeja de pasteles, así que no tenía ninguna duda de a quién se refería.

—Sí —le dije—, ya lo has mencionado antes, pero yo no me haría ilusiones, señorita

casamentera, porque anoche salió con aspecto y olor exuberantes, así que estoy bastante segura de que tenía una cita.

—Sí —me sorprendió diciendo—, la tenía.

—Pues ya está —suspiré mientras mi espíritu se hundía más que el centro de cualquiera de los pasteles horneados esa mañana.

—Lo vi —continuó—. Estuvo en el *pub* hasta casi el cierre.

No tenía por qué restregármelo. Además, si seguía insistiendo en que éramos la pareja perfecta, ¿por qué se ponía tan insistente con su cita?

—Y pasando lo que me pareció un rato sorprendentemente bueno.

—Vale —dije, tajante—. Bien por él.

—Nunca adivinarás con quién estaba —susurró.

—¿Con quién? —resoplé.

—Con Zak.

—¿Con Zak?

—Cállate —me amonestó—. Sí, con Zak.

—¿El hermanastro más molesto del mundo, Zak? —pregunté, solo para estar absolutamente segura.

—Ese mismo.

—Bueno, quién lo iba a decir —sonreí, sintiéndome mejor con la vida de nuevo.

—No sé qué está pasando —terminó Chloe—, pero algo pasa.

—¿Qué quieres decir?

—Con Zak —siseó—. Sé que dijiste que no sabes cómo es en realidad porque no llevas aquí mucho tiempo, pero en los últimos días ha parecido completamente diferente y el hecho de que él y Finn estuvieran bebiendo juntos anoche...

No llegó a terminar la frase porque Finn estaba al alcance del oído, pero yo sabía a dónde quería ir a parar. Zak estaba siendo fiel a su palabra y eso me alegraba. Se estaba convirtiendo con rapidez en un personaje completamente reformado.

Ya era de noche cuando Carole se dispuso a despedirnos, con las bolsas repletas de impresionantes púdines y pasteles. Incluso Neil tenía algo que llevarse.

—No me lo puedo creer —sonrió—. No sé por qué Mark se queja tanto.

En vista de su alegría, ninguno de nosotros señaló el desastre que había dejado en la cocina ni el hecho de que su marido se levantaba todos los días de madrugada para hornear el pan todos los días.

Finn y yo nos quedamos para ayudar a Carole a recoger y luego charlamos con Luke durante la sesión informativa del día. Estaba encantado con cómo había ido el fin de semana, como no podía ser de otra manera. Había sido un gran éxito, aunque yo no estaba del todo convencida de que todos los asistentes estuvieran allí para evitar la depresión invernal.

—Bien —dije, mientras recogía el delantal y las llaves—. Será mejor que vuelva. Nell querrá su paseo.

—¿A esta hora? —comentó Finn—. Está muy oscuro ahí fuera.

Ya le había hecho prometer a Chloe, que iba en moto, bien iluminada y con casco y chaleco reflectante, que le enviaría un mensaje de texto cuando llegara a casa, y ahora

fruncía el ceño ante la idea de que yo también saliera por mi cuenta.

—Puede ser —le dije—, pero necesita su paseo de todos modos.

—En ese caso, iré contigo —dijo, sin darme la oportunidad de rechazarlo—. Iré a buscar mi abrigo al estudio y nos encontraremos en el parque. Me vendrá bien estirar las piernas.

Seguía haciendo frío, pero el cielo se había despejado e incluso podía distinguir alguna estrella, a pesar de las farolas. Había tardes peores para estar fuera, y Nell estaba encantada de respirar aire fresco. Gruñó por lo bajo cuando Finn se acercó, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que era él e incluso movió la cola cuando le acarició la cabeza. Sin duda, las cosas estaban mejorando.

—Bueno —dijo Finn, que ahora, como yo, se había soltado el pelo y se había puesto un gorro de lana—, ¿a dónde nos dirigimos?

No tenía una ruta fija, así que fuimos deambulando por donde nos llevaban los pies y, al cabo de una media hora, acabamos en la puerta de una iglesia. Las ventanas estaban bellamente iluminadas y podíamos oír los acordes del órgano y muchas más voces de las que yo habría esperado para un servicio religioso de una fría tarde de domingo. Era encantador.

—Oh —dije, recordando la fecha—, debe ser el primer servicio de Adviento. Eso es hoy, ¿no?

Finn frunció el ceño.

—No tengo ni idea —dijo—, la religión no es lo mío.

—Ni lo mío —sonreí—, pero recuerdo la historia del colegio y mi amiga Eloise solía hablar de la corona de Adviento de Blue Peter, que estaba hecha con perchas, velas y espumillón.

—Eso suena a riesgo de incendio —rio Finn—. ¿Quieres entrar?

—No con Nell —dije—, pero podríamos sentarnos en el porche.

Resultaba acogedor al abrigo del viento y con los sonidos amortiguados del servicio flotando hasta nosotros a través de la pesada puerta de madera.

—Creo que nunca he asistido a un oficio religioso —dijo Finn cuando nos acomodamos como pudimos en el banco de madera.

—¿Nunca?

Yo no había asistido a muchos, pero sabía lo que era un servicio de Pascua y de Adviento.

—No a uno de verdad —resopló—. Pero me encanta la arquitectura de las iglesias —añadió con admiración—. ¿Sabías que Norwich tiene dos catedrales?

—No —dije—, no lo sabía.

—La católica y la anglicana —explicó—. Hay hombres verdes tallados en la anglicana. Quizá te lleve un día y te lo enseñe.

—Eso me gustaría mucho —sonreí, sorprendida de su propuesta.

Entonces nos sentamos en silencio, escuchando la música, y me sentí feliz de que fuéramos a pasar todo el día sin pelearnos.

—Ha sido un buen día, ¿verdad? —dije al final.

—Un gran día —sonrió, inclinándose hacia delante y soplándose en las manos.

No me había dado cuenta de que no llevaba guantes.

—Toma —dije, sujetando la correa de Nell entre las piernas y tendiendo las manos.

Se giró un poco y puso sus manos entre las mías y yo las froté enérgicamente, tratando de hacerlo parecer lo menos íntimo posible.

—¿Qué tal? —pregunté al cabo de unos segundos.

—Mejor —dijo, quitando una, y la metió en el bolsillo, pero no la otra—. Mucho mejor, gracias.

Tragué saliva y seguí mirando su mano en la mía.

—No soy muy bueno en este tipo de cosas, Freya —dijo, agarrando mis dedos.

Teniendo en cuenta cómo se había encogido de hombros ante nuestro beso, no me sorprendía en absoluto oírle admitir eso.

—Y me resulta bastante insoportable cuando todo el mundo insinúa que haríamos buena pareja, como si fuéramos una pareja sacada de una novela de Austen o algo así.

No pude evitar sonreír y le apreté la mano en respuesta.

—Pero me gustas —me dijo—. Me gustas de verdad, quiero decir.

Tardé un minuto en asimilar lo que había dicho. Después de todo, nuestro beso sí debió afectarle.

—Y tú a mí —respondí en voz baja, con la voz un poco entrecortada al darme cuenta de que la atracción no era unidireccional—. Esperaba que dijeras algo así después de lo que pasó en el estudio.

Me arriesgué a mirarlo y descubrí que sus ojos se clavaban en los míos.

—Fue lo que pasó en el estudio lo que me hizo retroceder —dijo entonces—. Sin duda, te habrás dado cuenta de que tengo problemas de confianza, Freya.

Recordé que Zak había dicho que era mercancía dañada.

—Y no puedo arriesgarme a involucrarme con alguien que ya está...

Su explicación terminó abruptamente cuando la puerta de la iglesia se abrió y el porche se llenó de luz. Nell se puso en pie de un salto y ladró, y yo solté la mano de Finn al agarrar su correa. A pesar de estar en un lugar sagrado, maldije para mis adentros, frustrada por la interrupción de nuestro momento y por haber perdido la oportunidad de explicar algunas cosas.

—Hola a los dos —dijo Kate, que salía con la multitud—. ¿Qué hacéis aquí?

—Nell necesitaba dar un paseo —le dije—, y Finn se ofreció amablemente a acompañarme, ya que estaba muy oscuro.

—Hola a los dos —sonrió Luke, mientras alcanzaba a Kate con las chicas a cuestas.

—¿Vais a volver ya? —preguntó Kate.

Finn y yo nos miramos, y Nell se inclinó hacia la puerta y se alejó de la multitud.

—Sí —dije—, supongo que sí.

—En ese caso —dijo Luke, dejando a Jasmine en brazos de Finn antes de levantar a Abigail—, podemos ir juntos, ¿verdad?

Y ahí se acabó todo.

Capítulo 21

Sorprendida por haber oído decir a Finn que yo le gustaba, que le gustaba *de verdad,* y sabiendo que no podía mantener mis sentimientos por él en un plano profesional igual que no podía volar a la luna, empecé la nueva semana decidida a sentarme con él y hablar como es debido, sin interrupciones ni malentendidos. Ya había tenido suficientes para toda la vida.

No tenía ni idea de a dónde iríamos a parar Finn y yo después de aquello, pero al menos podíamos seguir adelante con un borrón y cuenta nueva y una relación basada en unos cimientos firmes y honestos. Por mi parte, al menos. Si decidía o no compartir conmigo las razones por las que tenía problemas de confianza sería cosa suya.

Ese era mi plan. Por desgracia, el tiempo y la vida en general tenían otros planes, y la semana empezó de forma inesperada.

—No te preocupes por venir mañana —le dije a Chloe cuando la llamé el lunes por la noche, y lo mismo le había dicho a Graham ese mismo día—. Esta nieve solo va a endurecerse durante la noche y acabaremos haciendo más mal que bien si nos acercamos al césped, y cavar va a ser imposible.

No había caído mucha nieve, era más una capa de azúcar glas que una capa de «*¿quieres hacer un muñeco de nieve*?», pero con la bajada de las temperaturas, era suficiente para impedir cualquier trabajo al aire libre. Sin embargo, todo estaba precioso y, ciñéndonos a los caminos, Graham y yo habíamos paseado por el jardín haciendo fotos para captar aquella belleza helada y el efecto escarchado.

El viejo quiosco de música tenía un aspecto especialmente encantador, al igual que el propio Prosperous Place, rodeado de un blanco remanso de paz y tranquilidad. El camino más allá de los límites del muro del jardín era más tranquilo y el único canto de pájaros que oímos procedía de un robusto petirrojo, que estaba deseoso de compartir su enfado con el mundo a través de sus estridentes y persistentes arrebatos.

Juntos, con paja traída para las gallinas del Grow-Well, Graham y yo habíamos acurrucado y envuelto los helechos arborescentes y no había mucho más que pudiéramos hacer después de eso, aparte de esperar a que pasara.

—Bueno, si estás segura —dijo Chloe, que ya me había dicho que su colegio estaba cerrado por problemas con la calefacción.

—Lo estoy —insistí—, quédate en casa.

—Para ser sincera, no podría ser en mejor momento. Con mi sesión de confección de coronas prevista para el sábado, es la oportunidad perfecta para ultimar mis planes y asegurarme de que lo tengo todo.

—Ahí lo tienes —sonreí—, aprovéchalo.

—Tengo la intención de hacerlo, y todavía estás dispuesta a ayudarme, ¿no?

—Claro que sí.

Dado lo maravilloso que había sido el primer fin de semana de Winterfest, tenía muchas ganas de que llegara. El sábado ayudaría a Chloe, y tal vez incluso haría algo

para mi propia puerta, y el domingo, Poppy y Mark iban a compartir sus habilidades para hacer encurtidos y pan.

No me había apuntado formalmente, pero Poppy me había llamado para preguntarme si quería una plaza que había quedado libre a cambio de ayudar a recoger. Su amiga Lou, que regentaba una tienda *vintage* cercana, se había ofrecido a ayudar, pero había tenido que dejarlo.

—¿Y cómo están las cosas entre tú y Finn? —preguntó Chloe—. ¿Os las arreglasteis para pasar todo el día del domingo sin pelearos?

—Sí —respondí, pero no entré en detalles sobre nuestra charla en el porche de la iglesia—. Incluso hoy he ido a hablar con él.

—Eso está bien.

—Pero no estaba.

—Oh —dijo ella—. Entonces, no está bien. No creo que estuviera trabajando para su padre hoy. La construcción no puede ser muy divertida con este tiempo, ¿verdad?

—Tan divertida como el jardín —suspiré, esperando que no nos cayera otra nevada pronto.

Aún quedaban muchas cosas por terminar antes de la inauguración oficial del Jardín de Invierno, y las temperaturas bajo cero y el aumento de las nevadas no harían sino entorpecer el calendario.

—Bueno, crucemos los dedos para que haga mejor tiempo —dijo Chloe—, y nos vemos el jueves. Mientras tanto, congráciate con Finn, ¿vale?

No veía cómo podía hacerlo si no lo encontraba, pero al menos su ausencia limitaba nuestra oportunidad de discutir.

—Y no te olvides de poner tu calendario de Adviento —le recordé a mi amiga—. Empieza mañana.

—Es verdad —dijo—, ¿dónde se han ido los meses?

Reflexioné sobre su pregunta mientras colgaba mis dos calendarios. Era asombroso pensar que pudieran ocurrir tantas cosas en tan poco tiempo. Estaba encantada con mi decisión de ser valiente y aceptar la oferta de Luke de mudarme a Nightingale Square. Me encantaba vivir en la casa y trabajar en el jardín, y mis vecinos habían sido más que acogedores.

Apenas llevaba aquí cinco minutos cuando ya me sentía parte de la comunidad, así que mi valentía había merecido la pena, pero seguía echando de menos a Eloise, y aquella mañana no había podido evitar preguntarme si Broad-Meadows se habría despertado con nieve y qué aspecto tendría todo aquello.

La decisión de no seguir visitando la tumba de Eloise había sido difícil, aunque sabía que era lo correcto, sobre todo por Nell, pero también echaba de menos la finca. A menudo me imaginaba las magníficas vistas y los amplios espacios, tanto con nieve como sin ella, pero eso era de esperar, supuse, sobre todo porque no sabía qué estaba ocurriendo. ¿Había vendido ya Jackson el lugar? Y si lo había hecho, ¿pensaban los nuevos propietarios arrasarlo todo?

Nell apretó su fría nariz contra mi mano y le acaricié la cabeza.

—No mires —le dije, y me respondió con un ladrido. Uno de los calendarios era para

ella y estaba lleno de golosinas para perros. El otro era una belleza de tela bordada y cosida a mano que Eloise me había dejado. Los bolsillos eran lo bastante grandes para guardar un bombón envuelto.

—Vaya, mira eso —le dije a Nell mientras desenvolvía un bombón de licor de fresa y me lo metía en la boca—, debo haber cogido uno de más.

No parecía impresionada, pero claro, ella iba a tener exactamente veinticuatro golosinas para perros.

Tal y como esperaba, a la mañana siguiente el suelo estaba helado y, tras dar una vuelta por el jardín y comprobar si Finn estaba en el estudio —no estaba—, Nell y yo nos retiramos al calor del hogar y pasamos el día dentro. Después de comer, estaba haciendo papeleo en la mesa de la cocina cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta.

—Zak —fruncí el ceño—, ¿qué haces aquí?

—Cogiendo hipotermia —se estremeció.

—Lo siento —dije, apartándome rápidamente—, pasa. Se ha levantado viento, ¿verdad?

—Solo un poco —dijo, cruzando el umbral y trayendo consigo un maravilloso olor a aire frío—. Es suficiente para congelarte ahí fuera. Pensaba que el paseo hasta aquí me sentaría bien, pero ahora no estoy tan seguro.

—Apenas hace tiempo para poner ladrillos, ¿verdad?

—Desde luego que no —dijo, señalando con la cabeza la caja de herramientas que sostenía—, por eso creía que sería el momento perfecto para revisar tus tuberías. Las tuberías de la casa, quiero decir, como me pidió Luke. He traído algunas piezas por si surge algo.

—Por supuesto —le dije—. Estás mucho mejor aquí que ahí fuera, y sería bueno hacerlo. Luke sigue preguntando si has tenido la oportunidad de echar un vistazo. Déjame prepararte algo de beber primero para que te descongeles un poco.

Nell estaba encantada de verlo y charlamos tomando té y galletas antes de que se pusiera manos a la obra. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. No creía que hubiera fugas, aunque el grifo de agua fría del lavabo tenía tendencia a gotear.

—Avísame si necesitas algo —grité tras él escaleras arriba.

—Otro té no estaría mal.

Puse la tetera a hervir antes de seguir con el papeleo, pero apenas había empezado cuando llamaron a la puerta. Miré a Nell y puse los ojos en blanco. Tal vez lo mejor sería abandonar el trabajo.

—Finn —me reí cuando abrí la puerta y me encontré de frente con el mayor manojo de varas de sauce—, supongo que eres tú el que está ahí detrás, ¿no?

Me dio un vuelco el corazón al verlo, aunque parecía más un extra de *El hombre de mimbre* que un dios nórdico.

—Así es —confirmó, asomando su amplia sonrisa—. Me preguntaba si servirían para la sesión de confección de coronas de Chloe el sábado.

—Seguro que serían perfectas —le dije—. Serán la base natural ideal. ¿De dónde las has sacado?

Apoyó el fardo contra la pared, asegurándose de que estaba en un lugar donde el viento no lo alcanzaría, y me siguió hasta la cocina.

—He vuelto a ver a mi compañero en Skylark Farm —me dijo, lo que explicaba su ausencia del estudio—, y luego he tenido que ir a Wynthorpe Hall.

—¿Por qué me suena ese nombre? —Fruncí el ceño y cogí otra taza.

—Es el lugar de donde Luke sacó su idea del Winterfest.

—Ah, sí —dije—, lo recuerdo. ¿Qué hacías allí?

—Angus, el patriarca de la familia Connelly que vive allí, quería hablar de un posible encargo. Jake le había enseñado las fotos que le envié de las liebres y los dragones y quería hablar de la posibilidad de crear algo para la sala.

—Vaya, Finn —sonreí, aliviada de que hubiéramos entablado conversación—, es increíble.

—Podría ser. —Tragó saliva—. Si lo consigo.

—Estoy segura de que lo harás —le dije—. Tu trabajo es fenomenal, y con un respaldo de este Angus, realmente podría ser el comienzo de algo, ¿no?

—Pero este es un proyecto mucho mayor. —Frunció el ceño, sin captar mi entusiasmo. Su reserva reflejaba parte de lo que yo había sentido al pensar que había emprendido más de lo que podía manejar con el Jardín de Invierno—. De todos modos, le he prometido presentar algunos bocetos, pero le he advertido que, si quiere seguir adelante, primero tengo que terminar el trabajo para Luke.

—¿Crees que será un problema?

—Oh, no, no le ha importado en absoluto, y cuando le he explicado lo que está pasando aquí con el Winterfest, me ofreció el paquete de varas de sauce para Chloe gratis.

—Suena encantador.

—Todos lo son —rio Finn—, y no solo la familia. Hay un manitas, un cocinero, una ama de llaves, un jardinero y alguien más en la casita de campo. Por lo que he podido ver, son de todas las clases sociales y procedencias. Anna, la pareja de uno de los hijos, me ha dicho que, si vas allí aunque solo sea por unas semanas, lo más probable es que te enamores y no te vayas nunca. Es un lugar de cuento de hadas.

—Igual que aquí —sugerí.

Sentí que me sonrojaba, pero por suerte Finn no pareció darse cuenta. Me refería a enamorarme del lugar y no de alguien que viviera en él. Aún no estaba preparada para admitirlo.

—Sí —dijo Finn, pasándose una mano por el pelo revuelto por el viento—. Puede que Luke no tenga la extensión de terreno que tiene Wynthorpe Hall, pero sin duda está creando el equivalente urbano mágico, ¿no?

—Empieza a parecerlo.

Nos quedamos callados un segundo y deseé que Zak no estuviera trabajando arriba para poder retomar nuestra conversación del domingo. Habría sido el momento perfecto para aclarar las cosas, con la emocionante noticia de Finn y conmigo sintiéndome cómoda en mi propia casa.

—¿Quieres un té o un café? —le ofrecí, sabiendo que nuestra charla tendría que

esperar.

—Café, por favor —dijo Finn—. Hace mucho frío ahí fuera. Me vendría bien entrar en calor.

—¿Y por qué has traído el sauce hasta aquí? —pregunté mientras echaba leche en las tazas—. A Chloe le va a encantar, pero estará mejor en el jardín.

—En realidad, era solo una excusa —dijo roncamente, acercándose a mí.

—Una excusa. —Parpadeé con la respiración entrecortada.

—Sí.

—¿Para qué?

—Para venir a verte.

—¿Necesitabas una?

—Solo pensaba que así sería más fácil aparecer en tu puerta.

—¿Y por qué querías aparecer en mi puerta?

—Para continuar la conversación que empezamos el domingo, por supuesto.

Mi corazón volvió a galopar por todas partes.

—Bueno —dije, tratando de sonar relajada—, no necesitabas una excusa para hacer eso. Podrías haber aparecido sin acompañamiento hortícola.

—Lo intenté antes de irme —dijo poniéndose entrañablemente rojo—, y ni siquiera pasé de la puerta.

—Ya veo —sonreí.

—No te rías —me dijo—. No tiene gracia.

—No me río, solo sonrío.

—Bueno, da igual —dijo, con una sonrisa propia tirando de las comisuras de sus labios carnosos—, me di cuenta de que iba a necesitar una excusa para venir y Angus Connelly amablemente me proporcionó una.

—Y me alegro mucho de que lo haya hecho —le dije, dándole un codazo.

—¿De verdad?

—De verdad —susurré.

—Bueno —suspiró, estirando la mano para colocarme un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja en un gesto que ahora me resultaba dolorosamente familiar—, entonces está bien, ¿no?

Estaba a punto de decirle que estaba más que bien cuando se oyó un golpe en el piso de arriba acompañado de algunos improperios muy groseros.

—Oh —dijo Finn, mirando al techo y dando un paso atrás—, lo siento. No sabía que tenías compañía.

—No la tengo.

El jaleo de arriba sugería lo contrario.

—Bueno —expliqué—, no es compañía compañía.

Los insultos se transformaron en fuertes pisadas y Finn salió al vestíbulo para encontrarse con la fuente del alboroto.

—Hola, hermanito —dijo Zak, que casi había chocado con él en su afán por llegar a la cocina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo —replicó Finn.

Personalmente, me interesaba más saber por qué Zak se había quitado la camiseta.

—Estoy aquí para... —comenzó Zak, pero Finn no esperó a escuchar su explicación.

—Olvídalo —dijo enfadado, empujando y dirigiéndose a la puerta—. Le diré a Chloe lo del sauce.

Salió dando un portazo y haciendo temblar toda la casa. Otra vez.

—Tierra a Freya —dijo Zak, chasqueando los dedos delante de mi cara—. ¿Puedes oírme?

Volví a la tierra con un golpe.

—¿Qué? —pregunté, aturdida.

—¿Dónde está tu llave de paso, cariño?

Capítulo 22

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Chloe con los ojos muy abiertos cuando le conté los detalles de lo que había pasado el martes cuando llegó el jueves.

—Zak bajó corriendo las escaleras, desnudo de cintura para arriba, y se estrelló directamente contra Finn —dije, acunando la cabeza entre las manos.

—No me extraña que pareciera de mal humor cuando me llamó para hablarme del sauce —dijo ella, mirando el bulto que ahora estaba en el despacho, protegido del tiempo que aún soplaba—. Me refiero a Finn.

La nieve había desaparecido por completo y la temperatura había subido un poco, pero era poco probable que Chloe celebrara su sesión del Winterfest en el Grow-Well, como estaba previsto en un principio. Hacer coronas de flores no era la tarea más ordenada, pero iba a tener que celebrarse en el comedor de Prosperous Place si no queríamos que los asistentes se congelaran.

—Al menos, el suelo es de baldosa —le había dicho Luke a Kate cuando le contó lo del cambio de local—, lo que hará que barrer sea más fácil que si la habitación estuviera enmoquetada.

Kate se había mostrado tan insegura ante el razonamiento de Luke como Chloe ante mi descripción de la aparición semidesnuda de Zak en mi cocina.

—Entonces, ¿por qué exactamente se había quitado la camiseta? —preguntó, inclinándose—. No supondrás que estaba planeando atraerte arriba para un poco de...

—No —interrumpí, y ella sonrió—, claro que no.

—¿Y entonces?

—El muy tonto intentaba cambiar una arandela del grifo del lavabo sin cerrar el grifo —dije, pensando en la habitación innecesariamente empapada—. Pensó que podría ser lo bastante rápido para cambiarla, pero incluso con todos esos músculos, no era rival para la presión del agua de la plaza y se encontró con que la válvula de aislamiento estaba atascada.

—¿Y estaba sin camiseta porque...?

—Porque se había empapado de repente, el agua estaba helada y se la había quitado y tirado a la bañera antes de bajar corriendo las escaleras.

—Suena bastante factible. —Chloe se encogió de hombros.

—Claro que lo es —le respondí, aún sin poder verle el lado gracioso—, pero no es lo que pensó Finn. Tendrías que haberle visto la cara.

—Me alegro de no haberlo hecho.

—Echó un vistazo a Zak, hizo lo que supongo era la suposición más lógica y salió por la puerta.

Me molestaba un poco que llegara a una conclusión equivocada, pero estaba dispuesta a pasarlo por alto. Tenía que hacerlo si no quería que volviéramos al punto de partida y me atrevería a decir que yo habría reaccionado exactamente igual si me hubiera presentado en el estudio esperando tener una conversación íntima y me hubiera

encontrado a una chica semidesnuda en el piso.

—Vaya —dijo Chloe—, y justo cuando empezabais a llevaros bien.

—Lo sé —gemí—, eso es lo peor.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Aún no lo sé —le dije—, pero ya se me ocurrirá algo.

Iba a tener que hacerlo si quería volver a sentir los fuertes brazos de Finn rodeándome y el roce de sus labios besando los míos, y *quería* sentir ambas cosas. Puede que intentara convencerme de lo contrario, pero no sirvió de nada. Mi cuerpo dio un estremecimiento involuntario al recordar de nuevo la conmovedora sensación de nuestro abrazo espontáneo.

—¿Estás bien? —preguntó Chloe.

—Sí —dije, aclarándome la garganta y volviendo a centrarme en mi lista de tareas—. Estoy bien. Parece que el viento se cuela bajo esa puerta, ¿no?

Las tiendas volvieron a abrir hasta tarde esa noche y, aunque no había el mismo ambiente del carnaval, Chloe me convenció para que me uniera a ella y a Hannah para una pequeña terapia de compras seguida de una copa en The Dragon.

Nell y yo habíamos estado haciendo avances en nuestros respectivos calendarios de Adviento, pero el espíritu festivo que yo había sentido se había desmoronado ante lo ocurrido con Finn.

Todos mis pensamientos se centraban ahora en encontrar la forma de explicarle por qué Zak había estado sin camiseta en mi casa, así como en elegir el momento adecuado para solucionar nuestros antiguos malentendidos. Si lo conseguía, ¡sería el mejor regalo de Navidad!

—Bien —dije, volviendo de la barra y golpeando tres pintas de Christmas Cracker sobre la mesa—, he tomado una decisión.

—¿Sobre qué? —preguntó Hannah, zampándose el bol de patatas fritas de Chloe.

—Sobre Finn —respondí—. Voy a hacerme cargo de la situación de una vez por todas.

—¿Y cómo vas a hacer eso? —Chloe frunció el ceño, pellizcando una castaña de la bolsa que Hannah había cogido de uno de los puestos de comida de fuera en respuesta al saqueo de patatas fritas.

—Voy a organizar una intervención —dije, bebiendo un trago de la festiva cerveza—. Voy a pillar a Finn solo...

—Imposible —cortó Chloe.

—Así que estamos los dos solos —continué, ignorando su escepticismo—, teléfono fijo desconectado, móvil apagado, puertas cerradas, cortinas cerradas, ese tipo de cosas.

—Oh, sí —asintió Hannah con una sonrisa pícara.

—Y voy a obligarlo a escuchar lo que tengo que decir.

—Supongo que podría funcionar —dijo Chloe.

—Podrías atarlo —rio Hannah, encantada con la idea.

Chloe le dio un fuerte codazo.

—¿Qué? —protestó ella—. Podría llegar a eso.

—No lo hará —dijo Chloe con una sonrisa dibujada en los labios.

Hannah parecía decepcionada y yo no pude evitar reírme antes de beber más de mi pinta. Esta demostración de fuerza proactiva iba a ser la forma correcta de hacerlo; lo sabía.

—Voy a controlar esta situación —les dije a las dos, dejando el vaso en el suelo con un golpe seco—. Se acabaron las tonterías.

—Es la única manera —convino Hannah, pescando otra patata frita.

—En realidad —dijo Chloe, cogiendo una segunda castaña—, creo que podrías tener razón.

Mi conmovedor discurso en el *pub* había avivado mi determinación de llegar a una resolución y, para mi suerte —lo cual debía ser un presagio positivo—, al día siguiente se presentó la oportunidad perfecta para poner en marcha mi contundente plan.

Había terminado de trabajar y estaba cerrando el despacho del jardín cuando oí a Finn dando vueltas en el estudio. Debido al frío, Nell llevaba puestos sus calcetines para perros. En realidad los odiaba, y todavía no se había dado cuenta del bien que le hacían, pero al menos Finn no podría oponerse a tenerla en el estudio si no había barrido. No quería correr el riesgo de llevármela a casa antes de abordarle, por si se largaba antes de que yo volviera.

—Vamos —le dije a Nell, acariciándole la cabeza—. Vamos a hacer esto.

Avancé con decisión los pocos pasos que me separaban del estudio y golpeé la puerta cerrada, sin dejarme tiempo para pensar o analizar lo que iba a decir.

—Freya —dijo Finn cuando abrió la puerta, afortunadamente antes de que me fallara el valor.

—¿Puedo pasar? —pregunté, deslizándome a su lado antes de que pudiera negarse—, y no te preocupes por Nell. Tiene los calcetines puestos, así que sus pies estarán bien.

Tras echar un vistazo a los pies de Nell, que le hizo enarcar las cejas, Finn cerró la puerta y yo me incliné a su lado, deslicé el pestillo, crucé el suelo del estudio y subí corriendo las escaleras que conducían a la sala de estar de arriba.

—Qué demonios —objetó bruscamente, mientras yo subía de dos en dos y no miraba atrás—. ¿Freya?

—No te entretendré ni un minuto —le dije mientras se apresuraba a seguirme—. Te prometo que voy a hacer esto muy rápido.

No me fijé en los detalles de mi entorno, pero «funcional» y «básico» habrían sido las mejores palabras para resumir lo que vi. Las comodidades hogareñas eran escasas y no veía el auricular del teléfono por ninguna parte.

—¿Tienes teléfono fijo? —pregunté.

—¿Qué? —dijo Finn, frunciendo el ceño.

—Un teléfono —repetí mientras repasaba mentalmente mi lista.

No hacía falta correr las cortinas porque estábamos en lo alto y ahora nadie podía entrar porque yo había atrancado la única entrada.

—No —dijo Finn—. No hay teléfono fijo. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Móvil entonces? —dije, sacando el mío del bolsillo de mis vaqueros.

—Sabes que tengo un móvil —dijo Finn, agitando el antiguo modelo antes de que se lo

arrebatara de la mano—. ¡Eh!

—Confía en mí —le dije, sintiendo la adrenalina correr por mis venas mientras marchaba hacia el dormitorio, o el espacio donde estaba la cama—. Voy a ponerlo aquí con el mío, y si suena, ignóralo.

Finn estaba de pie con las manos en las caderas y una expresión poco divertida en el rostro.

—Aquí, Nell —dije suavemente—, acuéstate.

Me ignoró y se metió debajo de la mesa, dando dos vueltas antes de posar la cabeza sobre las patas delanteras.

—Buena chica —la elogié.

Ahora que el escenario estaba preparado, no sabía qué hacer a continuación. La adrenalina inicial empezaba a disminuir, pero no podía rendirme. No cuando había completado la primera fase sin problemas. Quizá no tuviera otra oportunidad.

—¿Quieres sentarte? —le dije a Finn.

—¿Me lo pides o me lo ordenas?

Se sentó en el sofá antes de que pudiera contestarle, con sus largas piernas vaqueras estiradas hacia delante y un brazo apoyado en el respaldo. No era tan imponente sentado. De hecho, parecía casi relajado. Ojalá lo estuviera.

—Mira —dije, poniéndome justo delante de él para asegurarme de que su atención no se desviaba.

—¿Qué tal si voy yo primero? —sugirió.

—Absolutamente no.

Sabía que sonaba grosera, pero no podía arriesgarme a ninguna interrupción. Podía estar ocurriendo en el territorio de Finn, pero esta era mi intervención; mi manera, mis reglas, mis palabras primero.

—Bien —dije—, sé que esto puede parecer poco ortodoxo...

—Un poco —resopló Finn—, ¡casi me has secuestrado en mi propia casa, Freya!

Descarté la imagen de «atado» que tanto le había gustado a Hannah en el *pub*.

—Lo sé —dije—, y lo siento.

—No lo parece.

—Por favor —le supliqué—, por favor, solo escucha, porque estoy aquí para aclarar las cosas entre nosotros de una vez por todas.

Finn asintió y, por suerte, no dijo nada más.

—La semana pasada me dijiste que te gustaba —tragué saliva—, y yo te dije que me gustabas.

Seguramente ahora se preguntaba por qué.

—¿Verdad?

—Sí —confirmó.

—Y también dijiste que tienes problemas de confianza.

Empezó a moverse y levanté una mano para impedir que se levantara.

—No he venido a preguntarte cuáles son porque eso es asunto tuyo, pero lo que sí quiero es rebatir la conclusión que creo que sacaste cuando hablamos de relaciones en el *pub*.

Ahora parecía que había pasado una eternidad.

—Te dije —continué— que había roto mi compromiso en el lugar de la boda y creo que asumiste que había dejado al pobre novio con el corazón roto en el altar.

Finn frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario.

—¿O no? —pregunté, retorciéndome las manos.

—Sí —dijo—, ¿qué otra cosa podía pensar?

—Me atrevería a decir que era una suposición lógica. —Tragué saliva de nuevo—. Pero era errónea. Mi prometido y yo estábamos en el lugar de la boda cuando rompí nuestro compromiso, pero no era el día de nuestra boda, ni de lejos, de hecho, y no fue el acto egoísta por mi parte que estás pensando que fue, en absoluto.

—Continúa.

—El día que ocurrió —le conté, acercándome a una silla de comedor porque me temblaban las piernas—, ambos empezábamos a darnos cuenta de que nuestra supuesta relación romántica se había materializado por el mero hecho de trabajar tan cerca y que seguíamos adelante con una unión que nos beneficiaría profesionalmente, pero que no tenía absolutamente nada que ver con el enamoramiento.

—No lo entiendo.

—Venimos de familias de arquitectos paisajistas muy apreciados y ellas querían algo más que una fusión empresarial. Ya habíamos trabajado juntos con éxito en proyectos de gran repercusión, y nuestros padres, al darse cuenta, aprovecharon la oportunidad para acercarnos. Pensaron que nos estaban dando el empujón que necesitábamos para pasar de lo profesional a lo personal.

—Entiendo. —Finn frunció el ceño.

—Sin embargo —continué, deseosa de asegurarme de que realmente lo entendía—, cuando conocí a Eloise en Broad-Meadows, hablé con ella sobre la relación y me dijo algunas verdades sin rodeos antes de hacerme algunas preguntas. Las respuestas que le di hicieron que se me cayera la venda de los ojos. Me di cuenta de que no estaba enamorada, así que me senté con mi prometido y le conté lo que había descubierto.

—¿Y lo entendió? ¿Estuvo de acuerdo contigo?

—Totalmente —suspiré—. Lo que pensábamos contraer era un matrimonio de conveniencia, una transacción comercial, y en el fondo no era lo que ninguno de los dos quería. Éramos un equipo de ensueño en lo que se refería al trabajo, y fue nuestra compatibilidad profesional lo que nos había seducido hasta hacernos creer que éramos el uno para el otro en el amor, pero no lo éramos.

—Entonces, si fue mutua la decisión de terminar —preguntó Finn—, ¿por qué dijiste que fuiste tú quien rompió el compromiso?

—Porque fui yo quien instigó la ruptura. Como yo quería dejar de trabajar con mis padres y volver a la horticultura más práctica y él quería seguir en la industria, era más fácil explicarlo así. Supongo que se ha quedado así.

—Entiendo —volvió a decir Finn.

—¿Sí? —le imploré—. ¿De verdad?

—Sí —dijo, sus ojos se encontraron con los míos—. De verdad.

Sentí que me invadía un maremoto de alivio, pero aún no podía someterme a él. Aún

había más cosas que quería contarle.

—Eloise fue la persona que me ayudó a reconectar y a encontrar el camino de vuelta a lo que había empezado amando. Ella fue quien me animó a volver a meter las manos en la tierra y desde entonces no he mirado atrás.

—Creo que me hubiera gustado tu amiga, Eloise —sonrió Finn—. Eso me pareció cuando me hablaste de ella.

A ella también le habría gustado él. Sus ingeniosas esculturas habrían encajado a la perfección en Broad-Meadows.

—¿Y tu ex? —preguntó—. ¿Qué está haciendo ahora?

—Oh, Peter está viviendo su sueño —sonreí—. Trabajando en Nueva Zelanda.

—Nueva Zelanda, vaya —suspiró Finn—. Espera, ¿has dicho Peter?

—Sí.

—¿El tipo con el que estabas comprometida se llama Peter?

—Sí —volví a decir—. Fue él quien nos interrumpió... esa vez...

—En el estudio —continuó Finn—, cuando estábamos... besándonos.

—Sí.

—Al que me describiste como nadie.

—Solo lo dije porque no quería que empezara a burlarse de mí —me apresuré a explicar—. Peter y yo seguimos siendo buenos amigos y ya le había hablado de ti para entonces y él pensó que sentía algo por ti.

Finn enarcó las cejas.

—Y tenía razón. —Tragué saliva, con las mejillas encendidas.

Finn sonrió.

—Supongo que todavía estás contento con eso, ¿no?

—¿Con qué parte?

—Con la de sentir algo por ti.

—Claro que sí, joder —rio, encantado de habérmelo hecho decir otra vez—. Y es un alivio saber que tu ex se llama Peter. Has mencionado su nombre más de una vez y empezaba a pensar que podría ser alguien... de ahora.

—Oh —dije, sintiéndome herida.

—No es que te tuviera por alguien que besaría a otra persona cuando ya tiene una relación —prosiguió con rapidez; un arrebato de color inundó de repente su cara y la igualó a la mía—. Pero fui yo quien instigó ese beso y, cuando llegó la llamada de Peter, me sentí tan culpable como el infierno.

Me pregunté si había sido él quien lo había instigado, pero quizá esa fuera una conversación para otro momento.

—¿Por eso has estado fingiendo que nunca ocurrió? —pregunté—. ¿Porque pensabas que no solo había dejado a un novio llorando en el altar, sino que además tenía una especie de relación a distancia?

—No estaba seguro de lo que pensaba, la verdad —admitió, pasándose una mano por el pelo—. En realidad no podía verte como ese tipo de chica, pero lo tenía todo revuelto en mi cabeza. Dicho esto, nunca hubo ninguna duda de que estaba muy enamorado de ti, Freya, pero he tenido una relación difícil, y después de nuestro beso y la llamada de

Peter, pensé que sería mejor para todos si trataba de mantener las cosas entre nosotros en un nivel puramente profesional.

—¿Y ahora? —pregunté, poniéndome de pie de nuevo—. Ahora que sabes que nunca he sido la novia asesina, que estoy soltera y que Peter es un amigo, ¿vas a seguir intentando mantener las cosas en un nivel profesional?

—¿Cómo podría? —dijo, inclinándose hacia delante y tirando de mí hacia su regazo —. Eres irresistible.

Antes de que pudiera decir otra palabra, su boca había cubierto la mía y llovieron más besos apasionados, enérgicos, duros y excitantes. Le devolví el beso con la misma fuerza. Sus manos estaban en mi pelo, mis dedos bajo su camisa y perdí todo sentido de la corrección.

El dique que se había levantado entre nosotros tras nuestro primer abrazo había estallado y no tenía intención de taponarlo. Era hora de dejar a un lado el cóctel de malentendidos y conclusiones que habíamos sacado y empezar de cero. Después de todo, ese había sido el propósito de mi intervención, y los besos de Finn sabían a misión cumplida.

—Ah, y sobre Zak —jadeé, con un cosquilleo en las terminaciones nerviosas.

—¿Tienes que mencionarlo ahora? —gimió Finn.

—Sí —dije, arqueando la espalda cuando sus dedos tocaron mi piel con el más leve de los roces—. Es importante.

—Adelante entonces.

—Solo estaba arreglando un grifo —susurré—. Eso era todo.

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Él me lo dijo.

—¿Él te lo dijo?

—Sí —respondió, apartándose ligeramente—, y si no hubieras venido a buscarme hoy, tenía toda la intención de encontrarte y organizar mi propia intervención.

No pude evitar reírme, pero el sonido pronto cambió a un gemido cuando alguien empezó a martillear la puerta del estudio y mi plan de acción tuvo un final mucho menos intenso que el que me había propuesto.

Capítulo 23

Cuando Finn se hubo arreglado la ropa y bajó corriendo las escaleras, dejándome que me metiera la camisa desaliñada, el martilleo había cesado. Saqué a Nell de debajo de la mesa y lo seguí escaleras abajo.

—Gracias, amigo —lo oí decir antes de que cerrara la puerta y se diera la vuelta con una caja de cartón en la mano—. Entrega que había que firmar —dijo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Quieres volver a subir?

—Mejor no —dije, besándole ligeramente por encima de la caja.

—¿Segura?

—Estoy segura. —Tragué saliva—. Hay cosas por las que merece la pena esperar.

—¿No hemos esperado lo suficiente? —preguntó con un susurro seductor.

—Casi —susurré antes de escabullirme con rapidez por si mi determinación se desmoronaba.

A la mañana siguiente, antes de lo previsto, volví a Prosperous Place con una sonrisa de oreja a oreja de la que no podía deshacerme. No es que me apeteciera mucho, pero si Cloe se daba cuenta de que estaba tan animada un sábado tan temprano, seguro que adivinaba que había organizado mi intervención y sumaba dos más dos, y yo quería evitar sus rápidos cálculos.

Puede que hubiera organizado una intervención con éxito y que Finn y yo nos hubiéramos dado otro beso que nos había hecho temblar las rodillas, pero aún no sabía cuál era el destino de nuestra relación y, por lo tanto, no era el momento de compartir involuntariamente ningún detalle ni de hacerlo público a propósito. Pero resultó que no fue mi sonrisa lo que Chloe notó.

—¿Qué te has hecho en la cara? —Frunció el ceño cuando me encontré con ella tratando de sortear la puerta de Prosperous Place mientras hacía malabares con más suministros para hacer guirnaldas.

Venía equipada con piezas suficientes para adornar todas las puertas en un radio de ocho kilómetros, pero no hice ningún comentario. Había algo en su ceño que sugería que no era solo lo que había visto mal en mi cara lo que lo estaba causando. Estaba claro que mi amiga sentía la presión de lo que le esperaba y, aunque yo sabía que estaría bien cuando empezara la sesión, no parecía dispuesta a escuchar mis palabras tranquilizadoras, por muy amables que fueran.

—Nada —respondí en su lugar, sabiendo exactamente lo que había notado—. ¿Por qué, qué tiene de malo?

—Todo alrededor de tu boca —dijo—, está muy rojo.

—Oh, sí —dijo Luke, que apareció y cogió algunas de las bolsas de los cargados brazos de Chloe—, parece doloroso, Freya.

Sentí que mis mejillas enrojecían tanto como la piel alrededor de mi boca.

—Se me irrita la piel por el viento —dije, usando la cabeza—. Siempre he tenido el

problema; trabajando aquí en la ciudad pensé que me libraría sin ponerme mi crema hidratante habitual, pero parece que no.

Por suerte, la pareja pareció aceptar esta respuesta y ninguno de los dos sugirió el roce de una barba, que era la mayor probabilidad.

—Oh, vaya —dijo Chloe cuando entró en el comedor y encontró el fuego ya encendido y las luces titilando—. Pensé que estaba precioso cuando terminé de prepararlo anoche, Luke, pero esto es maravilloso.

La habitación olía incluso mejor que cuando Lisa y yo la habíamos utilizado, gracias a toda la vegetación adicional que se había dispuesto en montones separados sobre la mesa del comedor. Había largos trozos de hiedra verde, acebo salpicado de las bayas rojas más brillantes y fecundos ramilletes de muérdago. Los cuencos con pequeñas piñas, canela en rama y mandarinas añadían un toque forestal, especiado y cítrico al ambiente, que olía casi como para comérselo.

—Todo esto tiene una pinta increíble —dije, preguntándome si tenía que recordarle a Chloe que dijera a los asistentes que las bayas de muérdago eran venenosas.

—Luke pidió la entrega de la mayor parte —me dijo—. ¿No?

—En realidad, fue más bien Finn —asintió Luke—. Viene todo de la finca Wynthorpe Hall, cerca de Wynbridge, propiedad de la familia Connelly. Suministran parte de la vegetación de temporada para su subasta local de diciembre y, como han tenido un año de abundancia, estuvieron encantados de suministrárnosla a precio de coste después de que Finn mencionara lo que estábamos haciendo hoy aquí a otro amigo que vive cerca.

El amigo era sin duda Jake, de Skylark Farm, y diría que Finn le había mencionado lo de la vegetación que necesitábamos al propio Angus Connelly cuando hablaban del encargo de su escultura. Sentí que me subía la temperatura al oír el nombre de Finn. Si acabábamos juntos, ¡iba a estar en constante peligro de combustión!

—Bien —dije, metiendo la mano en el bolsillo de mi maltrecho Barbour para comprobar la hora en mi teléfono—, dime qué puedo hacer para ayudar.

Mi teléfono no estaba en su lugar habitual y me di cuenta de que debía haberlo dejado en casa de Finn. Eso me daba la excusa perfecta para volver; no es que la necesitara, pero no quería que pensara que lo estaba acosando.

—Creo que un poco de desayuno no sería mala idea —sugirió Luke—. Apuesto a que no has comido todavía, ¿verdad, Chloe?

Después de un copioso desayuno con la familia en la cocina, Luke nos dejó solas, así que repasamos el horario que ella había preparado y revisamos de nuevo sus provisiones.

—Sé que es una tontería estar tan nerviosa —dijo, limpiándose las manos húmedas en los vaqueros—. Y estaba bien hasta esta mañana, pero entonces ha sonado la alarma y me he dado cuenta de lo que me esperaba.

—A mí me pasó lo mismo —sonreí—, pero en cuanto le cojas el ritmo, te irá bien.

La dejé en paz y fui a buscar a Kate para preguntarle si todo el mundo había recogido ya sus hojas preservadas, que yo había enjuagado y separado en bolsas con nombre. Solo quedaba una bolsa y pertenecía a Sara, la joven que se había apuntado para hacerlo todo.

—¿Qué tal, Sara? —le pregunté cuando Chloe hubo registrado a los asistentes del día

y dimos una rápida vuelta por el jardín.

—Muy bien —asintió—. Llevo al día mi diario de la naturaleza y he estado planificando los cuentos infantiles, y un grupo nos reunimos para dar nuestro primer paseo la semana pasada.

—Es estupendo —dije, encantada de que estuvieran cumpliendo la promesa de mantenerse en contacto y hacer cosas juntos durante el invierno.

—Fuimos al lago Whitlingham —me dijo con un escalofrío—. Hacía muchísimo frío, pero nos sentimos mejor gracias al aire fresco y el ejercicio.

—Es fantástico —sonreí, dándome cuenta de que Chloe me hacía señas para llamar mi atención—, me alegro mucho de que hayáis seguido en contacto. Tendré que añadir el lago a mi lista de lugares que visitar.

Finn ya había sugerido una visita a la catedral, quizá le apetecería acompañarnos a Nell y a mí a dar un paseo por Whitlingham. ¿O me estaba adelantando a los acontecimientos al imaginarnos paseando cogidos de la mano, envueltos en bufandas y capas de abrigo, antes de sentarnos a cenar frente a una crepitante chimenea?

—Sin duda, merece la pena echarle un vistazo —sonrió Sara, ajena a mi fantasía junto al fuego—, pero abrígate bien.

Después de ayudar a Chloe —que ya se sentía más segura de sí misma— con la visita, que incluía admirar las liebres en el prado y buscar los dragones en el jardín de helechos, hice de ayudante mientras mi amiga hacía una competente demostración del arte de hacer guirnaldas. Me di cuenta de que todos agradecieron que les echara una mano cuando se dispusieron a retorcer, formar y asegurar las bases de sus coronas.

Mientras me apresuraba a repartir alambre y a ayudar a colocar las varas de sauce, me di cuenta de que era la parte más complicada del proceso y de que se tardaba un rato en hacerlo bien.

—No tiene sentido escatimar en la base —les decía Chloe mientras comprobaba sus progresos—. Pensad en esto como si fueran los cimientos. Cuanto más firme y sólida, mejor será el resultado. El tiempo que dediquéis a esto ahora os reportará beneficios en cuanto a duración y a impresionar a vuestros vecinos.

Una carcajada recorrió el grupo y continuaron con renovado vigor. Cuando nos dispusimos a tomarnos el almuerzo que Carole, Kate y Luke habían estado preparando, y cuyo olor nos hacía rugir el estómago, todos tenían la base firme en la que Chloe había insistido y estaban deseando embellecer sus esfuerzos durante la sesión de la tarde.

—Aquí hay una ya preparada —dijo Chloe, pasándome otra base de su bolsa—. Para ti —sonrió—. Todo el mundo podrá arreglárselas por su cuenta esta tarde, así que igual te apetece hacer una para la puerta de tu casa.

—Oh, gracias, Chloe. —Le devolví la sonrisa y cogí la perfecta guirnalda—. Me encantaría intentarlo.

El almuerzo volvió a consistir en sopa casera y pan de Blossom's, y todos estaban de buen humor sentados alrededor de la gran mesa de la cocina, hablando de sus planes festivos y de cómo el Winterfest de Luke les estaba haciendo ver la estación con nuevos ojos. La expresión de su cara me decía que estaba muy contento y Graham, que se había unido a nosotros para comprobar el cesto de troncos y avivar el fuego, parecía igual de

feliz. Sabía que a él también le estaba gustando el Winterfest, pero era el tiempo que había pasado ayudándome en el jardín lo que de verdad le había dado un sentido a su vida.

—Tienes visita —dijo, dirigiéndose hacia mí.

Seguí su mirada y vi a Finn en la puerta, con un gran ramo de eucalipto en la mano. Había tanto ruido en la cocina que no lo había oído entrar. Chloe lo vio al mismo tiempo y fue a levantarse.

—Yo me lo llevo —le dije, refiriéndome a la vegetación extra—, tú termina de almorzar.

Me dedicó una sonrisa cómplice que fingí no ver.

—No pude comer mucho el día que trabajé con Lisa y me sentí un poco mal —añadí con rapidez, más para justificar mi prisa por pasar un momento con Finn que porque me preocupara su nivel de azúcar en sangre.

—Por supuesto —sonrió, volviendo a centrar su atención en la señora sentada a su lado.

Finn me siguió hasta el comedor, dejó los tallos sobre la mesa y enseguida me estrechó entre sus brazos. Me alegré de que tuviera tantas ganas de verme como yo de verlo a él.

—Y yo que pensaba que el hecho de que aparecieras por aquí no era más que para traernos provisiones —me reí una vez que nos hubimos dado un cálido beso.

Fue un saludo realmente maravilloso, aunque arriesgado. Cualquiera podría haber entrado, pero, con ojos solo para el otro, no habíamos pensado ni en cerrar la puerta.

—No he podido dejar de pensar en ti, Freya —dijo con la voz ronca, lo que tuvo el efecto de debilitarme las rodillas de nuevo y que tuviera que abrazarme con más fuerza —, y tampoco estoy hablando solo de después de anoche. Te he tenido presente desde el momento en que te vi por primera vez.

—Que me gritaste, querrás decir —le recordé con descaro, y volvió a besarme—. Yo también te he tenido presente. Un poco.

—Un poco —rio, soltándome.

—Vale, mucho —admití—. Y esperaba verte hoy.

—¿Qué tal si voy a tu casa esta noche, cuando termines aquí, y pedimos la cena? — sugirió.

No sabía si era cenar lo que me apetecería.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —dijo, lo que me dejó sin aliento—. Es importante.

Eso no sonaba nada prometedor.

—De acuerdo. —Esperaba que no fuera otra complicación que detuviera nuestro progreso romántico—. Te veo esta noche.

—No pongas esa cara —sonrió—, no es nada malo.

Eso era un alivio.

—Promételo —susurré.

—Palabra de explorador —rio—. Y si me das tus llaves, iré a ver a Nell si quieres. Para sacarla un rato al jardín si no tienes tiempo.

—Gracias —dije, cogiendo mi abrigo—. Ya casi se ha acabado el descanso, así que te

lo agradecería.

Sabía que a Nell aún no le gustaba mucho Finn, así que esta podría ser una oportunidad ideal para que ambos estrecharan lazos sin que yo anduviera merodeando y molestando.

—Ah, y casi se me olvida —dijo Finn, sacando mi teléfono del bolsillo—, te dejaste esto en el piso.

El sonido de alguien aclarándose la garganta llamó nuestra atención y casi se me cayó el teléfono cuando me lo entregó y nos separamos de un salto.

—Irritación por el viento, y una mierda —se rio Chloe, mirando del uno al otro.

A pesar de mi preocupación por saber cómo les iba a Finn y Nell y de qué quería hablarme, conseguí serle útil a Chloe y hacer una corona muy bonita para la puerta de casa.

Todos quedaron encantados con su trabajo y se marcharon felizmente cargados de coronas que prometieron fotografiar una vez colocadas y compartir en redes, etiquetando a Luke y al Winterfest, lo que le hizo muy feliz.

—No ha sobrado tanto como pensaba —le dije a Chloe mientras barríamos y ordenábamos—. Creía que tenías demasiadas cosas, pero no era así.

—No —dijo—, menos mal. No quería que nadie tuviera que escatimar.

Junté unas ramitas de canela y una mandarina parcialmente cubierta de clavo y las añadí a los trozos que Chloe me había dicho que podía utilizar.

—Será mejor que te marches —dijo—. Tienes que ayudar a Poppy y a Mark mañana, ¿no?

—Sí —dije, ahogando un bostezo—, así es.

—Estarás destrozada para el lunes.

—Por eso le doy el día libre —dijo Luke, que había vuelto para ayudar.

—No, está bien —le dije, encogiéndome de hombros ante la sugerencia, aunque era bastante atractiva.

—Insisto —dijo con firmeza—. Por lo que parece, no va a hacer buen tiempo para la jardinería. De hecho, tómate el lunes y el martes libres, y Chloe, tú vienes el jueves de la semana que viene. Las dos habéis estado a tope y os lo agradezco de verdad.

—Pero aún hay mucho que hacer antes de la inauguración del Jardín de Invierno —protesté, pero no quiso escucharme.

—Ahora tienes un par de manos extra gracias a Graham, y fuiste tú la que me dijo que iba a ser un trabajo en constante progreso, ¿no?

—Esa fui yo, sí —admití.

—Pues ahí lo tienes.

No se dejó convencer y me fui a casa con ganas de empezar la semana con un poco de pereza y de que llegara la noche. Lo único que entorpecía mi humor era la insistencia de Finn en que tenía algo que contarme. Esperaba que no fuera nada que nos hiciera perder el rumbo de nuevo.

Capítulo 24

Nell estaba de buen humor cuando llegué a casa y abrí la puerta, después de haber colgado mi bonita corona en un gancho que había aparecido convenientemente en algún momento de la tarde. Supuse que había sido obra de Finn. También supuse que Nell estaba tan contenta porque alguien —Finn otra vez— había sido demasiado generoso con las golosinas que yo solía reservar para los paseos en los que sabía que iba a poner a prueba su memoria. No es que me importara. Estaba claro que se había empeñado en hacer un esfuerzo con ella y yo creía que ahora lo querría para siempre.

Acababa de sumergirme en un baño de burbujas caliente cuando mi teléfono recibió un mensaje en varias partes que decía que estaría conmigo en media hora, que ya había fregado los platos y que traería comida china. No estaba segura de si su decrépito teléfono era la causa de que el mensaje llegara en trozos separados o si Finn era más hábil manejando herramientas manuales que enviando mensajes de texto, pero en realidad no importaba.

—No sabía qué te apetecía —me dijo cuando abrí la puerta—, así que traigo un poco de todo.

—No soy exigente —le dije, resistiendo el impulso de señalar que, si le preocupaba eso, podría haber venido con las manos vacías y yo habría sido igual de feliz.

Ninguno de los dos quería sentarse en la cocina, así que lo pusimos todo en la mesa de centro del salón y nos sumergimos en los recipientes con las bandejas sobre el regazo.

—Esto está buenísimo —dije—. No recuerdo la última vez que comí comida para llevar en casa.

—Este lugar está calle arriba —me dijo Finn—. A dos puertas de The Dragon.

—Todavía no me hago a la idea de lo cerca que está todo —me reí—. Cuando vivía en Broad-Meadows, no había ni reparto a domicilio ni tiendas cercanas a las que acercarse para comprar un litro de leche.

—¿Te importaba?

—No —dije, recordando lo bonito que era el lugar, aunque estuviera bastante aislado —, no en ese momento. Pero podría acostumbrarme a esto.

—Tendremos que convertirlo en un hábito —sonrió, inclinándose para rellenarme el vaso de cola.

—Me gustaría —le respondí sonriendo.

Me estaba enamorando de verdad de aquel tipo y esperaba que lo que fuera que se disponía a decirme no me hiciera caer de bruces contra la tierra. Me gustaba la sensación de caminar sobre el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó, y su sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Parecías muy feliz hace un segundo —dijo, fijándose en mi expresión—, pero luego tu cara ha cambiado y ahora pareces triste.

—Me preocupa lo que me vas a decir —dije, encontrándome con su mirada.

Llevábamos tanto tiempo sin decirnos las cosas que no quería perder más tiempo ocultando nuestros sentimientos o fingiendo que todo iba bien cuando no era así.

—Ya sabía que te preocuparías —suspiró—. No debería haberlo mencionado antes. Vamos —dijo, cogiendo mi plato—, voy a dejar todo esto en la cocina y luego te lo cuento.

Me senté frente a él, con las piernas recogidas y el pelo húmedo suelto de la cinta con la que me lo había atado mientras comía. El peso cayó alrededor de mi cara y me lo pasé por detrás de las orejas. Sentía que ya se estaba rizando sin control, pero eso no era nada nuevo.

—No iba a decirte nada de esto —empezó Finn—, pero después de lo que hiciste y dijiste anoche, y de lo que pasó después de que lo hubieras hecho, fui más consciente que nunca de que me estoy enamorando de ti, Freya, y para poder hacerlo como es debido, hay algo que necesito compartir contigo, aunque me duela hacerlo.

—Vale —susurré.

—Y Zak dijo que debería.

—¿Zak?

—Lo sé —dijo, mirándome y negando con la cabeza—. ¿Quién iba a pensar que el grano en el culo podría ofrecer buenos consejos?

—¿Buenos consejos?

—Vale —concedió Finn—, quizá no consejos, pero sí algunas verdades caseras dichas sin rodeos.

Los dos sonreímos y sentí cómo se disipaba parte de la tensión que se había ido acumulando.

—Dijo que te debía una explicación de por qué pensé lo peor de ti cuando supuse que habías plantado a alguien en el altar.

—Bueno —dije—, eso no necesita explicación. Dejar plantado a alguien en el altar sería una mierda.

—Ya sé que es una mierda —dijo con una sonrisa de pesar.

—¿Cómo? —pregunté en voz baja, aunque sus palabras prácticamente garantizaban que lo había adivinado.

—Porque yo fui el triste desgraciado que esperaba a la novia que había cambiado de opinión, pero ella no había reunido el valor suficiente para decírmelo antes de estar de pie delante de familiares y amigos en una lejana playa bañada por el sol.

Sí, eso era justo lo que me imaginaba que iba a decir. Aparte de lo de la playa. No tenía a Finn como un tipo de casarse al aire libre en absoluto.

—Oh, Finn. —Respiré, intentando no imaginarme su angustia y humillación.

—No es de extrañar que tenga problemas de confianza, ¿verdad? —dijo bruscamente.

—Sobre todo —suspiré—, cuando llega una chica que te gusta, pero que crees que le ha hecho a otro lo mismo que te han hecho a ti, ¿no?

—Más o menos —dijo, entrelazando los dedos y mordiéndose el labio—. Siento haber llegado a esa conclusión, Freya.

—No pasa nada —le dije, porque no podía echárselo en cara cuando lo que había dicho en el *pub* había dado a entender que eso era lo que había hecho—. Y, por favor, no

te sientas obligado a decir nada más sobre lo que te pasó.

—Pero quiero —insistió—. Quiero que lo sepas todo. Creo que es importante que lo sepas.

Entonces procedió a explicar cómo había conocido a esa chica e iniciado una relación con ella mientras construía una ampliación en la propiedad en la que vivía.

—Me dijo que el dueño del local era su tío. Solo lo vi una vez y, dada su edad, era totalmente creíble, pero después de que me dejara en el altar, descubrí que había sido su pareja. Resulta que había tenido unos cuantos hombres mayores en su vida.

—¿Nadie adivinó su relación mientras hacías las obras?

—No. —Se encogió de hombros—. Estábamos allí para construir una ampliación, no para conocer los entresijos de las relaciones del cliente. Además, el tipo nunca estaba cerca cuando estábamos nosotros, y Erica nunca hizo ni dijo nada que levantara sospechas.

—Pero ella debía quererte —señalé, solo defendiéndola para salvar los sentimientos de Finn—, de lo contrario, no habría aceptado casarse contigo, ¿no?

—Ah, no, ella no me quería —rio Finn.

—Entonces, ¿por qué...?

—Ella pensaba que yo iba a heredar el negocio de mi padre —cortó él—. Había estado mirando la cartera familiar y supuso que yo iba a recibir un futuro seguro y rico.

—Entonces, si sabías eso, ¿por qué querías casarte con ella?

—No supe que había puesto sus ojos en la fortuna familiar hasta después de su desaparición.

—Ya veo. —Tragué saliva—. ¿No le habías hablado de tu ambición de convertirte en artista a tiempo completo?

—Lo había hecho —asintió—, pero Erica solo escuchaba lo que quería oír y dijo que mi plan de ganarme la vida con mis esculturas era solo una fase.

—¿Qué demonios hizo que te enamoraras de ella? —Fruncí el ceño—. No parece que tuvierais gran cosa en común.

—No estaba enamorado de ella —se apresuró a decir—. Ahora lo sé.

—Entonces, ¿qué te atrajo de ella? ¿Qué te hizo querer casarte con ella? Debía tener algo a su favor si estabas dispuesto a comprometerte de por vida.

La relación entre Peter y yo había girado en torno a los negocios y las relaciones laborales, pero estaba claro que no era el caso de Finn y Erica.

—Si he de ser sincero —dijo, agachando la cabeza—, tengo que admitir que se trataba de un juego de superioridad. Tener en mi vida a alguien a quien quería otra persona. Alguien que realmente creía que me había elegido a mí antes que a él.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Zak —dijo, dejando escapar un largo suspiro—. Fue la forma en que Erica hablaba con Zak lo que hizo que me fijara en ella.

En cuanto dijo esas palabras, todo quedó claro.

—Siempre le estaba menospreciando e ignorando su atención en favor de la mía. Por primera vez en mi vida tenía algo que él quería, algo que no podía quitarme. Sobre eso construí los cimientos de nuestra relación.

—Ya veo.

—Sé que no era sano y sé lo horrible que eso me hace parecer —prosiguió Finn—, pero así eran las cosas. Solo estoy siendo honesto contigo.

—Créeme —le dije—, no te estoy juzgando. Peter y yo apenas teníamos los cimientos adecuados para construir una relación romántica, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Entonces, ¿qué pasó después?

—Bueno, casi antes de darme cuenta, me había declarado y la fecha estaba fijada. Zak intentó advertirme, pero no le hice caso y supuse que estaba celoso. Sin embargo, la noche antes de la boda tuve una muestra de lo que estaba por venir, aunque no lo vi. Erica y yo volvimos a discutir sobre mis planes de dejar el negocio.

—¿Todavía no aceptaba tu decisión?

—Para empezar no, pero antes de salir de la habitación se disculpó por no haberme tomado en serio, lo cual fue un *shock* porque nunca pedía perdón por nada, y luego prometió hacer todo lo posible para hacerme feliz.

—Y al día siguiente, te dejó en el altar —dije, negando con la cabeza.

—Exacto —dijo Finn; su tono era de repente más ligero—. Así que al final salió bien.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, lo he pensado más racionalmente, y ella cumplió su promesa, ¿no? Puede que me sintiera como el tonto más grande esperando a una novia que nunca iba a llegar, pero, al fin y al cabo, ella hizo todo lo necesario para hacerme feliz: no se casó conmigo.

Debía ser el giro más positivo que había oído en mi vida.

—Supongo que...

—Y ahora —dijo Finn, haciendo que tanto Nell como yo nos sobresaltáramos cuando se levantó y salió corriendo de la habitación—, quiero celebrarlo.

Reapareció rápidamente, con una botella de champán en una cubitera y dos copas.

—¿De dónde has sacado eso? —Jadeé mientras descorchaba.

—Lo he traído esta tarde y lo he escondido en el armario de debajo de la escalera —sonrió—. Por cierto, ¿estás usando ese armario? Está lleno de cosas.

—Sí —afirmé con orgullo—. Creo que por fin he vencido mis demonios de claustrofobia, o al menos algunos de ellos.

Aun así, me aseguraba de que la puerta estuviera bien abierta antes de apilar mis cosas dentro.

—Pero eso no importa ahora —dije, sacudiendo la cabeza—, hablabas del champán.

—Lo he estado guardando para el momento perfecto.

—Y esto es todo, ¿verdad? —reí—. ¿Por qué brindamos exactamente?

Chocamos las copas y me miró con atención.

—Bueno —dijo—, me gustaría brindar por Erica.

Alcé las cejas, lo que le hizo reír.

—Porque —se apresuró a explicar—, si ella no me hubiera abandonado, yo no me habría enterado de que existía Prosperous Place, ni tú, y eso habría sido una tragedia. El abandono de Erica me ayudó a encontrar el valor para convertirme en el hombre que soy hoy, y estoy muy agradecido por ello.

—Cuando lo pintas así —volví a reír—, siento que debería ser yo quien hiciera ese brindis.

—Pensaba que querrías brindar por Eloise —sonrió Finn.

Noté que las orejas de Nell se agitaban al oír el nombre de su antigua ama.

—Si no hubiera sido por ella, quizá habrías seguido adelante con una boda desastrosa y tampoco habrías llegado a Nightingale Square.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad.

—Por Eloise —dije, levantando mi copa—. Y Peter, porque también se salvó de un matrimonio miserable.

Me preguntaba qué diría cuando le contara que había tenido razón sobre lo que sentía por Finn.

—Por Erica, Eloise y Peter —dijo Finn, uniéndose a mí en el sofá, y me besó antes de beberse la copa de dos tragos.

—Gracias a Dios por la oportuna intervención de Erica y Eloise en nuestras vidas —añadí, antes de vaciar mi copa para que coincidiera con la suya.

Lo que ocurrió después es un poco confuso. Lo que sí sé es que vaciamos la botella mucho más rápido de lo que la persona que la había preparado con tanto cariño habría considerado respetuoso, y recuerdo que nos besuqueamos en el sofá. También recuerdo que me desperté poco después de las dos de la madrugada del domingo con un retortijón en el cuello y me di cuenta de que Finn se había ido, pero me había tapado con la manta del sofá para evitar el frío de la noche.

Subí las escaleras hasta la cama, satisfecha de haber terminado el día con un buen sabor de boca y sintiéndome más feliz que nunca desde que me mudé a Nightingale Square.

Capítulo 25

Aturdida, golpeé el despertador con la mano, pero el ruido no cesó. Mi cerebro tardó unos segundos en darse cuenta de que no era un día laborable por la mañana y de que la cacofonía a la que estaba siendo sometida procedía de mi teléfono, no de mi reloj. Gruñendo, me tapé la cabeza con la almohada e intenté dormirme de nuevo, pero fue inútil. Nell daba zarpazos al edredón; necesitaba salir y yo estaba lo bastante despierta como para darme cuenta de que me latía la cabeza.

—Oh, por el amor de Dios —gemí, mirándome en el espejo del armario mientras me ponía la bata y me dirigía al baño.

Mi pelo estaba absolutamente enmarañado y no tenía ni idea de qué iba a hacer para domarlo. Se suponía que tenía que ayudar a Poppy y Mark con su sesión del Winterfest, pero no había manera de que pudiera hacerlo con esa mata rebelde en mi cabeza. Era una pesadilla para la salud y la seguridad públicas, y tendría que solucionarlo antes de acercarme a la cocina de Prosperous Place.

—Venga, vamos —animé a Nell, dejándola bajar las escaleras delante de mí por miedo a tropezar con ella.

Salimos al jardín, revisé las plantas de Broad-Meadows que crecían en el porche, encendí la tetera —cuyo pitido fue un asalto a mis tímpanos—, metí pan en la tostadora y me tragué dos analgésicos.

Miré de forma acusadora la botella vacía de champán que era la causa de mi resaca, pero entonces recordé haber besado a Finn y parte del dolor de mi cráneo retrocedió y la pesadez de mi pelo se aligeró un poco. Me pregunté si él se sentiría tan mal como yo. Probablemente no, dado su tamaño, y desde luego todavía no, porque no tenía una Nell a la que atender y sin duda seguía durmiendo.

Volví a oír el teléfono en el piso de arriba y supe que sería mamá. En lugar de apresurarme a contestar, me obligué a tragar unos cuantos bocados de tostada para evitar las náuseas y esperé a que volviera a llamar.

—Buenos días, mamá —le dije alegremente, decidida a no darle ni la más mínima señal de que algo iba mal cuando llamó por tercera vez—. ¿Cómo estás?

—Soy Peter, en realidad, y estoy muy muy bien.

—Peter —me reí, recordándome que comprobar el identificador de llamadas nunca era mala idea—. Suenas muy alegre.

—Estoy un poco achispado —hipó.

Miré el reloj de la pared.

—¿A las seis de la tarde? ¿Tengo bien la diferencia horaria?

—Pues sí —me dijo, y pude imaginármelo asintiendo aturdido—, hemos tenido un almuerzo muy largo y lo estamos celebrando.

—¿Celebrando qué exactamente?

—¡Le pedí a Rebecca que se casara conmigo y dijo que sí! Ella era la hermosa mujer a la que estaba cortejando cuando me llamaste, ¿recuerdas?

—Es una noticia fantástica —sonreí, esperando no haber interrumpido algo más que una comida fuera. Habría sido horrible que se estuviera preparando para proponerle matrimonio y se viera interrumpido por una llamada de una ex—. Felicidades a los dos. Me alegro mucho por vosotros.

—Vendrás a la boda, ¿verdad?

—Haré lo que pueda —prometí—. ¿Dónde está Rebecca ahora?

—Está llamando a sus padres. Yo se lo he dicho a los míos hace un rato.

Me halagaba figurar tan arriba en su lista de personas a las que llamar.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó—. ¿Alguna alegría con ese Finn?

—Muchas —sonreí, pensando en la noche anterior.

—¿En serio? —dijo Peter, sonando merecidamente engreído—. Entonces, ¿tenía razón?

—Resulta que sí.

—¡Lo sabía!

—Ya lo sé —dije, sacudiendo la cabeza y arrepintiéndome—, ahora, ve a buscar a tu prometida. Volveremos a charlar pronto, ¿vale?

—De acuerdo —aceptó.

—Felicidades —volví a decir, pero el tonto achispado ya había colgado.

Apenas había colgado el teléfono cuando volvió a sonar. Esta vez lo comprobé y era mamá.

—Buenos días, mamá —dije, más alegre que antes, animada como estaba por las maravillosas noticias de Peter—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias, Freya —dijo—, pero ¿qué te pasa? Suenas ronca.

—Me he resfriado —respondí; me divertía que Peter no se hubiera dado cuenta, y agradecía que estuviera a kilómetros de distancia y no pudiera ver mi estado de resaca —. Ya casi se me ha pasado —resoplé para demostrarlo mientras rebuscaba en mi cajón de accesorios para el pelo—. Solo me ha quedado un poco de mala leche. ¿Qué tal estáis papá y tú?

—Ocupados —dijo, como yo sabía que haría.

Ella y papá *siempre estaban* ocupados.

—Y tengo noticias —añadió.

—Si se trata de Jackson y Broad-Meadows, no quiero oírlo —interrumpí.

—No hay necesidad de ser grosera —dijo mamá—. Tengo noticias sobre Broad-Meadows, y muchas, porque no me dejaste contártelas la última vez que hablamos, pero en realidad te llamo por Peter.

—Peter —repetí, intentando no sonreír, porque ya sabía lo que iba a contarme.

—Es un poco delicado —continuó mamá—, sobre todo si aún sientes algo por él. No sientes nada ya, ¿verdad, cariño?

—Nada de lo que estás insinuando —dije—. Y sabes que nunca lo hice. Pensaba que habíamos aclarado eso hace mucho tiempo.

—Bueno, mientras lo digas de verdad y no lo digas por decir —continuó, para mi irritación—, entonces eso ya es algo, supongo.

—Escúpelo, mamá, por el amor de Dios —la incité, espoleada por el reloj de la mesilla

de noche, que parecía haberse adelantado al menos media hora.

—Está prometido.

Acompañó las dos palabras con un suspiro de tal magnitud que debió aspirar hasta la última gota de aire de su órbita para soltarlo de forma tan dramática.

—Bueno, es una noticia maravillosa —dije, feliz.

No tenía intención de decirle que ya lo sabía. De hecho, que me lo hubiese dicho él mismo solo provocaría un aluvión de preguntas.

—Si tú lo dices.

—Por supuesto que sí —respondí con una sonrisa muy genuina—, estoy absolutamente encantada por él. ¿Sabes cómo se llama su prometida? Tendré que enviarle una tarjeta.

—Es Rebecca —dijo mamá con ligereza—. Ni idea de cuál es su apellido. Los padres de Peter han llamado antes con la noticia, pero no han dicho quién era. Seguro que no es nadie importante.

—Bueno —dije, irritándome de nuevo—, ella es muy importante para Peter, ¿no? Si no, no le habría pedido que se casara con él. Y eso es lo que importa.

—Supongo.

Me quedé callada un momento, imaginando a Peter feliz y borracho en Nueva Zelanda, y mi cabeza palpitante se calmó un poco. No estaba segura de si eran los analgésicos o si yo también seguía borracha —de amor, claro—, pero, fuera lo que fuese, me alegraba por él y por mí. El año iba a terminar bien para los dos. Si alguien me lo hubiera dicho unos meses antes, no me lo habría creído.

Por desgracia, mamá malinterpretó mi momentánea tranquilidad como decepción.

—Oh, estás disgustada —se compadeció—. No debería haber dicho nada.

Su voz se desvaneció y supe que le estaba diciendo algo a papá, que, como siempre en estas llamadas de domingo por la mañana, permanecía en segundo plano.

—¿Freya? —llegó su voz.

Parecía preocupado y me atrevería a decir que mamá le había dicho que me había desmayado y que estaba teniendo una crisis.

—Hola, papá —sonreí—. Supongo que mamá...

—Acabamos de ponerte en altavoz —cortó, salvando mi sonrojo—. Sentimos lo de Peter —continuó.

—Pues no lo sientas —dije, pensando en Finn—, porque yo no lo siento. Estoy feliz por él. Verdaderamente encantada.

Si Peter estaba tan enamorado como yo, entonces se sentía muy feliz y nadie podría desearle nada mejor a un tipo tan adorable. Puede que no fuéramos el uno para el otro, pero yo estaba realmente encantada de que hubiera encontrado a Rebecca.

—Eso está bien entonces —dijo papá, aliviado—. Y no te preocupes, encontrarás a alguien. No estarás sola para siempre.

—Déjame contarle lo de los planes de Jackson —oí susurrar a mamá en voz alta—, eso podría ayudar.

—Gracias, papá —dije, y luego, en un intento desesperado por disuadirla, solté—: Pero, en realidad, no estoy sola. He encontrado a alguien.

Mamá chilló y se oyeron forcejeos cuando recuperó innecesariamente el control del teléfono.

—¿Qué ha sido eso, Freya? —se abalanzó—. ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que he conocido a alguien —sonreí—. Tengo una relación, mamá. Una maravillosa con un hombre del que estoy muy enamorada.

Sabía que debería habérselo mencionado a Finn antes que a mis padres, pero, rebosante de felicidad por Peter, quería gritar mis propios sentimientos. Dicho esto, sabía que iba a arrepentirme de habérselos gritado a mamá, porque seguro que no dejaría de acosarme para que le diera detalles.

—Bueno —dijo—, es una noticia encantadora.

En sus labios no sonaba como si fuera una noticia encantadora.

—Entonces, ¿cuándo vamos a conocer a ese hombre del que estás tan enamorada?

Eso no iba a ocurrir pronto.

—¿Estará en la inauguración del Jardín de Invierno?

Había olvidado que ella y papá venían a eso.

—No —mentí, cruzando los dedos—, no tiene nada que ver con el jardín.

—¿No?

—No —volví a mentir mientras la cabeza empezaba a golpetear de nuevo—. Mira, mamá, siento mucho interrumpirte, pero hoy estoy trabajando, así que...

—¿Un domingo?

—Sí, con un evento Winterfest en Prosperous Place, así que tengo que prepararme.

—Pero aún no te he hablado de Broad-Meadows —dijo, decepcionada.

—Sabes que no quiero oír hablar de Broad-Meadows —le recordé secamente—. Pero necesito seguir con lo que estaba haciendo. Volveremos a hablar pronto.

Y con papá gritando adiós de fondo, terminé la llamada.

Como Helena Bonham Carter en 1985, me las arreglé para recogerme el pelo, acomodar a Nell y llegar a Prosperous Place justo cuando Poppy y Mark daban la bienvenida a todo el mundo a un día de «paraíso gastronómico estacional y gratificante».

—¿Estás bien? —preguntó Poppy mientras yo ayudaba a distribuir los ingredientes que iban a ser transformados en su encurtido.

Me sentía bien al aire libre, pero el olor avinagrado que ya llenaba la cocina me revolvió un poco el estómago.

—Pareces un poco pálida —comentó Mark, arqueando una ceja desde su lado de la mesa.

—Estoy bien —les dije.

—Resaca de sábado noche —dijeron juntos con una risita.

—¿Cómo lo sabéis? —dije con mala cara, sabiendo que negarlo era inútil.

—Muestras todos los signos clásicos —bromeó Mark, claramente encantado de que sus habilidades de observación y las de Poppy estuvieran a la altura—. Este vinagre debe estar haciendo estragos con...

—No —interrumpí, y tragué saliva.

—Curiosamente —continuó Poppy donde Mark lo había dejado—, he visto a Finn

antes y también estaba un poco verde. ¿Coincidencia?

—Debe ser —resoplé.

—Hablando del diablo —dijo Mark, señalando la puerta con la cabeza.

—Finn —suspiré, su nombre escapó de mis labios antes de que pudiera detenerlo—. Vuelvo enseguida —le dije a la pareja terrible mientras Finn me hacía señas para que me acercara.

—Tómate tu tiempo —dijeron, de nuevo en perfecta sincronía.

Finn me cogió de la mano y me llevó de vuelta al pasillo junto a la cocina.

—Me lo pasé muy bien anoche —me dijo, estrechándome entre sus brazos, una vez hubo comprobado que no había nadie más.

—Yo también —respondí, recostando la cabeza contra su pecho ancho y encantada de que, gracias a una intervención oportuna, un poco de intercambio secreto y una buena dosis de honestidad, nuestra relación se hubiera transformado por completo—. Pero ¿solo nos bebimos una botella? —pregunté, mirándolo—, porque esta mañana tengo una resaca del demonio.

—Solo fue una —rio; el sonido resonó en su pecho—, y yo también lo estoy sintiendo un poco.

Dado su tamaño, era una sorpresa. Había supuesto que su corpulencia física lo habría hecho inmune a los golpes en la cabeza y a la agitada barriga que yo estaba soportando.

—Y no es lo que necesito hoy —añadió—. Tengo que estar en plena forma.

—¿Por qué? ¿Qué tienes planeado?

—Cena de domingo con la familia.

—¿Vas a ir?

Lo último que había sabido era que había renunciado para siempre a los domingos con la familia.

—Sí —dijo, inflando las mejillas—. Zak me convenció. Pero le he dicho que, si papá hace siquiera el amago de quejarse de mí, me largo.

—Bueno, buena suerte —sonreí, acercándome para besarle y esperando que el cambio de personalidad de Zak garantizara que se pusiera de parte de Finn si había algún problema—. He tenido mi dosis semanal de familia esta mañana. Tratar de encontrar lo correcto para decirle a mamá es agotador.

—Pobre de ti —dijo, y me devolvió el beso—. ¿Acertaste con lo que tenías que decir?

Puesto que ya estaba estresado por la perspectiva de cenar con su padre, no creí que fuera el momento adecuado para decirle que les había dicho a mis padres que estaba enamorada de él.

—Te lo contaré más tarde —dije. Entonces también le contaría las noticias de Peter—. Será mejor que vuelva a la cocina. Mark está preparando algo de masa que quiere que yo golpee.

—Antes tú que yo. —Finn puso una mueca—. Vendré a verte al jardín mañana, ¿de acuerdo?

—Oh, no estaré allí —dije, recordándolo de repente—. Tengo mañana y el martes libres.

—En ese caso —dijo—, ¿qué tal si los pasamos juntos? Podría llevarte a la catedral,

como te propuse, y hay un mercado de Navidad en el centro de la ciudad. También podemos echar un vistazo, si te apetece.

Me apetecía mucho y volví a la cocina con paso ligero, con la resaca prácticamente olvidada y sintiéndome animada para el maratón de encurtidos y pan.

Capítulo 26

A la mañana siguiente, me levanté mucho antes de que amaneciera. La sesión de pan y encurtidos del Winterfest había tenido tanto éxito como las anteriores, pero no podía decir que me hubiera sentido especialmente presente.

La breve visita de Finn, junto con su propuesta de pasar juntos mis días libres, había hecho desaparecer mi resaca, y estaba deseando empezar la semana.

—Vamos —le dije a una sorprendida pero encantada Nell mientras le ponía la correa aquel lunes por la mañana—. Vamos a dar un paseo temprano, ¿de acuerdo?

Las estrellas seguían brillando y me alegré de haberme abrigado porque hacía más que un poco de fresco cuando salí. Nell, resplandeciente con su abrigo de *tweed* y forro polar de molesquín, trotaba delante, tan ansiosa por empezar el día como yo.

—¿Tampoco podías dormir?

Me llevé la mano al pecho y hasta Nell, normalmente tan atenta a todo lo que la rodeaba, se sorprendió, pero entonces se dio cuenta de a quién pertenecía la voz y su cola golpeó mi pierna.

—¡Cielos, Finn! —me alarmé—. Qué susto.

—Lo siento —dijo, más bajo que antes, para no molestar a los vecinos.

Aparte de en casa de Lisa y Heather, no había más luces encendidas en la plaza y supuse que solo lo estaban porque los niños suelen madrugar, sobre todo en vísperas de Navidad.

—¿A dónde vais tan temprano? —preguntó Finn, poniéndose al paso mientras Nell tiraba de la correa en su afán por ponerse en marcha.

—Había pensado en sacar a Nell temprano ya que tú y yo vamos a salir. Eso sigue en pie, ¿no?

—Por supuesto —dijo, antes de coger mi mano libre y darle un apretón sin soltarla—. Apenas he podido dormir pensando en ello.

—Excelente —dije, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, tanto por ir cogidos de la mano como porque Finn estuviera tan emocionado como yo por nuestra excursión—. Bueno, ¿a dónde vas?

—Voy a Blossom's.

—¿A Blossom's? —repetí—. ¿A estas horas?

—Sí, hace unos panecillos increíbles, pero hay que madrugar mucho para conseguirlos. Pensaba comprar algunos para sorprenderte.

—Ahora desearía haberme quedado en casa —dije—. El desayuno casi en la cama habría sido muy bienvenido.

Finn rio entre dientes.

—Entonces, ¿con qué rellena Blossom sus raros panecillos?

—Prácticamente con cualquier plato de la gama inglesa tradicional —me explicó, haciéndome rugir la barriga—. Mi favorito es el clásico de huevos con beicon. Puede sonar básico, pero te sacia hasta mucho después de la hora de comer.

—En ese caso —dije, acelerando el paso—, ¿nos damos prisa? No me gustaría perdérmelo.

—Sin duda —coincidió Finn.

—Tomaré lo mismo que tú, si te parece bien —pedí—. ¿Por qué no vas a por ellos mientras yo le doy una vuelta a Nell y nos vemos en casa?

—Me parece bien —dijo, deteniéndose para darme un suave y dulce beso antes de dejarme marchar—. Te veré en un rato.

—Dios mío —gemí—, no te habrás equivocado, ¿verdad?

Los panecillos de desayuno de Blossom estaban tan deliciosos, llenos y sabrosos como Finn los había descrito, y me había costado mucho terminarme los míos. Incluso Nell estaba en el séptimo cielo porque él le había traído unas salchichas cocidas para picar.

—Están buenos, ¿verdad? —sonrió Finn, limpiándose la boca con una hoja de papel de cocina.

—Y tanto —gemí de nuevo.

—Y justo lo que necesitamos para mantenernos en pie, porque tengo un itinerario repleto para hoy.

Ambos nos levantamos para prepararnos.

—No puedo esperar —le dije, rodeándole la cintura con los brazos y besándolo de nuevo. Puede que el panecillo de Blossom me hubiera saciado el hambre, pero aún tenía mucho apetito de Finn—. Por cierto, ¿cómo te fue ayer en la comida con la familia?

—¿Sabes? —dijo, con la voz llena de asombro—, todo fue bien. Papá mantuvo la boca cerrada y no se lo podía creer cuando Zak sacó su teléfono para enseñarle en qué había estado trabajando. Yo también me quedé bastante sorprendido. No tenía ni idea de que se hubiera interesado tanto.

Era un giro inesperado pero muy bienvenido.

—¿Y tú? —preguntó Finn—. Ibas a contarme lo que le dijiste a tu madre.

—Oh, te lo contaré más tarde. —Tragué saliva, desviando rápidamente el foco de nuestra conversación de la familia a los amigos—. Pero Peter también llamó y su llamada fue mucho más emocionante.

—Oh.

—Llamó para decirme que está comprometido.

—Bueno, es una gran noticia.

—Lo es —coincidí—, y quería ver si todavía me gustabas, por supuesto.

—¿Y qué le dijiste? —Sonrió y me besó con suavidad—. ¿Le dijiste que ahora tenías que llevar un extintor contigo a todas partes?

—Algo así —me reí entre besos.

—¿Y también le hablaste a tu madre de mí?

—Puede que te mencionara.

Seguí sin entrar en detalles, pero, dada la forma en que nuestro beso se profundizó rápidamente y mi cuerpo se fundió con el suyo, no podría haberme centrado en los detalles aunque hubiera querido.

***

Eran poco más de las nueve, pero la ciudad parecía despertarse cada vez más temprano en vísperas de Navidad. A falta de un par de semanas para la vuelta al cole, padres con cara de agobio salían a la calle con largas listas de la compra, gesto severo y múltiples bolsas de la compra reutilizables.

No destilaban precisamente alegría festiva, pero, por suerte para nosotros, Finn y yo teníamos el lujo de disponer de horas ilimitadas y podíamos tomarnos las cosas con más calma a la hora de disfrutar de las vistas, los sonidos y los olores de la temporada, que eran muchos.

—Empecemos por el mercado —sugirió—. El de Navidad —se apresuró a añadir—, no el de siempre.

—A mí tampoco me importa ahora que estoy superando mi claustrofobia —le dije, sin soltarle la mano mientras nos abríamos paso entre la multitud que crecía rápidamente—. Ya no siento los espacios tan estrechos durante el día.

Tanto la zona delantera del Fórum como el exterior del centro comercial estaban repletos de pequeños puestos de madera que vendían dulces navideños. Mis favoritos eran el puesto de coronas y guirnaldas —cuyo aroma a naranja y pino se percibía a metros de distancia—, el que vendía adornos extravagantes y *kitsch*, y el puesto alemán de *Schokokuss*, o besos de chocolate. Ni Finn ni yo pudimos resistirnos y compramos unos cuantos, aunque todavía estábamos llenos del desayuno de Blossom's.

—¿Has decidido ya cuándo vas a poner la decoración? —le pregunté a Finn mientras avanzábamos por los maravillosos callejones adoquinados, que albergaban una gran variedad de tiendas de artesanía y boutiques únicas.

—No sé si me molestaré, la verdad —dijo—. Como sabes, el estudio no es precisamente muy espacioso.

—Pero tienes que poner algo —insistí.

—¿Aunque sea solo un montón de muérdago?

—Claro —dije—. Cualquier excusa vale para un beso de Navidad, ¿eh?

—No necesito muérdago para eso —dijo, tirando de mí hacia un lado y dándome la razón.

—Parece que no. —Me sonrojé.

—¿Y tú? —me preguntó, cogiéndome la mano de nuevo.

—¿Y yo qué?

—Estábamos hablando de decoraciones.

—Ah, sí —dije—, bueno, tengo algunas piezas, así que probablemente compraré un arbolito, o incluso algunas ramas de algo del jardín para ponerlas. Y luces, definitivamente necesito luces parpadeantes.

Tenía bastantes ganas de decorar la casa y me preguntaba qué solía poner Harold. Tendría que preguntárselo la próxima vez que lo viera.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando a mi alrededor. Tras el beso prolongado y el cruce de carriles, estaba desorientada—. ¿Por qué nos dirigimos hacia una iglesia? —Fruncí el ceño mientras Finn nos guiaba por un camino aún más estrecho—. Creía que

no eras religioso, ¿o hay más hombres verdes aquí, como los de la catedral?

—No es ese tipo de iglesia —respondió—. Al menos, ya no.

Y tenía razón. Saint Gregory era ahora una gran tienda de antigüedades y objetos *vintage* que vendía de todo, desde muebles hasta adornos de fantasía, vinilos o jarrones. Podría haberme pasado el día entero explorando los puestos. Algunas partes eran como un viaje al pasado, llenas de momentos de «cuando era pequeña, teníamos uno de estos», y otras estaban llenas de tesoros mucho más únicos. Hubo algo en particular que me llamó la atención.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Finn, mirando por encima de mi hombro.

—Solo un broche —dije, pasando ligeramente los dedos por el exquisito detalle.

—Vaya —dijo Finn—, es precioso.

—Es *art nouveau*, según la etiqueta.

Era un precioso ramo de campanillas de invierno hecho a mano en plata. Estaba en perfectas condiciones y era la reproducción perfecta de mi flor invernal favorita de todos los tiempos. Si me hubiera sobrado el dinero, la habría envuelto y puesto bajo el árbol.

—Las campanillas de invierno son mis favoritas —sonreí—, toda esa belleza delicada y frágil que brota durante las peores tormentas invernales que podemos sufrir. No creo que haya una florecilla más esperanzadora en todo el mundo.

Sabía que cada uno tenía sus propias ideas al respecto. A Eloise le gustaban las prímulas amarillas, que crecían en abundancia y bordeaban las zanjas a lo largo de los campos de Broad-Meadows, pero a mí la campanilla de invierno me tocaba la fibra sensible.

—Vamos —dije cuando el reloj de pie que había junto a las cajas empezaba a sonar y me alertaba del tiempo que llevábamos curioseando—, aún nos queda la catedral por explorar antes de que acabe el día.

—Nos vemos fuera —dijo Finn—. Solo quiero preguntarle al tipo cuánto quiere por esa armadura.

Había pensado que bromeaba cuando se extasió con aquello, pero, cuando llamó al tendero y volvió hacia él, me di cuenta de que estaba equivocada.

—¿Por qué no coges esa mesa? —le sugerí a Finn cuando llegamos al refectorio de la catedral tras nuestro paseo por la ciudad—. Yo traeré el té.

Como era de esperar, el desayuno duró un buen rato y la hora de comer ya había pasado, así que pudimos tomarnos con calma los bollos aún calientes, la nata espesa y la mermelada de fresa local.

—Espero que esto cuente como una comida principal —me reí, poniéndole mermelada —. No hemos tenido el más saludable de los días, ¿verdad?

Además del desayuno de beicon y huevos, también habíamos compartido los besos de chocolate en nuestro paseo hasta Tombland.

—En términos de ingesta de calorías, quizá no —dijo Finn—, aunque hemos caminado bastantes kilómetros, y mentalmente ha sido un verdadero estímulo.

—Tienes razón —dije, sonriéndole mientras me lamía la deliciosa combinación de mermelada y nata de los labios.

Aunque me encantaban la vida en la plaza y mi trabajo en el jardín, era un placer ir a otro sitio y hacer algo un poco diferente, y en tan buena compañía. Cada segundo que pasaba con Finn, más me enamoraba de él.

Volví a mirarlo mientras nos servía una taza de té a los dos, demasiado absorto para darse cuenta de mi escrutinio. Llevaba el pelo recogido hacia atrás, lo que resaltaba su mandíbula y le daba un aspecto aún más fiero que de costumbre. Solté un largo suspiro al darme cuenta de que nunca antes había estado enamorada. No podía estarlo porque nada de lo que había experimentado me había parecido así. Adoraba todo lo relacionado con el hombre sentado frente a mí y eso abarcaba mucho más que su aspecto. Me encantaba su valentía, su ambición y...

Levantó la vista y me sorprendió mirándolo.

—¿Qué? —preguntó, haciendo que mis mejillas ardieran tanto como si me hubieran pillado diciendo las palabras en voz alta—. ¿Quieres que te sirva el té antes que la leche? Nunca me acuerdo de cómo hay que hacerlo.

—No —dije, con la voz entrecortada mientras miraba rápidamente hacia otro lado—, la leche primero está bien.

Caminamos a lo largo y ancho de la poderosa catedral y Finn señaló a sus queridos hombres verdes antes de comprar postales de ellos en la bien surtida tienda.

—¿Quieres venir a cenar a mi casa? —pregunté conforme subíamos a un autobús que nos llevaría casi todo el camino de vuelta a la plaza.

Ya estaba anocheciendo y, cargados con nuestras compras, no teníamos muchas ganas de volver a pie.

—Me apetece —sonrió.

—Fantástico.

—Pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué no?

Mientras terminábamos de tomar el té, había estado ideando grandes planes para que el final del día fuera tan memorable como lo había sido el resto.

—Porque quiero que te acuestes temprano —dijo.

—Pensaba hacerlo —respondí con la voz ronca.

¿Qué me estaba haciendo? Nunca había sonado tan lasciva.

—No me refiero a eso —sonrió—, por mucho que me encantaría.

—Entonces, ¿por qué no lo hacemos?

—Porque —dijo, inclinándose sobre mí para tocar el timbre de nuestra parada— tengo planeado otro día ajetreado para mañana, y tanto tú como Nell tendréis que estar listas temprano.

—¿Nell?

—Sí —dijo levantándose, y cogió más bolsas de las que le correspondían—, me sabe mal que se haya quedado sola en casa, así que mañana nos la llevamos con nosotros y se lo va a pasar en grande.

Amable, considerado, atento y con la vista puesta en el bienestar de mi querida Nell. Finn era realmente un sueño.

Cumplió su palabra y a la mañana siguiente llegó temprano para llevarnos a Nell y a mí, con una cesta de pícnic rebosante de golosinas y salchichas cocidas, a nuestra siguiente aventura.

—Siento que tengamos que llevarnos tu furgoneta —dijo una vez comimos más panecillos de Blossom's y todo estuvo empaquetado.

—No pasa nada —respondí, tendiéndole las llaves—, mientras conduzcas tú.

—Claro que sí —dijo, saltando al asiento del conductor.

Sabía que odiaba no tener su propio vehículo, así que la noche anterior, en lugar de acostarme temprano, lo añadí como conductor a mi seguro para que pudiera llevarme. Estaba deseando disfrutar del paisaje, suponiendo que lo hubiera. Aún no tenía ni idea de a dónde nos dirigíamos.

—Bueno —dijo, aparcando a un lado de la carretera y señalando el paisaje una hora después—, ¿qué te parece?

—Muy bien —asentí, dando una palmada.

—Sé que no hará calor, pero hay un *pub* estupendo donde podemos descongelarnos. Admiten perros y sirven un almuerzo muy decente.

—Vamos a por ello —sonreí—. Hace siglos que no voy a la playa.

—Wynmouth tiene una playa impresionante —dijo Finn—, y he comprobado los horarios de las mareas, así que deberíamos poder explorar las pozas si has traído ropa suficiente para resguardarte del viento.

Hacía un poco de brisa, pero Nell se lo pasó en grande recorriendo la playa de arriba abajo y las pozas estaban sorprendentemente concurridas. No en cuanto al número de visitantes —teníamos toda la extensión de arena para nosotros solos—, pero estaban llenas de actividad, y sus ocupantes parecían no darse cuenta de la amarga temperatura que reinaba sobre su mundo acuático.

—¿Ya has tenido bastante? —le preguntó Finn a Nell cuando por fin se quedó sin fuerzas y se tumbó jadeando a nuestros pies.

—No sé ella —dije, frotándome las manos—, pero yo empiezo a sentirlo.

Viendo el color de la nariz de Finn, supuse que él también tenía frío.

—Bien —dijo—, vamos al bar. Este aire de mar me ha abierto el apetito.

Yo estaba de acuerdo y más que feliz de pasar la tarde en The Smuggler, el único *pub* del pueblo. Tenía un fuego crepitante, un menú sorprendentemente exótico —Finn y yo comimos cuencos humeantes de cangrejo al curri— y un propietario con los ojos verdes más seductores.

Demasiado pronto, y como el miércoles era día laborable para los dos, volvimos a subir a la furgoneta con una Nell muy dormida y nos dirigimos de vuelta a Norwich.

—¿Estás bien? —le pregunté a Finn, que había estado callado en el camino a casa.

—Sí —dijo, lanzándome una sonrisa—. Estoy bien.

Odiaba esa palabra, porque siempre significaba cualquier cosa menos bien, pero no le presioné más. Al igual que yo, seguramente estaba triste porque nuestros dos días juntos habían llegado a su fin. Al menos, esperaba que eso fuera lo que había causado el bajón en su estado de ánimo.

De vuelta en la plaza, me siguió hasta la casa. Cuando acabamos de desempaquetar la

cesta de pícnic, tenía una expresión muy rara y me di cuenta de que pensaba en algo más que en volver al trabajo.

—¿Qué? —dije mientras él cerraba la brecha entre nosotros y mi espalda se apretaba contra la pared—. ¿Qué pasa?

—Sé que no debería decir esto. —Tragó saliva, me quitó el gorro de lana que aún llevaba y me soltó los rizos.

—¿Decir el qué? —Suspiré, bebiéndome su aroma.

Era un cóctel embriagador de aire fresco del mar y loción para después del afeitado. Me aceleró el ritmo cardíaco e imaginé que mis pupilas se dilataban en respuesta. Las suyas lo estaban, así que no me cabía duda de que las mías también. Seguro que lo que tenía en mente no podía ser malo si me miraba así.

—Solo nos conocemos desde hace unos días —dijo con la voz ronca.

—En realidad, son casi seis semanas —susurré, pensando en la primera vez que nuestros caminos se habían cruzado—. Llevo aquí desde Halloween y, a pesar de todos los altibajos y malentendidos, hemos estado en la vida del otro desde entonces.

—Es verdad —dijo, inclinándose para que nuestros cuerpos se juntaran mientras ponía las manos en la pared a ambos lados de mi cabeza.

Jadeé ante el contacto, sintiendo que mi cuerpo respondía. Encajábamos a la perfección.

—Y como ha pasado tanto tiempo —suspiró, apoyando su frente contra la mía—, entonces no puede ser demasiado pronto para decir que te quiero, Freya, ¿verdad?

Sentí que mi mundo se movía sobre su eje.

—No —susurré—, no es demasiado pronto, porque yo...

No me dio la oportunidad de replicarle porque me estaba besando los labios y tenía las manos en mi pelo.

—No lo digas —susurró con urgencia—, no quiero que lo digas solo porque yo lo he dicho.

Iba a decirle que lo decía porque iba en serio, no porque él se hubiera adelantado, pero su mano se deslizó bajo mi camiseta y sus dedos empezaron a acariciarme la piel desnuda, haciendo que las palabras murieran en mi garganta.

—Finn —jadeé mientras el seductor movimiento se intensificaba.

Después de eso me quedé sin habla y así permanecí el resto de la noche.

Capítulo 27

La mitad y el final de la semana fueron tan perfectos como el principio. De hecho, todo fue tan maravilloso que, si a Richard Curtis se le ocurriera ambientar una futura comedia romántica en el este de Inglaterra, ya fuera con temática navideña o de otro tipo, no me cabría duda de que Finn y yo podríamos haber servido de inspiración para los papeles protagonistas.

Después de aquella primera y exquisita noche juntos, sabíamos que nos iba a costar mantener las manos alejadas el uno del otro, así que llegamos a un acuerdo por el que nos separábamos durante el día y nos reservábamos la tarde después del trabajo y el anochecer estrictamente el uno para el otro. Aún no le había dicho que lo quería, pero, dada la pasión y el calor que había entre nosotros, estaba bastante segura de que él sabía que sus sentimientos eran recíprocos en todos los sentidos.

No le había contado a ninguno de mis amigos el cambio sísmico que se había producido en mi relación con Finn, ni siquiera a Chloe. Aunque, con mi comportamiento alegre y mi amplia sonrisa, junto con la evidencia de mis labios irritados, estaba segura de que ella debía tener sus sospechas.

—Freya —sonrió Luke cuando entró en el jardín después de comer el jueves por la tarde—, ¿cómo demonios te las has arreglado para hacer todo esto en solo un día y medio?

Lo acompañaban Jacob y unos cuantos niños del colegio donde trabajaba y que formaban parte del nuevo Club de Aves y Vida Silvestre que habían creado. Habían venido a colocar algunas de las casas para erizos que Finn construía con tanta habilidad, así como a instalar algunos comederos para pájaros. Era demasiado tarde para que hubiera algún erizo hibernando en las casas, pero no me cabía duda de que los comederos iban a tener mucho éxito; además, había planes para colocar casas para pájaros dentro de unas semanas.

—Estoy exprimiendo el tiempo —le dije—. Falta poco más de una semana para la inauguración oficial y, como el suelo se ha descongelado, estoy aprovechándolo al máximo. Y no olvides que también tengo a Graham a bordo. Puede que me haya tomado un par de días libres esta semana, pero él no. Ha estado trabajando duro.

—Hay que aprovechar, ¿eh? —sonrió Jacob.

—Algo así —asentí, con los hombros un poco tensos al recordar la última vez que había oído esa expresión. Había sido Jackson quien lo había dicho.

No podía estar segura de si Jacob estaba hablando de sacar adelante el jardín o si había visto a Finn entrando y saliendo de la plaza. Su casa estaba a solo un par de puertas de la mía y él y Ryan solían pasear juntos con Gus por las tardes, así que era una posibilidad.

—Sea cual sea el motivo —continuó Luke—, todo tiene mejor pinta de lo que podía imaginar. Es increíble que solo llevemos unas semanas de proyecto y ya hayan pasado tantas cosas.

—Me alegro mucho de que pienses así —sonreí, y volví mi atención a los niños, que habían empezado a temblar—. Ahora, vamos a ver dónde ponerlo todo, ¿de acuerdo?

Con tantos pares de manos ansiosas, la operación no llevó mucho tiempo y Luke prometió instalar la semana siguiente las cámaras para grabar la actividad en los comederos, para las que la escuela había recaudado fondos. La emisión en directo se transmitiría directamente al aula, así que tendría que asegurarme de que Finn no me siguiera para darme un beso clandestino a la vista de los niños. No era el tipo de vida salvaje que esperaban ver.

—¿Va a venir al concierto de villancicos de esta noche, señorita? —preguntó uno de los chicos mientras ayudaba a llevar las herramientas al cobertizo.

—Oh, me había olvidado de eso —le dije—. Veré lo que puedo hacer.

—Voy a cantar un solo —me dijo, orgulloso.

—En ese caso —prometí—, seguro que estaré allí.

La iglesia estaba abarrotada y me alegré de ver a Harold en un banco justo delante de mí. Después de la misa le preguntaría cómo decoraba la casa.

—Esto no es lo que pensé que tenías en mente cuando dijiste que íbamos a salir —susurró Finn, que estaba apretado contra mí porque había muy poco espacio en el banco —. Espero que no estés esperando que cante.

—¿No sabes cantar? —pregunté, apretando mi muslo contra el suyo.

—Sé —murmuró—, pero elijo no hacerlo.

Nos callamos cuando el niño del jardín caminó por el pasillo y luego se volvió hacia la congregación. Hubo un silencio total mientras cantaba la primera estrofa de *Once in Royal David's City* sin acompañamiento musical. Su voz era segura, fuerte y pura, y cuando los feligreses se unieron en la segunda estrofa, no fueron pocos los ojos húmedos que se enjugaron con pañuelos arrugados y pañuelos cuidadosamente planchados.

Después de la misa, en la que Finn cantó con mucho gusto, todos se quedaron a tomar el té y a disfrutar de los pasteles de carne preparados por el comedor de la escuela y el Instituto de la Mujer local.

—¿Tienes ganas de irte? —le pregunté a Finn.

Volvió a sentarse una vez hubo recogido su tarta, porque ocupaba mucho espacio de pie.

—No —dijo—, no tengo prisa. Te espero y volvemos juntos, si quieres.

—De acuerdo —sonreí—. Eso me encantaría.

Ignoré las miradas cómplices de algunos vecinos y amigos y saludé a Harold.

—Ahí está —dijo acercándose, y Finn le hizo hueco para que pudiera sentarse también —. Esperaba verte, Freya.

—Lo mismo digo —respondí—. Tengo una pregunta para ti, Harold, pero tú primero.

—La edad antes que la belleza, oye —rio entre dientes, dándole una palmada en la rodilla a Finn—. Se trata de mis adornos navideños.

Finn me miró y sonrió. Sabía que eso era lo que yo quería preguntarle y estaba divertido de que Harold se hubiera adelantado.

—Aún están en el desván —explicó Harold—. Son las únicas cosas que hay arriba, y

con toda la emoción de la mudanza, me olvidé completamente de ellos.

—No te preocupes —le dije—, puedo llevártelos en mi furgoneta. No es ninguna molestia.

Dado que su familia había vivido en la casa desde que se construyó, sabía que entre el espumillón y los adornos del árbol seguro que había algún tesoro antiguo. Me pregunté si le importaría que echara un vistazo a las cajas cuando se las llevara.

—Sería estupendo —dijo—, pero, a decir verdad, solo quiero el belén de madera que hizo mi padre y el ángel para el árbol. Es incluso más viejo que yo —rio—. Estaba pensando que estaría bien que todo lo demás se quedara en casa.

—Ya veo.

—Pero solo si no te importa —se apresuró a decir—. No tienes que hacer nada con ellos, pero si ocupan demasiado espacio en el desván...

—En realidad —interrumpí rápidamente para que dejara de inquietarse—, me preguntaba si te importaría que siguiera utilizándolos para decorar la casa.

—Están un poco pasados de moda —me advirtió.

—Me gustan así —le dije mientras sus ojos se humedecían—. La casa sigue siendo un poco antigua, ¿no? Así que, definitivamente, le van bien.

—Bueno —resopló—, eso sería maravilloso.

—Y cuando los haya puesto, puedes venir a verlos.

—Solo si no te importa. No quisiera entrometerme.

—Podríamos tomar un poco de la tarta que hice en la sesión de Carole del Winterfest —le dije—, y té.

—Pues eso me encantaría —dijo, cogiendo su pañuelo mientras Finn me miraba y sonreía.

—Entonces, decidido —dije, inclinándome para darle un rápido beso en la mejilla.

—Oye —sonrió—, no hagas eso, no con tu fornido amigo sentado a mi lado. No quiero que piense que estoy tratando de pellizcar a su chica.

Finn y yo nos miramos y negamos con la cabeza. Demasiado obvio para mantener nuestra relación en secreto.

Aunque tenía muchas ganas de avanzar en el jardín, el amable regalo de Harold de los adornos de su familia me hizo desear salir el viernes. Planeaba sacar los adornos y empezar a revisarlos antes de comprar un árbol en algún momento del fin de semana.

Iban a ser un par de días muy ajetreados, ya que tenía que ayudar a mi amado en su sesión del Winterfest el sábado y pronunciar unas palabras de sabiduría hortícola antes del comienzo del de Graham el domingo, pero estaba decidida a incluir la compra de un árbol en mi ya apretada agenda.

—¡Sorpresa!

—¿Qué demonios? —dije con la voz entrecortada.

—Es tu árbol —llegó la voz de Finn, desde algún lugar más allá de la masa de hermosas ramas de pino que llenaban el porche cuando le abrí la puerta aquel viernes por la tarde.

—Pero no he pedido ninguno.

—Lo sé —dijo, más apagado que nunca—. Es un regalo.

—Oh, Finn —reí, aplaudiendo—. Es precioso, gracias.

—También pesa —dijo—, ¿me vas a dejar entrar o qué?

—¿Desde dónde lo has traído? —pregunté, abriendo la puerta cuanto pude con la esperanza de que pudiera colarse sin arrancar demasiadas agujas.

—Solo desde el otro lado de la calle —dijo, acercándose con cuidado—. Hice que lo trajeran a Prosperous Place para darte una sorpresa. Y está cultivado en maceta, por eso pesa tanto.

Apenas había llegado al salón cuando lo abracé y lo besé profundamente.

—Supongo que entonces te gusta —dijo entre besos.

—Me encanta —respondí—, casi tanto como...

—Vamos, pues —dijo, negándome la oportunidad de repetirlo—. Pongámoslo en su sitio y luego sacaremos los adornos de Harold del desván.

El árbol encajaba perfectamente en el ventanal. Era un poco alto, pero no me importaba. Nunca había tenido un árbol tan bonito, y el hecho de poder devolverlo al cultivador para que yo lo reutilizara el año que viene, si lo quería, lo hacía también sostenible, lo que era aún mejor.

—Mira esto —dijo Finn, metiéndose en otra caja y sacando una bolsa de serpentinas de *crêpe* pasadas de moda.

—Harold lo ha guardado todo, ¿verdad? —reí, mirando la ecléctica colección que habíamos desenterrado hasta entonces.

En las cajas de cartón que habíamos levantado había tesoros de todos los estilos, que abarcaban muchas décadas. Incluso algunas de las bolsas en las que estaban guardados los adornos y las serpentinas del techo eran objetos históricos. Hacía tiempo que Woolworths y C&A habían dejado de adornar las calles, pero en el desván sus nombres seguían vivos.

—Y esto —se apresuró a decir Finn.

Sonaba tan emocionado como un niño abriendo sus regalos de Navidad.

—Este debe ser el belén que hizo el padre de Harold.

Lo dejamos cuidadosamente a un lado junto con el frágil ángel que, según una rápida búsqueda en internet, debió estar en su mejor momento en los años treinta.

—Aquí hay demasiadas cosas para poner, ¿verdad? —dije, mirando de nuevo los trozos de espumillón, los adornos de cristal brillante, las guirnaldas y las luces.

La mayoría de las luces no cumplían las normas vigentes, así que era fácil apartarlas, pero en cuanto al resto, iba a tardar una eternidad en escoger.

—¿Por qué no eliges un tema o una década? —sugirió Finn, arrodillándose a mi lado —. Eso lo facilitará un poco. O incluso un color. Aquí hay suficiente para llenar la casa solo con los adornos rojos.

Tenía razón, necesitaba un plan. Me preguntaba qué cosas le gustaban más a Harold. Probablemente las piezas que recordaba de su infancia, lo cual, supuse, se reducía a los años treinta y cuarenta. Había un montón de chucherías de cristal e incluso algunos cilindros de papel *crêpe* que supuse que eran de entonces. Otra búsqueda en internet ayudaría.

—Es una buena idea —dije—, solo desearía tener más tiempo para dedicarme a ello.

Nell había entrado por fin en la habitación. No estaba muy segura de lo del árbol, pero ahora que estaba en su sitio y no se movía, había hecho las paces con él. Apoyó la cabeza en mi regazo y yo me incliné para besarla.

—Oh, quería decir —dijo Finn, acariciándola también—. Si no quieres ayudarme con mi sesión de mañana, no tienes que hacerlo.

—No pretendía escaquearme —dije—. Puedo terminar de decorar la semana que viene.

—Bueno, depende solo de ti —dijo—, pero ahora tengo ayuda extra preparada, así que si cambias de opinión no tendré problemas.

—¿Lo dices porque sabes que no sé clavar un clavo recto? —Hice un mohín y le di un codazo, haciendo que casi se cayera.

—No —sonrió—, y quedó casi recto...

—Si lo mirabas con la cabeza inclinada. —Solté una risita, dándole un codazo aún más fuerte.

Me cogió de la mano y caímos juntos mientras Nell correteaba.

—No quería decirlo yo —rio.

—Solo lo dices porque te tengo en una posición comprometida —dije mientras me sentaba a horcajadas sobre él y le inmovilizaba los brazos a ambos lados de la cabeza.

—No, no —dijo, mirándome profundamente a los ojos—. De verdad tengo ayuda.

—¿De quién?

—De Zak.

—¡Zak!

Aprovechó mi sorpresa para tumbarme bocarriba y ponerse encima.

—Sí —sonrió—. Dijo que mi sesión encajaba con sus habilidades y que sería una buena oportunidad para unirnos. Hermanos del alma y todo eso. Cree que, si seguimos unidos, papá tendrá que dejarme en paz.

Teniendo en cuenta que, cuando llegué a la plaza, Zak ya era una copia de su padre, se había esforzado al máximo por ser la nueva persona que decía que era. Puede que al principio tuviera mis dudas, pero no había ninguna prueba que sugiriera que sus esfuerzos no iban en serio y eso me entusiasmaba tanto como a Finn.

—En ese caso —dije—, creo que te dejaré con él.

—Puedes pasarte todo el día decorando la casa —dijo, acercando sus labios a los míos mientras yo rodeaba su cintura con mis piernas—. Suponiendo que no estés demasiado cansada para levantarte por la mañana.

—¿Por qué iba a estar demasiado cansada? —pregunté, devolviéndole el beso.

—Porque te espera una noche muy larga —sonrió, acompañando cada palabra con otro beso.

Capítulo 28

A la mañana siguiente, estaba tan cansada como Finn había predicho, pero no era el cansancio de los huesos que se siente después de una jornada de jardinería, sino más bien un cansancio que estaba encantada de sentir, de esos que te dejaban con una gran sonrisa en la cara.

—Bien —le dije a Nell mientras ella aprovechaba mi letargo y saltaba a la cama—. ¿Qué hacemos primero?

El lado de la cama de Finn ya estaba frío. Antes de quedarnos dormidos, me había dicho que volvería al estudio antes de que amaneciera, no solo porque quería evitar los cotilleos, sino también porque quería comprobar que todo estaba preparado a tiempo para su sesión del Winterfest.

Hasta la fecha, todos los actos habían transcurrido sin contratiempos, y el hecho de que todos estuvieran dispuestos a hacer todo lo posible en su tiempo libre para que Luke tuviera éxito era una prueba de lo mucho que todos lo querían.

—¿Qué tal otra media hora en la cama? —le sugerí a mi compañera canina.

Me puse de lado y me tapé la cabeza con el edredón, con la esperanza de tentar a Nell para que se durmiera a mi lado, pero no hubo manera.

—De acuerdo —cedí—, entiendo el mensaje. Empezaremos el fin de semana con un paseo, ¿vale?

Teniendo en cuenta que solo faltaban quince días para Navidad, el tiempo, gracias a un manto de nubes, era sorprendentemente templado y sabía que Finn estaría encantado porque estaba trabajando en el Grow-Well. Tuve la tentación de llamar para saber si Zak había llegado pronto para ayudar, pero, como no quería molestar a mi novio, opté por enviarle un mensaje de texto.

De vuelta en casa, encendí la olla de cocción lenta antes de volver a las cajas de adornos. Había prometido hacerle la cena a Finn esa noche y sabía que un buen estofado, acompañado de una botella de rico vino tinto, sería justo lo que necesitaba para reanimarse después de pasar el día al aire libre instruyendo a la gente en el arte de la construcción de casas para la fauna salvaje.

Mis atentos preparativos parecían más bien domésticos, pero no me importaba. Finn era el tipo de hombre que se alegraba de hacer su parte en la cocina, así que tener una cena fortificante preparada para su regreso no me parecía demasiado de ama de casa de los años cincuenta, aunque el tema festivo de la casa sugiriera lo contrario.

—¡Oh, Freya! —exclamó Harold cuando Luke lo acompañó a recoger su ángel y el belén más tarde ese día—. Me has hecho retroceder en el tiempo.

Había puesto cara de emoción cuando Luke lo ayudó a salir del coche y había visto el árbol colocado en la ventana y, una vez dentro, su encanto había seguido creciendo.

—Así es como lo recuerdo de cuando era un chaval —dijo, sacudiendo la cabeza mientras admiraba las bolas de papel *crêpe* enclavadas entre las fragantes ramas del árbol y su reflejo en las delicadas chucherías de cristal.

Había puesto los más frágiles, independientemente de su tamaño, cerca de la parte superior, fuera del camino de la cola de Nell, por si acaso.

—Aunque —añadió Harold, volviéndose hacia Luke— nunca tuvimos un árbol de este tamaño. El nuestro era una cosita de plástico. Creo que al final lo tiramos.

—Es una verdadera belleza, Freya —comentó Luke.

—Finn me lo ha regalado —dije, arrepintiéndome al instante de haberlo admitido, pero ninguno de los dos hombres pareció darse por enterado.

Sabía que si Chloe, Lisa o incluso Poppy hubieran estado presentes, se habrían abalanzado sobre aquello, declarando que el regalo era una muestra de amor, que en cierto modo suponía que lo era.

—Aunque creo que alquilado sería una descripción más exacta —añadí—. Está en una maceta y el cultivador lo recogerá en Año Nuevo.

—Debe ser del mismo sitio donde yo consigo el nuestro —sonrió Luke.

—Ah, sí —dije, apenas recordando—. El del parque está en maceta también, ¿no?

Los dejé charlando y fui a preparar té. Mientras llenaba la tetera, oí a Harold comentar lo bien que lo había hecho todo y se me reblandeció el corazón.

—Y crees que todavía está todo ahí, ¿verdad? —estaba diciendo Luke cuando llegué con una bandeja con tazas y platillos y un plato de galletas.

—Estoy seguro —asintió Harold—. Y esa cosa es solo madera contrachapada. Podrías derribarlo en un santiamén.

—¿El qué? —pregunté, pasando las tazas.

—El fuego —dijo Luke—. Harold me dice que la chimenea original de azulejos sigue aquí, detrás de ese tablero.

—Cuando se instaló esa cosa —me dijo Harold, señalando con desdén la ineficaz chimenea eléctrica—, lo que había detrás quedó encajonado. Ya no estaba de moda, pero habría sido caro arrancarlo, así que se tapó y se pintó el tablero.

—Oh, vaya —dije, mirando la chimenea con ojos nuevos e imaginando la habitación bien caldeada por los troncos ardiendo en la rejilla.

—Si no recuerdo mal, los azulejos tienen una especie de hojas y flores —reflexionó Harold—. Dan toda la vuelta, y el hogar es igual.

—¿Está tapada la chimenea? —preguntó Luke.

—Solo con periódicos viejos y cosas así —dijo Harold—. Sería bastante fácil sacarlo todo y barrer el conducto de humos.

—¿Qué te parece, Freya? —preguntó Luke—. ¿Te gustaría restablecer la chimenea original?

—Me encantaría —dije—. Siempre que no sea demasiado caro.

—Yo asumiría el coste —dijo—, aunque me atrevería a decir que podríamos hacerlo casi todo nosotros.

—Incluso podrías utilizar al pequeño de Lisa y John para deshollinarlo —rio Harold—. ¡Apuesto a que el bribón cabría ahí arriba de maravilla!

—Me atrevería a decir que sí —rio Luke.

—¿Crees que podríamos hacerlo antes de Navidad? —pregunté.

—No veo por qué no —dijo Luke—. No es como si un deshollinado moderno armara

un gran desastre, ¿verdad? No necesitarías limpiar la habitación ni nada.

—El fuego eléctrico solo hay que desenchufarlo —señaló Harold—. No está conectado.

—Y podría sacar la tabla mañana —dije, deseosa de empezar—, cuando termine de ayudar a Graham con su sesión del Winterfest.

—Y el lunes a primera hora daré una vuelta y buscaré un deshollinador —asintió Luke.

—Yo dejaría los papeles metidos ahí arriba hasta que venga —aconsejó Harold—, por si acaso ha anidado algún pájaro. No querrás que arme un jaleo y estropee tu preciosa decoración.

—Tus adornos, Harold —le recordé.

—Creo que han cambiado su lealtad —dijo alegremente, haciéndole carantoñas a Nell, que llevaba un rato buscándolas—. Ahora son tuyos, Freya.

Luke recogió las cosas del té mientras yo le daba las gracias a Harold y le daba otro beso en la mejilla, y le prometí que me ocuparía de todo como siempre se había hecho.

—¿Todo bien? —le pregunté a Luke, que parecía estar tardando una eternidad.

—Sí —dijo, cerrando rápidamente la puerta del armario del fregadero cuando entré en la cocina.

—¿Estabas comprobando las tuberías por casualidad? —reí.

Asintió con cara de haber sido sorprendido en medio de una travesura.

—Zak ha hecho un gran trabajo —dije—. Aquí abajo y arriba. No hay nada de qué preocuparse.

—Eso es bueno —dijo—. Y me quita un peso de encima. ¿Qué te parece su cambio de personalidad? Hoy está ayudando a Finn y parece que se llevan muy bien.

—Sé que Finn está encantado —respondí.

—Pero ¿crees que Zak volverá a ser el mismo de antes?

—No —dije—, no lo creo. Sé que no lo conocía mucho, pero no ha dicho ni hecho nada que me haga dudar de él.

—Después de todo, puede que tengamos unas navidades tranquilas —sonrió Luke.

—Seguro que sí, y tenemos que esperar a la inauguración oficial del Jardín de Invierno, ¿no?

—Sí —dijo—, y eso me apetece más que cualquier otra cosa.

—Que Jas y Abigail no te oigan decir eso —reí—. ¡Creo que la aparición de un alegre caballero con traje rojo es lo que más nos debe entusiasmar a estas alturas del año!

***

Finn llegó, recién salido de la ducha, justo a tiempo para la cena y cargado con una preciosa pajarera hecha a mano, que era otro regalo para mí.

—Eres un hombre talentoso, ¿eh? —dije, rodeándolo con mis brazos una vez que la hubo llevado por toda la casa y la hubo colocado frente a la ventana de la cocina.

—Oh, sí —dijo, haciendo que se me doblaran las rodillas mientras me daba un beso que demostraba perfectamente su talento—, y aún no conoces ni la mitad.

Tenía muchas ganas de descubrir qué más se guardaba en la manga.

—Y dado el magnífico olor que hay aquí —sonrió—, supongo que guardas algunas flechas más en tu arco, ¿verdad?

—Oh, definitivamente —asentí—, y no todas se limitan a mis habilidades con la olla de cocción lenta.

Mientras comíamos el estofado, que era un triunfo que se deshacía en la boca, Finn me contó su día. Todos se habían llevado algo, ya fuera una casa para erizos más complicada o un simple nido para pájaros con una tapa un poco asquerosa.

—Ha sido más difícil de lo que pensaba —dijo, sirviéndose el último cucharón de salsa, y cogió un poco de pan para remojarlo—. Había precortado todas las piezas para que fuera una simple cadena de montaje, pero aun así algunos se las han ingeniado para liarla.

—Pero al final lo habéis conseguido —señalé—, y todo el mundo ha disfrutado, ¿no?

—Sí —dijo—, pero me sorprende que a algunos les pareciera un desafío. Zak ha estado genial, sobre todo con los niños. Resulta que tiene más paciencia que yo.

—Es tu temperamento artístico —bromeé—. Ahora estás acostumbrado a trabajar solo y a hacer las cosas a tu manera.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Un poco —sonreí—. Pero me parece genial que te ofrecieras a hacer el taller, aunque no quieras repetir.

—Oh, eso no lo sé —me sorprendió diciendo—. Le he dicho a Luke que volvería a hacerlo y Jacob ha dicho que le encantaría que fuera a la escuela a impartírselo a los niños. Aunque creo que tendré que pedirle a Zak que me ayude.

Sacudí la cabeza y me reí.

—¿Qué?

—Nada.

—Háblame de tu día entonces.

Le conté lo encantado que había quedado Harold con la decoración y los planes para destapar la chimenea del salón. Finn era partidario de empezar esa noche, pero, haciendo uso de otras de mis habilidades, conseguí convencerlo de que lo dejara.

Finn se puso de lado, abrió un ojo y me miró.

—Buenos días, preciosa. ¿Llegamos tarde? —preguntó, con la voz espesa por el sueño.

Llevaba un rato despierta, observándolo e intentando no molestarlo. No había sido fácil, ya que notaba la constante subida y bajada de su ancho pecho, pero sabía lo cansado que estaba y pensé que era mejor dejarlo dormir. Aunque tenía algunas ideas interesantes sobre cómo podría despertarlo.

—No —susurré—, aún es pronto.

—Bien —dijo, acercándose—, porque conozco la manera perfecta de empezar el día.

Más tarde, tiramos la prudencia por la borda y caminamos juntos hasta Prosperous Place con Nell. Me resultaba imposible dejar de sonreír y dejé que mi mano se posara cómodamente en la suya. No recordaba ningún momento en el que me hubiera sentido tan completa y satisfecha.

Mi trabajo era un sueño; mi casa, aunque no era mía, era perfecta; tenía más amigos de los que había tenido nunca; y ahora tenía una relación maravillosa con un hombre al que amaba. Y aunque era una relación nueva, no todo era físico. Finn era una persona fascinante. Me encantaban su valentía y su creatividad y la forma en que podíamos hablar durante horas sobre todo tipo de cosas. Mi vida se había enriquecido con su presencia y, aunque habíamos tenido un comienzo difícil, al final todo había encajado a la perfección.

Gracias a la oportuna resintonización radiofónica desde ultratumba de Eloise, todo había salido literalmente de color de rosa y tenía muchas esperanzas de que siguiera así.

—¿Ya está todo listo? —llamé a Graham, tras dejar a Finn en la puerta del estudio y dirigirme al Grow-Well con Nell, que enseguida me abandonó en favor del acogedor refugio y los gatos.

—Creo que sí —dijo—. ¿Qué opinas de esto?

La contribución de Graham al Winterfest iba a consistir en una mañana dedicada a plantas que levantaran el ánimo, aunque solo se dispusiera de un pequeño jardín en el patio o en la puerta de casa. Había conseguido bandejas de pensamientos, violas y *Polyanthus* en un derroche de colores, así como delicados ciclámenes y hiedras trepadoras y una variedad de hierbas para añadir estructura y textura.

—Perfección absoluta —le dije—. Si no levantan una sonrisa, entonces nada lo hará. ¿Y las macetas?

—Tengo algunas para que la gente las use —explicó—, pero la mayoría traen las suyas propias y, a juzgar por los correos electrónicos, han sido bastante ingeniosas.

Cuando el grupo llegó y descargó sus macetas, me di cuenta de lo que quería decir. El espíritu de la reutilización y el reciclaje estaba floreciendo en Norwich y yo estaba encantada de verlo.

—Son preciosas —le dije a Sara, que parecía aún más contenta que la última vez que la vi—. ¿De dónde las has sacado?

—Me las ha dado mi hermano —respondió, enseñándome un barril de cerveza en miniatura. Ya le había quitado la tapa y añadido agujeros en el fondo para el drenaje—. Hizo una fiesta en verano y gastó unos cuantos. Iba a tirarlos, pero pensé que serían ideales para las macetas.

—Son geniales —dijo Graham, acercándose para verlos mejor—, y alguien por allí tiene un recipiente para aceite de oliva, pero vamos a tener que encontrar la manera de adaptarlo. ¿Crees que Finn podría tener algunas herramientas para ayudar con eso, Freya?

—Seguro que sí —dije, esperando que no le molestara la interrupción. Sabía que esperaba dar los últimos toques a su última obra.

Cuando todos estuvieron instalados, Graham me pidió que me acercara para decir unas palabras.

—Como todos sabéis —empecé—, Luke Lonsdale, propietario de Prosperous Place, ha organizado este año el Winterfest con el fin de ayudarnos a sobrellevar los largos meses de invierno y los cortos y oscuros días.

El cielo estaba nublado, lo que me daba la razón maravillosamente.

—También ha creado un Jardín de Invierno.

—Con tu ayuda, Freya —añadió Graham con rapidez.

—Y la tuya y la de Chloe —asentí—, para que lo disfrute todo el mundo. Pronto se inaugurará oficialmente, pero hoy se trata de crear algo alegre para tener en casa. Se ha demostrado científicamente que salir a la naturaleza, ver crecer cosas verdes y de colores vibrantes, como los de las flores que Graham ha encontrado para que plantemos hoy, libera todo tipo de sustancias químicas que hacen sentir bien al cerebro y, por lo tanto, una maceta en la puerta o en el patio podría marcar la diferencia en vuestra salud mental.

Sara dio una pequeña ovación y un par de los demás aplaudieron.

—Así que —terminé—, antes de que todos empecemos a congelarnos, ¡vamos a plantar!

Disfruté mucho ayudando con la selección de plantas y la coordinación de colores. Pronto descubrimos que las combinaciones más impactantes parecían ser las que no combinaban en absoluto.

—Iré a ver a Finn por este macetero —dijo Graham, una vez que se hubo alegrado de que todos estuvieran ocupados.

—¿No quieres que vaya yo en tu lugar? —me ofrecí.

—No. —Me guiñó un ojo—. ¡A saber cuánto tardarías!

Cuando volvió, lo acompañaban un par de personas. Sabía que no podían llegar tarde al Winterfest, ya que todas las plazas estaban ocupadas, pero Graham parecía encantado cuando los dejó en la puerta y volvió corriendo hacia mí.

—Han venido a verte, Freya —me dijo entusiasmado cuando levanté la vista de la bolsa de abono en la que tenía las manos sumergidas—. He reconocido a la mujer enseguida —me explicó—, es una famosa arquitecta paisajista. De hecho —añadió—, ahora que lo pienso, se apellida Fuller. No es pariente, ¿verdad?

—Sí —tragué saliva, mi corazón latiendo conmocionado al mirar hacia ella esperaba —, es mi madre.

Tardé un momento en darme cuenta de que no estaba con papá, sino con Jackson. No tenía ni idea de por qué habían venido, pero la repentina aparición de una temblorosa Nell a mi lado me dijo que ella también había visto a Jackson. De ninguna manera iba a someterla a un reencuentro.

—¿Podrías vigilar a Nell por mí, Graham? —le pregunté—. Voy a deshacerme de ellos.

—Por supuesto —dijo Graham—, pero no hagas eso. Tómate tu tiempo, muéstrales el lugar.

Obviamente, no tenía ni idea de mi situación familiar y no era el momento de explicárselo, así que me limité a sonreír y me acerqué a la pareja.

—Freya, cariño —dijo mamá.

Se inclinó para ofrecerme su mejilla, pero, al ver mi sucio estado, se echó atrás.

—¿Has venido a plantar algunos *Polyanthus*? —pregunté, sonriendo dulcemente.

—Creo que no. —Hizo una mueca.

Lo último con lo que ella cubriría un parterre invernal era con ropa de cama brillante. Aunque tampoco lo plantaría ella misma.

—Bueno —dije, todavía ignorando a Jackson—, eso es lo que estoy haciendo, así que...

—No te quitaremos mucho tiempo —interrumpió—. Solo queremos hablar un momento. Jackson tiene algo que decirte.

—Hola, Freya —dijo, acercándose, y me dio el beso que mamá había evitado.

—Jackson —dije, con el estómago revuelto porque no había conseguido alejarme lo bastante rápido para repelerlo.

A pesar de sus primeros esfuerzos, nunca había conseguido besarme y me molestó que me pillara desprevenida. También me perturbaba descubrir que, a pesar de la forma en que me había marchado de Broad-Meadows, frustrando su cruel plan para Nell, seguía teniendo el poder de inquietarme.

—Tienes buen aspecto —añadió, evaluándome de una forma que no me gustó.

—Será mejor que me sigáis —dije, dirigiéndome a la oficina del jardín.

—¿No vas a llevarnos a tu casa? —preguntó mamá, rechazando el asiento que le ofrecía mientras me restregaba las manos en el fregadero.

—No —dije—. No tengo tiempo.

Sabía que a Graham no le importaría que me tomara uno o dos minutos, ya me lo había dicho, pero no quería que ninguno de los dos, sobre todo Jackson, cruzara mi umbral y empañara el acogedor ambiente que había creado.

—Bueno, tengo que decir... —empezó mamá, pero Jackson la interrumpió.

—No importa —dijo—. Pensamos que estarías ocupada y no queremos retrasarte.

—¿Qué quieres, entonces? —pregunté, decidida a que no supiera cuánto me perturbaba.

—Solo quería decirte en persona que he decidido no vender Broad-Meadows.

Sentí que se me disparaba la temperatura y que las manos, que acababa de secarme, se me ponían húmedas. Cerré los ojos y tragué saliva.

—No vas a vender Broad-Meadows —repetí.

—Así es.

Jackson se sentó en la silla que le había ofrecido a mamá y yo me eché en la de detrás del escritorio.

—Intenté decírtelo la última vez que hablamos —dijo mamá—, pero últimamente no me dejas hablar.

Jackson se mordió el labio y supuse que mi madre le resultaba tan difícil como a mí. Si no hubiera estado tan conmocionada, su expresión me habría parecido divertida, pero tal como estaban las cosas...

—Ahora te quedas con Broad-Meadows —repetí.

—Sí —sonrió Jackson, mostrando sus dientes demasiado blancos y perfectamente alineados.

Realmente era el sueño americano. Incluso un domingo iba vestido de negocios; vamos, lo mismo que mi madre. ¿Habían venido hasta Norwich para decirme algo más?

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté.

—Decidí que no podía desprenderme de aquello, después de todo.

Eso ya era algo, supuse. Me preguntaba qué pensaría Eloise de su dramático cambio.

—Y esperaba —continuó, clavándome una mirada penetrante—, que pudieras volver, Freya...

—¿A Broad-Meadows?

—Sí —asintió—, y a tu casita en los terrenos.

Me había encantado aquel pequeño lugar. Era estrecho pero peculiar y lleno de carácter, pero también lo era donde vivía ahora, y en Nightingale Square estaba rodeada de amigos.

—Pero ¿qué pasa con tu inquilino? —Fruncí el ceño, recordando mi rápido desahucio.

Jackson parecía creer que me estaba ofreciendo algo especial, y había olvidado convenientemente las circunstancias de mi marcha del que una vez fue mi querido hogar.

—Ya no está. —Se encogió de hombros—. Así que el lugar es tuyo si lo quieres, a menos que fueras más feliz en la casa.

—Sabes que nunca fui feliz en la casa —le recordé.

Se echó a reír, lo que me enfureció y enfureció a mi madre. Estaba claro que la reunión no iba como ella había planeado.

—Jackson quiere que vuelvas a ocuparte del jardín, Freya —señaló mamá.

Ya me había dado cuenta, pero la forma en que mamá lo decía me indicaba que estábamos llegando al meollo de su inesperada llegada. Vi que la mandíbula de Jackson se tensaba, solo un poco, pero fue suficiente para advertirme de que había algo más en marcha.

—Bueno —sonreí—, ya sabes que siempre me han gustado los jardines.

Jackson fue a decir algo, pero mamá se le adelantó.

—Y ahora —se apresuró a decir, agitando una mano enjoyada—, van a ser aún mejores.

—¿Cómo es eso? —pregunté, con mis ojos revoloteando entre ellos—. ¿Estás haciendo cambios, Jackson?

—Se podría decir que sí —dijo tenso, claramente molesto por haberse visto obligado a decir tanto tan pronto—. He presentado los planos para convertir la casa y la finca en un lujoso complejo hotelero rural.

Ahí estaba. Se me revolvió de nuevo el estómago al imaginar a los obreros entrando y el carácter del lugar destrozado.

—¿Y los jardines? —me atreví a preguntar.

—Remodelación total —dijo mamá, encantada—. Vanguardista, moderna, emocionante. Jackson ya nos ha adjudicado a tu padre y a mí el proyecto, y queremos que tú lo dirijas.

No podía creer que ella o papá pensaran que yo querría formar parte de aquello. Ambos sabían que una de las principales razones por las que yo había querido mudarme cuando Jackson puso la finca en venta era porque no podía soportar la idea de que todo cambiara. Seguro que no lo habían olvidado.

—Imagínatelo —dijo, mirando soñadoramente hacia la lejanía.

—Oh, desde luego que sí —le dije, con los ojos fijos en Jackson.

—Volverías a Broad-Meadows y a la empresa familiar —insistió—. Tendrías lo mejor

de ambos mundos, querida. Todo lo que pudieras desear.

Excepto por el jardín que amaba. El jardín que Eloise y las generaciones anteriores de su familia se habían pasado la vida creando y perfeccionando. No podía soportar la idea de que lo arrancaran y lo sustituyeran por algo contemporáneo y vanguardista.

—Pareces haber olvidado que soy muy feliz donde estoy —dije, volviendo mi mirada a mamá—. Estoy instalada aquí.

—Pero ¿hasta cuándo? —preguntó—. El Jardín de Invierno ya debe estar casi plantado, pronto va a ser la inauguración, y luego te quedarás de brazos cruzados manteniendo el lugar. No va a ser un reto, ¿verdad? Por lo que he visto, no tiene un gran tamaño. Tienes que pensar a largo plazo, Freya, y mucho mucho más a lo grande.

Sabía que sería una pérdida de tiempo intentar explicarle que Nightingale Square y Prosperous Place eran mucho más que el tamaño del jardín.

—Pero claro, me olvido de que has empezado algo con uno de los lugareños, ¿no? —se rio, como si mis sentimientos por Finn no significaran nada—. No puedes estar realmente enamorada de él, Freya. No llevas aquí ni cinco minutos.

—Creo que será mejor que te vayas —dije, poniéndome de pie—. Me asombra que cualquiera de vosotros pudiera pensar que invitarme a Broad-Meadows para ver cómo lo destrozan todo fuera algo que siquiera contemplaría.

—No tomes una decisión ya —dijo Jackson, siguiendo a mamá por la puerta—. Piénsatelo.

¿Exactamente cómo de tonto era?

—Vamos a engrandecer el lugar.

—Sé que no te has dado cuenta —le espeté, siguiéndolo a la salida y sintiendo cómo su efecto, antes negativo en mí, se reducía a la insignificancia—, pero ya lo es. Y ahora, puesto que has encontrado el camino hasta aquí, estoy segura de que puedes encontrar la salida.

Capítulo 29

No hubo tiempo de responder a ninguna de las preguntas de Graham sobre mis inesperados e inoportunos invitados, porque cuando regresé al Grow-Well, Nell estaba fuera de sí.

—La he oído detrás de los depósitos de abono —me dijo Sara con el ceño fruncido, preocupada—. No creo que haya comido nada que no debiera, pero tiene un aspecto un poco lamentable, ¿verdad?

Tenía razón. La pobre Nell estaba muy verde y yo estaba segura de que no era por nada que hubiera comido. Su palidez —si es que un perro podía tenerla— era el resultado de haber visto a Jackson. Puede que solo lo viera un instante, pero fue suficiente para alterarla y una prueba más, aunque no la necesitaba, de que volver a Broad-Meadows sería perjudicial para las dos.

—Creo que será mejor que la lleves a casa —dijo Graham.

—Pero se supone que estoy ayudando —le recordé—. No quiero defraudarte.

—Puedo arreglármelas —dijo estoicamente—. Todo el mundo está fuera ahora mismo.

—Y yo también puedo ayudar —ofreció Sara, que ahora se sentía como una visitante habitual, lo que supuse que era, dado que había asistido a todas las actividades del Winterfest.

—Lleva a Nell de vuelta a la plaza y que se ponga al calor —insistió Graham.

—De acuerdo —acepté mientras mi pobre perra empezaba a tener arcadas de nuevo—. No está contribuyendo al ambiente que estábamos buscando, ¿verdad?

Caminamos despacio hasta casa y acomodé a mi amorcito, que estaba temblando, en su cestita de la cocina. No era la habitación más cálida, pero tenía suelo de baldosas y, cuando metí una patata asada en el horno para la cena, enseguida se calentó.

Le envié un mensaje a Finn preguntándole si podíamos cancelar la velada que habíamos planeado y volví a tranquilizar a mi nerviosa compañera diciéndole que todo iba bien y que no tenía nada de qué preocuparse.

Por desgracia, mis palabras no la calmaron y fue una larga noche para las dos. Pasé gran parte del lunes yendo y viniendo de la plaza al jardín e intentando no pensar en lo que mis padres planeaban para los jardines de Broad-Meadows ni en lo que Jackson tenía pensado para la casa. Yo no iba a tomar parte en ello, pero eso no impedía que dominara mis pensamientos.

—¿Cómo está Nell? —preguntó Luke, cargando herramientas en una carretilla después del almuerzo—. Graham dijo que se encontraba mal ayer.

Me pregunté si también habría hablado de mis visitas, pero, como Luke no preguntó por ellas, yo tampoco las mencioné.

—Sí, lo estaba —suspiré—, y lo sigue estando. La he dejado envuelta en una manta en casa, compadeciéndose mucho de sí misma.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —me censuró—. Deberías estar con ella.

—No puedo tomarme el día libre solo porque mi perra está enferma.

Luke claramente no estaba de acuerdo.

—No es como si fuera una niña —señalé.

—Como si lo fuera —sonrió Luke—. Tómate el resto del día. Y mañana.

—Pero no puedo.

—Soy el jefe —dijo con firmeza, tirando de rango—, y te ordeno que te vayas a casa y cuides de Nell. No quiero volver a verte por aquí hasta que ella esté lo bastante bien como para venir contigo. ¿Entendido?

—Entendido —sonreí, empujando la carretilla de vuelta al cobertizo—. Gracias, Luke.

—Ah, y sobre la chimenea —dijo—. Tengo un deshollinador preparado para venir a echarle un vistazo, pero lo aplazaré unos días.

—Te lo agradecería —dije—, y Nell también.

Lo último que necesitaba mi pequeña bolsa de nervios era que un hombre extraño, con un equipo ruidoso y aterrador, entrara en casa. Era frustrante pensar que todos los progresos que había hecho en los dos últimos meses se habían ido al traste en un momento, pero había sucedido y tendría que ayudarla a recuperarse. Yo también seguía sintiéndome inquieta y sabía que me iba a llevar un tiempo recuperarme.

***

—¿Eso es todo? —preguntó Chloe a la mañana siguiente, cuando fue a recoger la lista de tareas que había recopilado para que ella y Graham la revisaran en mi ausencia.

—Eso es —dije—. Eso debería manteneros ocupados, ¿no?

—Creo que sí —aceptó—, ¿y cómo está la paciente?

—Mucho mejor —dije, mirando a Nell, que observaba todos nuestros movimientos.

No había estado enferma durante la noche y había devorado —y, afortunadamente, retenido— la comida seca que le había puesto esa mañana.

—¿Fue el virus que está rondando por ahí?

—No —le dije—. Se estresó un poco el fin de semana y eso la hizo estallar.

Había hablado con la veterinaria local, por si acaso, y estaba de acuerdo conmigo. Si Nell se hubiera contagiado del virus que azotaba a los perros de todo el mundo, habría estado mucho más tiempo enferma.

—Pobre bicho —dijo sin embargo Chloe.

Sabía muy bien que Nell era una rescatada con un comienzo de vida poco feliz y, por lo tanto, sentía compasión por su frágil estado mental.

—¿Quieres un café? —ofrecí.

—Solo uno rápido —dijo, mirando el reloj—. No quiero que el jefe piense que estoy holgazaneando y sé que Graham estará impaciente por empezar. —Acercó una silla a la mesa y se sentó—. Nell no era la única que se estresó el fin de semana, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Cuando volví a dejar mis botas de agua el domingo por la noche, oí una pelea horrible en el estudio de Finn.

—¿Sí? —Fruncí el ceño.

—Sí —dijo ella—. ¿No lo sabías?

—No. ¿Quién era?

—Bueno, para empezar, me preguntaba si erais vosotros dos, teniendo vuestra primera riña de amantes.

—¿Qué? —jadeé.

Chloe puso los ojos en blanco.

—Venga ya —dijo—, todos sabemos que ahora estáis juntos.

—¿Todos?

—Sí —rio—. Hacemos apuestas sobre cuánto tardarás en hacerlo público.

—Ya veo —dije, concentrándome en preparar el café.

—De todos modos —continuó Chloe—, no eras tú, obviamente.

—¿Por qué obviamente?

—Porque eran dos hombres gritando.

—Oh, cielos. Espero que no haya sido Zak.

Los hermanos se llevaban tan bien que sería una pena que tuvieran un contratiempo y tuvieran que volver a empezar.

—Yo también pensé en él —Chloe frunció el ceño—, pero no me pareció él.

—¿Crees que Luke y Kate podrían haberlo oído?

Luke no me había dicho nada, pero ¿por qué iba a hacerlo?

—Probablemente —suspiró Chloe—. Hicieron bastante ruido.

No había visto ni hablado con Finn desde que intercambiamos mensajes de texto el domingo por la tarde. Entonces estaba bien, contento de haber aplazado nuestros planes dadas las circunstancias. Yo le había dicho que Nell no se encontraba bien, pero no el motivo, y él me había dicho que iba a seguir trabajando en el estudio. Como estábamos tan ocupados, habíamos quedado en ponernos al día esa misma semana, y yo sabía lo que se concentraba una vez entraba en el flujo creativo. Como lo habíamos arreglado todo, no había pensado en su silencio posterior, pero ahora...

—Y Finn no está en el estudio esta mañana. El lugar está cerrado y parece desierto —añadió Chloe—. Es todo muy misterioso.

—Ya veo —dije, tendiéndole una taza—. Un poco, la verdad.

—Entonces, ¿no sabes nada de eso?

—No —dije—. Nada.

—Cada vez más misterioso —reflexionó.

El miércoles, Nell se encontraba lo bastante bien como para ir andando desde la plaza hasta la oficina del jardín, donde la arropé con una bolsa de agua caliente mientras repasaba mi lista de tareas pendientes.

Había llamado al estudio e intentado abrir la puerta, pero seguía cerrada. No había señales de vida y Finn tampoco había respondido a ninguno de los mensajes que le había enviado después de mi charla con Chloe.

—¿No está por aquí? —me dijo una voz mientras almorzaba y comprobaba las facturas.

Levanté la vista y me encontré a Zak en la puerta, y vi con asombro cómo Nell salía de su cesta y trotaba alrededor del escritorio, moviendo la cola, para saludarlo.

—Bueno, mira eso.

—Bueno, mira, ¿el qué? —sonrió Zak, acariciando la cabeza de Nell.

—Lleva enferma en su cesta desde el fin de semana —dije—. Es el primer entusiasmo que muestra por alguien desde hace días.

—¿Qué puedo decir? —suspiró Zak, parecía muy satisfecho de sí mismo—. Soy irresistible para el sexo femenino.

—No empieces otra vez —le espeté.

Si hubiera vuelto a ser el viejo y malvado Zak, entonces bien podría haber sido la persona con la que Cloe había oído discutir a Finn.

—Solo estoy bromeando. —Frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

—Supongo que es a Finn a quien estás buscando, ¿no?

—Sí, acabo de intentarlo en el estudio, pero está todo cerrado. ¿Sabes dónde está?

—No —dije, la incómoda sensación que se había estado gestando se asentó más firmemente en mi estómago—. No, no lo sé. Nadie lo ha visto desde el domingo.

—Oh, claro.

—No lo viste entonces, ¿verdad? Solo que se le oyó discutiendo con alguien.

—Yo no.

—¿Y tu padre no?

Era la única persona que se me ocurría cuando me quedaba despierta preguntándomelo.

—No —dijo Zak, sacudiendo la cabeza—. Todos hemos estado bien últimamente. Es un poco raro, ¿no? —añadió, después de tomarse unos segundos para asimilar la situación.

—Solo un poco —acepté, mordiéndome el labio inferior.

—¿Le has mandado un mensaje?

—Por supuesto que lo he hecho —dije—. Una docena, pero no ha contestado.

—Eso es aún más extraño, porque seguro que te habría dicho a dónde iba si se marchaba —dijo Zak.

—¿Por qué?

Se frotó una mano en la nuca, y supuse que Chloe también había hecho una apuesta con él sobre mi fiesta de presentación y la de Finn.

—Con lo unidos que estáis y todo eso —sonrió.

—Entiendo —suspiré.

Nuestra relación era claramente de dominio público.

—Estoy muy contento por vosotros dos —continuó Zak mientras mi teléfono vibraba con fuerza en mi bolsillo—. Con sinceridad, no creía que fuerais a arreglaros nunca, pero me alegro de que al final lo hayáis conseguido.

—Gracias, Zak —dije, sabiendo que no tenía sentido negarlo.

—Apuesto a que ahora es él —dijo, señalando hacia donde había surgido el ruido de

mi teléfono—. ¿Puedes pedirle que me llame?

—¿Por qué no lo llamas tú mismo? —pregunté—. Pensé que estabas preocupado por él.

—No. —Se encogió de hombros—. Finn puede cuidarse solo. Sin duda, estamos montando un alboroto por nada.

Yo no estaba tan segura.

—¿Quieres esperar y averiguarlo?

—No, pero puedes mandarle un beso de mi parte —sonrió.

—Idiota —murmuré cuando se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Tenía razón en que el mensaje era de Finn, pero no mencionaba la Navidad ni a dónde había ido. Solo unas palabras inquietantes:

> Tuve el placer de hablar con tu antiguo jefe el domingo por la noche y me dijo que vas a volver a Broad-Meadows para estar con él a tiempo para Navidad...

De repente, y a pesar del frío que hacía, sentí demasiado calor para llevar abrigo. Me encogí de hombros mientras la cabeza me daba vueltas con todo tipo de pensamientos nauseabundos.

No tardé mucho en darme cuenta de que Jackson había averiguado de algún modo, seguramente a través de una de las muchas fuentes de mamá, que Finn era el hombre del que yo estaba enamorada, y luego, como yo no había accedido a sus planes, después de despedirles a él y a mamá el domingo, se había lanzado rencorosamente a sabotear mi recién descubierta felicidad.

Esa tenía que ser la razón de la repentina e inexplicable desaparición de Finn. Había creído lo que Jackson le había dicho y luego se había marchado de Prosperous Place queriendo poner la mayor distancia posible entre nosotros.

—Mamá —jadeé, con la respiración entrecortada en el pecho, cuando por fin contestó al teléfono—. Tengo que hablar contigo.

—Estoy en medio de algo ahora mismo, Freya —respondió escuetamente.

—No me importa —le dije—. Y no cuelgues, porque seguiré llamando.

La oí revolviendo papeles y excusándose de la reunión en la que estaba. ¿Estaba con Jackson?

—¿Qué pasó el domingo? —pregunté.

—Sabes exactamente lo que pasó —dijo, un poco menos segura de sí misma—. Rechazaste la oferta de Jackson y luego nos echaste de allí.

—Pero Jackson no se fue, ¿verdad?

Se quedó callada un momento.

—No —admitió—, se quedó en Norwich.

—Y regresó a Prosperous Place para causar problemas.

Ella no contestó.

—¿Lo hizo? —grité, haciendo que la pobre Nell se estremeciera.

—Sinceramente, no sé lo que hizo —dijo mamá, enfadada—, pero yo no me lo habría imaginado. Estaba de mal humor cuando nos separamos.

—Podrías haberme avisado —dije con amargura—. Me ha causado muchos problemas aquí, mamá.

—Lo siento.

—¿Qué?

¿De verdad acababa de disculparse?

—He dicho que lo siento, y es verdad.

Se me formó un nudo en la garganta, que se sumaba a la presión en el pecho y al peso en el estómago.

—Vi un lado muy diferente de ese hombre después de que te dejáramos, Freya —continuó con un resoplido—, y le dije que podía quedarse con su preciado contrato. Ahora, la empresa no trabajará en el proyecto Broad-Meadows en calidad de nada.

No supe qué decir. Obviamente, estaba encantada, pero ¿por qué no me lo había dicho? Si hubiera sabido que ella y Jackson habían discutido, podría haber averiguado con quién había discutido Finn en cuanto Chloe lo mencionó y haber actuado mucho antes.

—Después —prosiguió mamá—, me he enterado de que hay muchas objeciones locales a los planes de Jackson y he aconsejado al encargado de reunir a las tropas que presente oficialmente las quejas de todos, y su deseo de proteger los jardines, a través de los canales adecuados.

Apenas podía creerlo.

—Así que tu querido Broad-Meadows podría salvarse todavía.

—Es maravilloso. —Tragué saliva, conmocionada.

—Creo que tu Eloise pensaría lo mismo, ¿no?

—Desde luego que sí.

—Y siento mucho si Jackson te ha estropeado las cosas, Freya. Por lo que vi, los jardines de Prosperous Place son preciosos.

—Gracias —dije, pensando más en Finn que en las flores.

—Espero que todo se solucione sin demasiados disgustos.

—Yo también —le dije, todavía anonadada—. Yo también.

Todo lo que había pasado, desde la visita de mamá y Jackson hasta el mensaje de Finn, se repetía en mi cabeza mientras intentaba seguir con mi trabajo. Me sorprendía que mamá se hubiera retirado del proyecto. Nunca antes había hecho nada así, ni siquiera cuando no tenía buena opinión del cliente. Jackson debía resultarle especialmente desagradable, pero no podía preocuparme por eso. Mi única prioridad era encontrar a Finn y aclararle las mentiras que Jackson le había contado.

Cada pocos minutos me paraba para llamarle al móvil, pero debía estar apagado y, hasta que no lo volviera a encender, no tenía forma de averiguar a dónde había ido ni la cantidad de daño que Jackson había hecho egoístamente.

Capítulo 30

Durante los dos días siguientes, pensé mucho en telefonear a Jackson o incluso en conducir hasta Broad-Meadows para verlo en persona. Mientras trabajaba en el jardín, dando los últimos retoques para la gran inauguración del domingo, repasaba la *conversación que* tendría con él. Siempre era en voz alta y muy unilateral.

De alguna manera, resistí el impulso. No lo llamé ni lo visité. Por cada fibra que quería despotricar y borrar la sonrisa petulante de su cara, había una contrapartida que se negaba a permitirle la satisfacción de saber que sus acciones egoístas habían tenido un impacto tan devastador en mi nueva vida en Nightingale Square.

Con Nell afortunadamente recuperada y capaz de acompañarme de nuevo en el jardín, trabajé desde antes del amanecer hasta después del anochecer, asegurándome de que todo estuviera tan perfecto como fuera posible para la gran revelación. No les dije ni a Chloe ni a Luke que algo iba mal. Sabía que podía confiar en mis nuevos amigos, pero no quería hacerlo.

Si le pedía más detalles a Chloe, o le preguntaba a Luke si se había enterado de algo, la idea de que había perdido a Finn después de haberlo encontrado se convertiría en realidad, y no podría soportarlo. Ya era bastante difícil enviar mensajes y esperar respuestas que nunca llegaban.

—¿Cómo va todo? —preguntó Luke mientras me preparaba para salir mucho después de que hubiera oscurecido el viernes—. ¿Vamos a echar un vistazo a estas luces?

No pude evitar sonreír, a pesar de mi turbación.

—Creía que querías que fuera una sorpresa —le recordé.

Tenía el presentimiento de que no podría esperar. Había encargado a una empresa que instalara una iluminación estratégica para resaltar ciertas partes del jardín, arbustos impresionantes, árboles con cortezas interesantes y cosas por el estilo. Sabía lo espectaculares que parecían las iluminaciones porque Maddie, la mujer que dirigía la instalación, me lo había enseñado en secreto cuando Luke estaba fuera, pero se suponía que tenía que esperar hasta la tarde de puertas abiertas para verlo todo.

—Yo sí —dijo, balanceándose sobre sus talones—, pero podría ser una sorpresa que tengo ahora, ¿no?

—No —le dije, acompañándolo fuera de la oficina del jardín, donde se había instalado el panel de control principal—. Espera hasta el domingo. Te prometo que valdrá la pena.

Parecía un poco enfurruñado, pero me resistí a decirle que podía manejar algunas de las luces de forma independiente, desde los interruptores situados junto a los árboles y arbustos elegidos, porque sabía que se habría puesto a dar vueltas por el jardín y muy probablemente habría fundido las bombillas en su excitación.

—Oh, está bien —cedió—. Esperaré. Nos vemos por la mañana, ¿no?

Se trataba de la última sesión del Winterfest: hacer un petirrojo de fieltro bajo la competente dirección de Heather. La pequeña colección de animales del bosque y pájaros de jardín de fieltro que hizo era exquisita. Tan exquisita que todos le dijimos que

debería venderlos. Dicho eso, no tenía ni idea de cómo encontraba tiempo para hacerlos con tres niños pequeños bajo sus pies, así que quizá llevar un negocio, aunque fuera pequeño, podría resultar un poco complicado.

—Sí —asentí—, allí estaré.

—No puedo creer que sea la última actividad —dijo Luke con nostalgia—. Estas semanas han pasado volando, ¿verdad?

—Un poco.

—La semana que viene a estas horas será el día de Navidad —señaló—. ¡El final del día de Navidad!

Aún no había decidido cómo iba a pasar la mía. No con Finn, obviamente, pero no estaba segura de poder afrontar el regreso al redil familiar. Sabía que me harían sentir bienvenida, pero seguía pensando que estaría mejor con Nell, sola en casa. No quería que mi humor arruinara las fiestas de nadie más.

—Bien, entonces —dijo Luke cuando no me lamenté por el hecho de que en solo una semana todo habría terminado—. Será mejor que vuelva. Nos vemos mañana, Freya.

—Sí —tragué saliva—, hasta mañana.

Al día siguiente, el comedor de Prosperous Place estaba tan bonito como siempre, y al sentarme a la mesa me saludó una sala llena *y* un par de ayudantes adicionales de última hora de Nightingale Square. Intenté concentrarme en la demostración que estaba haciendo Heather y que nos permitiría, supuestamente, reproducir el alegre petirrojo que nos había proporcionado a cada uno para que supiéramos en qué estábamos trabajando, pero no podía asimilarlo.

Una vez que hubo distribuido los suministros, empecé a apuñalar la lana con la aguja, lo que fue sorprendentemente catártico, y mi mente divagó.

—No tengas prisa, Freya —me dijo Heather mientras iba de un lado a otro para comprobar los progresos de cada uno y controlar su técnica—. Cuanto más tiempo pases haciendo esto bien, más sólido será el pequeño.

Asentí y ella se dirigió hacia donde estaba trabajando Lisa, seguramente para decirle algo parecido. Por alguna razón, nuestra amiga parecía ser más experta en pincharse el dedo que su creación y estaba siendo muy ruidosa al respecto. Dicho esto, Lisa solía ser ruidosa para todo, así que no era nada nuevo.

Durante la pausa para el café de media mañana, Kate preguntó si sería de ayuda que Luke se pasara a dejar salir a Nell a la hora de comer.

—Siempre vas con prisas —me dijo—. Sería estupendo que pudieras pasar aquí todo el día sin interrupciones, ¿verdad?

—¿Sabes? —dije, sacando las llaves de casa del bolsillo, y se las entregué—, tienes razón. Esta semana ha sido demasiado y estaría bien no tener que salir a la hora de comer.

Sabía que Nell le tenía cariño a Luke, así que no habría ningún problema en que se dejara caer por allí y, si me quedaba con mis compañeros, había menos posibilidades de que me pasara el tiempo hojeando el móvil con la esperanza de saber algo de Finn. Hasta ahora no había conseguido que respondiera, así que más me valía dejar de intentarlo.

Hacía casi una semana que se había ido y ya era hora de que empezara a aceptar el final de nuestro breve pero maravilloso tiempo juntos.

Pronto me di cuenta de que los alegres pajaritos de fieltro de los demás parecían mucho más resistentes que el mío y estaban mucho más apretados, pero seguí adelante, decidida a aprovecharlo al máximo mientras reflexionaba sobre lo que me había dicho mamá cuando ella y Jackson habían aparecido el fin de semana anterior.

Podría haber rechazado volver a Broad-Meadows, pero tal vez debería considerar la posibilidad de trasladarme una vez que estuviera segura de que los terrenos de Prosperous Place volvían a estar en plena forma y el Jardín de Invierno era el éxito que Luke había querido que fuera.

Por supuesto, mis sensibleras divagaciones no tenían nada que ver con mi trabajo. Adoraba el lugar, mi casa y mis muchos nuevos amigos de Nightingale Square, pero la idea de vivir y trabajar en Norwich sin Finn no era algo a lo que quisiera enfrentarme a largo plazo. Solo había conseguido seguir adelante esa semana porque él no estaba allí y yo tenía un plazo muy ajustado. Tratar de funcionar con él cerca cuando la presión desapareciera iba a ser imposible. Esperaría a que pasara el invierno y buscaría un nuevo puesto en otro condado en primavera.

Al pensarlo, se me saltaron las lágrimas y grité de dolor cuando la aguja no dio en el blanco y acabó incrustada en un lado del dedo.

—Ya está —dijo Lisa, lanzando una mirada a Heather—. Dijiste que estaba siendo exagerada, Heather, pero duele, ¿verdad, Freya?

—Más de lo que jamás hubiera creído posible —respondí con tristeza.

Al final de la sesión, todos echamos un vistazo a los trabajos de los demás. Había algunos ejemplares muy buenos, pero por desgracia el mío no era uno de ellos.

—Ya sé —dijo Heather, metiendo la mano en su costurero mientras yo intentaba y fracasaba por enésima vez que mi esfuerzo ornitológico se mantuviera en pie—. Le coseré un lazo en la parte de atrás de la cabeza y así podrás colgarlo en tu árbol.

Había dado con la solución perfecta y me pregunté si sería capaz de arreglar mi vida amorosa con un destello de su aguja y un trozo de hilo. ¿Quizá podría coser mi pobre corazón roto?

—Tus llaves, Freya —dijo Luke, devolviéndome el manojo mientras yo esperaba a que Heather hiciera su magia.

—Oh, gracias —dije, cogiéndoselas. Había olvidado por completo que aún las tenía—. ¿Nell estaba bien?

—Muy bien —sonrió—. Está completamente recuperada, ¿verdad?

—Por suerte, sí —dije—. Ha vuelto a ser la misma de siempre.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mí.

Me escabullí mientras todos se ponían los abrigos y se deseaban feliz Navidad. Tenía ganas de irme porque a la mañana siguiente tenía que madrugar para ayudar a preparar la llegada de la multitud. Se preveía un tiempo fresco y luminoso, lo que sabía que aumentaría el número de visitantes, y Luke había vuelto a salir en la radio y también en

el periódico local, así que el interés por la gran inauguración era grande.

Volví por el jardín para asegurarme de que todo estaba en su sitio. Tuve la tentación de encender algunas de las luces, pero no podía arriesgarme a llamar la atención de Luke, así que avancé con cuidado por los senderos con la linterna de mi teléfono apenas iluminando mi camino.

—Pero ¿qué...? —jadeé al doblar una esquina y encontrarme frente a una de las impresionantes esculturas de Finn.

Era de un dragón mucho más grande que los que se escondían en el jardín de helechos y habíamos planeado en un principio averiguar dónde colocarlo. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Y más importante, ¿cuándo? Volví corriendo por el camino hasta el estudio, pensando que debía haber vuelto, pero no era así. El lugar estaba en silencio y en total oscuridad, y yo seguía sin saber a dónde había ido. Luke debió haber pedido ayuda para trasladar y colocar la escultura mientras yo me dedicaba a coser ineficazmente durante el día.

El olor a humo persistía en el aire frío de la noche y me estremecí mientras cruzaba la calle de vuelta a la plaza con el corazón aún más encogido antes de detenerme a contemplar mi encantadora casita. Luke había dejado encendida la luz del vestíbulo, que iluminaba la vidriera sobre la puerta, y las luces del árbol de Navidad parpadeaban también, lo que hacía el lugar aún más idílico y acogedor.

Me acerqué rápidamente a la puerta, antes de que mis emociones me dominaran, y giré la llave en la cerradura.

—He vuelto —le dije a Nell al entrar y darme cuenta de que algo iba mal.

Ladró en respuesta y el ancho bulto de Finn llenó de repente el marco de la puerta del salón.

—Y ya era hora —sonrió, haciendo que mi corazón repiqueteara contra mi caja torácica—. Ven a ver lo que hemos hecho.

Entumecida, pero no por el frío, lo seguí hasta el salón y mis ojos se posaron en el gran fuego que ardía en la rejilla. Finn estaba de pie a un lado y Nell al otro, ambos ansiosos por ocupar un lugar junto al calor que podía sentir que calentaba la habitación a pesar de que apenas estaba dentro de ella.

—Luke y yo queríamos que fuera una sorpresa —me dijo Finn—. Por eso hoy ha tenido tus llaves tanto tiempo. Me contó lo que planeaba cuando volví y movimos la escultura, y le dije que le echaría una mano.

Miré desde las brillantes llamas hasta las bonitas baldosas pulidas, la rebosante cesta de leña y los diversos pertrechos necesarios para mantener encendido el fuego, y luego, de nuevo a Finn.

—¿Te gusta? —preguntó, menos seguro—. Está bien, ¿verdad?

Intenté parpadear, pero el esfuerzo fue en vano y dos gruesas lágrimas cargadas de sal rodaron por mis mejillas. Rápidamente les siguió un diluvio.

—Freya —dijo Finn, corriendo por la habitación, y me cogió de la mano antes de llevarme al sofá—. ¿Qué te pasa? ¿Qué pasa?

En cuanto me senté, le solté la mano. No quería recordar cómo se sentía en la mía si no iba a poder aferrarme a ella para siempre.

—Te fuiste —dije; mi voz apenas era audible mientras intentaba olfatear y contener el flujo largamente desatado—. Desapareciste y luego enviaste un mensaje diciendo que Jackson te había dicho...

No me atrevía a verbalizar lo que me había dicho mi exjefe.

—Espera —vaciló Finn, volviendo a cogerme la mano y no soltándola ni siquiera cuando intenté apartarme—. No entiendo...

—Recibí tu mensaje —volví a decir.

—Pero eso es imposible.

Liberé la mano y saqué el teléfono del bolsillo.

—Toma —le dije, sacando el texto y poniéndole la pantalla delante de las narices.

Cogió el teléfono y leyó lo que aparecía en la pantalla.

—Oh, joder —se atragantó, con los ojos muy abiertos—. ¡Esto es solo el principio de lo que tecleé, y ni siquiera sabía que mi cutre teléfono había enviado eso!

Dejó mi teléfono y sacó su antigua reliquia.

—Está muerto —dijo—. Finalmente se rindió cuando traté de enviarte un mensaje y no he tenido la oportunidad de comprar otro. Aunque tampoco habría sabido cuál.

Me había burlado mucho de su teléfono decrépito y de sus escasas habilidades tecnológicas, ¿por qué no lo había pensado antes? En mi pánico, me había aferrado a las implicaciones del mensaje de texto que había recibido y nunca me había planteado la idea de que lo que había llegado a mi teléfono no era toda la historia.

—No tenía ni idea de que la maldita cosa había enviado algo —dijo Finn de nuevo, desesperado—. Pensé que lo había apagado antes de pulsar enviar.

—Entonces, ¿no has visto ninguno de mis mensajes? —pregunté, ronca.

—No —dijo—. Ni uno. Me pasé años escribiendo un mensaje muy largo explicando lo que pasó el domingo por la noche —continuó—. Sabía que mi teléfono lo enviaría por partes, pero pensé que no pasaría nada. O al menos eso creí hasta que me mostró la pantalla negra de la muerte y ninguna pista de que se hubiera enviado.

—Ya veo.

—Después de eso, decidí que sería mejor esperar a decírtelo en persona porque seguro que apreciarías el resultado.

—¿Cuál era?

—Básicamente, que había llamado pajillero a Jackson y lo había echado con un tirón de orejas.

—¿Qué hiciste qué?

Finn me miró con atención. Seguía con el ceño fruncido cuando cayó en la cuenta de que yo había pasado por un infierno emocional durante los últimos días.

—Has estado pensando que le creía, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa iba a pensar después de que ese mensaje aterrizara en mi teléfono?

—¡Oh, Freya! ¡Por supuesto que no le creí! Puede que no te conozca desde hace mucho, cariño, pero te conozco mejor que eso.

—Creí que te habías ido porque no querías verme —dije, con más lágrimas acumulándose—. Pensé que creías que me mudaría de nuevo a Broad-Meadows.

—Oh, demonios, Freya. —Tragó saliva—. Si hubiera tenido la más mínima idea de que

algo así había pasado, habría cogido otro teléfono, o habría llamado desde un fijo, o algo. Ni siquiera sabía que estabas al tanto de que ese idiota de Jackson había estado intentando crear problemas.

—Chloe dijo que os había oído discutir y saqué mis conclusiones —resoplé—. Entonces, ¿dónde has estado?

—Eso no importa —dijo, tirando el teléfono—. Ven aquí.

Me lancé sobre el sofá y caí en sus brazos.

—Pensé que te había perdido —sollocé.

—Por supuesto que no me habías perdido —dijo, apretándome más—. Siento mucho que haya pasado todo esto.

—No te disculpes —lloriqueé—. Fue culpa de Jackson.

—Ojalá lo hubiera echado cuando tuve la oportunidad.

Yo también lo deseaba.

Permanecimos abrazados, sintiendo el calor del fuego y viendo cómo las llamas lamían la chimenea. Cada vez que respiraba, sentía que mi corazón helado volvía a descongelarse, pero eso no tenía nada que ver con las brasas que brillaban en el hogar.

Al final me incorporé para poder mirarlo, pero no me aparté y tampoco le solté la mano.

—Entonces, ¿dónde estabas? —pregunté—. ¿Dónde desapareciste?

Me besó suavemente el dorso de la mano antes de responder.

—Wynthorpe Hall —dijo con una sonrisa—. Los Connelly han decidido que quieren seguir adelante con la creación del sendero de esculturas a través de sus bosques y me han encargado algunas de las piezas.

—¡Oh, Finn! —dije, lanzándome de nuevo a sus brazos—. ¡Es increíble! Felicidades.

—Gracias —sonrió—. Estoy muy contento.

—Y así debe ser. Qué perfecto fin de año.

—Bastante, ¿verdad? —dijo, agachando la cabeza—. Y estar de nuevo contigo lo hace aún mejor. Ahora sabes cuánto te quiero, ¿verdad, Freya?

Sentí un alivio abrumador y estaba a punto de decirle lo mucho que yo también lo quería, pero me besó con tanta pasión y convicción que se me escaparon las palabras. Me fundí felizmente en su abrazo y mi mundo volvió a centrarse seductoramente.

Capítulo 31

Al despertar envuelta en los cálidos y fuertes brazos de Finn a la mañana siguiente, sentí como si la Navidad se hubiera adelantado. Lo miré brevemente, observando sus rasgos suavizados por el sueño, la maraña de su pelo y el constante subir y bajar de su pecho, antes de cerrar los ojos, dispuesta a que el sueño volviera a apoderarse de mí, pero los volví a abrir en cuanto me acordé.

Puede que aún no fuera el día de Navidad, pero como si lo fuera. Por fin había llegado el momento de inaugurar el Jardín de Invierno y descubrir lo que el resto del mundo —o al menos una pequeña parte de él— pensaba de los esfuerzos hortícolas que yo, junto con mi equipo de dos personas, había realizado desde mi llegada a Nightingale Square hacía tan solo unas semanas.

Repasé mentalmente el plan de Luke para el día y me alejé con suavidad y a regañadientes del cálido abrazo de Finn.

—No —murmuró somnoliento, tirando de mí hacia atrás de nuevo—, solo cinco minutos más.

—No puedo —le dije—, tengo que preparar el jardín.

—El jardín está listo —dijo, con los ojos aún cerrados—. Cinco minutos.

—No hay tiempo —protesté débilmente cuando él se puso de lado y luego encima de mí—. Tengo que hacer algo con mi pelo.

No necesitaba mirarme en un espejo para saber que iba a necesitar algo de atención.

—Yo lo haré por ti —dijo Finn, besándome en los labios.

—¿Lo harás? —pregunté, y mi cabeza se llenó al instante de aquella deliciosa escena del lavado del pelo protagonizada por Robert Redford y Meryl Streep en *Memorias de África*.

—Sí —dijo, besándome de nuevo.

—En ese caso —solté una risita—, vamos a tardar diez minutos en vez de cinco.

Después de quince minutos muy seductores, Finn fue fiel a su palabra y domó y trenzó mi enmarañada cabellera en un santiamén.

—Puedes hacer esto todas las mañanas —le dije mientras admiraba su obra en el espejo del pasillo cuando nos preparábamos para salir.

—Eso se puede arreglar —sonrió.

La trenza lateral suelta que había creado ágilmente era bohemia pero práctica para mi trabajo.

—Nunca llego a la parte de atrás —dije, entrecerrando los ojos para ver mejor—. Mis brazos me abandonan.

—Tenemos que trabajar la fuerza de la parte superior de tu cuerpo —sonrió.

—No, de eso nada —dije, poniéndole la correa a Nell—, aprovecharé la tuya.

Cuando cruzamos la calle desde la plaza hasta Prosperous Place, ya había bastante gente reunida, y cuando dejamos a Nell en la cocina, donde iba a pasar la mañana con Gus y los gatos, el entusiasmo era palpable.

—Cuando me he asomado antes —dijo Luke, que estaba sirviéndole el desayuno a Kate y las niñas—, ya había un par de personas haciendo cola.

—Hay más que eso —dijo Finn, robando una loncha de beicon del plato de Jasmine y ganándose una mirada severa en el proceso.

—Ahora hay casi una docena —dije, apartando a Finn del plato de Jas y llevándolo a una silla vacía.

—¿No vienes del estudio? —le preguntó Kate a Finn.

—No —dijo—, he venido con...

Sus palabras se interrumpieron y su rostro enrojeció tanto como el mío.

—Empezáis temprano —nos sonrió Kate.

—Entonces, sin duda querrás desayunar —dijo Luke, burlón, añadiendo más beicon a la sartén.

—Sí —dijo Jas—. Finn tiene mucha hambre, ¿no?

—Esta mañana tengo un poco de apetito —admitió.

—Voy a dar una última vuelta por el jardín —balbuceé.

Quería comprobar que todo estaba como debía, pero también quería salir de la caliente cocina.

—Todo está perfecto —me dijo Luke—. Ya he salido a mirar, así que no hace falta.

—Pero aun así —dije, dirigiéndome a la puerta—, una comprobación rápida no hará daño, ¿verdad?

—Toma esto —me dijo, poniéndome un rollo de beicon en las manos—, y no empieces a juguetear con nada.

Prácticamente todo estaba perfecto, pero aún no estaba del todo satisfecha con la disposición de las macetas que estábamos utilizando para mostrar combinaciones de plantas de invierno para espacios pequeños. Chloe y Hannah se encargaban de las ventas y todas las plantas procedían de un vivero cercano a Wynbridge regentado por dos mujeres que Finn había conocido a través de su amigo Jake.

Si las ventas aumentaban lo suficiente, planeábamos llegar a un acuerdo que nos permitiera organizar algo similar para cada temporada, posiblemente con Graham y yo dirigiendo una clase magistral sobre plantación en macetas como la que había organizado para el Winterfest. Me negué a permitir que mi mente volviera sobre aquel fatídico día mientras lo sacaba todo de su sitio y lo volvía a colocar en un lugar mucho más satisfactorio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Finn.

—Nada —dije, apresurándome a alejarme.

—Las pruebas en tu ropa sugieren que eso no es del todo cierto —rio.

—Oh, maldita sea —maldije, cuando miré hacia abajo y encontré mi jersey manchado de compost—. Tendré que volver y cambiarme.

—Será mejor que te des prisa —dijo, sacudiendo la cabeza—, ya casi es hora de abrir.

Habría sido mucho más rápido si no hubiera vuelto conmigo y me hubiera insistido en que necesitaba ayuda para desvestirme y volver a vestirme para calmar los nervios. Nos quedamos sin aliento cuando volvimos corriendo, lo que fue un poco embarazoso, sobre todo cuando vi dos caras conocidas en la cola.

—Mamá —dije, sorprendida por su aparición—. Papá. No estaba segura de si aún pensabais venir.

La pareja parecía tan impecable como siempre, pero iban más informales que de costumbre. Incluso llevaban botas de agua, pero no unas cualquiera, claro. Las botas Le Chameau a juego que llevaban estaban fuera de mi alcance y me hacía gracia ver que estaban impecables. Seguramente recién sacadas de la caja esa misma mañana.

—Sé que hablamos de hoy —continué, repasando nuestras conversaciones telefónicas —, pero me preguntaba...

—Queríamos venir a darte nuestro apoyo —interrumpió papá, y me dio un beso en la mejilla, impidiéndome mencionar a Jackson mientras perdía de vista a Finn entre la multitud.

—Y tenía muchas ganas de venir porque estoy pensando en volver a mis raíces y dedicarme un poco a la jardinería —dijo mamá.

Mis ojos pasaron de buscar a Finn a ella de nuevo.

—Hablo en serio —dijo, sonrojándose un poco al ver mi expresión de asombro—. Creo que me hará bien.

—En ese caso —le dije—, tienes que venir a la zona de venta de plantas cuando entres. A no ser que quieras entrar conmigo ahora.

—No, no —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Esperaremos. Es agradable escuchar los rumores sobre el lugar junto con todos los demás.

Los dejé en la cola y volví a entrar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Finn cuando se dio cuenta de la cara de asombro que había puesto mamá también.

—¿Qué te pasa a ti más bien? —contraataqué.

Él también estaba muy colorado y con los ojos muy abiertos.

—Zak ha convencido a papá para que venga —dijo, retorciéndose las manos—. Está por ahí con mi madrastra. Quiere ver en qué he estado trabajando.

Era entonces un día señalado para los dos, pero no hubo tiempo para un ataque de nervios porque Luke estaba listo para dejar entrar a todo el mundo.

Una vez abierta la verja, la gente que había estado esperando pacientemente se apresuró a entrar y se congregó alrededor de los escalones que conducían a la puerta principal de la casa. Luke se abrió paso entre ellos, arrastrándome con él. Esperaba poder esconderme en un segundo plano mientras él decía unas palabras, pero al parecer no iba a ser así.

Habló brevemente de la casa y de su relación con ella, y luego centró su atención en la renovación del jardín y la creación del Jardín de Invierno, reiterando todo lo que había dicho en ocasiones anteriores sobre la importancia de abrazar la naturaleza y salir al aire libre, incluso en los días más crudos del invierno.

—Mientras pasean —dijo para presentarme—, tengan en cuenta que el jardín es una obra en constante construcción. Como todos los jardines. Dicho esto, ya hay mucho aquí para deleitar los sentidos, y habrá más a medida que avance el invierno, pero Freya está más cualificada que yo para hablarles de eso, así que te cedo la palabra.

Por suerte, las plantas son mi fuerte y no tardé mucho en calmar la voz y ponerme en

marcha para enumerar todo lo que había que tener en cuenta ese día y compartir los detalles de lo que iría apareciendo a lo largo de los meses siguientes.

—Y por supuesto —terminé, divisando fácilmente a Finn porque era muy alto—, también tenemos la obra de un artista local de gran talento para disfrutar. Devolveré la palabra a Luke para que os cuente más sobre eso, y quizá Finn pueda unirse a nosotros aquí arriba también.

Finn tenía la cara encendida cuando nos cruzamos y se oía a Zak gritar y animar. Sabía que iba a tener problemas más tarde por obligarlo a ponerse ante todo el mundo, pero me hacía bastante ilusión.

—Bueno —dijo Luke, una vez que Finn hubo entusiasmado a todos con la promesa de dragones ocultos—, todo lo que me queda por decir es que espero que disfruten de su primer viaje por el Jardín de Invierno y que hay plantas a la venta cerca de la oficina del jardín y vino caliente, refrescos, junto con sopa casera y *pizzas* disponibles en el Grow-Well, así que, por favor, quédense todo el tiempo que puedan y no olviden que iluminaremos el jardín al anochecer.

Todos aplaudieron y se fueron dispersando. Algunos se dirigieron directamente al jardín y otros, al Grow-Well. Yo opté por el jardín, con ganas de escuchar a escondidas algunas conversaciones y ver si podía hacerme una idea de lo que pensaba la gente.

—¿Has olido esto? —fue el primer comentario que escuché y que hizo que mi espíritu se animara—. ¡Qué dulce!

Me detuve y tuve unas palabras con la familia que había descubierto la *sarcococca*, que tenía tan buen aspecto como olía.

—Espero que esté en oferta —preguntó el tipo que la había olido primero.

Le aseguré que teníamos algunas plantas en *stock* y seguí adelante, sonriendo para mis adentros mientras oía a los niños chillar en el jardín de helechos, sin duda tras haber encontrado al menos uno de los fabulosos dragones escondidos de Finn.

Y pensando en Finn.

Lo vi de pie en el camino delante de mí con su padre, su madrastra y Zak. Estaban mirando las liebres en el prado. Estaba a punto de tomar otro camino cuando Zak se volvió y me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba y el padre de Finn le dio una palmada en la espalda a su hijo mayor. Puede que no fuera un momento especialmente demostrativo, pero era un sello de aprobación muy claro y sabía que Finn estaría encantado. Puede que hubiera encontrado la fuerza para mantenerse firme y seguir a su corazón incluso sin la comprensión de su padre, pero yo sabía que seguía significando mucho para él.

—¡Freya! —me llamó cuando me vio merodeando—. Ven con nosotros.

Con todas las miradas puestas en mí, caminé hacia ellos. Finn me cogió la mano y enseguida les dijo que yo era su novia.

—Maldita sea —sonrió Zak, y supe que solo estaba actuando—. ¿Oficialmente y todo?

—Oficialmente y todo —dijo Finn con firmeza, besándome el dorso de la mano antes de presentarme adecuadamente a todos.

El día pasó volando y tardé un rato en ponerme al día con papá y mamá. Me dediqué a recorrer el jardín en calidad de jardinera jefe, parándome a hablar con los visitantes y

ofreciéndoles consejo cuando me lo pedían, y estaba deseando saber qué pensaban mis padres del lugar.

—¿Son esos? —preguntó Finn, señalando cuando nos dimos por vencidos en el jardín y caminamos hacia el Grow-Well.

—Sí —asentí, divisándolos fácilmente—. ¿Qué está comiendo mamá?

Estaba comiendo un trozo de la *pizza* que John había hecho en el horno del jardín y conversando con Graham sobre las ventajas de los palos para guisantes frente a las estacas metálicas. Papá parecía un poco desconcentrado y supuse que había probado el vino caliente que Carole había estado calentando en la cabaña. Seguían pareciéndose a mis padres, pero no sonaban como ellos. Eso me alegró bastante.

—Y aquí está —sonrió papá—, nuestra chica lista.

Finn y yo nos adelantamos antes de que papá se levantara. Estaba definitivamente un poco achispado, un estado en el que nunca lo había visto. Mamá, en cambio, estaba eufórica.

—Y este es Finn —dije.

—Bueno, Freya —sonrió mamá, observando el apuesto rostro de Finn—. Ciertamente puedo ver por qué estás tan enamorada.

—Los jardines son preciosos, ¿verdad? —Tragué saliva.

—¿El qué? —preguntó mamá—. Ah, sí, los jardines. Sí, los jardines son gloriosos.

No podría jurarlo, pero creo que le guiñó un ojo a Finn. La forma en que se echó a reír me dio la razón, y no supe qué me escandalizaba más, si que papá y ella rechazaran el proyecto de Jackson, que hubieran comprado la mitad de las plantas y que mamá tuviera la intención de ensuciarse las manos —o al menos los guantes de jardinería—, o que por fin hubieran analizado a fondo mi vida y aplicado las lecciones que yo había aprendido a la suya.

Había un poco de calma por la tarde, así que Finn y yo recogimos a Nell y la llevamos de vuelta a la casa. Quería poner unas patatas a cocer lentamente en el horno, para que tuviéramos algo que comer después del acto de iluminación, y mientras yo lo hacía Finn limpió y volvió a encender la chimenea.

—Tu madre es bastante cómica, ¿verdad? —rio Finn cuando volvió a la cocina para lavarse las manos.

—Si tú lo dices —le respondí riendo, pensando que él no habría dicho eso si la hubiera conocido la primera vez que me había visitado—. Pero no suele ser como hoy.

—Podría decir lo mismo de mi padre —señaló.

—Los padres suponen mucho trabajo, ¿verdad? —suspiré, pensando en la metamorfosis que los nuestros habían sufrido tan recientemente.

—Solo un poco —aceptó—. Papá insiste en que pasemos el día de Navidad con ellos.

—Oh, no —jadeé—. Mi madre quiere que vayamos allí. ¿Qué vamos a hacer?

Finn miró el reloj de la cocina.

—No vamos a preocuparnos por eso ahora —dijo estoicamente—, porque tenemos que volver a salir.

Sabía que era parcial, pero el jardín tenía mucho mejor aspecto, y con los caminos

repletos de amigos que ya se sentían más como en familia, una variedad de visitantes, un grupo de cantantes de villancicos y Finn a mi lado, cuando se encendieron las luces, todo el lugar adquirió un aspecto aún más mágico.

—Tenías razón con lo de lavar esos árboles, ¿eh? —sonrió Chloe mientras pasaba su brazo por el mío y nos quedábamos admirando la corteza brillante y las sombras alargadas a la vez que todos admiraban el espectáculo entre gritos de «oh» y «ah».

—Sí —le devolví la sonrisa, apretándola a mi lado—, y espero que sepas que no habría podido conseguir ni la mitad de esto si no hubiera contado con tu ayuda para hacerlo todo.

—No ha sido para tanto —murmuró—. Y Graham también ha hecho mucho.

—Has hecho un montón —le dije—. Los dos lo habéis hecho.

—Tú me has enseñado —respondió ella, no dispuesta a dejar pasar el cumplido.

—¿Cómo ha ido la venta de plantas? —preguntó Finn.

—La mayor sorpresa del día —dijo Hannah, que estaba al otro lado de Chloe—. ¡Hemos vendido todo!

—No puede ser —respondí con asombro.

—Sí —dijo Chloe—. A todo el mundo le han encantado y estaban deseando plantarlas en casa.

—Entonces, volverás a hacerlo —rio Finn.

—Desde luego que sí —dije, sacudiendo la cabeza—. Y yo que me preocupaba de que hubiéramos pedido de más.

—Probablemente podríamos haber vendido más —dijo Hannah—, sobre todo de ese arbusto tan oloroso.

Tomé nota de la descripción de Hannah de la *sarcococca*. Si iba a ayudar la próxima vez, Chloe podría ponerla al corriente de los nombres de las plantas. Aunque, dicho esto, apuesto a que todos los que la habían visitado y no conocían el nombre oficial habrían sido capaces de distinguir la planta que ella había descrito.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Luke, acercándose a nosotros, con Graham detrás.

Llevaba una bandeja con más vino caliente y todos tomamos una taza, tan deseosos de calentarnos las manos como de disfrutar de su sabor afrutado.

—Más que bien —le dije—. Menudo día.

—Ha sido increíble —sonrió—. Definitivamente, para el baúl de los recuerdos. Y ya tengo muchos planes para el año que viene.

¿Por qué no me sorprendía? Tenía muchas ganas de participar en los planes para los jardines de Prosperous Place y estaba impaciente por saber qué tenía en mente.

—¿Les echamos un vistazo mañana? —sugerí, antes de agradecer a Graham todo su duro trabajo mientras intentaba, sin conseguirlo, reprimir el mayor de los bostezos.

—Por supuesto que no —dijo Luke—. No se trabaja mañana. De hecho, nada de trabajo hasta el año nuevo.

—Es imposible que me des todo ese tiempo —le dije, y lo decía en serio.

Luke era generoso hasta la exageración, pero no podía abandonar el jardín durante tres semanas enteras. Me iba a costar mucho no venir el día de Navidad. Vivir en el lugar había hecho que estar siempre trabajando formara parte de mi vida y eso no iba a

cambiar.

Puede que estuviera en Nightingale Square, pero en realidad seguía a tiro de piedra. Dicho esto, estaba bastante segura de que Finn sería capaz de idear formas de evitar que volviera corriendo constantemente.

—Menos horas, entonces —dijo Luke, constatando el hecho en lugar de hacer la pregunta—. Digamos, de nueve y media a dos y media.

—De nueve a tres —le contesté.

—Nueve y media a dos y media —volvió a decir—. Díselo, ¿quieres, Finn?

—No tiene nada que ver conmigo —se rio Finn—. Freya conoce su propia mente. Esa es una de las muchas cosas que amo de ella.

Chloe me dio un fuerte codazo en las costillas y bebí un trago de vino, aunque no lo necesitaba para calentarme ahora que Finn había pronunciado tan públicamente la palabra con A. Sus palabras me habían encendido por dentro y por fuera.

Capítulo 32

Finn tenía razón, yo sabía lo que pensaba, y fue su reconocimiento lo que me dio valor para decirles a mis padres que no nos reuniríamos con ellos por Navidad, y él les dijo lo mismo a los suyos. No era algo que a ninguno de los dos nos gustara hacer, sobre todo porque acabábamos de encontrar un terreno llano con ambas familias, pero no teníamos por qué preocuparnos. Fueron comprensivos y, una vez nos lo quitamos de la cabeza, pudimos disfrutar de los preparativos del gran día sin preocupaciones.

Mientras Finn se centraba en sus diseños para el sendero de esculturas de Wynthorpe Hall, yo trabajaba las horas reducidas que Luke había sugerido en el jardín. El tiempo había empeorado y estaba deseando ver florecer aún más el Jardín de Invierno durante los próximos meses. Descubrir gemas ocultas y de aspecto delicado, como el *Iris unguicularis*, cuando el tiempo estaba en su peor momento iba a ser un verdadero placer, al igual que ayudar en el Grow-Well y trabajar en lo que Luke había preparado para el lugar.

—¿Todo listo? —preguntó Chloe, que había llamado el miércoles porque no trabajaba al día siguiente por ser Nochebuena—. ¿Tienes todo envuelto y una montaña de comida en la nevera?

—Los regalos están todos envueltos —dije—, y la comida llegará esta tarde. No tenía ni idea de que podría hacer la compra en el centro de la ciudad y recibirla a domicilio. Pensaba que ese tipo de cosas estaban reservadas para las ciudades más rurales.

Aunque, dicho esto, la posición aislada de Broad-Meadows a menudo significaba que los proveedores no querían conducir hasta allí para hacer las entregas. Vivir en Norwich me había proporcionado lo mejor de ambos mundos.

Me preguntaba si Jackson había tenido en cuenta algo de eso en sus planes de modernización de Broad-Meadows. Si el tiempo se ponía *realmente* malo, toda la finca podría quedar incomunicada durante días. Apuesto a que no había pensado en lo que suponía dirigir un hotel de lujo en medio de las tormentas de nieve típicas del este. El tiempo podría acabar dándole tantos problemas como a los lugareños, y eso me alegraba bastante.

—¿Y tú? —pregunté, apartando con rapidez mis pensamientos de sus posibles dificultades. Sus problemas no eran míos y nunca lo serían.

—Todo hecho y desempolvado —sonrió Chloe—. Y Hannah y yo nos gastamos una fortuna en la Feria de Navidad en la catedral.

—¿En qué? —reí—. Pensaba que habías dicho que no necesitabas nada más.

—Sobre todo ginebra —musitó, mordiéndose el labio—. No tenía ni idea de que hubiera tantas destilerías locales.

—Y pensaste que era justo probar y llevarte un poco de cada una, ¿verdad?

—Exacto —se rio conmigo—. Hannah está en el oficio después de todo.

No estaba segura de su razonamiento, pero me alegraba verla tan contenta. Ella y Hannah eran almas gemelas —y no solo por su aprecio mutuo por la ginebra—, y me

hacía muy feliz ver que mi amiga y colega terminaba el año en un lugar muy distinto de donde se había encontrado doce meses antes. Encontrar el valor y dar el paso nos había salido muy bien a las dos.

—¿Qué tienes para Finn? —me preguntó cuando intercambiamos nuestras bolsas de regalos.

Arrugué la nariz y solté un largo suspiro.

—Me dijo que no quería que le regalara nada —suspiré—. Dijo que no había nada que quisiera o necesitara.

—Entonces, ¿eso significa que no tiene un regalo para ti?

—Lo dudo —susurré—, porque de todas formas acabé comprándole una cosita.

—Ah, ¿sí? —ronroneó, enarcando una ceja.

—Y estoy segura de que también tendrá algo para mí.

—Eso esperas —me pinchó.

—Ha prometido empezar a trabajar en una escultura de Nell en Año Nuevo.

—Supongo que eso cuenta, entonces.

En realidad, no me importaba recibir regalos. Vivir en Nightingale Square con Nell, rodeada de mis nuevos amigos y trabajar en un lugar tan bonito en el corazón de una ciudad maravillosa era un regalo más que suficiente para mí.

Mi vida había cambiado más allá de todo reconocimiento y todavía le agradecía a mi querida Eloise aquel oportuno pinchazo de mi radio resintonizada.

—De todos modos —dije, sonrojándome mientras le daba un codazo a Chloe—, Finn es un regalo más que suficiente.

—Y apuesto a que no tarda nada en desenvolverse. —Soltó una risita.

La víspera de Navidad llegó con cielos plomizos y, según el parte meteorológico local, la posibilidad de que cayeran uno o dos copos de nieve. No lo suficiente para que la Navidad fuera blanca, pero sí para aumentar aún más el ambiente festivo, aunque no lo necesitáramos.

De pie frente al espejo del dormitorio, me giré a un lado y a otro, admirando la elaborada trenza que Finn había creado para mí, y pude oírlo cantar villancicos en la ducha. La expresión de la cara de Nell sugería que no le gustaba mucho su voz, pero a mí me parecía que sonaba bastante bien. Al menos, con la puerta del baño cerrada.

Nos estábamos preparando para ir a una fiesta en Prosperous Place y me hacía mucha ilusión. Tenía regalitos para todo el mundo y sabía que Kate había decorado aún más la casa y que todos los aficionados a la gastronomía habían creado un bufé precioso. Iba a ser toda una celebración y, por supuesto, las mascotas estaban incluidas.

—Oh, Freya —balbuceó Finn, cuando por fin apareció, todavía empapado y con una toalla colgada sin apretar alrededor de las caderas.

—Espero que sea un buen «Oh, Freya» —imité mientras me retorcía intentando subirme la cremallera del vestido.

—Lo es —dijo con voz aguda—, desde luego que lo es.

No tenía ni idea de lo que iban a llevar los demás, pero yo había ido a por todas. Solo tenía un vestido de fiesta de invierno y la fiesta de Luke y Kate me pareció la ocasión

perfecta para estrenarlo. Era de color burdeos oscuro, largo hasta la rodilla, ceñido al cuerpo, con mangas largas y cuello redondo. Un fino cinturón de brillantes era el único adorno y me sentí de maravilla con él puesto.

—Bueno, está bien entonces —dije—. ¿Puedes echarme una mano con la cremallera?

Finn se acercó y traté de no dejarme seducir por su casi desnudez.

—Al revés —reí cuando me di cuenta de que estaba deshaciendo todo el trabajo que había hecho hasta entonces—. No tenemos tiempo para travesuras.

—Espero que haya tiempo más tarde. —Hizo un mohín, dejando caer un beso en mi cuello—. Nunca te había visto tan arreglada.

—Si crees que el vestido me queda bien, ¿por qué tienes tantas ganas de que me lo vuelva a quitar? —bromeé, apartándome de su camino antes de que contestara—. Ahora, date prisa o llegaremos tarde.

Terminé de maquillarme abajo mientras Finn se arreglaba en el dormitorio y volví a admirar mi pelo en el espejo que había sobre la chimenea. Las grandes manos de Finn eran extrema y sorprendentemente diestras.

—Estás increíble.

Me giré y lo encontré enmarcado en la puerta.

—Vaya —sonreí—, tú también.

Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa del mismo color que mi vestido. Por una vez se la había metido por dentro y adiviné la forma de su cuerpo: hombros anchos que se estrechaban hasta una cintura delgada. Me acerqué a él con la intención de averiguar si se sentía tan bien como parecía.

—No hay tiempo para travesuras —dijo apartándome—, pero hay algo que quiero darte.

—Ah, ¿sí? —sonreí, esperando tener suerte.

—Sí —dijo—, siéntate y cierra los ojos.

Enarqué una ceja.

—Hazlo —se rio.

Me senté y cerré los ojos con fuerza.

—Extiende las manos —dijo, con una sonrisa evidente en su voz, una vez que hube hecho lo que se me había ordenado.

Sentí el peso de algo aterrizar y abrí los ojos.

—¿Qué es? —pregunté, mis dedos se cerraron alrededor de una pequeña caja cubierta de terciopelo.

—Ábrelo y verás —me dijo, sentándose a mi lado.

La caja se abrió con un crujido y allí, descansando sobre un lecho de seda color rubí, estaba el precioso broche de campanillas de invierno *art nouveau* del que me había enamorado el día que fuimos de compras a Norwich.

—La armadura. —Tragué saliva, pasando ligeramente el dedo por el detalle—. Pensaba que te habías quedado por eso.

—Oh, eso también —sonrió Finn—. La entregarán después de Navidad.

Sacudí la cabeza, parpadeando rápido para salvar el delineador de ojos que había tardado en perfeccionar.

—¿Te gusta? —preguntó mirando de nuevo el broche.

—Me encanta —le dije mientras lo sacaba de la caja, y lo desabroché con cuidado—. Es exquisito, incluso más bonito de lo que recordaba.

Cuando me lo puso, sus manos rozaron ligeramente mi piel y me hicieron estremecer.

—Gracias —dije, antes de besarlo en los labios—. Muchísimas gracias.

—De nada —respondió, y me devolvió el beso.

—Y eso que decías que nada de regalos —dije.

—Lo sé —dijo—, pero apuesto a que me has comprado algo, ¿verdad?

—Por supuesto —dije, señalando los regalos bajo el árbol—, pero el tuyo es para mañana.

—Estoy impaciente —sonrió, más como un niño emocionado que como un dios nórdico adulto.

—Yo tampoco.

Nos envolvimos en nuestros abrigos y bufandas, enganchamos la correa de Nell a su collar y cruzamos la plaza hasta Prosperous Place. Aún había luz, pero solo un poco, y pude ver algunos copos de nieve que caían del cielo gris pizarra. Entrelacé mi brazo con el de Finn y él me estrechó.

—¿Quién iba a pensar que acabaríamos el año así? —sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Lo sé —asentí mientras avanzábamos con cuidado por las escaleras de la casa y el sonido de una fiesta en pleno apogeo llegaba a nuestros oídos—. Nosotros no tuvimos el mejor de los comienzos, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo Finn—, pero las apariencias engañan.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dijo, volviéndose de nuevo hacia mí—, sé que no lo parecía después de nuestro encuentro inicial, cuando le eché la bronca a Nell, pero, para mí, de verdad fue amor a primera vista.

Tragué saliva y me acerqué más.

—Para mí, también fue amor a primera vista —le respondí.

—¿En serio? —preguntó con las mejillas sonrojadas.

—Sí —susurré, y lo besé rápidamente mientras la puerta se abría.

—Pasad —dijo Luke, haciéndose a un lado—. Debéis estar helados. Entrad y calentaos.

Finn y yo compartimos una mirada cuando cruzamos el umbral y recibimos una calurosa bienvenida de nuestros numerosos amigos mientras Kate cogía nuestros abrigos y bufandas.

Todo el mundo estaba allí, y la casa lucía tan bonita como yo sabía. Lisa y su tribu, junto con Heather y los suyos, disfrutaban del bufé, Chloe y Hannah conversaban con Poppy y Jacob, y Carole y Graham se ocupaban de llenar las copas de todo el mundo, mientras Mark y Neil invitaban a Abigail y Jasmine a bailar al ritmo que Michael Bublé nos animaba a pasar una feliz Navidad.

—¿Qué te parece la decoración? —me preguntó Harold cuando fui a desearle feliz Navidad.

—Es preciosa —sonreí, admirando el paraíso festivo que había creado Kate—, pero ni de lejos se parece a la mía.

Él rio en respuesta.

—Me alegro mucho de que seas tú quien se haya mudado a mi casa, Freya —dijo, un poco tembloroso.

—Yo también —asentí, cogiéndole la mano, y le di un apretón.

Con el vino fluyendo y los fuegos encendidos, todo el mundo estaba más feliz que nunca, y eso ya era mucho decir. Percibí el aroma de un dulce perfume mientras miraba a mis nuevos amigos y supe que Eloise estaba conmigo.

Notar su presencia me hizo sentir incluso más calor que junto al fuego, y me alegré de reconocerlo, reconfortada de saber que ella estaba allí. Había estado contenta en Broad-Meadows y mi estancia allí había sido, en su mayor parte, feliz, pero Nightingale Square era donde me sentía verdaderamente en casa. Era maravilloso saber que ella lo comprendía.

—¡Bien! —gritó Luke, sacándome de mi ensoñación—. Vamos a dar una vuelta por el jardín, ¿de acuerdo?

Esperaba que todo el mundo se opusiera, pero se mostraron dispuestos y nos abrigamos de nuevo antes de salir a explorar el jardín ingeniosamente iluminado bajo un cielo plagado de estrellas.

Sin embargo, no habíamos llegado muy lejos cuando Finn me apartó y me dio un beso navideño que me aceleró el pulso.

—Te quiero, Freya Fuller —dijo en voz baja, al tiempo que un copo de nieve caía y se posaba en su pelo.

—Yo también te quiero —susurré, sintiendo otro cosquilleo en la nariz.

—¿Tienes frío? —preguntó con sus ojos grises clavados en los míos.

—No. —Tragué saliva—. Jamás. No contigo para darme calor.

De nuevo, tomó mi mano entre las suyas y supe que, con él a mi lado, nunca tendría frío.

Agradecimientos

Estoy absolutamente convencida de que el tiempo que transcurre entre que me siento a escribir la dedicatoria y los agradecimientos de cada uno de mis libros es cada vez más corto, a pesar de que este año ha pasado como si se arrastrase.

Espero que, cuando leas esto, el mundo haya vuelto a una cierta normalidad y no te hayas visto afectada por la devastadora pandemia que nos ha tenido atrapados en sus garras, aparentemente para siempre. De hecho, espero que cuando se publique *El jardín de invierno* estés tan ocupada disfrutando de las delicias de las fiestas que no tengas tiempo para mis divagaciones al final del libro.

Así que, con los dedos bien cruzados, por una vez seré breve...

Mi más sincero agradecimiento a todos los que me han apoyado en este año que, por muchas razones, ha sido especialmente difícil. Tanto si os conozco en persona o a través de las redes sociales, como si sois blogueros, #swainettes, autores, miembros de mi equipo editorial o familia, me siento honrada de llamaros amigos y muy afortunada de teneros a mi lado.

Vuestra amabilidad, apoyo y amistad me convierten en una autora muy feliz y *siempre* os lo agradezco. Os deseo una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo.

Que vuestras estanterías —ya sean virtuales o reales— estén siempre llenas de fabulosas obras de ficción.

Con amor, vuestra amiga,

H x